

CR – 65 - 2008

**TITULO:**

**ARCHIVADO, SIN GASTOS**

AUTOR:  
SIXTO SANZ CABRERA

PERSONAJES QUE PARTICIPAN EN LA NOVELA

PEPE Y FELISA = PADRES

HIJOS

ROBERTO, hija mayor: YOLANDA, mujer

DAVID, hijo menor : AVELINA, mujer

MIRIAM , hija.

HIJOS DE ROBERTO

ARMANDO, hijo mayor

ENRIQUE, hijo menor

CATI, hija mayor

BEATRIZ, hija menor

PERSONAL DOMESTICO

PEDRO, mayordomo

MATILDE, Institutriz

PACA, Cocinera

JUANA, Ayuda cámara.

## PARIENTES

JOSÉ, Primo de PEPE

DIOSDADO, Hijo de JOSÉ

PACA, Prima segunda de PEPE

DÍAZ, padre de FELISA

AMALIA, madre de FELISA

CRISTINA, hermana menor de FELISA

NATI, tía de FELISA

## EMPLEADOS ADMINISTRATIVOS

PÉREZ, contable

ENCARNA, secretaria

ENLACES EN TRAFICO

AURORA, drogadicta

ISAÍAS, enlace

RELACIÓN DE AMISTAD

SIERRA, amigo ROBERTO

SEÑORA, concubina

BENITO, guarda quinto

PASCASIO, padre de ANDREA

## VOCABULARIO EMPLEADO EN LA NOVELA

### A

ABACERO, tendero ultramarinos

ABADEJO, Bacalao

ABADERNAR, Amarra

ABADIATO, abadía

ABAJEÑO, Habitantes de tierra baja.

ABALEAR, poner boyas

ABALORIO, baratijas

ABANTO, hombre rapaz

ABRENUNCIO, ¿Dios me guarde?, eje.

ACEMITA, pan de salvado

ACHOCAR, herir – contrariar

ADAMARSE, afeminarse

ADEREZO, ornamenta

ALMOJAYA, madera en pared – andamio

ÁPTERO, sin alas

ATALANTAR, convenir

ASPERIEGO, áspero. Rudo

AVECHUCHO, persona ridícula

AURA, brisa

AZORBE, canal

AZUT, presa de agua.

AZUELA, Trozo de cuadra – Tierra laborable

## B

BACANAL, Orgía

BAGUARI, Cigüeña

BALACÁ, Fanfarrón

BARGANAL, Cerrado en piadoso

BARGUEÑO, Especie de secretario

BAROVNETO, último del viento

BASQUEAR, Tener nauseas

BAYO, Caballo

BEJÍN, Persona susceptible

BERRUECO, Perla barroca

BOTANA, cicatriz en una herida

BRIVIAS, bellas palabras

BUZAR, filón de mina

BUZONEAR, albañil-sumidero.

## C

CABALHUSTE, silla tres arcos

CABEZUELO, pequeño collar

CABIZCAIDO, triste

CABUJÓN, piedra fina

CACHIRULO, vaso para meter vino-licor

CALAHORRA, casa distribuidora de pan

CAMILUCHO, trabajador del campo

CAÑUTAZO, Denotación

CAPUANO, Reprimenda

CARILARGO, Vista larga

CARVAJAL, Encinar – Robledal

CARUZ, Hiedra

COGITATIVO, Facultad de pensar

COIMA, Concubina

COMPAÑÓN, Testículo

COMPOTA, Confitura

CONTORCERSE, Se retuerce

CARANVOBIS, afectado de gravedad

CUTIS, rozar una cosa con otra

CUZA, pequeña perra.

## CH

CHACOTA, presentero – joven brillante

CHAGRA, campesino rústico

CHAMADA, hoguera- fogata

CHANCHADA, indolencia- suciedad-indecencia

CHAPARRAL, terreno plantado de encina

CHAPOTEAR, humedecer con esponja

CHARAL, estar hecho un charal

CHARANGA, música militar de instrumentos de metal.

CHIC, buen busto-elegancia

CHICHEAR, imponer silencio

CHILINDRINA, anécdota

CHINESCO, sombrero chinesco



CHIPILIN, chico

CHURRUMECO, Libertino

CHULLA, tajada carne

CHUNGA, buen humor

## D

DADIVOSO, generoso

DAMASCADO, dama de dama

DAVALAR, derivar

DECUMBENTE, acosar- guardar

DESARREBOZAR, descubrir la cara

DIADO, día fijado

DESCEPTAR, disputar

DITERA, vendedor a crédito y a domicilio

## E

EJIDO, terreno común- amarre ganado

EMBAUSAMIENTO, distracción

EMBAZUDURA, estupefacción

EMBELECO, persona frívola

EMBOCADO, gusto exquisito del vino

EMBROCA, cataplasma

EMPINGOROTAR, poner una cosa sobre otra

ENAJENARSE, perder la razón

ENCAPIROTAR, cubrir con un capuchón.

## F

FACHENDOSO, presuntuoso

FATUO, presumido-tonto

FEBLE, débil

FIGURÓN, personaje ridículo

FLAVO, fiera

FORJA, herrería-fragua

FRAGÚIN, pequeño río impetuoso

FUCILAR, brillar

FUSCO, sombra negra

FÚTIL, fútil- frívolo

FUTRAQUE, muñeco- payaso.

## G

GALLEFA, cuento historieta

GARRULO, Murmurar – Susurrar

GLEBA, Montón de tierra

GOMIA, Coco – Fantasma

GORGUZ, Venablo – ardo

GUAPERÍA, Arrogancia

## H

HACENDUELO, Pequeña finca

HALDEAR, Ir veloz (Las mujeres)

HATEAR, Hacer las maletas

HAZUELA, Trozo de cuadra – Tierra laborable

HERVAR, Efervescencia - Burbujear

HIATO, sueldo desagradable

HOLLEJUELO, cáscara – pellejo (fruta)

HORCAJO, confluencia de dos ríos

HORGONEAR, remover el fuego.

## J

JARAMAGO, hierbas amarillas

N

NAIFE, especie de diamante

NAQUE, antiguo grupo de comedias

NIDIO, resbaladizo

NIMIEDAD, mosquil ría

NOLICIEN, Sin voluntad

NOLI ME TÁNGERE, Úlcera maligna

NURSE, Niñera

NUTACION, Oscilación

M

MACHIEGA, Reina de las abejas

MAMNTE, Que surge – que brota

MANCILLADO, Manchado

MAZNAR, Ablandar una cosa con la mano

MEDRO, Progreso

METODIZAR, Ordenar

MINUENDO, gran nombre.

## O

OBDURACIÓN, obstinación

ÓBICE, obstáculo

ODRERO, pellejero

ORZAYA, niñera.

## P

PALAHIERRO, anillo del molino

PANDEAR, inclinar

PARIPE, hacerse importante

PATULEAR, bulla – tumulto

PERIQUEAR, usar demasiado de libertad

PERSPICUO, claro – vidente.

## T

TABARRA, cosa fastidiosa

TAPETADO, Sombra hundida

TEN CON RTEN, Moderación

TERNEJAL, Fanfarrón

TERSIDAD, Brillante

TÉTRICO, Melancólico

TOPETAR, Chocar

TREPÈ, Sermón – Represión

S

SERPOLLAR, Rechazar

SALUZ, Alivio

SOROZ, Hermana

SORRA, grava

V

VARGANAL

W

WATER- CLÖSET, retrete

Y

YACEDOR, mozo de labranza

YACIJA, albergue

YACTURA, perdido – lástima

YUSERA, rueda de molino gigante.

**TITULO:**

**ARCHIVADO, SIN GASTO.**

## ARCHIVADO, SIN GASTOS

DESDE MI ATALAYA contemplo el azarbe formado al son del viento por el agua del azut que hacen las olas al chocar el muro corroído por la erosión de tan grandioso fenómeno, no menos exaltado por abadernar del camilucho abaleando para saber la altura del agua: Observo a éste hombre abocardado que está abarra ganado con una chagra cuya coima es la pequeña niña del jardinero que tengo a mi servicio.

Sentada en mi cabalhuste, me recreo en el aura que llega del mar, acariciando mi frente, produciéndome un zumbido sordo en las sienes pero con galantería de un fanático amante, roto por el decrepito de su amada en celo: Veo venir al lacayo de la tienda del abacero, trayendo el abadejo para la merienda del día.

Acaricio a mi cuza; no sin antes haberse movido ésta por la coranvobis, produciéndome una sensación cogitativa, habiéndola echado una capuana por su irreflexión hacia mi persona, llenándome del acuoso elemento por la chanchada al respingar para volverse a decumbente, no obstante la di una chulla, que degustó con gran exquisitez.



Veo a mis nietas hurgar en una buzonera para sacar una peonza y a la institutriz decirlas unas brivias que elevaban el Alma hasta el Cielo por su manera y contenido.

-.: Niñas, sois como Ángeles y como tales os tenéis que comportar.

-.: Señorita; el jardinero nos dice, que somos las mejores personas que ha visto.

-.: Sí niñas; pero vuestra edad os convierte en seres inocentes, angelicales, queridas por la sociedad y respetadas por todas las personas.

-.: No quiero tanto miramiento.

-.: ¡Niña!.

-.: ¡Sí señorita!; deseo que me traten igual que a todas las personas.

-.: ¿Para qué desea eso, niña?.

-.: Para poder oprimir a los demás.

-.: Es un deseo brusco por su parte; las niñas tienen que pensar con más decoro y bondad, cuando se refieren a sus semejantes.

-.: Serán semejantes, cuando tengan tanto dinero como tiene mi papá.

No se si serían Ángeles o angelicales criaturas, pero lo cierto que a su corta edad, no llegaban a los cuatro años, ya estaban metalizadas en la plata; conociendo perfectamente lo que era un abalorio de un cabujón.

Un ruido sordo se produjo a mis espaldas; era mi marido que abría la puerta de corredera, saliendo de casa al descanso de la terraza.

-.: Pepe. No debes ser tan enérgico; me has asustado.

- .: Perdona Felisa, no era mi intención.
- .: Siéntate en esta chacana, que ya están aquí los invitados.
- .: ¿No veo a nadie?.
- .: Sí, hombre, mira al frente. ves, si hay más de cien espectadores.
- .: Te repito que no veo nada.
- .: Son todos los espectadores del Mundo: Sus caras, sus fauces, todas diferentes; unos rubios, otros morenos. Están esperando a que empecemos la primera escena: ¿No los ves?.
- .: Sí; ahora empiezo a divisar algo, allá, a los lejos.
- .: ¡No!; más cerca.
- .: Sí Felisa; en primera línea
- .: Son nuestras vidas, Pepe. ¡Sabes!; nuestras vidas.
- .: Sí, Felisa; pero déjame a mí que sea el presentador de tan bella obra, que esta grandilocuente narración no puede ser una comedia ni un boceto al que se abra el público, invitándole a conocer una saga de cualquier familia; ¡es mi familia!.
- .: Sí, Pepe.
- .: ¡Nuestra familia!.
- .: ¡Pepe!.

No comienzo, sigo la singladura de mis días y cuando me disponía para narrar la longevidad de mi vida y la de mi mujer, oí unos pasos en el chaflán de la entrada, cortándome toda clase de inspiración.

- .: ¡Hola!. ¿Qué hacen aquí mis queridos padres?.
- .: Nos disponíamos a estrenar
- .: ¿Pero ya tenéis libelo?.
- .: No te burles.
- .: Bueno, diré a lo que vengo y me iré pronto.
- .: Sí, dilo.
- .: Me tienes que avalar.
- .: ¿A ti?.
- .: No te impacientes. Es en el Ayuntamiento; como que vivo aquí.
- .: Vamos, que lo que necesitas es una firma de nada.
- .: Sí; donde diga que yo: Roberto Encina Díaz, o sea tu hijo: Vive en Las Sirenas, más fielmente en la Manga del Mar Menor en Murcia.
- .: Te has venido cerca; desde Extremadura aquí.
- .: Tú hazlo y no te preocupes de más.
- .: Como quieras.
- .: Te espero Mañana a las diez para el desayuno.
- .: ¿Me puedes decir a qué es debido tal decisión?.
- .: He comprado unos terrenos y me conviene figurar en el padrón de este lugar.
- .: Debe ser muy importante.
- .: Sí, mucho. ¿Cómo está mamá hoy de sus nervios?.
- .: Lleva su cruz lo mejor posible.

-.: Lo dicho, hasta luego.

-.: Adiós hijo.

Felisa me miraba atenta, pero desatinada, sin saber lo que hacer por el corte tan brusco que dimos a la representación escénica de nuestra gran obra. Solo me señalaba hacia el frente, mi mujer, sin atreverse a pronunciar una palabra, como queriéndose expresar en un idioma correcto tal y cual es el de la mímica: Allí, allí están los espectadores.

-.: Sí Felisa, ya comenzamos.

Se puso cómoda en su trípode, como queriendo ser ella sola la directora escenográfica de la pantomima y, a la vez melodramática comedia, que eran nuestras vidas: Infló el pecho y llenó los pulmones de aire fresco que llegaba de la brisa procedente de las olas al derrotar en el muro, que contenía el canal para guardar los barcos; ya que en sí, estábamos en una casa solariega y con todas clases de comodidades.

-.: Pepe. ¿Te acuerdas?.

-.: Sí Felisa, como no me voy acordar.

-.: Éramos felices.

-.: Y lo somos. Lo somos, hija.

-.: Nuestra casa; la casa de nuestro padres.

-.: ¡Qué tiempos aquellos!.

Me disponía a narrar hechos ya acaecidos en la historia de nuestras vidas y conocidos por parte de los dos, cuando súbitamente irrumpió un joven en

el silencio; pues aunque hablábamos no parecían palabras, eran el viento quien gemía.

-.: Papá: ¿Cómo va tu salud?.

-.: Bien hijo.

-.: ¿Y tus nervios mamá?.

-.: Estoy en escena.

-.: No os quiero molestar, solamente saber cómo estabais.

Mientras hablaba se sacó del bolsillo de la americana una llave y lanzándola hacia arriba la recibía con la mano derecha para volver a repetir la acción una otra vez.

.: Roberto . . . ¿Habéis visto a Roberto?.

.: No hijo.

.: Sí. No hagas en este momento caso a las palabras de tu madre. Ha estado aquí hace poco tiempo tu hermano.

.: ¿Qué significa esa llave?.

.: Pone mi nombre, David.

.: No aprecio letra alguna.

.: Es igual. Bueno, os dejo de inmediato. ¿Sabéis si Roberto se irá a Madrid esta tarde?.

.: Creo que no. He quedado con él para mañana.

.: Gracias. Hasta entonces.

Apenas salió mi hijo pequeño, cuando se oyó un ruido de chiquillería ensordecedor cerca de la arena: Eran mis nietas que se disputaban en la playa un caparazón de concha, con mil colores.

-.: Niñas, ¡quietas!.

-.: Abuelito, Cati me quiere guardar la concha.

-.: Di que es incierto, abuelito; es Beatriz quien se empeña en hacerla desaparecer.

-.: Jugar las dos con ella y no forméis ruido. Unas señoritas no se pueden comportar en público como lo estabais haciendo vosotras.

-.: Está bien abuelito.

-.: Como quieras, abuelito.

La paz volvió a nuestro al redero y el sosiego al Espíritu de mi señora; se la vio relajársela la cara y como pensativa, observaba a la lejanía, como queriendo ver algo inexistente, ya que ni barco había en lontananza.

Ella sola estaba representando su comedia silenciosamente, de vez en cuando se atusaba el cabello y se ponía bien su blusa de seda almidonado el cuello.

Silencio encantador, que fue cortado por el tropel de un grupo de personas; mas bien que andar corrían al galope por la casa.

-.: Amo. Amo ha llegado la señorita Miriam.

-.: Pedro; tú como mayordomo has debido recibirla.

-.: Ya lo ha hecho, señor.

-.: No he preguntado a usted, Paca; debía de estar en la cocina.

-.: No me he dado cuenta de que subía la cocinera con nosotros, señor; perdónela. Como Aya le pido disculpas señor.

-.: Matilde. ¿Pero su ayuda aquí también?

-.: ¡Juana!. ¿Qué hace aquí?.

-.: Yo, ya ve usted Matilde. Me alegro que llegue la señorita.

-.: ¡Vamos!, ¡vamos!. Pedro, Matilde, Paca, Juanita: Márchense todos a sus puestos.

Era inútil toda clase de convivencia social con mi señora en los momentos de frenesí inquieto, de nervio tenso debido a la contextura temática de su argumento: Su obra.

Su vida para ella era la obreta más especial que nunca existiera en los anales de la historia literaria; la elevaba a los altares haciendo de ella una forma no real para terminar siendo un espectro de la misma.

La no existencia era la existencia palpable de un ser monstruoso, de una fortaleza y benignidad inigualable en la perpetuidad de la especie humana, en la sociedad terrestre.

Por mi parte, yo ponía algo de mí mismo para tajar tal desatino en el cerebro de mi señora, que más bien era el mío propio: Uno y otro se compenetraban tangiblemente.

-.: Queridos abuelos, os veo un poco tristes. ¿Qué pasa?.

-.: Sí hijo, tu abuelo está cabizcaído. Hoy es su debut y no se lo quiere perder por nada del mundo.

-.: Os dejo con vuestros pensamientos; oigo que están llamándome fuertemente, Armando y, quiero ver lo que desea mi padre.

La soledad era la mejor aliada para el pensamiento de Felisa, pero a la vez la peor amiga para su salud mental.

-.: Recuerdo aquellos días felices de mi niñez, cuando pasaba mirando a los baguarís cómo hablaban muy alto, era una verdadera bacanal para mí: Tenía los diados para fijarme bien en el vuelo rápido de dichas aves; no siempre eran tan hermosas y tan gallardas unas que otras.

Esta chilindrina la digo en dicha ocasión ya que me atalantaba al ser bejín pasar mayores tiempos mirando hacia lo alto por ser barganal, no por ello quiero balacá de dicha beatería.

Mientras me acariciaba el cabezuelo de cabujón y degustaba de compota, mi hermana Cristina cutis para hacer ruido, ahuyentando toda clase de animales que había a cien metros a la redonda de nosotras. Pasábamos bastante tiempo en estos menesteres, hasta el punto que teníamos que formar una llamada más o menos mayor, para darnos calor artificial, ya que a la caída de la tarde el aura llegaba fría a besar el regazo de nuestro vestido de seda.

Entonces yo chicheaba con chic a mi hermana y en el cobijo del caruz, esperábamos oír el jolgorio de los pájaros a su llegad a ésta.



La escuela, la pasé en un colegio de monjas, igual que el bachillerato, buscando como hija de papá las palabras rimbombantes que existieran en el diccionario ilustrado de la Real Academia Española.

Por mis venas corre sangre noble y nobleza tengo en todo mi cuerpo; mi ser es superior a mi entendimiento.

-.: Felisa; el comienzo de una obra no puede ser como tú dictas, tiene que ser más ambiguo.

-.: ¿Mira que hacen nuestros hijos?: O mejor, ¿dónde se encuentran?.

-.: No te preocupes mujer que no están aquí.

-.: Tú mira.

-.: Sí mujer, se oyen dentro de casa.

-.: ¿Pero sabes donde se encuentran cada uno de ellos en estos momentos?.

-.: Yo . . .

. . . No a poco de hablar con nosotros, mi hijo, mejor dicho nuestro hijo David; salió precipitadamente de la terraza, para entrar en casa no encontrándose a nadie y como era una hora muy avanzada se dirigió al piso de arriba, a su cuarto; pero al pasar por el corredor mayor, antes de llegar a las escaleras, se paró en la puerta de su hermano Roberto o para mejor decir donde se encontraba descansando la señora de éste, Yolanda.

Acarició, sacando del bolsillo de la americana, tres o cuatro veces la llave indecisamente y después de un buen tiempo se dispuso a abrir aquella puerta bien cerrada con llave desde dentro.

La habitación estaba totalmente a oscuras, gracias a la luz mortecina que penetraba por una rendija de la ventana entreabierta se distinguía una mujer acostada en su lecho y respirando profundamente: Era la cuñada de David, que dormía después de un día ajetreado y movido por el poco cariño de su marido.

Se arrimó a la cama con un fuego abrasador, David, y no tardó en confundir su pensamiento con su deseo.

-.: Déjame Roberto . . . No quiero.

Yolanda se vio envuelta de inmediato por aquel crucifijo, que la aprisionaba debajo, pero poco a poco y, entre sueño, fue cediendo a las presiones y a las caricias del que ella cría su marido.

-.: Me deseas como nunca. Si hubieses tenido estos impulsos antes, hubiesen ido nuestras vidas por mejor derrotero.

Ésta mujer no pudo resistir más y se relajó en la cama abriéndose totalmente. No tardó en comprender que no era su marido quien la deseaba con tanto fuego de su corazón.

-.: ¡Luz!, quiero luz . . . ¿Quién eres? . . . ¡David!; tú aquí. ¿Pero sabes lo que me estás haciendo?.

-.: No he podido resistir más, te he estado tocando los muslos en la cena, totalmente, y de vez en cuando te presentas semidesnuda o desnuda del todo. Cuando se vive mucho con una cuñada se la quiere mucho y se la tiene como si fuese la propia mujer, se la desea igual.

-.: ¡AH! . . . ¿Pero ves lo que me estás haciendo?.

-.: Disfrutando.

-.: ¿Y qué crees que hago yo?. Pero: ¡Por favor!.

Sin mediar palabra David salió del cuarto un poco asustado y avergonzado, pero seguro de sí mismo; creía que lo que había hecho era lo justo y lo necesario. Su voluntad le dictaba que lo hecho había sido lo perfecto en él y que si hubiese esperando más no hubiese sido lo correcto.

Al pasar por la cocina vio a Juana, la ayuda de cámara de la institutriz Matilde, amancebada con el hijo mayor de su hermano Roberto. Se confundían de tal manera los cuerpos de éstos, que parecían uno: David hizo por despistar su curiosidad y comenzó a subir las escaleras hacia su cuarto, entrando rápidamente en el.

-.: ¡Miriam.

-.: ¡Diosdado!.

-.: No puedo.

-.: Resiste . . . Cuidado con formar ruido

-.: ¿Hace tanto tiempo?.

-.: Sí, año y medio.

-.: No tardes tanto en venir otra vez. ¿O es que tienes a otra en Londres?.

-.: Sería insensato por mi parte, No te tengo más que a ti.

-.: ¿O sea; que solamente cuando me ves a mí, amas?.

-.: Sí, Diosdado.

-.: Ya entiendo; mis padres guardan la casa y yo soy el personal de conservación.

Era una casa seria, todo estaba en silencio y en paz; existía un derroche de amistad y cariño por parte de sus moradores y mientras tanto allá en el cuarto que daba al fondo del pasillo superior, una voz femenina se confundía con una ya cascada y ronca a la vez.

-.: ¿Qué me vas hacer mañana cariñito?.

-.: Salchichas; pero bien hermosas y fuertes.

-.: Como la que piensas.

-.: Sí hijo, desde luego que como la que pienso, porque otra cosa no veo.

-.: ¡Paca!.

-.: ¡Vamos!, Pedro; que no somos ya unos críos.

-.: Tú no piensas en nada.

-.: ¿Cómo no lo voy hacer en estas circunstancias?.

-.: Silencio, que puede salir mi mujer para ver lo que hago.

-.: Esa me da la sensación, que te tiene a ti más olvidado que a los vecinos que os quedasteis en el pueblo.

-.: ¿Y tú me olvidarás, corazoncito?.

-.: ¡AH!

Gozaba, rebosaba de salud por todas las cuatro paredes la casa, como otras tantas noches.

Aquella luz en ascuas de velones encendidos, era la causa de palpar visualmente la felicidad entera en que estaba sumida las personas a mi servicio y los míos propios.

-.: Tía Matilde, me aprieta usted.

-.: Calla, niña y ponte en posición más correcta.

-.: Yo no puedo más.

-.: Mañana te irás y no te veré hasta mis vacaciones.

-.: ¡Los pelos!; que me hace daño al sujetarme de los pelos.

-.: ¿Te acordarás de tu tía, verdad niña?.

-.: Me inca una uña en los muslos y, me quita un pecho.

-.: ¿Escribirás una postal?.

-.: Yo no aguanto más.

-.: Aunque sea una sola postal.

-.: ¡Me mojo!.

Estaba todo en orden, sí señor; no había casa solariega como mi casa, aunque fuese la de la playa.

∴ . . . Felisa, te digo que reina la mayor calma dentro de casa, no debes preocuparte.

-.: ¡Qué casa tengo!; el orgullo de la sociedad y unos hijos bien educados religiosamente.

-.: Mujer; los tiempos cambian.

-.: Pero no la vergüenza y, mis hijos la tienen en la misma cara; la llevan consigo siempre. ¡Qué orgullosa estoy de ellos!

-.: Desde luego se portan unos con otros, como una sola familia, sus pensamientos son únicos.

-.: Sí, tienes razón, los veo muy unidos.

-.: ¿Sentimentalmente?.

-.: ¡Claro!, Pepe. Sentimentalmente.

Como les decía antes; me servía de embausamiento ver en el ejido al ganado pactar libremente, mientras degusto en un cachizuelo un embocado, a la sombra del carvajal y en espera del lacayo que llegara presto de la calahorra para tomar un trozo de este, bien calentito.

-.: ¡Felisa!

-.: Los Domingos llegábamos al abadiato y después de oír misa, en mi bayo me daba un paseo en compañía de mis padres y hermanos y ya con barlovento nos volvíamos a la masía para tomar un tente en pie, basqueando casi siempre por lo mucho que comía.

-.: ¡Felisa!, mujer.

-.: Hacía sufrir a los insectos ápteros, mientras mi madre pronunciaba unos abrenuncio a tales hechos.

-.: Felisa, ¡basta!. Basta ya: Yo contaré nuestras vidas, tal y como fueron desde un principio.

-.: Narro mi niñez.

-.: Ya lo se, Felisa. Escucha y corrígeme si me equivoco; vas a volver a oír cosas que ya las tienes olvidadas, de otros tiempos.

-.: Tiempos gloriosos, para nosotros dos.

-.: Tiempos sanos y buenos; miro con embazadura estos que nos hace vivir el Altísimo.

-.: No son tan malos como crees.

-.: ¿ No sé?.Presiento algo.

-.: Tienen que ir cambiando poco a poco, nada se conserva igual en éste Mundo.

-.: Pepe, pero no tanto.

-.: ¿El qué?.

-.: Que cambien tan de repente los tiempos en que vivimos.

NACÍ DE UNA FAMILIA humilde y de condición sublime, ya que sus hechos hacían alarde a su nobleza de Espíritu: Tenía dos hermanos que

desde muy jóvenes se marcharon a las Américas para volver a los cuarenta años de indianos.

Pero antes de irse a las Américas estos dos hermanos, los vi de arrieros recabando arena de las vegas de los ríos para obras y almendrilla de los mismos; por lo tanto el pueblo los llamaban “Los Almendrilleros”.

Teníamos, en aquellos tiempos, una buena manada de burros; ya que entre mulos y burros se contaban unos once y llegamos a tener hasta veintitrés, en nuestra mejor época.

Se auguraba un porvenir de terrones sobre mi persona por lo cual no me hacía ninguna gracia; de modo que agudicé el intelecto en la escuela y procuraba no faltar ningún día, captando toda clase de explicaciones del maestro. Quería salir de la penuria económica e intentar alcanzar la intelectualidad debida; hasta el punto que pensé hacer una carrera, para ello se lo dije a mi padre, quedando éste sumamente enterado.

-.: ¿Con qué dinero cuantas?.

-.: Yo padre, con el suyo

-.: ¿Dámelo?.

-.: No lo tengo

-.: Ni yo tampoco

-.: ¿Pero no puede usted, padre, darme una carrera?.



-.: El poco dinero que ganamos, tus hermanos y yo, lo necesitamos para comer, Obsérvate los pies, que hasta descalzo vas; y ya es hora de que trabajes tú también; por ser el menor no das ni golpe.

-.: Padre, quiero ser médico.

-.: Empieza cosiendo la pellica a los burros que se la desgarran por el fuerte del serón y el mucho peso. Remiéndalos.

-.: Padre, no es para tomarlo a guasa.

-.: Yo hablaré con el cura del pueblo y con el señor alcalde: Veré lo que puedo hacer.

-.: Padre; se lo agradezco.

-.: Si me lo agradeces; ayuda ahora a tus hermanos.

Pasaba el tiempo y mi padre no se acordaba de mi súplica; yo por mi parte hacía progresos en la escuela y el maestro estaba muy conforme conmigo.

Un día que íbamos al río, los veintisiete; mi padre, mis dos hermanos, yo y los veintitrés burros, nos cruzamos al señor maestro, el cual nos hizo un saludo muy cordial echando a mi padre una arenga sobre mi persona.

-.: ¿Sabe usted que tiene un hijo con ganas de estudiar?.

-.: No me ilusiono como todos los padres del pueblo. Yo pregunto: ¿Si vale para estudiar?.

-.: Por lo menos ganas tiene. Es muy joven y no se aprecia lo que puede dar de sí; pero yo le digo, que si él quiere sacar una carrera lo hace..

-.: No hay dinero en casa, señor maestro.

-.: Hable con el señor alcalde sobre una beca. Hay asignadas dos becas en el pueblo, sólo estudia un chico, la otra puede ser para él.

-.: ¿Y esa beca, qué es?.

-.: Le ofrecen una cantidad de dinero y se puede ir a estudiar a la capital.

-.: En la capital solamente se puede estudiar bachiller.

-.: Sí, por desgracia; pero más tarde se puede marchar hacer sus estudios universitarios a Madrid.

-.: ¿Cree usted que allí no le harán nada a mi Pepe?.

Era muy susceptible mi padre, por lo tanto no confiaba en dejarme solo en la capital, aunque fuese la de la provincia; mal comunicada con el pueblo y con un sistema de información fatal, pues el coche de línea llegaba tres días en la semana a dicha villa y cuando podía, ya que no era repuesto desde hacía por lo menos quince años: Por decir que tenía atracción de cadenas.

No obstante, movido en su alma por querer paternal, mi padre un buen día se dirigió al Excelentísimo Ayuntamiento, pidiendo audiencia al señor alcalde. Hacía más presión, según él, yendo a la Casa Consistorial, que a la propia del señor alcalde; pero sus pasos eran de una persona desconfiada de sí misma, la cual no hacía mucho hincapiés en sus palabras, al ser sus pensamientos contrarios a su acción corporal

Fue anunciado por un alguacil y esperó mi padre en el descanso del despacho del señor alcalde.

-.: Eugenio, te digo que no podemos seguir cerrados en nuestros treces; si tu hijo suspende una sola asignatura este año, esa beca hay que asignarla a otro chico.

-.: Pero señor alcalde, significaría que me lo tendría que traer de la capital.

-.: No sé. Haz lo que quieras, pero estimula al chico para que se deje de tanto fútbol y cine y estudie más.

-.: Confío en usted señor alcalde.

-.: ¿Y lo tuyo?.

-.: ¿Lo mío?.

-.: Eres secretario interino del Ayuntamiento de esta villa, va haber oposiciones.

-.: Por lo que más quiera, señor alcalde.

-.: Te quedarás siendo el segundón en esta santa casa.

-.: ¡Señor alcalde!.

-.: Bueno, ya veremos a ver lo que podemos hacer. Que pase José y, tú retírate por ahora.

Al oír aquello, no sabía qué hacer mi padre; si marcharse o quedarse para hablar con el señor alcalde y tomando fuerzas de flaquezas entró en el despacho expresándose como pudo. Fue bien recibido por la primera personalidad de la Casa Consistorial y con bonitas palabras y no menos

bellos gestos, se despidió mi padre con una promesa de esperanza la cual no llegó nunca.

Éramos ya mayores y mi padre nos instaló por nuestra cuenta, dándonos a cada uno y según la edad y la familia, los burros y mulos que creyó conveniente.

-.:Creo que debo dejaros libres. Mi hijo mayor, Andrés, se ha casado y vosotros dos estáis en fecha de buscar novia. De modo que he decidido dejaros cualitativamente lo poco que tengo, menos la casa, que seguirá siendo de vuestra madre y mía. Por lo menos que la pobre de vuestra madre, tenga un techo que la cobije.

-.: No queremos nada padre, solamente deseamos seguir contigo.

-.: Calla y déjame hacer a mí.

Me tocó seis burros, al mediano ocho y a mi hermano mayor nueve, más el carro nuevo, que era mayor que el que me tocó a mí.

Ni corto ni perezoso fui de obra en obra ofreciéndome y como cobraba poco, ya que no me hacía mucha falta el dinero, tenía más trabajo que podía.

Iba de pueblo en pueblo acarreando almendrilla y en una de estas idas y venidas, recuerdo que en una carretera de tierra, vi a una bella moza lavar un cesto de ropa, a orillas de un río.

-.: ¡Qué pequeña la tienes!.

-.: Pues conste que esto sirve para algo.

-.: Lo primero que no te debías haber puesto hacer eso delante de una señorita.

-.: Y tú, no decirme nada.

-.: Pero si la tienes muy pequeña: ¿Tú crees que sirve para algo?.

Sin responder, me fui hacia ella tarándola de un empujón al suelo y le demostré que sí servía para algo aquella cosa. Llamaba a voces a sus padres, pero éstos se encontraban lejos y no la oían. No paré hasta consumir bien la faena, brindándosela a ella misma y a su padre, por el desaire que me había hecho, al verme orinar.

-.: ¡Bribón, ladrón! que eres un guarro. ¿Sabes lo que me has hecho?.

-.: Sí.

-.: ¿Y estás conforme?.

-.: Sí.

-.: Si pasa algo debes ir hablar con mis padres,

-.: Que lo disfrutes.

-.: ¡Bandido, ladrón!.

Conseguí juntar algún dinero, bueno, algo más que algún dinero y cambié los burros por un par de camiones, que enseguida me empezaron a dejar sus buenos dividendos, ya que eran más rápidos que los burros y por supuesto estaba más solicitado que una bella en su ventana.

Comencé a fumar puros y hacer mi primera contabilidad, ya que el banco me pasaba todos los meses las cuentas de sus operaciones, hasta que

amansé una pequeña fortuna como sin darme cuenta; de modo que separé una cantidad para algo eventual o lo que se terciase en la vida.

No tardó en aparecerme un negocio que yo cría beneficioso para mí; era un molino de harina.

-.: Digo que te tocará dentro de tres cuartos de hora, eres el tercero.

-.: Necesito que sea ahora, tengo que ir a pasar la siesta a casa .

-.: Guarda el burro en aquel establo y tú éntrate en esa casa.

-.: ¿Dirás, en ese pesebre?.

-.: No lo veo yo tan mal.

-.: Sí, hombre; vente con nosotros

-.: Tú no te entres en conversación Bernardo que necesito llegar al pueblo, sabes Bernardo, que necesito salir pronto hacia el pueblo, está a bastantes leguas y me coge la siesta en el camino.

-.: ¡Toma!, y nosotros: ¿Qué crees que hacemos?.

Había todos los días una disputa por si yo era el primero y el vecino el segundo; lo cierto es, que nadie quería moler su grano después que el otro.

Recuerdo muchas anécdotas, pero hubo algunas de ellas que me marcaron la existencia de mi vida, unas más que otras.

-.: Pepe.

-.: Dime, Andrés.

-.: He cogido este poco grano espigando y quisiera que me lo molieses entre medio de alguno que tenga bastante y me des dos cuartillas.

- .: ¿Dos cuartillas?; si apenas son dos celemines.
- .: Bueno; yo te lo pagaría.
- .: ¡AH!, en ese caso te pones al habla con el amo de la harina y se lo pagas a él.
- .: No,,; te lo quiero pagar a ti.
- .: ¿Por qué?.
- .: Porque el otro me lo cobraría.
- .: ¡Toma!, y yo también.
- .: Pero el otro, querría dinero.
- .: ¿Y tú que me vas a dar?.
- .: Detrás de aquella cuadra o metidos dentro, lo que quieras, pero en carne.
- .: ¿No se?.
- .: ¡Dudas!. ¿Qué clase de hombre eres?.
- .: ¡Mujer!, estás . . .
- .: Entonces. ¿Es que no tienes eso?.
- .: Mira; veré si te lo puedo dar.
- .: Quiero pagar. No quiero que me lo echés en cara el día de mañana.
- .: ¿Y esto no es peor?... .
- .: Tú eres un hombre y yo una mujer necesitada: Creo que no dirás nada, por mis siete hijos.
- .: Si todas las mujeres necesitadas, venís aquí, no me va a quedar fuerzas para nada.

-.: ¿Por qué venga yo, te acobardas?.

-.: ¡Sí son ya quince, las que han venido este mes y estamos a veinte!.

Bueno, éntrate dentro de la cuadra.

¡Qué vida llevaba!, el que tenía, era y valía algo: Aquel capullo que retoñecía sin fuerzas en la corola, había que aliviarlo dándole los necesarios alientos, para que saliera hacia delante y para ello era menester hacerle mamar bien la tetilla, con dinero en mano, unas veces y, otras con viandas succulentas, donde sacar a toda una familia, si aquel capullo se convertía en rosa de otoño. Se veía al mismo rosal, agradecido y sonriente a tu paso, dándote las gracias, acariciándose la tripa llena de la cocina colgada en el doblado de tu casa: Cecina.

-.: ¡Adiós!, señoriíto.

-.: Ves, con Dios, Pascual. ¿Y tu chica?, hace tiempo no la veo.

-.: ¿La mayor, claro está?; se la mandaré mañana a su casa, señoriíto, para que la vea. ¿Qué le pasa?, no tiene fuerzas, se cae.

-.: No, no es nada.

-.: Pues mi señora, que se encuentra con una salud increíble, va a pasar dentro de poco por aquí.

-.: ¡Ya; ya la he visto.

Se contaba por perras chicas el dinero que había en casa de estas gentes, mientras que en la mía, que era un solterón empedernido, se empezaba a contar por pesetas y más tarde por duros; nunca y, esto lo puede decir muy



alto, pasé de la perra chica o gorda a la peseta por reales; fui sencillamente directo amansar una fortuna de poco a mucho.

Lejos de mi imaginación estaba en que mis días de soltero daban a su fin; pero que por aquello del destino averigüé, no sé cómo, una mañana, que unos señores muy afamados y terratenientes, con bastante dinero, vendían un Almazara en un pueblo cercano al mío, que por razones de cariño y sinceridad no le miento en mi grata narración.

La penuria era solamente de aquellas gentes y no del que por degustar un clasicismo, lea afligidamente este esbozo de Saga, hecho en mi propia casa. Así que por signos sentimentales, no quiero acordarme para escribir y sí llevarlo en mi pensamiento en mi corazón, la villa agrícola y ganadera; de modo que no puedo pensar en aquel lugar, esta vez de Extremadura, donde había un hombre rico, con una olla llena de miel y de garbanzas, para todos y con un Espíritu mayor que las mismas estrellas, pese a que he tenido que relatarles hechos que en sí, creo eran primordiales para comprender esta obra en sus comienzos.

De verdad, créanme, estaba cansado de tal vida y de que todas las personas se inclinasen a mi paso, no sabía como agradecerse y por lo tanto pensé en darlos trabajo a la mayoría comprando dicho almazara, con el simple hecho de apaciguar las voces de mi conciencia, que por otra parte fue arrastrada mi alma por esas mismas gentes y por su poco saber

intelectual y la mucha miseria en que se encontraban: No obstante quería hacer una obra de caridad y poner mi alma en paz y al servicio del bien.

-.: No me mire usted así.

-.: ¿Pero tú, Pepe, eres capaz de comprarme el almazara?.

-.: Le digo a usted que sí.

-.: Son unas trescientas mil pesetas y la escritura, a parte de una hipoteca que dicta sobre ella de ciento cincuenta y nueve mil pesetas.

-.: Estoy dispuesto hacer frente a todo.

-.: Se va a entrapar, lo estoy viendo Pepe.

-.: Yo veo lo contrario, tengo ayuda

-.: Esa ayuda: ¿Qué es, o quien es?.

-.: Los jornaleros.

-.: Se entrapa más todavía. Quien ayuda al obrero se hunde.

-.: Eso lo dice usted, señor Díaz: Ha vivido solamente en la opulencia y no ha convivido nunca con ellos.

-.: Son ellos quien me tienen así.

-.: Son sus propios méritos ,y perdóneme, quien le tienen de la manera en que se encuentra.

No tardó en aparecer el ama de la casa: Era una señora alta y fuerte, pero de gestos refinados y gusto exquisito, con la que se quedaba uno a gusto de haber hablado con ella: No a poco llegó su hija mayor, Felisa: Una muchacha encantadora, rubia trigueña y esbelta, con una figura deliciosa de

las que hay pocas para olvidar; desde un momento quedé prendado de ella. Nuestras miradas trasmitían fuego en su interior cuando se cruzaban, para más tarde quedarse fijas, mirándonos uno al otro y hablándonos en silencio, con bellas palabras y deliciosa fonética.

No decían cosas de amor, pero sí era, dicha mirada, el prelude de un gran desenlace dentro de nuestra comedia.

-.: Perdóneme, señor, me presento así: He estado viendo a Marcelo el guardes, que es un flavo dentro de la forja.

-.: ¿Cómo dice usted?.

-.: Debe perdonar a mi hija mayor, señor; estudia en unos de los mejores colegios de monjas en Madrid y su gusto es el vocabulario, sabe Pepe.

-.: ¿El qué?.

-.: Las bellas palabras finas.

-.: ¡AH!. A mi también me gusta dicha boca.

Se puso Felisa, roja como un pimiento morrón y su padre, el señor Díaz, salió a su quite dándome unas palmaditas en la espalda para llamar mi atención.

-.: ¡Bueno!, lo dicho. Mañana o pasado viene usted por aquí e iremos al notario para cumplimentar las escrituras. ¿No tiene usted el talonario?.

-.: ¿El qué?.

-.: La forma de pago

-.: Sí, aquí tengo el cheque

-.: Es de la capital esta cuenta, no puede ser cobrada aquí; por lo menos no la puedo cobrar antes de un mes.

-.: ¿Pero a usted le pagan lo de otra sucursal?

-.: Tengo bastante crédito.

-.: Veo que esto no funciona todavía como es debido.

-.: Ni hablar

-.: En tal caso, le haré unos pagos fraccionarios.

-.: ¿Y eso?.

-.: ¿No comprenderá usted que voy a traer todo el dinero de una vez?.

Era lo que yo quería, visitar aquella casa algunos días más y la damisela se convertiría en cordera pascual en pocas horas, así que salí de allí despidiéndome hasta el próximo día.

Me acompañó hasta la puerta el padre de Felisa, pero el camino para salir del pueblo me lo indicó ella. No pasó nada y me porté correctamente, dándole la mano, estrechándosela un poco fuerte por la fiebre del desatino al atraerme, pero mis impulsos fueron dominados por mí mismo.

No pude dormir en toda la noche pensando en los ojos y en la figura esbelta, que más bien parecía un querubín, que una persona.

Me levanté muy temprano; di instrucciones al molinero, ya que yo me iría del molino, preparé los camiones para que los chóferes fuesen a por una carga de pellicas de ovejas y las llevasen a ciento veinticinco kilómetros, ganado buenos dividendos por ello.

Mi contabilidad iba aumentando y por lo tanto tendría que tener otros libros y llevarlos como buenamente supiera, ya que las cuentas se me daban bien y el manejo de la vida lo iba capoteando perfectamente.

-.: Viene usted temprano, Pepe.

-.: No le he querido hacer esperar a usted, señor Díaz.

-.: El señor notario estará acostado todavía.

-.: Esperemos aquí, si no le molesta.

-.: No Pepe, espere en mi casa, si es su gusto

-.: Veo que están los dos en perfecta práctica.

-.: Sí, señora Amalia.

-.: Tiene usted mucho interés por comprar el almazara. ¿Qué proyectos tiene?.

-.: Pues . . . Yo . . . ¿En la vida?.

-.: En el sentido de la vida ya sabemos que posee dos camiones y un molino; amén de quince jornaleros, entre ellos dos chóferes y sus ayudantes. ¿Qué proyectos?.

-.: Pues, tengo una edad . . .

-.: Crítica.

-.: ¿Cómo?.

-.: Una edad crítica para buscar novia. ¿No le parece a usted Pepe?.

-.: Sí señora.

Tuvieron que marcharse los dos a dar órdenes a los criados con respecto a lo que tenían que hacer el resto del día y, mientras yo me quedé solo en aquel patio a estilo andaluz, no tardando en aparecer Felisa, disponiéndose a regar las plantas.

Me acerqué a ella despacio y sin que me viera la tapé la cara preguntándola quién era.

-.: Eres Pepe.

-.: Lo has averiguado de inmediato

-.: Eres inconfundible

-.: ¡Tú sí que eres inconfundible!.

-.: Te lo agradezco, ¿No lo sabía yo?.

-.: Pues ya sabes lo que siento por ti.

-.: De verdad, que no lo sabía.

La tomé por la cintura y, poco a poco fui dándola la vuelta, a Felisa, hasta que conseguí quedarla mirando hacia mi persona.

Quedé estupefacto, al poder comprobar, que no se trataba de Felisa, sino de su hermana Cristina.

-.: ¡Cristina!.

-.: ¿Se asusta?. ¿Es que por el frente, le soy menos simpática?.

-.: No mujer, no es eso.

-.: ¿Entonces?.

-.: Es que . . . Yo . . . Bueno, quiero decirla . . .

-.: ¿Qué le soy más simpática todavía?.

-.: Que tiene un ángel en la cara, pero yo . . .

-.: ¡Vamos!, no se corte, señor Pepe. Le creo un caballero y lo que me diga, creo será de buen gusto.

-.: Si me disculpa, voy a buscar a sus padres, tengo que despachar pronto con ellos.

Quedé a Cristina con la boca abierta y esperando algo de mí; no obstante hizo una mueca con la cara muy significativa, comprendiéndola rápidamente yo, como de que mi persona era más bien tímida.

Aquel día no vi a Felisa en casa y pasé toda la tarde preocupado y malhumorado por ello, así que me fui al molino para trabajar como nunca, debido a los nervios.

-.:¿Cómo va la compra, Pepe?.

-.: Va bien, y está ultima.

-.: Acuérdate de mí; ya sabes que me gusta más la almazara que el molino.

-.: No te preocupes, primo José, te pondré en el puesto que más a gusto te encuentres.

-.: Es para agradecértelo; no esperaba yo menos de ti, Pepe. Ahora te voy a pedir un favor.

-.: ¿Tú me dirás?.

-.: Ves esos sacos?.

-.: Sí.

-.: Pues son de el tío Bernardo, no viene desde el otro día, por lo menos hace tres y creo que como siga sin venir, va a germinal el trigo en los sacos.

¿Qué hago?; los muelo.

-.: ¿Qué le pasa al tío Bernardo?.

-.: He preguntado y dicen que está malo.

-.: Entonces, muélelos. Siempre que puedas ayudar, hazlo.

-.: No sabía yo ésta faceta en ti

Se retiró mi primo José para dar órdenes y ayudar a moler el trigo, quedándome solo en el almacén del molino. Bien poco tardó una mujer en dar presencia viva a su persona, a parte de tocarme con los glúteos intermedios, me apartó rozándome con los pechos y dejándose ver al agacharse todas sus carnes.

-.: ¡Venga!; ayúdame, ¡Caray!.

-.: ¿Qué buscas?.

-.: Mi harina.

-.: ¿Sabes cual es?.

-.: Tengo tres cuartillas.

-.: Entonces serán aquellos dos sacos.

-.: ¿ Y tú por qué lo sabes?.

-.: No hay otros parecidos a tres cuartillas: Un saco mediano lleno y otro a la mitad.



-.: Creía que estabas un poco despistado en el molino, no te veo mucho por el.

-.: Todavía distingo y lo hago bien

-.: Por lo menos te fijas mucho

-.: ¡Mujer!. ¿Si tú quisieras?.

.: Échame otra cuartilla, ¡anda!, antes que vengan los demás. ¡Pero venga!.

-.: ¿Entonces?.

-.: Tú échala.

Me quedé sin media cuartilla y sin caramelos, lo único con que me pagó fue con dejarme tocarla los tobillos, acto seguido llamó a mi primo José con desatino.

-.: ¿Qué quieres mujer?.

-.: Dile a éste, que soy clienta asidua y de las mejores. ¡Muy buena!.

-.: Sí, señor; ¡muy buena!.

-.: Ya lo creo, José, se lleva una buena ración de harina.

-.: ¿Pero a ti también?.

-.: ¿Qué quieres?.

-.: Sumados los operarios que estamos aquí y la de hoy, contigo, se cuenta medio carro de harina.

-.: ¿Así por las buenas?.

-.: Por las buenas, Pepe.

-.: ¿Pero nada de nada?.

-.: Ninguno, Pepe.

-.: Ya tengo yo a quien pagárselo.

No pude dormir por la noche, pensando si la hermana de Felisa, la hubiese dicho algo a ésta, de lo que pasó por la mañana.

Muy temprano llegaba yo a casa del señor Díaz y por pronto que hubiese aparecido, ya me estaban esperando el matrimonio, sentados en el patio con su hija Cristina.

Mi mirada buscaba por todos los rincones para poder divisar la figura esbelta de Felisa, pero no pude verla ni un solo pelo de ella.

-.: Siéntese aquí, Pepe, cerca de la niña, se encuentra el pozo y tendrá usted mas frescor.

-.: No hace hoy mucho calor.

-.: Se espera que lleguemos a los cuarenta y dos a la sombra. Sería conveniente que fuésemos aleccionando las tareas para hoy a los gañanes; ¿no te parece?.

-.: Sí, mujer. Pepe nos sabrá perdonar; marchémonos Amalia.

Nos quedaron solos, a Cristina y a un servidor, en tales circunstancias de desatino para mi persona, al darme cuenta que no divisaría a Felisa: Yo miraba para todas las partes y contornos de la casa, pero no veía ni rastro tan siquiera de donde podía andar tan bella moza.

-.: ¿Dónde está Felisa?.

-.: En su cuarto.

-.: ¡Llámalala!.

-.: ¿Creía, que sería mejor esperar aquí, tú y yo solos?.

-.: Llámalala

-.: Primero hablaremos algo.

-.: ¿De qué?.

-.: De nuestras personas.

-.: Yo tengo que decir poco de la mía, por lo tanto, si no te sirve de molestia; haz el favor de llamar a Felisa.

-.: ¿Entonces, las lisonjas de ayer, se han esfumado?.

-.: Lo siento.

Salió más que corriendo, con los ojos humedecidos hacia uno de los cuartos de casa. Su impulso desesperado lo comprendí rápidamente y esperaba que ella lo comprendiese también y se calmase del todo.

Vi como se cerraba sigilosamente una ventana, que había permanecido entornada todo el tiempo y hasta pude oír un suspiro de alivio, salir de unos pechos de mujer.

No comprendía nada; si era la madre de Cristina, tendría que estar dolorida por la escena que había presenciado hacía unos momentos: Así que cada vez comprendía menos tal situación, un poco ridícula, en la que estaba metida mi persona; por lo tanto, sufría mi propio Ego, al rechazar toda clase de trato, no comprendidos pro mi simple intelecto.

A Felisa no la pude ver tampoco aquel día y ya comenzaba yo a desesperarme; salí de aquella casa sin ganas de volver ni de poner un pie en ella tan siquiera.

-.: Pepe. ¿Te pasa algo?.

-.: No me pasa nada José: ¿Que no sé si comprar el almazara?.

-.: ¿Después que tienes dado ya doscientas cinco mil pesetas?. Es una locura; se quedaría con ellas el señor Díaz.

-.: No me importa.

-.: ¡Ten valor!.

-.: ¿Pero si por dinero no es?.

-.: Más a mi favor. Entra mañana en esa casa y si te han hecho un desaire, arremete contra ellos con tu labia, que no es poca y achícalos, después de haberlos pagados hasta la última perra chica del almazara.

-.: ¡Eso!. Arremeteré contra ellos.

Tenía decidido pisar fuerte al siguiente día en dicha casa, pero no haría como los otros días, que me presentaba lo más temprano posible; esa vez iría tarde, lo más tarde que fuese necesario: Para ello me fui a trabajar al molino hasta las diez y sobre las once me encontraba en el patio de la casa de Felisa.

-.: Pepe, se ha hecho esperar usted.

-.: ¿Hoy de usted?.

-.: Es nuestra costumbre; pero siéntese. Suponemos que trae el último pago.

-.: Desde luego.

-.: Se lo comunicaré a mi marido, que le ha traído usted el último pago: Le ha estado esperando hasta ahora, pero ha tenido que hacer dentro.¿Sabe?.

-.: Lo comprendo.

Por supuesto y que decir tiene; Cristina se encontraba haciendo ganchillos en el descanso del patio. Me acerqué sigiloso y después de un buen rato me anteví hablarle.

-.: ¿Qué haces?.

-.: ¿Creía que no me ibas a decir nada?.

-.: Me permites que me siente en esta silla.

-.: ¿Tan cerca?.

-.: Quiero ver como se va confeccionando los bolillos.

-.: Están bien ; permitido.

-.: Tienes hoy mucho escote.

-.: No toques, Pepe. Si te molesta me pongo otro vestido.

-.: Sabes bien tú, que a mí no me molestas.

-.: ¿No quieres ver a mi hermana Felisa?.

-.: Estando tú aquí que me das conversación no hace falta.

-.: Conversación sí, pero quita esa mano de encima de mi muslo.

-.: Estoy observando la calidad del fleco de tu bata.

-.: ¡EH!, que por dentro te puedes quemar.

-.: ¿Es que esa puntilla? . . .

-.: ¿Qué puntilla, ni nada?, ¡Pepe! . . . ¡Estate quieto!.

-.: ¿Pero donde vas?.

-.: A cambiarme de vestido.

Quería desquitarme o para mejor decir, desengañar a la chica y no sabía yo como lo podría hacer, de tal manera que no dañase su susceptibilidad.

Tardó en aparecer en el porche de al lado, semi-oscuro, por la frondosidad exuberante de la vegetación que se encontraba en dicho lugar. No sé lo que haría, pero como tardaba en salir de allí, decidí penetrar en el recinto semi-oscuro.

-.: Llevas un vestido muy bonito. No sabía que regases con tanto garbo y salero las plantas, desde donde yo me encontraba no se distinguía bien lo que hacías.

Solamente se oyó una risa, como asestando con la boca y un suspiro; parecía que la había gustado la lisonja. Por lo tanto, decidí arrimarme a su trasero, hasta rozarla con mi hombría, totalmente. Ésta no se inmutó, solamente miró unos segundos hacia atrás y me sonrió: Yo al ver esto, no pude más dejándome caer sobre sus espaldas, acogiéndome fuerte al timón, que en este caso era lo que sobresalía de su cuerpo, para no caerme.

Noté un bulto demasiado voluminoso, para ser de Cristina y por otra parte, la respiración parecía de una persona mayor.

No pude saber de quien se trataba; pero no podía ser otra que Cristina, ya que en ese lugar no había más personas que ella. A la voz de su padre, salí

presto a la luz solar y viendo a éste, entablamos una grata conversación que duró hasta bien entrada la media mañana.

Me fui, con los sentidos aguzados, esta vez, de la casa, ya que tal persona tenía que ser por lógica Cristina, pero su cuerpo vestido parecía otro que como la estaba poniendo mi pensamiento. Obsesionado por la moza y, sin poder olvidar a Felisa, no probé bocado dicha noche, ni tan siquiera dormí, debido a que me encontraba en todas mis fuerzas.

Bien temprano se encontraba el patio solo; me había recibido un criado y me hizo penetrar a el, diciéndome que esperara allí. Vi pasar como una flecha a Cristina, desde la puerta que daba al despacho de su padre, hacia unas habitaciones: Me miró, sonrió y con un poco de picardía, me pareció que me guiñó un ojo. Yo al ver lo que hizo y exaltado por el fuego que llevaba dentro del día anterior, corrí tras ella.

-.: ¿Dónde estás?.

-.: ¿Qué?.

-.: ¿Dónde te encuentras?.

-.: No entres, Pepe.

Me parecía, que la voz de Cristina, era más fuerte por la mañana; creí que se encontraba cascada a causa de un resfriado.

-.: ¿Dime por qué no he de entrar?.

-.: Me encuentro acostad.

-.: Estamos en feria; alégrate mujer.

-.: Estoy descansando para poder tomar un refresco esta noche en la verbena.

La suspicacia me decía que debía penetrar en el atrio sin luz y tal y como lo pensé, así lo hice.

-.: No, Pepe. ¿Te he dicho que no entres?.

-.: Deseo estar un rato contigo.

-.: ¿Estar?.

-.: ¡Bueno!, charlar.

-.: Me visto y salgo presta, Pepe. Vete de aquí.

-.: Es un momento de charla.

-.: Lo que me tengas que decir, es mejor que me lo digas a la luz del día y delante de mi familia.

-.: Antes, te lo quiero decir a ti, muy cerquita.

-.: ¡Que no!. ¿Qué haces, voy a chillar?.

-.: Si es al oído.

-.: ¡AH!.

Mi mano derecha, se posó en uno de sus muslos y noté como la corría la sangre a una velocidad de espanto: Era un muslo carnoso y bien tupido, como de una persona mayor. La afonía que tenía Cristina, la hacía respirar bastante fuerte, no estándose quieta por recelo.



Noté un pelo suave y sedoso, como nunca había tocado, en una cabeza redonda y bien formada; de modo que con la diestra la cogí un muslo y con la siniestra el pelo.

-.: Pepe, estate quieto: Hazlo por mí.

-.: No te preocupes.

-.: ¿Tú sabrás lo que vas hacer?; ya eres mayorcito. Piensa antes y recapacita.

-.: ¿Qué te pasa, no te puedes mover?.

-.: ¡Bueno!. Allá tú. Tú sabrás lo que haces.

Me dejé caer sobre ella, besándola desesperadamente en la boca y acariciándola el cuerpo.

Creí que iba a ofrecer más resistencia, pero hasta ella misma me ayudó en mis actos.

Con los brazos en cruz, abría y cerraba las manos: Poco a poco se fue acostumbrando mi vista a la semi-oscuridad, dejándome percibir unos ojos en blancos y un bochornazo por mi parte.

Era, nada más y menos, que Nati, la tía de Cristina; lo cual cuento, sin entrar en toda clase de detalles, para que comprendan, el querido lector, la trayectoria tan clara que tendrá, esta persona, en mi vida; posteriormente.

-.: ¿Qué te pasa?.

-.: Nada. Creía que eras Cristina.

-.: ¡Me haces polvo, hijo. Es a mí, a quien estás crucificando. ¡Es a mí!

-.: Perdona Nati.

-.: Me has tirado, los palo del candelero encima.

-.: ¿Dañada?

-.: Tengo, treinta y siete años, hijo, mi susceptibilidad se encuentra dañada en el amplio sentido de la palabra.

-.: Yo no quería.

-.: Me hice ilusiones con tus zalamerías. ¿Pero qué hacer?

-.: Retirarme.

-.: ¡Pepe!. Te falta ilusión.

-.: ¿Por qué?

-.: Se aflojan tus fuerzas.

-.: Entiendo.

Consumado totalmente, el acto, salí del cuarto oscuro, como una centella de rápido, sentándome en el recinto rectangular y amplio del patio, al frescor del pozo.

Mis nervios estaban que estallaban, debido al susto tan enorme que tenía; no sabía como iba a responder dicha mujer solterona, Nati. O si se había enterado alguien, debido al mucho ruido que hizo Nati con su garganta: temblaba como un junco azotado por el viento.

Pasaron unos minutos hasta que vi aparecer a la primera persona: Una escultura erguida y rubia, por lo cual me entró más pánico todavía.

Me pareció Cristina; ella no me había visto y al ir a desaparecer su cuerpo, al entrar en el despacho, observé atentamente de quien se trataba; era Felisa.

Se me alegró un poco el corazón y con el, se me agudizaron los sentidos, pensando la forma de poder charlar un rato con ella.

Me dirigí, ni corto ni perezoso, directamente al despacho encontré a Felisa leyendo un libro.

-.: ¿De qué se trata?.

-.: ¿Perdón?.

-.: El libro, ¿De qué se trata?.

-.: De cetrería.

-.: De . . . ¡AH, sí!. De eso: ¿Verdad?.

-.:Sí. Créame usted.

-.: ¿Y esa materia, es interesante?.

-.: Voy a marchar a la hacenduela; sitio agradable, para mí: Donde se encuentran todas clases de aves.

-.: ¿Para observarlas?.

-.: Me gusta cazarlas.

-.: ¡AH. ¿Es eso?.

Felisa seguía teniendo el mismo Ángel en la cara y me era tan simpática como el primer día: Al hablar movía las cejas con una gracia inigualable, lo

mismos que los labios; ya que estos, me parecían pedirme un algo de mi amor.

-.: Ese cañutazo, significa el comienzo de la misa. ¿Es un varganal?.

-.: Lo que usted mande.

-.: Prepárese, entonces, para marchar con mis padres al Abadiato.

-.: ¿Y usted?.

-.: Tengo una botana en el corazón, sobre su conducta. Me ha dicho mi hermana . . .

-.: Creía que era usted. ¡Palabra!.

-.: Me considero un damascado; por lo tanto veo como un figurón a toda su persona, por no llamarle futraque.

-.: ¿Pero su hermana, qué le ha dicho?. ¿Esas palabras y con el tono que usted las emplea deben significar mucho?.

-.: Para usted, son estas palabras una embrosca en su intelecto, pues veo que le tiene ofuscado. No quiero discreptar, más con usted.

-.: Yo le juro, que pensaba en usted, Felisa, no en su hermana.

-.: Me parece usted, de vez en cuando, un embeleco. Empingorota usted todo con tal aplomo, que parece desarrebozar a su interlocutor. Pero está bien: ¡Le creo!.

-.: ¿Me perdona?.

-.: Con dadivosidad.

-.: ¿Con lo que sea; pero, por favor: ¿Perdóneme?.

Fui a misa y; ¡que Dios me perdone!, estuve todo el tiempo observando la cabellera rubia de Felisa, por encima del hombro del señor Díaz; ya que los hombres, en la Iglesia, nos sentábamos a lo último de ésta: O sea, atrás. Una vez que hubo terminado la misa, los hombres esperábamos a las mujeres en la puerta de la Iglesia y, vi salir a Felisa majestuosamente de ella, parecía que tenía estudiado todos los gestos y hasta comedidos los pasos que iba a dar. Se me quedó la vista fija en su persona y, parecía que no respiraba, que el ambiente no me iba ni poco ni mucho; el ente que me rodeaba, para mí no existía.

Poco a poco fue apareciendo otra cabellera, esta vez morena, detrás de ella, era de su tía Nati; me dio un vuelco el corazón que se me puso en un puño. Me quedé quieto, sin apenas respirar y observé que Nati se limitó a darme los buenos días, cosa que me agradó; sabía que nunca me delataría.

-.: Bueno Felisa. ¿Creo volverte a ver con frecuencia?.

-.: Es costumbre dar una vuelta a la Feria, una vez que se termina el acto religioso. Tú ves con mi padre.

-.: Está bien, Felisa.

Me arrimé a su padre y como pude entablé conversación con éste, de que era una feria agradable, pero yo no perdía ojo a Felisa, dándose cuenta el señor Díaz y bien pronto, también se apercibió la señora Matilde, que yo estaba por su hija Felisa; no dejaba de querer conversación con ella siempre que nos cruzábamos en el camino.

-.: Os puedo invitar un refresco, en algún quiosco que existe en esta plaza.

-.: ¿No se?.

-.: Te invito a montar en eso

-.: Eso se llama; “Las barquillas”.

-.: Sí, claro; Te invito.

No respondió; en general hablaba poco Felisa; la veía inquieta y más preocupada del medio ambiente y de su persona, que de otra cosa.

-.: Os invito a un refresco . . . ¿Digo que os invito a un refresco?.

No contestaba ni parpadeaba; es más, la gustaba que anduviese detrás de ella alguien, como un perro faldero: Cosa que me molestaba muy mucho.

-.: ¿Digo que os invito a champaña?.

Ésta, volvió la cara hacia atrás, pues allí iba yo, y me limitó a contestar por lo bajo.

-.: Gomia . . . Fachendoso . . . Fatuo . . . Además ese hervor me sienta mal .

-.: Cuando tengas que parar la comitiva, dirígete a mi papá.

-.: ¡Mujer!, creía que no te molestaría.

-.: ¡Aquí no hay champaña!.

-.: Está bien.

Con mucho esfuerzo, logré que se arrimasen a uno de los quioscos que existían en la plaza, alzados al son de la feria; por lo tanto momentáneamente hasta que durase esta. Degustábamos una buena ración

de carne y un refresco, cuando en uno de los rincones laterales pude hablar con Felisa.

-.: Me alegra que podamos hablar a solas, un poco. Te habrás dado cuenta del interés que pongo por ti. Yo tengo ya una edad crítica; me lo ha dicho José.

-.: ¿Quién?

-.: ¡Sí mujer!. José. El molinero que tengo al cargo de mi hacienda.

-.: ¡Ya!

-.: ¿Tú piensas terminar tus estudios; bueno, la carrera?.

-.: Esa y tres más.

-.: ¿Cuanto tiempo presupones?.

-.: Cada una, según a la altura en que estoy, siete años.

-.: Que son veintiocho años.

-.: Exactamente.

-.: ¡O sea!; que si yo tengo veinticinco años y tú diecinueve . . . ? . . .

-.: ¿Qué quieres decir? . . . ¡ Estamos en publico! . . . ¡Cuidado con lo que dices!.

-.: Sí, mujer. Quería decir que para entonces yo tendría cincuenta y res años y tú cuarenta y siete; no quería decir nada más.

-.: ¡AH!

-.: ¿No sientes nada, hacia mi persona?.

-.: Sí, afecto.

-.: Ya es algo.

-.: Hábleme más despacio, que ya se yo por donde va usted.

-.: ¿No quieres que se entere nadie?.

-.: Ni las moscas.

-.: ¿Es que no me quieres?.

-.: Le he dicho, que solamente le tengo afecto. Por otra parte, le mentiría si le digo que le quiero. ¿Tal vea con el tiempo?.

-.: ¿Mira lo que haces?. Me das esperanzas; es tan malo eso, como burlarse de uno.

-.: No le ridiculizo; solamente digo que tal vez pueda ser, pero sin prometerle nada.

-.: ¡Está bien!.

Cuando llegué, por la mañana temprano, al molino, encontré a mi primo José malhumorado; había tenido que arreglar algo que yo no pude comprender. Los operarios, se movían torpemente de un lado para otro y sin saber lo que hacer.

-.: ¿Ese humor, a qué es debido?.

-.: Pepe, estamos dando fin a lo fuerte del año, pero si no, no soy capaz de aguantar aquí.

-.: ¿Por qué?.

-.: Estas piedras, ya no muelen; necesitan una mayor velocidad, un mayor impulso.



-.: ¿Tú abres bien el agua?.

-.: Totalmente, Asómate.

-.: Está bien. Se tienen que haber gastado con el tiempo.

-.: Estas piedras muelen siempre, Pepe; lo que pasa es que el palo generatriz , ya no aguanta más.

-.: Arréglalo.

-.: ¿Habrá que cerrar el molino tres días?.

-.: Comunícalo a los interesados. Da un plazo de una semana.

-.: Está bien.

Mi primo José, se pasó la mano por la cabeza, después de haberse quitado la gorra y haciendo muecas de quererme hablar, no sabía como iniciar la conversión.

-.: ¿Qué te pasa?.

-.: Ven a la presa, al muro de contención; le hace falta algunos retoques.

Me dirigí hacia el lugar que me indicó, seguido de él; a la altura de un tercio de la presa, me cogió del brazo y hablándome fuerte, ya que esta estaba arrojando poco a poco agua de entre las piedras, me habló claro y con sinceridad.

-.: Pepe. Esto lo hago yo con agrado; es unos retoques nada más, para que se sostengan las piedras. Les voy a dar una buena mano de cal, Lo que te intento decir es, que tengas cuidado con Felisa; ésa te retiene hasta que encuentre a otro de más alcurnia.

-.: ¡José!; ten cuidado. Felisa tiene mucha clase, pero la queda sentimientos.

-.: El padre, dicen las gentes, que es riquísimo. Tienen tres dehesas, siete camiones y quince yunteros, amén de treinta y cinco operarios fijos.

-.: Pero tiene una chica soltera y sin muchas esperanzas de encontrar a un chico, que la acomode en este pueblo. El mayor capital es el mío; no todos tiene un molino, cuatro camiones y un almazara.

-.: ¿Todavía no hemos visto la almazara?, no hables mucho.

-.: El señor Díaz, dice que los obreros . . .

-.: ¡Pamplinas!. Hoy por hoy, los beneficios son netos con cualquier negocio o teniendo una hacienda, por pequeña que esta sea.

-.: Pero los jornales . . .

-.: Los productos. Los jornales son ínfimos, y no lo digo por ti.

-.: La misma canción de siempre, Confía, ¡hombre!, confía.

No se me iba de la cabeza la idea de Felisa, así que no hubo pasado dos días me encontraba en su casa, para ir al notario con su padre. Íbamos a ultimar la compra venta; había que legalizarla y legitimarla.

Se encontraba Felisa vestida con el traje de los domingos, regando las flores del patio: Por lo menos, le tenía ya puesto hacía dos días, según me dijo un lacayo suyo.

-.: Esa gracia, tan impar, que tiene usted, para regar las flores es intransferible.

-.: Por lo que veo, aquí, todas las mujeres tenemos gracia para hacer las cosas.

-.: No Felisa. Usted es extraordinaria.

-.: Quíteme el apelativo.

-.: ¿Perdón?.

-.: Baje el tratamiento, Pepe, llámeme solamente de tú y no de usted.

-.: Como quieras Felisa.

-.: ¿Te gustan las plantas?.

-.: Sí, mucho.

-.: ¿Tienes una azuela?.

-.: ¿Para qué?.

-.: Te voy a dar esta maceta de pensamientos para que la siembres en la tierra, crecen mejor.

-.: Como quieras.

-.: ¿Pero tú tienes azuelas?.

-.: Pues . . . Yo . . .

-.: Sí: Trozos de tierras laborables.

-.: ¡AH!; tengo cinco.

-.: ¿Tú conduces?.

-.: Sí, pero tengo empleados para que me trabajen ellos.

-.: ¿Qué clase de estudios tienes?.

-.: La escuela. ¿Y tú?.

-.: Me faltan dos años para terminar Filosofía.

-.: La mejor Filosofía es la que dicta la vida y da a estudiar la conciencia.

-.: El intelecto, querrás decir.

-.: ¿vas a salir el domingo?.

-.: Tal vez.

-.: Ya nos veremos.

-.: ¿He dicho que tal ve?.

No daba muchas esperanzas por su parte esta chica; al decir verdad, me había estado examinando y en la materia que menos me gustaba: Había estado tocando la parte de mis posesiones y cuando se quiere de verdad no se mira si se tiene o se deja de tener. Creí que estaba acostumbrado a eso, estas gentes y no se lo tomé a mal.

Cuando volví a casa me encontré una citación de un juzgado de Madrid, por lo cual me apresuré a ver al señor notario y, entre este y su bufete, me recibieron muy cordialmente.

-.: No se preocupe que esta cita es para dentro de once días y antes sabremos de lo que se trata.

-.: Le digo que no tengo ni idea.

-.: Está redactada en unos términos ambiguos. Desde luego es algo de una transacción de bienes. ¡Ya veremos!.

No salí de mi asombro, ni daba crédito a lo que podría, verdaderamente, contener dicha cita, que al parecer, la tenían que haber hecho desde el

mismo pueblo; creo que era lo que correspondía y no fuera de la jurisdicción comarcal.

Pensé toda la noche en dicha cita y en las piedras de molino que no molían; así que cuando me levanté me dirigí, rápidamente, a ver a José, el cual me dio los peores informes que se han oído nunca.

-.: Estas gentes nos matan, si seguimos moliendo su grano de la manera que lo hacemos.

-.: ¿Qué pasa?.

-.: Sale triturado, pero nada más.

-.: Muele el pienso, solamente.

-.: Yo diría, que mejor es ponerse hoy día a quitar las piedras para su reparación.

-.: ¿Tienes un nuevo palo?.

-.: Le tengo desde hace dos días.

-.: ¡Eres genial!, José.

Como se pensó se hizo y se procedió a quitar la piedra pequeña; al hacerlo apareció en la de abajo un hueco con un sobre enrollado.

Tomé dicho sobre y procedí a leer su contenido; el papel que traía dentro era una compra venta realizada por mi abuelo, que en paz descanse, a un vecino del pueblo del inmueble del molino, pero no así el terreno.

-.: ¿No se qué decirte?, Pepe.

-.: José: ¿Esto va a moler bien o se quedará con falta?.

-.: ¿Según la maña que nos demos?.

-.: Estoy con dudas.

-.: No tienes por qué tenerlas.

-.: ¿Y eso?.

-.: Esto es ya muy viejo y hasta los mismos establos se están cayendo:  
Derrúmbalos.

-.: ¿No ves otra salida?.

-.: No. La fina es tuya; de modo que derrúmbalos.

Así se izo y en poco menos de dos días no existía piedra sobre piedra, de las instalaciones del molino: Para la presa, se empleó dinamita, conseguida a buen coste.

Yo tenía mis dudas y al cabo de siete días, me volví a presentar en el despacho del señor notario, totalmente nervioso.

-.: Señor Utrilla. ¿Dígame, si este papel, me compromete un poco?.

-.: Le compromete un tanto, está legalizado y legitimado. Señor Gómez:  
Traiga la notificación de Madrid.

-.: Aquí le tiene usted, señor notario.

-.: Esta notificación se refiere a lo mismo.

-.: ¿Ya ha recibido usted, respuesta?.

-.: Sí. Pero entiendo que se tenía que haber hecho desde el Juzgado Comarcal y no desde Madrid, como ya le dije en la primera entrevista que tuvimos.

Por otra parte su abuelo vendió el inmueble, lo que es el molino solamente, conservando el terreno; pero a quien se lo vendió, un tal Don Fermín Pacheco Exojo murió a los dos días sin que nada se supiese según sus familiares, hasta que un vecino del pueblo, entregó a un heredero del señor Exojo la compra venta, pues la tenía en su poder, en una venida de éste durante el anterior veraneo y, éste exaltado por los beneficios que queda el molino lo ha estado pensando estos nueve meses, que a mi simple opinión, no corresponde.

-.: ¡Está bien!

-.: Pero voy a consultar para ello. Usted no vuelva a tocar nada de las instalaciones del molino, aunque estas se caigan de viejas.

-.: ¡Imposible!

-.: Usted no las toque.

-.: ¿Le digo que imposible?.

-.: ¿Por qué?.

-.: Las demolí totalmente, todas, ayer.

-.: Muy mal hecho. Si hay denuncia es que antes se sabe a ciencia cierta que hay molino; hasta puede haber testigos de ello: En realidad así es.

-.: ¿Cuáles?.

-.: Todo el pueblo.

-.: ¿Entonces?.

-.: Puede ser, que esté penalizado.

-.: ¿No sabía nada?.

-.: Es propiedad de otro. Usted apóyese siempre de que no tenía idea del mal que hacía.

-.: ¿Qué camino tenemos?.

-.: La muerte del señor Exojo se produjo el diez de Mayo de mil novecientos veintitrés o sea treinta y dos años.

-.: ¿Qué significa eso?.

-.: Que ha tenido usted, explotando como suya, más de treinta años, dicha hacienda; lo cual parece ser que ya es de usted, al no reclamarla dueño alguno, durante esos treinta años.

Mal formulada la denuncia y pasados los treinta años, creí tener todo a mi favor; así que ordené a José viese la almazara, lo que aquí se llama “La Prensa” y calculase su producción: Las noticias de este no fueron halagüeñas.

-.: La almazara no vale para nada. Se le ha olvidado vender un pozo pequeño de aceite y; no quiero hacer juicios en falso, pero el manigero tenía ese pozo, ya que está formado de unos escapes: Le cogió de sorpresa la venta del almazara.-.: ¿Qué piensas hacer?.

-.: Vender este aceite y con el orujo que hemos podido recopilar, un camión, arreglar la fachada y poco más. Pero lo que es la prensa, no vale para nada, está anticuada y tiene los canales que van a los diferentes pozos totalmente rotos.



No sabía lo que hacer, estaba desorientado; solamente me quedaba los camiones y no en buenas condiciones, ya que estaban muy trabajados.

Con mi desesperación y mi angustia me encontraba, cuando me llegaron unos señores de Iberduero.

-.: Nos han dicho que tiene usted molino nos atrevemos a proponerle la traída de la luz eléctrica.

-.: ¿Qué significa?.

-.: Un potencial más en su rueda y un adelanto en moler el grano.

-.: ¿Y si se para la rueda?.

-.: No importa: El molino, puede estar inclusive en cualquier parte de este pueblo. Con un generador que pongamos, dará corriente a toda la villa, quedando encargado usted de cobrar la misma y de todos los gastos que se generen. A partes iguales, por supuesto.

-.: ¿José?.

-.: ¡Que está hecho!.

-.: ¿Pero José?.

-.: ¡Nada!. ¿Di que sí?.

-.: Está bien.

Temprano estuve esperando al señor notario cerca de dos horas y media y al ver que no llegaba me dispuse a despedirme de su bufete.

-.: Veo por la conversación que hemos tenido, que piensa hacer un molino.

¿Cuál era su consulta al señor Utrilla?.

-.: Si lo puedo edificar o no.

-.: Por lo que veo las instalaciones son nuevas, con nuevo formato; lo único que tiene que hacer es una cosa.

-.: ¿Cuál?.

-.: ¿Cómo se llamaba el otro molino?.

-.: “El Pedernoso”.

-.: Estaba dado de alta por lo que veo en Industria.

-.: ¡Por supuesto!.

-.: De el Pedernoso de baja en Industria y de alta el que va hacer con la denominación de “Fábrica de Harina”, con un apodo detrás si quiere.

-.: Señor Gómez, eso me costaría el ojo de una cara.

-.: No hay otro camino, viable, para su caso.

Se iniciaron las obras en un terreno que yo tenía a la entrada del pueblo y parecía; entre andamios, carruchas, ladrillos, sacos de cal, la obra del Escorial. Pero poco a poco me fui quedando sin dinero, pensando no volver a invertir en ninguna otra labor de albañilería hasta que me recuperase de mis pérdidas económicas.

Iba todos los días a visitar dichas obras y a recrearme en el edificio tan precioso que se estaba haciendo; por dentro había hasta baldosenes y se empleó las mismas piedras de molino con unas poleas enormes y unas ruedas de generatriz nunca vistas.

La obra estaba en su cumbre, cuando me acordé del busto de Felisa un tanto embebido por mi fortuna.

Con aire de grandeza acudí a casa del señor Díaz, para que me aconsejara éste sobre la almazara y al entrar en su casa lo primero que vi fue a Felisa platicando con el hijo del farmacéutico, Luis, que le quedaba un año para terminar dicha carrera.

-.: Si chica, nosotros lo pasamos bomba; máxime, te apuntas a la tuna y entre estudios de días y correr las calles por la noche, paso la época tonta de los estudios en mi carrera.

-.: Nosotras es un fastidio: Las faldas no van a ninguna parte.

-.: Buenos días a todos.

-.: ¡Hola!, Pepe. Mi papá se encuentra en el despacho; pasa a él.

-.: Prefiero quedarme un poco en el patio; vengo sudando.

-.: Lo único que hacíamos era contar chistes y narrar novelistas blancas.

-.: ¿De qué?.

-.: Sí, hombre: Cuentos de Hadas.

-.: ¿Cómo por ejemplo?.

-.: El gañán, se casa con la condesa.

-.: ¡Bonito enlace!.

-.: Ja. Ja. Ja . . . ¿Te imaginas?; él sin sabe hablar y ella . . .

--.: ¿Hace calor, verdad?. He venido sudando . . . Os veo muy alegres.

.: Es un absurdo

- .: Y que lo digas chica. ¡Un absurdo!.
- .: Con un tanto de sexos, se ve todo irrisorio.
- .: ¿Y de príncipes?.
- .: Está más tapetado de lo real. La gallefa tiene que ir más profundo al hollejuelo; se tenía que dar una forma no existente.
- .: ¿Da frescor el pozo: Verdad?.
- .: Y en revesar los términos para escarnecerlos más.
- .: Para contorcerse totalmente de risa.
- .: Solamente de pensarlo, me suenan lo huesos a mis veintidós años.
- .: Estás hecho un charal. Échale una gleba encima y no hablemos más del asunto: Tu guapería se estila más a lo principesco.

Mi pundonor no me dejaba de estar allí, no se me hacía ni caso; así que salí como una flecha a la calle y sin despedirme de estos.

Las gentes daban por hecho lo de Felisa y lo mío, pero es cierto que por no haber un galán más apuesto entre los dos; si lo hubiese habido, Felisa dudase un poco, ya que conmigo, estaba lo suficiente ilusionada como para admitir mi amistad, pero nada más.

Llegué que rabiaba a la obra de la fábrica; José que tenía una vista de águila enseguida se dio cuenta.

- .: Pepe. No vuelvas más por el camino que has traído.
- .: ¿Tú qué sabes?.
- .: No se cual es; pero te veo hecho una fiera y me da pena.

- .: Yo consigo lo que quiero.
- .: ¡Ya!. Me acabas de decir por qué camino has venido.
- .: ¡Por el de las ganas de ser!.
- .: Te creo, Pepe..
- .: De aquí para adelante hay que superarse: Reúne a todos mis operarios que les quiero hablar.
- .: Pepe; que el que más y el que menos, está hecho polvo. ¡Déjalos en paz!.
- .: Quiero hablarlos a todos; a los chóferes también.
- .: Eso, no lo ha hecho nadie.
- .: Tengo en la cabeza una cosa, para ello me tienen que ayudar todos.
- .: ¿Y vas a exponer tus problemas a unos asalariados?.
- .: Quiero que traigan todos dinero a casa como sea.
- .: ¿Cómo?.
- .: Trabajando doble, redoblando el esfuerzo y sudores en el trabajo.
- .: Te digo, que eso no lo ha hecho nadie.
- .: Uno tenía que ser el primero y ese soy yo.
- .: ¿Y qué piensa tu cabeza?.
- .: Una prensa nueva.

Dos días después se encontraban todos mis operarios reunidos en la fábrica de harina, para que yo los aleccionara de la situación y de la eventual posibilidad de un cierre; quedándose todos ellos sin trabajo fijo.

-.: Se que esto no se ha hecho nunca; pero mi conciencia me dicta el rendiros cuentas, que son bien malas. Estoy a punto de la quiebra total.

-.: ¡No! . . . No . . . No . . .

-.: Sí. Es doloroso deciros que el poco dinero que tenía me lo voy a gastar en la construcción de esta fábrica y que mis aspiraciones son mayores: Quiero poner una prensa nueva en la almazara, pero para ello tengo que contar con vuestro sacrificio en el trabajo.

-.: ¡Sí! . . . Sí . . . Sí . . .

-.: Para ello tenéis que trabajar de Sol a Sol; en una palabra, traer mucho dinero a casa, a ésta casa, que también es la vuestra. Os pido un sacrificio de esclavos, pero como os conozco y sé como pensáis, me imagino que este esfuerzo será mínimo para vosotros, estáis acostumbrados a cobrar poco o nada y a trabajar mucho. ¿Qué me decís, a esto?.

-.: ¡Sí! . . . Sí . . . Sí . . .

-.: Sabía que hasta os alegraba sentirnos explorados. ¡Maldita tierra!.

-.: Pero esas cosas, no se dicen a tus operarios.

-.: ¿Estáis avergonzados?.

-.: Nos sentimos, en parte, dañados en nuestro amor propio.

-.: ¿Por qué?.

-.: Queremos un amo poderoso y al parecer fuerte, aunque esté arruinado.

-.: Se han terminado las apariencias en esta casa desde ahora. Solamente os pido unos meses de sueño.

-.: ¿Y la Engracia, qué me va a decir?.

-.: La escribes a tu mujer, Es el bienestar en tu casa el día de mañana o buscarte el modo de vida como puedas y sin poder.

-.: ¡Está bien!.

-.: No os pido nada para mí; se repartirán beneficios y ganancias a partes iguales.

-.: ¿Pero tú sigues siendo el amo?.

-.: Sí. Yo sigo siendo el amo: Ver en mí esa torre que se alza de entre las casas.

-.: ¡Bien! . . . Bien . . . Bien . . .

Ni decir tengo que no volví a ver a ningún camionero, pero que estos cada vez que volvían al pueblo, ingresaban en caja su buena plata y hasta me enteraron de que el más rellenito; flaco se había quedado. Se alumbraban por la noche con antorchas y candiles de prensa, existiendo sus turnos y relevos como en cualquier fábrica y a veces ni eso; cuando el trabajo era fuerte se aunaban las fuerzas de todos.

Un día que estaba extenuado por el cansancio febril, más que carnal, llegó José con una nota, una citación, del señor notario.

-.: José, me parece que aquí nos piden dinero.

-.: ¿Qué vas hacer?. Deja una construcción, la almazara por ejemplo y no pidas prestado al Banco del dinero que quieres tomar: Medio millón de pesetas hoy por hoy y en el cincuenta y cinco, pesa mucho.

-.: La prensa cuesta trescientas y pico: Lo que siento yo que no hay maquinarias nuevas para la fábrica; se venderán dentro de poco, pero las que hay ahora no me gustan.

-.: Puedes tirar sin ninguna clase de artefacto, por ahora, en la fábrica.

-.: Sí: ¿Pero más adelante?.

-.: ¡Ya veremos!.

Desde luego fui a ver al señor Utrilla, a que me explicase el por qué del dinero pedido a mi persona.

Me recibió muy simpático y a la vez comedido, ya que no me quería dañar la susceptibilidad.

-.: Destruyó usted una propiedad privada y tiene que pagar el triple de lo que pericialmente valía en la compra venta.

-.: ¡O sea!: Que es como si comprase el molino de nuevo.

-.: En general se hace siempre esto.

-.: Pero es como dar el brazo a torcer.

-.: No lo crea: Es despedir a su denunciante con bandeja de plata.

-.: ¿No le da lo mismo que fuese de hojalata?.

-.: ¿Perdón?.

-.: La bandeja, digo.

-.: No es para bromas. Quiero decir, que no volverá a molestarle, porque se quedará conforme.

-.: Y yo sin dinero.



Pasaban los días y con ellos mi agobio, pensando y pensando en la ruina en que me encontraba, no me daba cuenta de que había abandonado a mis amistades, hasta que vi con gran asombro estar mirando la fachada y, sobre todo la letras de “Fábrica de Harina el Molar”, a Felisa.

No salía de espanto, pero al recuperarme un poco, bajé a ver lo que quería.

-.: Es un honor, para mí que estés aquí.

-.: ¡Déjate de honor!. No te he visto desde hace dos meses.

-.: Sí, desde que embelesada con el caballero Jesús, no te enteraste, ni que desaparecía del cuadro escénico.

-.: Sí; Saliste sin decir nada.

-.: ¿Qué me dices a eso?.

-.: Nada absolutamente. Era fútil y feble en su pensamiento tal chipilín.

-.: Sea, lo que sea; ya signifique una u otra cosa esas palabras, tú estabas acaramelada con él.

-.: La educación lo exige.

-.: ¿Nada!. No me convences.

-.: No te enajenes ni te encapirotes: Veo que eres un fragüin en la celosía de tu amor; lo cual me agrada.

-.: ¿Déjate de idiomas y háblame en cristiano?.

-.: La fonética si es culta; tres veces bella. Presiento fucilar la retina de tus ojos.

-.: No se que será: Pero es de rabia.

-.: Nuestra verbosidad se puede davalara hacia otros derroteros: Como veo que eres un chacota, te diré con chunga que la fachada es de buen agrado.

-.: Con chunca o fandangos, te digo que vuelvas pronto Felisa.

-.: Eres tú quien debes visitar mi casa.

Dicha visita me refortaleció un poco en mis quehaceres cotidianos, quedándome mas ganas para continuar mi trabajo con fuerte lucha: Nos preparábamos para comenzar el turno del sábado, cuando vi aparecer por las obras de la fábrica a Don Casimiro, el cura Párroco de la localidad. En principio me alegró un poco la visita de cordialidad, según mi opinión, pero cuando éste se iba acercando, vi entre los cristales, su cara; tersa y apurada por un pensamiento cristiano y noble.

-.: No es el día de la inauguración, pero me agrada su visita.

-.: Se lo agradezco; pero lo que me trae aquí es muy diferente a que sea una visita rutinaria. La Ernesta, la Julia, La Engracia, la Paca . . . y todas las demás señoras; un sinfín de esposas desconsoladas y rotas por el llanto de ver colgado de un andamio, al que nunca supo de tales hechos y desconsoladas por no poder divisar ni un minuto del día, en sus casa, a sus queridos maridos: Hijos que lloran, llantos que no hay palabras de alientos de sus madres, para calmar el ansia de cariño paternal que tiene las criaturas. Casas vacías de ese amor de cónyuges y otras sin cariño de esperanza divina; me refiero a la Iglesia. Todos los días a las seis y más

tarde a las ocho y media, digo misa: ¿Y para quién?. No hay Gula por parte del Señor Obispo, que Dios guarde muchos años.

-.: ¿Así sea?.

-.: ¡Bien!. Digo, que Dios guarde muchos años, ya que la circular Pastoral del último sábado, es que vayan todos los feligreses de mi parroquia a misa y no se trabaje los domingos.

-.: No se preocupe, señor Párroco, que si el señor Obispo lo manda, aquí se para toda clase de trabajo.

-.: Hijo: No esperaba yo menos de ti. Y da luz; luz de sabiduría divina a quien lucha y se desvela, día y noche, por ti. Me refiero a tus obreros, que con ansias de tener un capitán y de poder ganar unas perrillas en su jornal, cotidiano, olvidan el santo deber de sus quehaceres para con los suyos.

-.: Este capitán, se expresa diciendo, que de aquí en adelante se trabajará solamente por el día.

-.: Y a ciertas horas. Da descanso a esas Almas, que pongan en paz y en gracia de Dios sus Espíritus. Dirige tu barca por aguas mansas y no las llesves al precipicio, porque van; les gustan sentirse esclavos.

-.: En mi casa no habrá más esclavo que yo: Esclavo de los demás.

-.: Ni tanto, ni tampoco: ¿Caridad?.

No hacía mucho que se había ido el señor Cura, cuando apareció un alguacil trayendo una orden del señor alcalde, para que se parase el trabajo los domingos: Se me ponía cuesta arriba la cosa, pero Deus gracias, la obra

estaba prácticamente terminada; solamente faltaban algunos retoques, que por su carácter de finos, se tenían que hacer a la luz del día, como chapar y pintar las paredes.

Pensé en la obra de la almazara; estaba en todo su apogeo y entre el ir y venir de un pueblo a otro, se me estaba terminando todo el dinero en gasolina.

-.: Creo, Pepe, que debías marchar para visitar las obras de la almazara.

-.: Está bien. Estoy esperando a que termine la mano que están dando de pintura a las paredes.

-.: Debías ir el domingo, ya que aquí se para el trabajo y así aprovechas para visitar al señor Díaz; vamos, si es tu gusto.

-.: ¿Querrás decir a Felisa?.

-.: No; me has oído bien.

-.: ¿Qué le pasa al señor Díaz?.

-.: Se encuentra bastante malo; ha caído de repente y nadie se explica las circunstancias, ya que los médicos no le encuentran nada. Ha ido a Madrid y por falta de diagnóstico, está otra vez, ése señor, en su casa.

-.: ¿Tan rápido se han sucedido los hechos, que no me he enterado hasta ahora?.

-.: Vertiginosamente; ya te digo, de la noche a la mañana. Por otra parte, te tengo que decir, que me mandaste al almazara con ansias de que se agilizaran las obras: ¿Verdad?.

-.: Sabio razonamiento.

-.: Los canalículos que conducen a los pozos, más de la mitad de estos mismos están terminados.

-.: ¡Bien!.

-.: Lo malo es que técnicos en maquinaria no somos ninguno.

-.: ¿Y eso?.

-.: La prensa no hay quien consiga, de entre nosotros, montarla a su perfección.

-.: Me dijeron, en la casa donde la compré, que me mandarían un especialista.

-.: Ya puedes ir reclamándolo. Nos es difícil su montaje.

-.: José . . . El plazo del primer pago del banco, ha llegado ya, es el día veinticuatro, antes de la puesta del Sol.

-.: Lo se, Pepe. He venido a por mi hucha.

-.: ¿José; no digas?. ¡Tú! . . . No puedo aceptar.

-.: ¡Ya!. No te preocupes; me lo pagarás cuando puedas.

-.: ¿Será tarde?.

-.: He dicho, cuando puedas.

Llegó el domingo y con él la marcha para visitar mi hacienda y al señor Díaz; así pude ver a Felisa.

Al viejo le encontré pachucho de verdad; se le veía en la cara y en las pocas fortalezas que le quedaban, un agobio de plomo horrorizado.

-.: ¿Cómo ha sido, señora Amalia?.

-.: ¡Ay!, hijo: Nos morimos su padre y yo: Felisa sufre mucho también.

-.: ¿Pero las causas?.

-.: ¿Ya las sabrás sin falta, si no te las imaginas?.

No se qué me tenía que imaginar yo; lo cierto era, que el señor Díaz estaba muy enfermo, y que a la señora Amalia se la veía también muy decaída.

Felisa apareció en el patio por una de las habitaciones, con cara de apurada, por lo que estaba pasando en su casa.

-.: ¿Te veo muy azarada?.

-.: ¡No es para menos!.

-.: Comprende, pero ya se pondrá buenos los dos; porque tu mamá, Amalia, está pachucha también.

-.: Hay que tener ten con ten y no ser un ternejal. Hay que chapotear a veces y hacerse el carilargo, cuando una persona dice que tiene los mayores compañeros al doblegar a una inocente.

-.: ¿Qué hacías?.

-.: No sabes, lo que te quiero decir. ¡Está bien!. Estaba hateando las de mi tía, porque se va a Santander.

-.: ¿Es posible, Cuando su hermano, el señor Díaz, se encuentra tal mal?.

-.: Lo es.

-.: No concibo, no puede entrarme en la cabeza. ¿Y si pasa algo?. ¡Dios no lo quiera!.

-.: No podrá venir; se quedará allí.

-.: ¿Es posible?.

Era raro aquella ida de Nati a tan larga distancia; pero bien a las claras estaba de que se iba; empezaron a sacar las maletas, mientras un carromato esperaba en la puerta la orden de marchar, Nati se despidió de sus hermanos llorando y dio sendos besos a sus sobrinas, cuando llegó a mi altura me echó una mirada, con los ojos redondos y saliéndosela de las órbitas oculares, muy relucientes, que me llegó hasta el mismo corazón. Me dio pena a mí también sin intercambiar palabras nos dijimos adiós, como se dicen los buenos amigos.

-.: Ese berrueco, ese joyel de mi tía, que nunca hizo mal a nadie se dispone a vivir la soledad más in crepita que ha habido.

-.: Siento lástima.

-.: Ya no es tiempo de lamentaciones. ¿Cómo va la obra?.

-.: ¿Cuál de ellas?.

-.: Las dos.

-.: Se puede decir, que una se ha terminado, la fábrica; la del almazara está más atrasada.

-.: La pecunia empleada debe ser mucha, por lo menos se gárrula tales dichos.

- .: Para la fábrica he tenido bastante.
- .: No lo consideres como dádiva esta plata, son los ahorros de toda mi vida; cojéelos y tú me lo pagarás cuando puedas.
- .: No Felisa. Es mucho dinero por lo que puedo ver.
- .: ¿Te digo que los cojas?.
- .: ¿Cuándo te lo iba a pagar yo?.
- .: Cuando puedas.
- .: Tarde, por supuesto.
- .: ¿Te he dicho, que cuando puedas?.
- .: Está bien. Ahora sí que terminaré todas las obras perfectamente.
- .: El domingo que viene, quedas invitado a una charanga en la dehesa que posee mi padre en “Peña Grande”.
- .: ¿Con lo malo que está tu papá, haces fiestas?.
- .: Tú no faltes.
- .: Como quieras.

Al llegar a mi pueblo, hablé con mi primo José y éste no pudo por menos que no dar crédito a lo que oía.

Era demasiado para él eso de darme tanto dinero y que se fuese hacer una fiesta el próximo domingo en honor del señor Díaz.

- .: ¿No ves extraño todo lo que está pasando en esa casa?. La tía se va a Santander, ¿A qué o a cuento de qué?. A no ser, que tenga que ocultar algo.



A ti Felisa te da tanto dinero, que no solamente puedes terminar la almazara, sino que te puedes comprar otro camión nuevo.

-.: No; pagaré el préstamo con el dinero que me ha dado Felisa.

-.: ¿Ese dinero, es imposible que sean los ahorros de Felisa, aunque fuesen los de toda la vida?.

-.: No pienses mal, José.

-.: Debe ser la herencia, que te ha dado parte de ella.

-.: No se ha hablado nada, de que el padre haya dejado el capital a las hijas.

-.: ¿No se?.

Decidí poner oídos a lo que se hablaba y en días sucesivos, no pude enterarme de nada absolutamente, así que me fui a visitar las obras de la almazara. Llegué en todo el movimiento de la familia Díaz, ya que habían visitado por lo menos dos veces al señor notario.

-.: Es difícil la cuestión que me plantea, tengo que consultar con unos compañeros para poderle aconsejar. Desde luego si el chico no ha nacido todavía, se le puede hacer una compra venta en nombre de su madre, pasando a éste, dicho capital, cuando tuviese uso de razón; mientras tanto sería usufructuaria su madre.

-.: Hágalo usted como quiera, señor Utrilla.

-.: Está bien, señor Díaz.

No quedó satisfecho del todo con esta operación el señor Díaz, que volvió al poco tiempo, otra vez, al señor notario, proponiéndole desheredar a sus hijas en detrimento del futuro heredero; según él.

-.: Ardua proposición: Para ello sus hijas debían ser malas moralmente y demostrarse por testigos; o que usted recibiera malos tratos por parte de sus hijas, señor Díaz.

-.: ¿Entonces?.

-.: Es difícil creer a tales imposiciones.

-.: ¿Imposiciones no?. Le estoy pidiendo consejos.

-.: ¿Cualquiera lo diría?. Anda usted con tanto imperativo, que yo supondría, señor Díaz, que sus ruegos son órdenes.

-.: Hágame un testamento. ¡Por favor!.

-.: Me tiene que traer la compra venta.

-.: ¿Por qué?.

-.: Está legitimada y legalizada. Usted tráigamela.

-.: Le prometo traerla; pero por favor, no quisiera salir de aquí sin el testamento que de prioridad de posesión a esa criatura.

-.: ¿Promete traerla?. Me refiero a la escritura.

--.: Le he dicho que la traeré.

.: No se debe de hacer; pero está bien, lo haré.

La voluntad del señor Díaz, se estaba cumpliendo fielmente tal y como él quería; lo malo era, que no sabía el rumbo que iba a tomar; entre las idas y

venida al señor notario, estaba enrevesado toda clase de ceses o bienes, a tal criatura, que todavía no había nacido.

-.: ¿Me cabe una duda, Amalia?

-.: A mí también hijo. ¿Y si no naciera la criatura con su uso de razón, o que no hubiese tal criatura por haberse malogrado?

-.: Lo mismo pienso yo: Se deshacen todos los papeles y en paz.

-.: Mira por tus hijas, que las has quedado menos de la mitad del capital.

-.: Esa criatura significa mucho para mí: Es mi sufrimiento, es mi vergüenza; es sangre de mi sangre.

-.: Es tu escarnio, consagrado al deber paternal.

-.: Me siento culpable de todo lo que ha pasado. Me muero Amalia, ¡me muero!

-.: Resiste hijo; resiste y lucha con todas tus fuerzas.

Las obras del almazara estaban muy avanzadas, ya que solamente hacía falta dar algunos retoques en los pozos; la maquinaria estaba bien puesta.

Lavamos los pozos y se quedaron todos limpios, parecían como espejos sus paredes de lo reluciente que estaban.

-.: Pepe, estoy pensando, que no debía ir a la fiesta del domingo.

-.: ¿Por qué dices eso, José?

-.: ¿No se?. Nadie da nada por nada. Siento miedo por el mucho dinero que te ha dejado Felisa.

-.: Hay que ser más sociables con las personas que te rodean y te demuestran confianzas.

-.: pero no tan confiado?. Bien sabes tú que yo te aprecio, hasta el punto de dar todo por ti: Lo que te digo me sale del corazón.

-.: Tranquilo José, que no soy ningún crío; se donde me hace daño el zapato.

-.: Eso es lo que quiero yo, que te des cuenta hasta donde tienes que llegar con esas gentes. Mira que Felisa te aprecia, pero solamente lo bastante para ofrecerte su compañía, pero nada más; no digo yo que el día de mañana no te quiera. A base de estar contigo todas las horas, por así decir, te tomará cariño.

-.: Creo que ese día, de que me tome cariño, está llegando.

-.: ¿Qué sea así?.

El molino estaba a punto de caramelo y los operarios que tenía en el, con ganas de saber lo que es la molienda en el nuevo establecimiento, solamente había un impedimento, que no habíamos contado con el; como las obras duraron tanto, los usuarios de mi molino, habían tendido que cambiar de local, estableciéndose todos en los otros dos molinos que había en el lugar, ofreciendo sus granos al mejor postor.

Me encontraba solo y sin clientes, hasta el punto que veintiún día después de abrir, allí no había acudido nadie. Un día llegó el tío Juan Sierra, con dos sacos de trigo para molerlos.

-.: Hijo, el pueblo lo ha tomado muy mal, que los quedases desamparados, sin molerles el grano y además tantos meses, Como hay unas colas en cada molino, que llegan por lo menos al pueblo, vengo a que me muelas tú el trigo que debo cambiar por pan de tres meses.

-.: Ha hecho usted lo propio.

-.: Espero no haberme confundido. ¿Tú crees que esto debe moler bien?.

-.: Le pago la harina si no le gusta.

-.: Conforme: Ahora me agrada más.

-.: No sea usted, señor Juan, desconfiado.

-.: ¿No se, hijo?: Pero molino que no esté en el río, poco debe moler.

-.: No han conocido, ustedes, más molinos que los del río y es normal; ya verá usted qué harina le damos.

-.: ¿Eso, quiero Yo?: Verla.

Era la primera vez, que íbamos a moler grano y estábamos nerviosos, pero mi primo José, que era siempre el más decidido, dio la marcha más fuerte que tenía la fábrica, la suma potencia y salió una harina blanca, como no la habíamos visto nunca por aquellos alrededores.

-.: ¡Ahí va!. ¿Esto qué es?.

-.: Harina, señor Juan.

-.: ¡Pero si así no la he visto yo en mi vida!.

-.: Desde ahora, la verá en éste establecimiento.

-.: ¿José, esto que es?. ¿No me habéis echado nada en la harina?.

-.: Váyase conforme tío Juan, que José no le ha tocado la harina para nada, está tal como ha salido de las piedras, es que estas tienen ahora más potencia y muelen mejor el grano.

-.: Confío en ti, Pepe.

La repercusión que tuvo la harina del tío Juan en el pueblo, me excuso decir, ya que llegaron por manadas trayendo cargas de grano a mi molino, dejando a los otros sumidos en una completa ruina, Estaba triunfando en todos los sentidos, hasta electricista tenía ya para arreglar mi fábrica y tener cuidado con el tendido del pueblo; claro está, pagados por la compañía eléctrica correspondiente.

Mis operarios se sentían como pez en el agua, por ellos pagaba mis buenos dividendos, no era una perra gorda como antes, pero sí lo suficiente para que los diesen los cupones y el día de mañana, cuando se jubilasen sacar una paga, un subsidio.

-.: Pepe. ¿Tienes confianzas con el señor Utrilla?.

-.: ¿Qué te ha sucedido?.

-.: Estoy muerto de miedo. Me acusa la madre de Nemensia, el haber tenido relaciones con ésta.

-.: Es lógico.

-.: ¿Cómo?.

-.: Te vi irte a la carbonera la ora noche con la madre de Nemensia. ¿Qué pasó?.

-.: Yo . . . Pues . . . ¡UF!.

-.: ¿Lo ves?. Lo sabe todo el mundo y se habrá enterado su marido y ésta lo disimula ahora con su hija.

-.: ¿Pero si Nemensia es una retrasada mental?.

-.: Y la madre otra. Pero esta ha enjuagado su culpa con la hija que no se defiende o no puede defenderse.

-.: ¿Pero lo que dice la señora Remedio, es que su hija . . . Sí hombre, ya me entiendes?.

-.: Pues no.

-.: ¡Vamos!; que está en un periodo avanzado.

-.: Tiene Ángel el camión parado tres días por enfermedad. ¿Verdad?.

-.: Pepe. ¡Que lo mío es más urgente!.

-.: A lo que voy. Cuando venga, que no debe tardar, muelen cuartillo a cuartillo; a la señora Remedio la quedamos hasta las ocho de la tarde.

-.: ¿Toda la noche?. ¿Qué la vamos a decir?.

-.: Nada, se romperá la maquinaria.

-.: Ya entiendo: ¿Y como queda siempre su hija sea un día o dos o lo que haga falta, al cargo del grano?.

-.: ¡Claro, hombre!.

-.: ¿El ginecólogo no dista más de cuarenta kilómetros?.

-.: Será fácil.

Como lo pensamos, se hizo ya que la madre se fue a casa para preparar la comida y arreglar la casa. No fue difícil entrar, aquella persona en el camión. Se iba riendo cada dos por tres con los animales que veía a su paso; no nos cruzamos con muchas personas, ya que el camino no estaba para ello.

-.: ¿Nos puede dar usted una certificación que ésta chica no está embarazada?.

-.: ¿Son ustedes sus hermanos?.

-.: No señor.

-.: ¿Parientes por lo menos?.

-.: No señor.

-.: Entonces lo siento; no puedo extender dicha certificación.

Cuando salimos del médico, mi primo y yo, nos mirábamos cautelosamente y como con el sentido fuera de sí.

Bajamos las escaleras despacio y cuando estuvimos en la calle, ambos, dimos sendas bocanada de aire, llenando bien los pulmones.

-.: No quiero ofenderte, José: ¿Pero tú piensas lo mismo que yo en estos momentos?.

-.: Puede ser.

-.: ¿Estás seguro de que entre la madre y tú no pasó nada?.

-.: ¿Hombre?. ¡UF!.

-.: ¿La verdad?.



-.: Pues . . . ¿Pasar, pasar?.

--.: ¿Sí o no?.

-.: Chico, te tengo que decir, que aunque ella no quería; pasó.

-.: Acompáñame; conozco un farmacéutico en este pueblo.

Quedamos encerrada en el camión a la chica y nos dirigimos a dicha farmacia, que distaba pocos metros de nuestro lugar; hasta se podía ver el vehículo desde ella.

-.: No puedo darte lo que me pides, Pepe, sino es con receta medica.

-.: ¿Si es para una mula?.

-.: En ese caso, si no dices nada, te daré lo que vulgarmente llamáis raque, pero bien entendido; aunque es una mezcla mala de algo supino.

Llegamos muy apurados a la fábrica y no hizo falta de que siguiésemos disimulando por más tiempo, ya que estaba lleno de bestias cargadas y de personal tumbado en las gradas y dentro del edificio. Di orden a José, para que comenzase a moler, por supuesto a la madre de la chica la quedamos para la última, o sea; que no la tocaría hasta las dos de la tarde del día siguiente.

La señora Remedio, aconsejando a su hija, la dio órdenes de que se fuese a casa, quedándose ella para guardar el trigo que quería moler toda la noche en la fábrica.

Así como a las cinco la vimos que se dirigió a la carbonera para poder dormir un poco, después de asegurarse, que un vecino la guardaba bien el grano.

Fue nuestra ocasión, ya que aquel lugar estaba solitario y oscuro. La mujer se resistía, pero como José empapó bien el trapo, no tardó en aflojar fuerzas y quedar sumida en el sueño inocente de la droga.

Pese a que había amanecido y con la carretera de tierra; yo diría que más bien de piedras: No daba la señora Remedio señales de despertar. Abría de vez en cuando los ojos, pero en un letargo profundo de adormecida.

-.: ¡Oye!. Pepe: ¿Qué no despierta?.

-.: Me voy dando cuenta, pese a los saltos que da el camión en esta carretera.

-.: A un kilómetro hay un pozo; para y la refrescamos.

No logramos mucho adelanto, pero se despejó un poco, hasta el punto que podía hablar y moverse por sus mismos impulsos.

No había nadie en la consulta cuando llegamos, así que pasamos los primeros y nada más verla el doctor, arrimó las narices a la señora Remedio, abriéndola los ojos y mirándola las manos y la lengua.

-.: Qué me traen ustedes aquí?.

-.: ¿Ya ve?.

-.: Sí, ya veo un cadáver.

-.: ¿Cómo?.

-.: ¿Cómo? . . . ¿Qué? . .

-.: ¡Cayesen los dos. Son ustedes salvajes; los tengo que denunciar.

-.: ¿ Por qué, doctor?.

-.: ¿Qué la han dado a ésta mujer?.

-.: Nosotros nada.

-.: Es inútil, lo negarían todo. Huele a raque de las bestias. ¿Veré si la reanimo?.

Al cabo de un buen rato pudo, aquella mujer, respirar bien y el doctor la sacaba de una habitación y la entraba en otra, así pasó por lo menos tres cuartos de hora o tal vez una hora, hasta que salió el ginecólogo al recibidor para darnos novedades.

-.: Creo, sin miedo a confundirme, que ésta señora, está embarazada de cinco semanas.

-.: ¡Lo justo!.

-.: ¿Qué dice?.

-.: No señor doctor; digo que lo que usted dice, lo doy por bueno.

-.: ¡Está bien!.

-.: Nos puede usted certificar lo que acaba de decir.

-.: ¿Creo que no son parientes ustedes de ella?.

-.: Tiene usted razón. ¿Entonces?.

-.: Lo de ayer. Y reportéense; tengan ustedes más escrúpulos, A falta de sacerdote, me creo en el deber de decirles: Que nuestros semejantes son templos vivos para nosotros, o por lo menos tenían que ser.

-.: Nos está usted avergonzando, doctor.

-.: Es lo que pretendo; pero no por ello dejen de venir a mi consulta: Tengan cuidado con ésta señora, el feto ha podido quedar dañado, inclusive, ¡fruh!, de gravedad.

Salimos camino del pueblo un poco cabizbajos y pensativos, hasta que arrancó hablar mi primo José, pensando estupendamente: Se continuaría con la farsa de que la hija estaría o no estaría dañada y, se vendría con ellas periódicamente al doctor.

-.: Yo estoy enteramente de acuerdo: Pero el dinero que pide mi marido hay que dárselo o comete un atropello.

-.: No lo tengo. Espera que nazca el niño.

-.: No puede ser; se va a decir que se ha malogrado: Acabamos de contratarlo ahora mismo.

-.: Si. ¿Ya se?. Lo tendrás.

-.: Yo no quería, tú provocantes esta situación.

-.: ¿Tendré que decir que sí?. ¿Qué le vamos a decir ni hacer?. Escucha; te voy a repetir lo expuesto anteriormente: Seguí amamantando la idea de que a la chica la pasa algo; la traemos, tú y nosotros con frecuencia al ginecólogo, hasta estar seguro que el feto no ha sido dañado.

-.: Muy bueno por tu parte, José.

-.: Sí, Pepe. Es un acto de humanidad y de caridad. ¡Bueno!, continuo diciéndote, que así se sepa, poco más o menos, el día del alumbramiento, te la llevas al pueblo que te diré yo previamente; ya tendré una casa preparada allí y una buena comadrona y das a luz al chico o a la chica, lo que venga y luego me lo llevo a su nuevo hogar.

-.: Estoy enterada.

-.: ¿Por qué lo haces?.

-.: Quiero al chico No tengo dinero ni medios para sacarlo adelante.

-.: Está bien.

Era una decisión sabia en los tiempos que corría, ya que la miseria y la penuria económica en que estaba sumida tal familia, era de lo mas escandalosa que había en el pueblo; en general se le malograría a las primeras de cambio, no digo yo en un sarampión, o en unas viruelas; más bien en un simple constipado.

Me quedé empeñado con mi primo hasta el fondo de mi moral, aunque él no me hubiese ayudado en dicha ocasión, de verdadero apuro para mí, yo quedaría enteramente obligado a prestarle ayuda Espiritual y material.

-.: José, tengo que devolverte el dinero que me prestaste: voy asistir a la fiesta del domingo con Felisa y pedirle que interceda por mí, para que su padre me preste una cierta cantidad, de modo que me permita devolverte el préstamo y más.

-.: ¡Nunca!. No vayas ahí; si te dio dinero es para comprarte.

-.: Lo sé; algo va a pasar o me van a decir, lo presiento.

-.: ¿No ves, que nadie regala dinero por las buenas?. No te presentes a esa fiesta, Pepe, será una encerrona.

-.: ¿Qué crees tú que han tramado?.

-.: ¿Cualquier cosa?. Sacarte tus propiedades o hacer que firmes un papel; lo cual no debes hacer por nada del Mundo.

-.: No te preocupes, no soy un crío y se lo que tengo que hacer.

-.: ¿Qué así sea?.

Yo no las tenía todas consigo, ya que me daba reparos ir a dicha fiesta, pero por otra parte no iba a estar así toda la vida, sin enterarme de lo que me quería hacer aquella familia con tantos mismos y ayudas.

En esta zozobra y al día siguiente, ya viernes, bien temprano, Deus gracias, no había apenas gentes en la fábrica, ya que el grosor del grano se molió el día anterior.

Se presentó muy decididamente el marido de Remedio con cara de pocos amigos; exhibía en la mano derecha una garrota bastante gruesa, que moviéndola con una destreza impar para todos los lados, como si fuese un pararrayos queriendo cazar chispas, esa chispa que produciría la escena más violenta que nunca he visto.

Por supuesto que cazó la chispa el pararrayos, ya que bien pronto divisó nuestro buen amigo a José, dirigiéndose, ni corto ni perezoso, a él con aire

de fanfarrón y dándole un golpecito con la empuñadura en los glúteos intermedios, replicó.

-.: Vengo buscando a un bravucón.

-.: No creo que le encuentre usted aquí.

-.: ¿No le estoy viendo?.

-.: ¿Para qué le busca usted?.

-.: Le voy a enseñar modales.

-.: ¿Cómo?.

-.: Con esto.

-.: La garrota no entra dentro de los instrumentos, para enseñar buenas formas a las personas.

-.: ¿Qué entra entonces?.

-.: El dialogo y la comprensión.

-.: Tal vez con un buen nacido, pero con un mal nacido, hijo de una . . .

¡Bueno!, ya se sabe, no cabe más dialogo que esta.

-.: ¡Oiga usted!. El mal nacido, no sé quien es; ya que usted lo sabe tan bien y yo no llego a comprender quien son tales señores, lo siento por usted.

-.: ¡José!.

-.: No Pepe; no me callo.

-.: También sé quien son los hijos de una perra y no porque los haya estudiado; la vida me lo ha enseñado y uno aprende a clasificar pronto a las personas por experiencia propia.

Los obreros que habían en aquel lugar tuvieron que sujetar pronto a los dos interlocutores, porque se mataban de rabia.

Después de un buen rato de forcejeo con ellos, lograron apaciguarlos, llevándoselos lejos uno del otro; pero cuando se iban alejando, el marido de Remedio seguía tirando bravatas.

-.: Tienes que pagar tus pecados. Tienes que resarcir lo que has hecho económicamente, te enteras: Son veinticinco mil pesetas; tal vez más tarde, se aumente la cuenta. ¡Te mato, si te niegas!

No resistí más, la vergüenza me invadía todo el cuerpo; por lo tanto decidí irme a la oficina, aunque en sí no podía hacer nada, ni un mal número sabía hacer. Allí estuve no se cuanto tiempo y al cabo de Dios te salve, entró mi primo José con cara de pocos amigos.

Estuvimos dando vueltas a la cabeza, pensando una y mil fórmulas para salir del atolladero: José, no sabía o no quería hablar del asunto por miedo a molestarte, lo estaba viendo, sí; pues yo fui quien arrancó hablar decididamente.

-.: José; estás metido en un gran aprieto, cuanta conmigo, creo que te lo he dicho ya otra vez. Hay que hacer frente a esta situación y lo soportaremos los dos juntos; mejor será que uno solo.

-.: No, Pepe. Este es mi problema y no quiero que nadie cargue con él mas que yo; de modo, que te lo agradezco, pero déjame a mí hacer.

-.: Yo solamente te quiero ayudar con lo que es tuyo.



-.: ¿El qué?.

-.: El dinero que me prestaste. Te lo voy a devolver.

-.: ¿Pero si no lo tienes?.

-.: Te equivocas; lo tengo y todo íntegro.

-.: Pepe; déjate de simplezas, que ya me las arreglaré yo solo, que tú estás arrimado a una pared, para no caerte de miseria y de hambre, ¿No ves que te has quedado sin dinero: Si a penas tienes para comer?.

-.: Ahora soy yo el que se enfada; tales anticipos de agradecimientos no quiero por tu parte. ¿Creo que os pago religiosamente todas las semanas y que no os he dejado a deber ninguna, en todos los años que lleváis conmigo?.

-.: ¡Está bien!. Perdona.

-.: Comprendo tus nervios, pero se comedido en tus palabras.

No hubo más conversación entre mi primo y yo. Nos cruzábamos de vez en cuando y nos mirábamos como diciendo que habíamos estado mal, el uno con el otro, echando sendas sonrisas, como de amistad.

Bien avanzada la tarde, vimos venir a la señora Remedio con su cuartilla de grano acuesta: Abriéndosele una vista de águila a mi primo descomunal. Como una bala salió corriendo hacia ella, bajando las escaleras de dos en dos y de tres en tres, hasta que llegó delante de la mujer; la cerró el camino con no muy buenas intenciones.

-.: Lo que llevas ahí dentro es mío, por eso te respeto y no te digo lo que te tenía que decir: Las cuatro frescas. No obstante, no cantes victoria, por si acaso me olvido de quien es la criatura y te planto en la cara ciertas frases que tengo ganas de decirte. ¿Cómo sepa yo, que tú azuzas a tu marido, para que se envalentone o me pida dinero, te vas a ver conmigo las caras, entiendes?.

-.: El agravio se lo has hecho tú a mi marido y date por satisfecho que no sabe que es en mi persona; si no ya te habría pulverizado: De modo, que no hace falta que le azuce para que se ponga tal y como tú le ves. Dale el dinero que te pide de una vez y le verás calmado; él ama más a la plata, que a su propia hija.

-.: ¿Lo oyes, José?.

-.: Sí, Pepe.

-.: Aplícate el cuento.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: Que acepte la ayuda.

-.: Sí, acéptala, José; porque si no, mal te veo yo: Te lo dice a ti Remedio, que sabe hasta donde puede llegar mi marido.

Nos quedamos pensativos y sin pronunciar palabra alguna, en general no sabíamos qué decirnos, lo poco que hablásemos sería para contar lo mal que lo iba a pasar José si le coge el marido de Remedio en un día de nervios.

Decidí ir como fuese a la fiesta del domingo para conseguir del señor Díaz, un préstamo o un aval para hacer frente a la avalancha que se le venía encima a mi primo José. Éste se oponía en general, a que fuese a enterarle de mis proyectos: Esperé con sigilo dicha fiesta; por lo tanto no podía obrar hasta que llegó la hora matutina del día de gracia. Me lavé y me preparé bien, no sin antes asistir a misa, para pedir protección al Altísimo; ya que dentro de mí, llevaba un gusanillo, el de la conciencia, que me insinuaba algo al oído, como que tuviese cuidado con aquellas confianzas de los días anteriores, en dicha casa.

Era temprano cuando llegué a las puertas del palacete; no parecía que hubiese mucho movimiento dentro de el, lo cual me extrañó. Un lacayo me pasó al comedor y me presentó a los comensales como el señoriíto Pepe; Apodo absurdo para mí.

Después de excusarme por llegar tarde, se me indicó un asiento y tomé una taza de café con dulces buenísimos.

-.: ¿No le gusta la caza, Pepe?.

-.: Sí señor Díaz.

-.: Estos señores, han venido ya de aprehender un ciento de piezas, entre conejos, perdices, tórtola, codornices y patos, al ir a abrevar por vez primera en el río: Claro está, muy temprano.

-.: Vuelvo a pedirle excusas por mi retraso . . . Yo no sabía . . .

-.: Sí, Pepe; lo primero es la caza; lo tenemos por costumbre en esta casa al igual que en tantas otras moradas solariegas.

-.: Otra vez cuenten conmigo.

-.: No se evada, Pepe, que usted estaba solamente invitado para la comida y el paseo en el campo.

-.: ¿Creía? . . .

-.: El paseo, solamente.

Esas palabras me dieron a mí qué pensar; yo no había firmado nada, ni había hecho concesión de bienes a nadie; por lo tanto tenía que estar tranquilo. ¿Pero el dar un paseo y el invitarme solamente para ir al campo; no sé?.

-.: ¿Qué piensa usted, no le gusta la idea del paseo antes de la comida?.

-.: ¡OH!; sí señor, me agrada mucho tal idea.

-.: ¿Entonces?.

-.: Usted: ¿Forma parte de la familia?.

-.: Soy el primo de Felisa.

-.: Tanto gusto. Como le digo, el paseo por el campo me encanta.

-.: Conste que es a caballo.

-.: ¿Yo pensaba? . . .

-.: No; a pie no es. Se va en caballo.

-.: Está bien.

Me dieron un caballo, pura raza, no sé de qué, pero se le veía que tenía clase; era bien alto y con remos fuertes, parecía correr mucho.

Salimos del pueblo, hacia la finca, que no dictaba más de cuatro kilómetros o algo menos; pero eso sí, con una extensión bárbara, Al principio íbamos todos en grupo, para quedar desunidos más tarde, al salir al campo.

La verdad sea dicha, que yo no había visto todavía a Felisa y la esperaba ver en la finca de su padre, ya que llegamos al cabo de un buen tiempo a una casona, en cuya fachada se encontraban petrificados dos figuras de fieras salvajes, como de leones, sostenidas por medio de unas columnas marmóreas, reflejándose: “Paz y Misericordia”.

No conseguí entrar en casa, ni ver a Felisa; pronto nos aleccionaron y salimos por una senda campo a través. El terreno a lo primero se encontraba estepario, para más tarde ser un bosque de encinas: Aquí apretaron la marcha y se dividieron en parejas; yo miré hacia el ruido que procedía a mis espaldas y vi un pura raza seguir a mi montura, pero dominado por la flama de Cristina.

Piqué espuelas a mi corcel, no pudiendo contener su brío y eso no era correr, era volar; parecía que no ponía las patas en la tierra y tan ligero como una pluma, me llevaba en andas, en voladas, hacia el mismo corazón del encinar, pero desviándome poco a poco del resto del personal en un ángulo cuyo grado por momento iba creciendo.

Si mi caballo volaba, el de Cristina parecía cortar el viento. Miraba de vez en cuando para atrás observando de cerca a mi perseguidora; no conseguía despistarla y mucho menos tomarla ventaja.

No quería que nos viesen solos a Cristina y a mí, por lo tanto espoleaba de vez en cuando a mi caballo, con la fuerza de mil venablos y éste al verse dañado, cada vez corría más y más: En una de estas esporádicas animosidades con las espuelas, vi llegar una barricada, formada por dos troncos pequeños y otro mayor, caídos en mi camino. Yo observaba que íbamos derechos al precipicio, me quise tirar al vacío, pero el animal no me dejó, haciendo una contorsión con el cuerpo para sostenerme en mi silla de montar: Parecía que tenía inteligencia mi caballo.

No obstante veía aproximarse el peligro, pero cuando llegamos a él observé que levantando las patas delanteras y encogiéndose después, mi corcel, las mismas, lograba, en uno de tantos vuelos, pasar por encima de dicha barricada. Yo no conseguía creer lo que había visto, pero me encontraba de momento al otro lado del obstáculo seguido de Cristina.

No nos colgábamos en una encina de puro milagro, pues las ramas de éstas, pasaban acariciándonos el cuello: Observé el espacio solitario que nos rodeaba, había conseguido quedarme a solas con ella, con Cristina, y con la protección divina; mas de momento salí a un espacio otra vez estepario y árido para penetrar en otro bosque de encinas y de eucaliptos.

De repente se paró mi caballo, no dando crédito a lo que veía: Felisa estaba delante de mí, montada en cuclillas en un jamelgo más bien tipo doméstico.

-.: ¿Qué miras?.

-.: ¿Creí, que no venía solo?.

-.: Hace rato, que vienes solo; tú perseguidora se volvió terminando el encinar.

-.: ¿Estaba tramado?.

-.: Mi soroz sabe bien su acometida. Ibas muy haldeado como serpollándola para que su mancillado orgullo y creyéndose la machiega siguiera a un macón para ella.

-.: ¿Algo me quieres decir tú y lo que te he entendido es orgullo?.

-.: Desmonta y acércate al horcajo de estos dos fragüines.

Existía un verdor como nunca había visto yo por los alrededores; olía a esencia de colonia, a cosa pura y noble en el lugar. Extasiado, me fui detrás de ella sin pronunciar palabra y como absorto a lo que me rodeaba.

Me atrevo a decir, que sus ojos se reflejaban en la corriente, pura y cristalina, de las aguas y nuestras imágenes parecían coros de ángeles serpenteando por el horizonte, espacio sideral de toda la vida.

La quietud del lugar, era rota por el canto de algún pájaro o por el ruido del río al correr en su cauce.

-.: Debajo de esta fusca, te diré que amamanté dentro de mí corazón al hurgonear en mis sentimientos, un amor hacia ti; ya que hiciste medro, al lanzarme el gorguz de tu ilusión. El buzamiento de tu persona, por parte de mis amores, hicieron metodizar mis pensamientos y ver el minuendo que en sí representa tu imagen.

-.: No he entendido nada.

-.: Te hablaré en cristiano, como tú dices.

-.: ¡Vamos a ver!

-.: Creo que cuando una persona y, si es mujer mucho más, sale con otra; la toma afecto por lo menos y que le es penoso decirle, hasta aquí llegó nuestra amistad.

-.: ¡Ya!: Lo esperaba. Se me hace un nudo en la garganta. ¿Qué no nos volvamos a ver más, verdad?.

-.: ¡Tú no esperabas nada!. Te quiero decir, que esos sentimientos de afectos se convierten en cariño y que toda la vida no se puede seguir lo mismo; ya que es degradante que sea una señorita la que tenga que romper tal hielo e iniciar la conversación.

-.: ¡Que sí!. Que te entiendo: Tus padres no aceptan nuestras relaciones.

-.: Mis padres y todo el pueblo, me preguntan a su paso que cuando se normaliza tal situación; que es lo que pretendo decirte.

-.: ¿No se si entiendo?. O sea; ¿qué tú me quieres?.

-.: Sí, Pepe; te quiero.



-.: Es la única vez, que te he entendido perfectamente. ¡Llupis! . . . ¡Soy el hombre más feliz de la tierra!

-.: Y yo la mujer más dichosa de todo el Mundo, Pepe.

-.: ¿Pues sabes lo que te digo?:Que yo venía a pedir prestado a tu padre un algo de dinero para dárselo a mi primo José; se ve en un apuro.

-.: Te encontrabas receloso y esperabas algo más, pepe. ¿Verdad?.

-.: Sí, Felisa.

El camino que antes lo hice volando, ahora me pareció corto; en un santiamén estábamos en el descanso de la casa de aquella finca y, saludándonos los unos a los otros, preguntándonos cómo nos había ido de bien.

Me callo por cortesía lo que vi a la vuelta de aquel paseo entre los matorrales y hasta colgadas en las encinas: Lo cierto es, que bien frescas tenían que estar algunas de tales señoritas.

Eran orgías que yo no estaba acostumbrado a ellas, en un mundo que se me iba entrando por casualidad; sencillamente por intentar comprar un almazara.

.: ¿Qué tal pepe; cómo lo ha pasado?.

-.: Muy bien señor Díaz.

-.: Felisa; ¿apeamos el tratamiento?.

-.: Sí, papá; ya lo puedes hacer.

-.: Lo acabas de oír Pepe, llámame Díaz a secas.

-.: Creo que lo entiendo.

-.: Hijo, pasa a casa, que tomaremos un refrigerio.

-.: ¿Usted cómo está?; le veo un poco mejorado.

-.: Estoy muy pachucho, hijo; pero que muy pachucho.

-.: ¡Nada!, hay que tener ánimos; una enfermedad se cura con sugestión.

-.: Pero si fuese enfermedad.

-.: ¿Qué es?.

No hubo contestación, se les puso unas caras al padre y a la hija de pocos amigos, me dieron las espaldas y penetraron dentro de aquella casona seguidos de toda la comitiva de invitados: Yo me quedé un buen rato en la puerta, pensando que todo era muy fácil para que fuese verdad. Me pellizqué y pude darme cuenta que estaba despierto, de modo que entré decidido en la casa para ver lo que me deparaba mi suerte.

Al pasar por una de las habitaciones oí a Felisa hablar con el padre; no entendía a lo primero lo que decían, debido a la manera con que se expresaba mi dama, pero cuando la conversación entre los dos fue tomando vuelo, el padre de Felisa alzando la voz se expresaba de esta manera.

-.: Está bien, te daré el dinero suficiente para que el primo de Pepe haga frente a su acreedor en su honor; también te daré para que desempeñes tus joyas, pues tu madre preguntaba el otro día por el collar de perlas y por el cabujón.

-.: Dicho colgante de piedras finas le tengo en mi poder, en cuanto al collar y el brazaletes te lo agradecería me dieses el dinero para sacarlo de su empeño.

Oí lo bastante para saber que no habían sido los ahorros de toda su vida, los que me había dado, de modo que salí a buen paso hacia mi pueblo y a penas sin despedirme de casi nadie, a no ser de Felisa y de su padre.

Llegué un poco nerviosos delante de José y éste me lo notó, pero como estaba despachando con un cliente retuvo sus nervios hasta que hubo terminado con él.

-.: Ya te dije, que no fueses a tal fiesta. ¿Qué ha pasado?.

-.: Estoy prometido con Felisa; no ha pasado más.

-.: Me gusta menos todavía. ¿No ves que todo esto que sucede, se produce con una rapidez vertiginosa: No lo observas tú raro?.

-.: ¡Que va!. Si cogí halando a Felisa con su padre de que el dinero que me prestó, era de el empeño de sus joyas.

-.: Cambia la situación; si ya, premeditadamente, había obrado de tal manera contigo es que te quería.

Salimos a la luz del día y lo que al principio supuse que mi primo tenía enharinada la cabeza, se convirtió en que era una venda.

-.: ¿Oye, José; que significa ese apósito?.

-.: Ayer tarde estuvo aquí el marido de Remedio y si no le sujetan me mata.

Me duele mucho la cabeza, Voy a denunciarle.

-.: No lo hagas, se descubrirá el pastel. Aguanta como puedas la investida.

-.: Está dispuesto a matarme sino le doy lo que me ha pedido.

-.: Lo traigo yo aquí.

-.: ¿A costa de qué?

-.: A costa de nada. No me han pedido prendas por ello. Pero dime: ¿Quién te curó?

-.: Me curaron en casa.

-.: ¡Bien!. ¿Supongo que habrás dicho que te has caído?

-.: Lo has adivinado.

Pasaron tres días, después que se le dio el dinero que deseaba al marido de Remedio y tal señor no volvió a parecer por dicho lugar, pero lo cierto era que a mi primo José le seguía doliendo la cabeza cada vez más, por lo tanto le llevé a un buen médico de pago al pueblo mayor más cercano, observando éste una buena contusión cerebral, según decía él, en el cerebelo, más bien en el infundíbulo: Creo haber oído dichas palabras, puede ser que me equivoque, pero el doctor le dio volante para un buen cirujano de Madrid; diciéndole a mi primo; que no siempre hace falta operación, pero como el especialista era el otro doctor, le mandaba a él para rubricar la auscultación.

-.: Doctor, mi primo se encuentra montado en el coche, por lo tanto fuera de aquí. ¿Le ruego me diga la verdad, de lo que significa tal prescripción facultativa?

-.: Aparentemente no puede tener nada o a penas poco, entonces no significa nada; pero si tiene alguna fisura dentro del cráneo . . .

-.: ¿Entonces?.

-.: Según donde se encuentre alojada, puede perder la vista, el oído o Dios sabe el qué.

Por supuesto no se lo dije a mi primo, y me iba tragando saliva como el puño a la vuelta de dicha consulta; tan absorto me llevaba la idea de que José perdiera algún órgano vital, que se me hizo el camino más corto que lo ordinario.

Pasaron unos días y José se puso mejor, hasta el punto que hacía su vida normal, así que al llegar la hora de ir a Madrid se negó rotundamente. Yo no estaba conforme con dicha decisión, por lo mismo le instigué a que se animara a marchar para ver al doctor que decía el volante.

-.: No me gusta la decisión que adoptas, José. Debes ir a ver al doctor, para que él decida; no tomes tú las decisiones por tu cuenta.

-.: Por lo único que me duele la cabeza es de pensar en la encerrona que te están formando la familia Díaz.

-.:Creo, que debes estar tranquilo, es lo más normal; que si nos conocemos a primeros de Abril, en las vacaciones de Semana-Santa y, estamos a mediados de Septiembre, que nos hagamos novios; van seis meses: Medio año.

-.: Está bien; si no digo yo que sea corto el tiempo que os conocéis, pero es que el otro día estaba la situación tirante del todo y de la noche a la mañana te presentas triunfante. ¿A qué es debido?

-.: No pienses más y acaricia la idea de ir al doctor, Es muy fácil, se ve y en paz.

-.: Te haría caso si me doliese algo la cabeza.

Vimos aparecer a un criado del señor Díaz, como con prisas, en un brioso corcel, todo él a galope, como si quisiera trasmitirnos algo grave; yo me puse nerviosos del todo, pero como el lacayo no presentaba muestras de inquietud, me calmé al instante.

Se me comunicó por parte de éste, que el señor Díaz deseaba verme cuanto antes y, al ser preguntado por el estado físico en que se encontraba su amo, se mostró, éste buen hombre, desconcertado por completo.

Aquella misma noche se puso malo mi primo José, con fuertes dolores de cabeza, que se le quitó por la mañana; al amanecer.

-.: José, no te puedo dejar de la mano ni un instante; eres como un crío. Prepárate que salimos para Madrid nada más que vuelva de ver al señor Díaz.

-.: Te haré caso, solamente para complacerte, Eres un testarudo.

Cuando llegué a la casa de Felisa parecía que la situación estaba normalizada, ya que se me recibió como siempre, pero eso sí; se me hizo pasar directamente al cuarto donde se encontraba el señor Díaz.

Me dio que pensar algo tal protocolo; al no ser que cuando llegué a su lado, el señor Díaz se encontraba solo.

-.: Hijo, es bueno que acudas pronto a una llamada cariñosa. Lo que tengo que decirte es muy corto: Haz los preparativos para la boda; quiero decir, que agilices los papeles.

-.: ¿No lo ve usted muy prematuro?.

-.: Te coge de sorpresa y es normal; pero no te asustes porque si quiero que os caséis cuanto antes, es para ver vuestra boda.

-.: ¿No diga usted eso?. Vivirá más que nosotros.

-.: Te equivocas hijo; lo que yo tengo no lo curan los médicos.

-.: ¿Tan malo es?.

-.: Se muere uno sin enfermedad, Ya he preparado yo lo que os voy a dar como regalo de bodas: una finca que tiene diez mil hectáreas, ocho camiones, novecientas cincuenta y tres mil pesetas, amén de un joyel a mi hija Felisa para su atavío.

Esto sumado a lo que deje a tu primogénito, que son tres dehesas, la menor de mil setecientas quince hectáreas, dos millones trescientas veinte mil pesetas y una fábrica de cerámicas en todo auge: Por supuesto os dejo los doscientos treinta y tres obreros que compone dicha dotación matrimonial; quiero que los trates como si fuesen de familia cada uno de ellos.

-.: Está usted tranquilo que así se hará.

-.: Ahora dices a todo amén; lo mismo me pasó a mí: Cometí algunos errores pero los subsané pronto. No te preocupes pedir perdón, hazlo si debes hacerlo; ellos viven en un mundo imaginario y no lo entenderán: Una cosa es la política, la forma de llevar la vida correctamente y, que dure muchos años, y otra el trato patrón obrero marcado por nosotros, no por el gobierno; este Estado no ha dictado leyes, las hemos formado entre todos y las tenemos como esclavos a los productores.

-.: Conmigo volverá la dignidad de cada uno.

-.: No te lo agradecerán: Creerán que los engañas dándolos un caramelo; pero saca al obrero de la miseria pecuniaria en que se encuentra y hazle sentir persona, Ya te digo que éstos mayores se asustarán, lo digerirán mejor sus hijos.

-.: Está bien. ¡Maldita Extremadura!.

-.: ¡No hijo!: Que sea bendita por siempre; solamente hay que enseñar al que no sabe.

Salí de allí ilusionado por la plática del señor Díaz, con el corazón alegre y trasmitiendo fe al creyente y paz al fiero, al bravucón.

Me prometí a mí mismo portarme bien con todos ellos, en la medida en que pudiese; así que lo primero que haría, sería dividir ganancias en mis haciendas, entre todos nosotros, como mi suegro me dijo. “Todos formamos una familia” y al parecer muy unida.



Estaba bien avanzada la tarde, cuando se presentó Remedio con su hija Nemensia; al parecer con dolores muy fuertes, Nosotros no sabíamos lo que hacer.

-.: Creó mejor, que fuésemos a la comadrona.

-.: Se enterará el pueblo y sobre todo su marido.

-.: Quiero decir al pueblo que hablamos aquel día. ¿O es que no has preparado nada?.

-.: Sí, lo tengo todo hablando y nos están esperando.

-.: No hay que perder tiempo, que Remedio da a luz aquí mismo si se lo propone.

-.: ¿Cogemos el coche?.

-.: No el camión; para que vaya tumbada.

-.: Con tanto movimiento: ¿No sé qué va a pasar?.

-.: Lo mismo pienso yo.

La casa que contrató José, era de pueblo; quiero decir, baja, con los jastiales de adobes y pocas comodidades, pero lo suficiente para que Remedio guardase su vergüenza, ya que allí no la conocía nadie.

Como el viaje lo habíamos hecho de noche, sin indicadores en la carretera y llegando, como vulgarmente dicen aquí, a tientas y a barrancas; tardamos bastante en descubrir el pueblo deseado: No les relato en las circunstancias que llegó Remedio: Al fin y a los postres, parecía que Nemensia también iba a dar a luz, ya que su madre la tenía puesta siete

sayas y un almohadón en la tripa, semejando a una mujer embarazada; tal que cuando su madre se quejaba, ésta se echaba mano al mogollón de ropa que llevaba puesta, haciendo ademán de tener dolores ella también.

-.: ¿Dígame algo de una vez; la veo muy pensativa?.

-.: No se me ha dado ése caso nunca; es raro.

-.: ¿Pero díganos un palabra?.

-.: Cesárea.

-.: ¿Qué dice usted?.

-.: Es una palabra; lo que me ha pedido. Viene el pequeño de culo.

-.: ¿Qué significa?.

-.: Que se abre como una puerta de amplia o la abierta tiene que ser ella.

-.: Haga lo que pueda.

-.: Lo intentaré, pero por poco tiempo; ésta señora está a punto de explotar.

-.: La capital se encuentra a ciento cuarenta y cinco kilómetros, Pepe.

-.: Sí José. ¡Son demasiados kilómetros!.

Me dio pena por Remedio, ya que se la hizo demasiadas hazañas de fuerzas para conseguir poner bien el feto en la matriz, hasta el punto de ser semi-colgarla de los pies y zarandearla enérgicamente.

Todos esos movimientos, eran salvajadas: Más tarde y, con el trascurso de los años lo fui comprendiendo; pudimos matar a la criatura y a la madre. Salió bien de milagro; ya que apareció una mano, con ella el brazo: Como

la comadrona era mujer experimentada, aunque se las vio y se las deseó, consiguió sacar al chico como pudo.

Nuestro susto había acabado por momento: Respiramos José y yo a fondo y nos sentamos por vez primera, recreándonos en nuestra alegría.

-.: Agua, por favor, mucho agua.

-.: ¿Qué pasa?.

-.: Se ha producido una hemorragia.

-.: ¿Pues si el chico ha salido?.

-.: ¿Cómo cree usted, que ha salido?. La madre ha quedado hecha polvo.

-.: ¿Me dijeron que era usted la mejor comadrona de la comarca?.

-.: Me tengo por una de las mejores; pero en estas circunstancias, hasta los Ángeles hubiesen roto la matriz.

-.: ¿Y usted qué ha hecho?.

-.: Hacer de Ángel.

Yo me tenía que encontrar aquel día arreglado para formalizar los papeles de la boda, pero donde se encontraba uno en realidad era en la capital de dicho pueblo para que un ginecólogo, a la vez tocólogo, cosiera las entrañas de la señora Remedio urgentemente.

Nos salvó un parto que había habido, parejo al de Remedio, en el pueblo: Presentamos el feto muerto; aunque el doctor no se creía que aquel niño hubiese salido de costado, pero era un punto positivo que nos apuntamos a nuestro favor.

-.: Esta extracción no se hace ni en las mejores clínicas; hoy por hoy.

-.: Yo Doctor . . .

-.: No hablemos más; diremos que es buena comadrona, que no le ha tocado ni siquiera, no se aprecia contusiones ninguna. Por otra parte este feto lleva, a mi parecer, unas horas de adelanto al desgarramiento del cuello uterino de ésta señora.

-.: Yo doctor . . .

-.: Sin hablar. ¿Ya me dirán ustedes qué informo?: Veo que hay dos testigos.

-.: Así es, doctor.

-.: Calla, José.

-.: Como quieras Pepe.

Habíamos dado la defunción del chico; pero lo cierto era que había un ser vivo y sin registrar: No sé qué pensaría José, pero yo estaba nervioso. Eludíamos la ley con ello, la justicia, así que mi primo buscó enseguida padres para aquel chico.

Me hubiese gustado que se quedase él con el pequeño; pero debido a que ya tenía que alimentar a cuatro bocas y todas ellas mujeres: Su madre, paralítica por la gran subida de azúcar que tuvo en su día y sus tres hermanas, tullidas por la poliomielitis; poco halagüeño el panorama que se presentaba para el primogénito en casa.

José consultó con el sacerdote y éste le indicó el mejor camino para criar en la fe de Dios y robustamente, a tal crío venido al mundo sin protección ninguna.

-.: Me duele no poderme quedar con el niño.

-.: A mí también me pena separarme de él.

-.: Tú no debes expresar tristeza.

-.: ¿Por qué?.

-.: Me han dicho que el señor Díaz está enfermo debido a un disgusto y que se espera, que no resista tal dolor por mucho tiempo. Así que no exteriorices tristeza.

-.: ¿Es verdad lo que te han dicho?.

-.: Sí Pepe, es verdad.

-.: ¿Quién se lo habrá podido dar?.

-.: Nadie ha sacado prendas en ese asunto: No ha habido quien tire de la punta del ovillo; Así que no se sabe nada, Solamente se queja por un disgusto.

Pensé si habría perdido alguna finca o algún bien patronal; él se quejaba mucho de que tenía bastantes obreros y los jornales estaban muy altos, a parte que el producto se vendía bastante barato.

Pero no siempre los disgustos iban a venir por parte de los negocios, también pensé en la familia, o en un mal consejo: No obstante, mi

imaginación se perdía en el infinito sin conseguir dar con la causa de tales males.

Estaba dispuesto ayudar al señor Díaz como fuese y con todo mis efectivos a mi alcance, pero era inútil tales clases de proyectos, sin saber las causas no se atajaba el mal.

-.: Le vengo a traer los papeles matrimoniales.

-.: Me gusta, eres buen chico, Mira Amalia, viene con los papeles del casamiento debajo del brazo.

-.: ¿Pero, señora Amalia; qué le pasa a usted también, la veo . . . ?.

Me hizo una señal con el dedo de que me callase, a lo cual yo accedí muy gustosamente y una vez estuvimos fuera de la habitación, la señora Amalia me abordó explicándome algo que yo tenía que conocer, según ella.

-.: Hijo; yo también me encuentro mala, con el Alma rota por la pena, pero no puedo acostarme, sería el derrumbamiento físico para mi marido. Las causas de este sufrimiento las sabrás a su debido tiempo; así que ahora no preguntes por ellas, que es peor. Creo en mi deber haberte puesto en los pormenores de nuestros males por si tal vez pasa algo grave.

-.: ¿Qué quiere usted que pase?. Tenga fe, que no pasará nada absolutamente.

-.: Quiero creerte, hijo; pero ya ves que vivir no puedo.

Hizo su aparición Felisa, dando ánimos a la madre y esperanzas en sus rezos; en esta casa eran muy religiosos, así que se tranquilizó un poco la

señora Amalia y nos pusimos a merendar un piscoalbis en el patio del palacete.

-.: La boda se celebrará, Dios mediante, enseguida.

-.: ¿Quiere usted decir que estamos poniendo la fecha para el día de la boda?.

-.: No hijo; te lo diré el próximo sábado: Espero noticias de un pariente religioso, que tenemos en Madrid, es jesuita. Queremos que la ceremonia la ejecuten, si puede ser, tres sotanas.

-.: ¿Una boda de primera?.

-.: No seas pretencioso, Pepe.

-.: Siempre le gusta a uno estar bien situado, Felisa. No creo que por eso haya pecado Pepe.

-.: No te preocupes; pero a ti, Pepe, tu convicción religiosa no te deja pecar, pero ten cuidado con la vanidad.

-.: Como quieras, Felisa, te haré caso.

-.: ¡Así está mejor!.

Volví alegre a mi pueblo, con una sonrisa en la cara por saber lo pronto que me iba a casar con la chica de mis sueños; pero por otra parte, digo lo que José; así que vuelvo a repetir: “No me gustan tales prisas”.

Al llegar a la fábrica me estaba esperando mi primo para darme una noticia sensacional; me hizo pasar al despacho que yo tenía en la misma y comenzó hablándome.

-.: Me ha salido un contrato en una obra de siete camiones de grava y tierra.

-.: Está bien.

-.: Pero es que la he cogido de los terrenos del molino viejo.

-.: ¿Cerca del río?.

-.: No hay otro lugar mejor para dicha carga.

-.: ¿Sabes lo que te digo?: Que si tú lo has hecho; bien hecho está. Si esperabas de mi parte una regañona; te equivocas.

-.: Sabía la respuesta: Te lo agradezco. Pero lo que te tengo que decir es muy diferente a lo que tú te imaginas.

-.: ¡Por Dios!; que no sea grave.

-.: Se han encontrado en dichas tierras un buen manantial.

-.: ¿Y qué?.

-.: Que se pueden explotar dichas aguas.

-.: No explotes tú mucho; no vaya a ser que volemós todos.

-.: Es que tal efluvio de líquido. Son fuertes termales.

-.: Estás en todo, José.

-.: Por ti doy yo mi brazo derecho.

-.: Contigo va ni negocio prósperamente.

En efecto, con mi primo José me iban las cosas a pedir de boda; hasta una explotación de baños termales me tenía preparado en mi vuelta a casa.



Lo malo fue que aparecieron los herederos del abuelo, con no sé qué papel y expusieron el caso ante el señor notario primero: Éste me llamó a entrevista.

-.: ¿Conoce usted, Pepe, a éstos señores?.

-.: Son parientes míos.

-.: Creo, como reza en este papel . . .

-.: Documento . . . Documento, señor notario.

-.: Sé denominar las cosas: Es un papel. Como le digo; en este papel su abuelo había querido hacer testamento, dejándolos dichas tierras a sus parientes, aquí presentes, por lo que dicta en el.

-.: ¿No hay testamento, posterior o anterior a tal papel?. Señor notario.

-.: No, que yo sepa.

-.: Señor Utrilla; este es el único testamento que hay donando la finca.

-.: ¿Los derechos reales los han pagados?.

-.: Estamos dispuestos hacerlo.

-.: No es eso. Al denominar a esta cuartilla como cosa despectiva, papel; he querido decir, que se nota en el una donación de tierras, como dicta la escritura: Por lo menos ha querido ser un testamento.

-.: ¿Cómo es eso, señor Utrilla?.

-.: Sí, porque en sí es un testamento ológrafo y sin firmas.

-.: ¿Qué significa?.

-.: Anonimato.

-.: ¿Explíquese?.

-.: ¿Ve usted la firma, estampada, en alguna parte; sea borde, centro, lado . . . u otra parte de dicha cuartilla?.

-.: Pues . . . No señor notario. Pero esas tierras son nuestras.

-.: Las llevo explotando treinta y dos años, señor Utrilla, ¿Acuérdese?.

-.: Me acuerdo, señor pepe. Veo que ninguna de las dos partes están dispuestas a ceder: Va a firmarme usted, Pepe, un documento en que declare que va a ser explotado dicho yacimiento por usted y ustedes van a traer cinco testigos que hayan conocido la letra del abuelo del señor Pepe, para declarar que dicha caligrafía es legítima del difunto, que en gloria esté.

-.: Lo haremos.

-.: Por otra parte me quedará archivado dicho papel. Lo que cabe ahora y en respeto a la familia del señor Díaz, en la que usted Pepe, va a formar parte activa, dentro de bien poco; que denuncien ustedes el hecho ante el juez local de su pueblo. Yo podría ser el fiscal y el señor Gómez el abogado defensor; si no le parece mal. Es para que tengan defensa y fiscal.

-.: Me parece bien, señor Utrilla.

-.: A mi también me parece bien; no sé a estos señores, señor notario.

-.: Aceptamos.

Se hizo como el señor notario nos indicó y una vez que había sido recopilados todos los datos, mis parientes pusieron la respectiva denuncia ante el juez local de aquella villa.

El señor Utrilla, se relacionó de inmediato con el señor juez para estar informado de todo y a la vez tenerle enterado del asunto al señor juez.

-.: Le digo a usted que no puedo hacer nada hasta que reciba en su domicilio la notificación que le llevará un alguacil, para que se presente en este Juzgado. ¿Comprende?, señor Pepe. Hay que ir paso por paso.

-.: le comprendo bien, señor Tomás.

-.: Le sugiero que cuando reciba dicha notificación me llame, señor juez.

No sabía si estaba soñando o despierto; no me salía de una, cuando me metía en otra: No era que me gustasen los líos, pero me los buscaban sin yo hacer nada para atraerlos.

Por fin recibí la notificación judicial para que me presentase sin falta a las once de la mañana en dicho local oficial. Parecía que algo había empezado andar y cosa curiosa; siempre era por las mismas tierras: El molino viejo.

Me presenté a la hora señalada, haciéndome firmar unos papeles el juez, como que no renunciaba a los terrenos en litigio; para posteriormente indicarme una fecha, en la que se celebraría el juicio en toda su regla: Juicio, que tendría que ser cumplido su fallo de inmediato.

-.: José; no me gusta este juicio nada.

-.: Ni a mí. Te ha largado el señor Utrilla.

-.: Se ha dado cuenta de que la letra es la misma que la de la compra venta.

-.: Lo malo será que influya en el Juez local.

-.: El señor Tomás es terco, pero noble, no creo que repercuta mucho tal monserga en su carácter.

Llegó el día señalado y a la hora prevista pasé al recinto, donde se tenía que celebrar el juicio. Era una habitación no muy amplia y en frente existía una tarima con una mesa y una silla, a cada lado de la sala, habían semejantes muebles pero más pequeños.

En la pared de enfrente, como presidiéndolo todo, estaba el retrato del Generalísimo y debajo de él una cruz con un Cristo de madera.

Me senté en una especie de bancos de la escuela y empezó el juicio el señor juez.

-.: ¡Bueno!; que empiece esto. Dios me ilumine para resolverlo lo mejor posible.

-.: Señor juez.

-.: Sí, señor Utrilla. ¿Qué desea?.

-.: Mientras se celebre el juicio, hágame el favor de llamarme fiscal, señor juez. De usted un golpecito con el martillo de madera que tiene encima de la mesa en el taburete existente a su derecha.

-.: ¡Ya está!.

-.:Diga usted: Se abre la sesión o comienza el juicio.

-.: “Se abre la sesión”.

-.: Pido la palabra, señor juez.

-.: Sí, sí; hable usted todo lo que quiera, señor notario. Digo; Fiscal.

-.: Habiéndose abierto proceso por un testamento ológrafo, sin firma y como mis defendidos han logrado reunir cinco testigos de cargos, que identifican por su honor, que dicha letra es totalmente del abuelo del señor Pepe o sea de Don Mariano Encina Mendoza, que poseía una finca de cinco ganancias de fanegas reales, sita en lo que se llama “La Prosperidad”, lindante hacia el sur con el río allí existente, al norte con la finca del señor Paco Gil Castaño, al este con la finca del señor Pedro Sierra Peñas y hacia el oeste con la finca del señor Andrés Pérez Ayuso; la cual como se ve, la cedió a sus herederos colindantes por parte de la rama materna, a unos sobrinos desamparados de toda clase de fortuna y habiendo reunido, como digo, cinco testigos, como presencia a dar fe de la caligrafía de este documento, han denunciado el caso y abren sumario en cuenta.

-.: ¿Ahora es documento?.

-.: Con estos cinco testigos de cargo, queda elevado a documento, señor Pepe.

-.: Cállese el finado u ordeno que lo saquen de aquí.

-.: Con la venia, señor juez.

-.: Con lo que quiera usted. ¿Qué desea decir, señor abogado?.

-.: Siendo un testamento ológrafo y un anonimato o sea que no existe persona alguna que indique que es suyo: No es personal.

-.: Un momento. Ese Testamento Nonato . . . Nonatato.

-.: Anonimato. Señor juez.

-.: Gracias señor notario. Bueno, anonimato. ¿Qué significa dicha palabra?.

-.: Anonimato: Sin forma.

-.: ¿El qué?.

-.: Que no tiene firma. Careciente de firma.

-.: Gracias una vez más, señor notario. Pues tal testamento, le digo a la defensa que sí existe persona que diga que es suyo: Éstos señores. Si no, no se hubiese abierto proceso alguno.

-.: Con su permiso, señor juez, voy a proseguir. Si tales yacimientos de aguas termales no se hubiesen encontrado en dicha finca o se hubiese sacado cualquier materia no explotable. Pregunto yo: ¿Éstos señores hubiesen puesto la denuncia, se hubiesen interesado por la causa?.

-.: Señor Juez; con su venia

-.: Sí.

-.: Cuando el señor Manuel hizo tal documento, entiéndase testamento, tuvo la idea, las ganas y la voluntad, de ceder las tierras a éstos señores y una voluntad así no se puede seccionar por parte de ninguna otra persona: Aquí tiene usted la prueba.

-.: Está seccionado. ¡Sí señor!.

-.: Ahí, es donde estaba la firma.

-.: ¿Qué dice usted?. ¡A callar!.

-.: Señor juez, me extraña que se encuentre dicho documento seccionado; hasta el momento de venir aquí no tenía deterioro alguno.

-.: ¡AH!. ¿Si?

-.: Sí, señor juez.

-.: Está bien, señor fiscal. ¿Creo usted que han andado en él?

-.: Lo he dejado cinco minutos para que volvieran a leer su contenido los herederos.

-.: ¿El otro abogado ha leído dicho documento?

-.: Sí, señor juez.

-.: ¿Está de acuerdo con el fiscal?

-.: Sí, señor juez.

-.: Queridos convecinos; nos pierde la ignorancia: Es supina. Prosigan ustedes.

-.: Señor juez; el señor Pepe, tiene la idea de explotar dichos yacimientos, que se antepone a una acción revulsiva de perderlos para siempre en un litigio como el que aquí se da. Creo conveniente atajar por lo sano y fallar a favor de mi finado.

-.: Señor juez, con su permiso. No menos dignos de crédito y de que se hagan caso, son mis propios clientes, que en afán de que se cumplan las leyes; hacen costar sus derechos.

-.: Señor juez; derechos mermados porque mi finado lleva explotando treinta y dos años, dichas tierras.

-.: ¡Un momento!. Se suspende la sesión durante un minuto.

Se levantó el señor juez y se fue a su habitación no sé con qué idea: Nos quedamos absortos y sin saber lo que decir a tal decisión; cuando el juicio se estaba poniendo al rojo vivo.

Yo miré a mi primo y éste no daba señales de crédito a tal decisión tomada por el señor juez, al no saber a qué obedecía tal impulso, Las personas que nos rodeaban se sorprendían en colectividad y se preguntaban si se había puesto malo el señor Tomás.

-.: Pepe; no me gusta esto. El señor Utrilla te ha dado larga.

-.: Tiene que haber conocido la letra y sabe que es la de mi abuelo.

-.: Sin que tú te des cuenta y sin hablar mucho, ha balanceado el juicio.

-.: No creo.

-.: ¿Ya verás?. Por miedo y por respeto a la familia Díaz, no lo ha querido hacer él; pero éste hombre es justo, da a cada uno lo suyo. Por otra parte es el primer juicio del señor Tomás.

Salió el juez, portando en la mano derecha un crucifijo enorme; se subió a la tarima, se sentó y comenzó diciendo:

-.: No aguanto las discusiones, ni en mi casa, tengo la cabeza para pocos troles; así que si esto es un juicio, me confundí al pedir recomendaciones para que me nombrara el señor Gobernador, juez local: Quería ser el señor Mariano y yo llevé más enchufes que él . . . Por éste Cristo que nos preside en estos momento y queriendo ser recto en mis intenciones, dicto lo que mi conciencia piensa que debo decir; así que juzgo sea un tercio de las



ganancias de la explotación de dichas aguas termales para las familias herederas a parte proporcionales e inversamente a la edad de la composición de cada familia. Así como quinientas pesetas de multa a las familias herederas por la intención de tergiversar los términos seccionando el documento.

-.: ¡No las tenemos!.

-.: Se buscan; que las tiene que haber en el mundo.

-.: Señor juez: Mis finados se merecen mucho más.

-.: Creo que he juzgado bien, señor Utrilla.

-.: Señor juez; la propiedad es del señor Pepe, está convicto.

-.: No se hable más, señor Gómez.

-.: ¡Vaya fallo!.

-.: ¡Silencio!.

-.: ¡Vaya sentencia!.

-.: Silencio en el auditorio.

-.: ¡UF!; no lo entiendo.

-.: Alguacil, que desalojen la sala.

-.: Señor juez.

-.: Silencio.

-.: Pero señor juez.

-.: Ustedes dos, márchense también.

-.: ¿Quiere que nos vayamos, nosotros dos también?.

- .: Sí, señor notario.
- .: Fuera, fuera todo el mundo. ¡Vamos!
- .: Alguacil; cállese.
- .: Fuera . . . He dicho que fuera.
- .: Alguacil, sálgase usted también.
- .: Perdón, señor juez. La expulsión de la sala de todas las personas, los oyentes, finados y abogados, incluyendo al orden público; ¿se ha producido antes del fallo o después de él?
- .: Antes. Desde luego, que antes.
- .: Ruego que coste en acta.
- .: Que coste.
- .: Ruego, también, coste en acta los nombres de los cinco testigos.
- .: Que coste.
- .: ¿Se los leo?
- .: No hace falta, señor notario; los conozco, Pero váyanse todos por favor.
- .: Cuando salgamos todos y cerremos la puerta; haga el favor de dar un golpecito con el martillo y repita las palabras de, “He dicho; se cierra la sesión”.
- .: Como quiera, señor Utrilla.

Estábamos todos pendientes de dichas palabras, una vez que cerramos la puerta y así se produjo; oímos el golpe más fuerte que nunca se ha escuchado, seguido de los vocablos precedentes.

-.: ¿Por qué ha hecho eso, señor Utrilla?.

-.: Se ha cometido un fallo de forma en el juicio. Podemos apelar con un Recurso de Reposición, desde el mismo momento en que se produjo tal fallo: No puede quedarse solo el señor juez.

Se habló con el señor juez y éste era inapelable a la forma; pensaba dar, fuese como fuese, la misma sentencia; así que fue erróneo por nuestra parte abrir el proceso de nuevo, solo con la verbosidad del señor notario, quiero decir del fiscal, duraría algo más el juicio, como así fue; aunque no cambió la manera de pensar del señor juez.

Mi primo José estuvo durante todo el juicio un poco molesto, con dolores de cabeza que por la noche se le agudizaron más; de modo que cuando llegó el día le llevé, a la fuerza, al doctor que le había reconocido la otra vez.

-.: Cuando yo digo, que es urgente un caso patológico mío, aunque no sea nada; es que hay que correr para cumplir las indicaciones que mando y lo que les dije fue: En Madrid les atenderá mejor el doctor Moreno.

-.: Me sentí bien, señor doctor.

-.: No hay excusa. Vuelvo a extenderles un volante para dicho doctor. Quiero que antes de tres días, hayan ido; si es posible, a doctor Moreno.

-.: Así será, señor doctor.

-.: Deseo que hable el paciente.

-.: Se hará como usted dice, doctor.

-.: Así me gusta.

Desde luego no fue José a Madrid, ni visitó médico ninguno en épocas sucesivas, aunque eso sí; le siguió doliendo la cabeza cada vez más y hasta le comenzó a dar unos pequeños mareos de vez en cuando: Aunque no con la intensidad como para asustarse.

Casi me había olvidado de mi boda, cuando mi primo me recordó, que en el pueblo de mi novia, se iba a dar la última amonestación el próximo domingo y cuando me lo dijo estábamos a sábado; así que volé al lado de mi dama, para hablar con sus padres.

Supe al llegar, que su madre se encontraba en Madrid comprando el ajuar y haciendo los últimos preparativos fuera de casa.

-.: Hijo; no hay quien te vea. Estamos a tres de Octubre y te casas el día doce: Fecha de la Hispanidad.

-.: El Sacerdote de mi pueblo no sabe nada.

-.: Le hemos invitado a él también, para que ayude a la ceremonia y asita al banquete.

-.: En mi pueblo no hace falta decirle nada, si él va siempre.

-.: ¿Cómo la boda es en éste pueblo?.

-.: ¡AH, no!. La boda quiero que sea en mi pueblo.

-.: Ya lo hemos preparado de tal manera, que se ha invitado a todas las personas en nuestra capilla.

-.: Quiero que sea al aire libre.

-.: Es igual que cualquier otra capilla de Iglesia.

-.: Yo me entiendo.

-.: ¿Pero hijo?.

-.: ¡No se hable más: Yo así, no me caso.

No recuerdo si me despedí del señor Díaz o no, pero lo cierto fue que aparecí en el pueblo muy sofocado y con el coche al rojo vivo, del calentón que le había dado.

Mi primo seguía con los dolores de cabeza y entre una cosa y otra; unas veces miraba hacia mí, parándose las más, su vista, en el infinito, haciendo ademán de tener fuertes agobios.

Le expliqué lo sucedido y no me respondió lo suficientemente rápido, como era de esperar, dado su carácter. Al cabo de un buen tiempo, se limitó a balbucear alguna, que otra, frase entrecortada.

-.: Me perderás si no vas a pedir perdón al señor Díaz. ¿Qué más da casarse aquí como allí?. Además, es rango de opulencia tener una capilla propia: Tu suegro era más rico que lo que se creía; ya ves la fortuna que te ha dejado.

-.: Es lo único que me da miedo; dicha fortuna.

-.: ¡Ya la quisieran muchos para ellos!.

Como José hablaba con media lengua y sin ganas para ello, no le quise molestar más y me fui a mi despacho, en la fábrica de harina.

No hacía mucho tiempo que me había situado cómodamente en mi mesa escritorio, cuando vi subir las grades del inmueble, a una mujer muy

decidida, para después entrar en el recinto que yo me encontraba sin llamar, ni pedir permiso

-.: Remedio: ¿Qué quiere usted?.

-.: Saber algo del niño.

-.: Se encuentra bien.

-.: Quiero saber si su crianza va a ser lo más cómodamente posible.

-.: Tenga presente, que José no le hubiese dejado en custodia de los señores que lo tienen, sino fuesen buenas gentes: Por otra parte estábamos encubriendo a una persona y no era modo de estar eligiendo casa. Los tiempos en que vivimos no dan para ello; serán mejor que aprenda un oficio: Le valdrá mas, que una carrera.

-.: ¿Así vive el médico, el boticario, el cura?.

-.: No siga usted, El chico se encuentra bien que es lo principal.

-.: ¿Y José; me han dicho . . . ? .

-.: Está un poco pachucho desde la última visita de su marido.

-.: Es muy tozudo éste hombre mío.

Se la veía con interés preguntando por el chico, pues las personas de estos pueblos son muy humanas y caritativas, pero comprendí más bien el carácter de su visita; así que eché mano al cajón y saqué con qué subsanar prendas, ya que como me habían dicho: El marido no la daba nada de dinero, después que había puesto un buen bar en dicha villa, con el que

José le había propinado de antemano; amén de hacer una buena casa y tener una pequeña granja a su disposición.

Arrepentido me fui sin demora a visitar al señor Díaz, para pedirle excusas por mi parte: Éste se encontraba un poco serio, ya que era hombre acostumbrado a que se le hiciese caso total en sus decisiones: No obstante y, como poniéndose en guardia, me empezó a escuchar muy atentamente.

-.: El otro día estuve francamente mal; Así que vengo hablar con usted y a decirle, que con la palabra es la única manera con la que se entienden los hombres: Pues es que como estoy hecho un ovillo, de tantas vueltas que doy a la cabeza y no se la manera de traer a todo el pueblo aquí; es mejor que estas gentes se vayan allí.

-.: No hijo: Todo pariente tuyo podrá venir a comer algo y alegrarse; ya los prepararemos, cerca de la cocina un sitio. ¿Perro todo el pueblo?.

-.: Todo el pueblo y en el mejor sitio que haya.

-.: Es una nimiedad por tu parte pandear a tu favor a toda esta patulea y poner óbice a la ceremonia religiosa. Dame un solaz no muestres obduración de que la boda se celebre en uno u otro lugar.

-.: No te había visto, Felisa; lo que quiero es que participe mi pueblo en mi alegría.

-.: Quiero que esta fiesta sea tersidad y no una tabarra, a causa de los yacedores como se ve perspicio que deseas, al mostrarte sin nolición; se

nota que no distingues un Naife de un Naque, como son estos yacturas odreros.

-.: ¿No se que significan tales palabras, pero lo cierto es; que vienen ellos o no hay boda?.

-.: Hijo; ven a la cordura y piensa un poco, ya nos encontramos a ocho y el doce es la boda.

-.: ¿Veremos a ver?.

-.: Tienes edad de razonar por tu propia cuenta. No se hable más.

Estaba claro lo que pretendían en la casa del señor Díaz: Que fuese una fiesta sonada, de comensales lujosos; que al llegar a los oídos de la burguesía, éstos se hicieran boca de lo rico y lo bueno que era el amo y sus gentes.

Había que adorarles y reverenciarles como siempre y a eso no estaba yo dispuesto; nací entre la clase humilde y entre ellos me crié: Fui uno más de tantos y trabajé como el primero, además acarreando sorra; como diría mi novia Felisa, hablando de la grava.

Vuelta al pueblo, iba que no veía la carretera; llevaba lágrimas en los ojos, al ver que me querían tratar como a tantos otros en su vida de opulencia.

-.: Cada vez que vienes de ver a la novia, llegas que das pena, solamente en verte.

-.: El doce me caso.



-.: ¡Hombre!. ¿Por eso es el disgusto que traes?.

-.: Quieren que sea allí.

-.: ¡Y qué?.

-.: ¿Cómo llevo yo al pueblo, a todas las personas?.

-.: No te apures; en camiones.

-.: No había pensado en ello. Está bien.

Se avisó a todas las gentes del pueblo, con unas tarjetas de bodas y se quedó; que el día doce a las ocho de la mañana, se saldría de la fábrica en todo medio de locomoción posible hacia la capilla de los Díaz.

Había dado mi brazo a torcer y no estaba conforme; así que logré reunir a los mozos del pueblo, el viernes por la noche, para darlos la despedida de soltero. Estuvimos juntos, todos, hasta las siete de la mañana; en que despejados los más vivaces y adormecidos, los de sangre gorda: Observamos a poco de amanecer, una pintura rojiza en todas las puertas de las casas y los chozos de los pastores en la misma plaza del pueblo, así como carros y aperos.

Me imaginé, poco más o menos lo que había pasado; ya que las baldosas que habían en la calle, sostenían en sus flancos millares de vidrios rotos, debido al exceso de alcohol, en que un centenar de mozos, se habían apipados la noche anterior.

-.: ¿Qué significa esta nota, alguacil?.

-.: Es una cita del señor Alcalde.

-.: ¿Sabe para qué me llama?.

-.: Como es buen amigo de usted, le va aconsejar algo.

-.: ¿Qué es?.

-.: El pago de algunos vidrios rotos.

-.: ¿Si ya están rotos?.

-.: Es que eran de las ventanas y puertas, de algunas casas.

Tuve que pagar no sé cuanto dinero, por las buenas, como me dijo el señor Alcalde, por ser mi amigo; así que arreglamos las brechas de las puertas y los cristales de las mismas, amén de dar mano de pintura alguna que otra fachada.

Me sentía deplorable por tales hechos carniceros, a mi parecer; ya que pude saber más tarde que se habían dado muerte a varias reses y algún animal doméstico, para arreglarlo y comerlo aquella noche de madrugada.

Llegó la mañana del doce de Octubre y mucho antes que amaneciese, estaban allí todos mis paisanos, vestidos con el traje de los domingos; éstas gentes no tenían más que un traje de trabajo y otro para ir a Misa Mayor los días de fiestas.

Vi que de los camiones, pendían unos ramos, de vez en cuando de rosales y otras de eucaliptos; así que daba una variedad de colorido brusco a la forma, no solamente del ente, si no del camión.

Por fin comenzamos andar el camino y poco a poco fuimos saliendo de la villa, hasta dar con la carretera, que nos llevaría al pueblo deseado. Mi

coche pisó con las primeras ruedas, dicha carretera y más tarde con las traseras: Yo recé un Padre Nuestro, como buen creyente católico; lo hubiese hecho en otro estilo si hubiese tenido otra religión, pero las personas de mi tierra, nos iniciaron en la que tenemos y no cambiamos aunque no veamos luces, por mas encendido que tengamos el sendero de nuestro peregrinaje.

-.: Pepe; las gentes están cansados; debíamos parar un poco y que se refrescasen sus cuerpos: Con buen vino y roscos, andan el camino estas buenas personas.

-.: Dale alegría al ambiente, que se vea el gozo que sale de cada pecho a borbotones.

-.: ¿No lo estás viendo?. Se matan por ti estos seres inocentes.

-.: Van todos vestidos de guapo; creen que su ropa regional a veces y otras como han podido ataviarse, lo mejor posible: Que resaltará entre las de aquel pueblo.

-.: ¿Tienen más clases las personas de tu novia, verdad?.

-.: Enormemente: En general, la tienen todo el pueblo como te digo.

-.: No le hará mucha gracia al señor Díaz, que nos presentemos con tan poco atuendo.

-.: Y además con tanto ramaje; que más bien a una boda, parece que vamos de romería.

-.: ¿Les mando que quiten los jaramagos?.

-.: No, José; déjalos a su aire, que disfruten de mi alegría, que es la suya.

Cuando comenzamos a caminar otra vez, se veían, aun, más tupidos de ramos e hierbas todos los vehículos y carromatos, que componían la caravana. Hasta el punto que cuando llegamos al pueblo: No solamente los chicos nos seguían; si no que en un tropel a parte, nos acompañaban los mayores.

Parecían que nos veían como a cosas raras en la vida; para ellos no éramos iguales en dignidad de vestir, me refiero. Pero lo cierto es, que yo iba muy orgulloso con mi tropel, presidiendo la cabeza y dirigiéndola al lugar donde se iba a celebrar la boda.

-.: ¿Qué es lo que traes aquí?.

-.: Señor Díaz: Todo el pueblo, como ya le había dicho.

-.: Veo que continuarán. ¡Bien hecho!.

-.: ¿Por qué lo ve usted así?.

-.: Van de romería.

-.: Vienen; que no van. Vienen a la boda de la manera mejor que saben; alegrándose en mi persona, regocijándose de mi felicidad.

-.: ¡Jesús y María!.

-.: Y todos los Santos!. De modo, que abra usted sus puertas de par en par, que entren en su casa todo mi vecindario.

-.: ¡Sí, hijo!.

Recibí un corte brusco al abrir las puertas del todo; no se cogía en el patio y las personas que en el existían no daban paso de hecho a las que

querían entrar: Así que me vieron, comenzaron aplaudir y a vitorear a los novios; pero dicha alegría duró poco. Hubo quien se quedó con las palmas de las manos, unas en frente de las otras sin quererlas sonar y otras con la boca abierta; por el revés que se producía, de unas vestimentas a otras y de unas personas a otras.

Pasé de inmediato a la habitación donde estaba la novia, para sacarla con la madrina y con el padrino: Cruzamos corredores, primero, luego galerías y en un santiamén estábamos en la capilla.

Era un cuadrado regular; yo esperaba que fuese más pequeño, el recinto sagrado, pero al parecer, me llevé una sorpresa. Allí esperaban todos los señores de algún rango y alcurnia y con toda la ceremonia que requiere la pomposidad de esta escena; comenzó el acto litúrgico de la boda.

Creo que no puedo contarles mucho más; ya que apenas me enteré de nada. Estaba como anonadado y sin saber qué me pasaba; el sacerdote hablaba y hablaba, pero yo no le oía: Solamente le veía abrir la boca para, en su fonética, pronunciar unas palabras, que para mí no existían.

Las cabezas de los asistentes, enseguida me empezaron a parecer un todo homogéneo; pero sin forma.

No se cuanto tiempo estuvimos allí; lo cierto es que cuando me quise dar cuenta nos encontrábamos en el patio y felicitándonos todas las personas.

-.: Felicidades, hijo.

-.: Gracias, señor Díaz.

-.: Llámame padre: ¿Si es que tú quieres?.

-.: ¿No se?. Se me hace muy violento.

-.: Como quieras, Pepe.

Mis paisanos, del pueblo, estaban cantando y haciendo el mayor ruido posible, fuera de la casa, para demostrar su alegría e intimidarme a ella, a mí también; aunque poco tiempo les duró la fiesta.

-.: Esas gentes; que se callen.

-.: ¡Fuera!. El pueblo que se aparte. No queremos gentes menudas.

-.: ¡Esto es un secándolo!.

-.: Señores de tanta grandeza.

-.: ¡Calla!, Pepe.

-.: No Felisa. Señores un respeto a mi persona; que esas gentes son mis vecinos y mis parientes, tienen el corazón puro y limpio, incluyendo los presentes, como para expresar de esta manera su fe en algo o en alguien.

¡Por favor; un respeto!.

-.: ¡Que se marchen!.

Las voces de aquellos desventurados, se fueron callando poco a poco; como asustados por el ímpetu de mando en que se los ordenaba su cese: Así que salí al exterior entonando una canción regional y todos a coro cantaban conmigo sin cesar.

-.: Pepe.

-.: Dígame, señor Díaz.

-.: No vuelvas hacer lo que te venga en ganas, siempre que haya otras personas que los moleste tu decisión.

-.: Estas gentes son mis gentes y no las voy yo a cambiar sus maneras de ser porque lo digan los demás.

-.: Ordena callar a toda esa chusma.

-.: Personas: Querrá usted decir, personas.

-.: Pepe: ¡Hazlas callar de inmediato!.

-.: Mándeselo usted: Yo no digo nada.

Un señor, que había estado presenciando toda la escena, se arrimó sigiloso para entablar él también conversación.

-.: Díaz.

-.: Sí señoría; dígame.

-.: Son simpáticos y no están mal los cantes regionales. ¡Déjelos!.

-.: Como su señoría diga.

No cogía en mí, debido a las circunstancias, ya que se me había dañado mi amor propio. Decidí participar con mis gentes, en la plaza de aquel pueblo, en su fiesta; cantando y bailando. Un lacayo de la familia de mi mujer, se me arrimó un instante, para anunciarme algo.

-.: Señoríto.

-.: ¿Creo que es a mí?.

-.: Sí, señoríto.

-.: Llámame, señor Pepe a secas.

-.: No me está permitido, Don Pepe.

-.: ¡No vais aprender nunca!. Bueno: ¿Qué quieres?.

-.: La señorita Felisa, se ha puesto mala.

-.: Gracias, por tu información.

Me divertía con toda moza soltera y por otra parte, tal noticia me pareció en parte absurda, ya que hacía un tiempo pequeño la había dejado con su madre desnudándose; así que decidí seguir la fiesta en compañía de aquellas gentes, que me vieron nacer y tanto me quería.

Un gusanillo me remordía la conciencia por no acudir pronto donde estaba mi mujer; pero por otra parte creí que esta me reclamaba ante su presencia, como se llama a un sirviente: No fui, sencillamente.

El pueblo entero, parecía una fiesta; había colgantes de seda y paños por doquier, las ramas de los árboles pendían de los balcones como ramilletes de cerezas, enrejados de colores, dando un tono como nunca se había visto.

-.: Zagala. ¿Tú eres de aquí?.

-.: Sí señor.

-.: Me apetece echar un baile contigo. ¿Me permites?; sino te sirve de molestia.

-.: Me da vergüenza.

-.: ¿No habrá que pedir permiso a tu padre?.

-.: No lo haga señor.

-.: ¿Por qué?.



-.: Va usted a ser el amo.

-.: ¿Y qué?

-.: Me dará el consentimiento para que baile con usted.

-.: Pero sin tú querer. Yo no lo haría.

-.: Le agradezco la amabilidad: No lo haga.

-.: ¿Por qué?:

-.: Le daría pié a mi padre, para pedirle favores dadivosos.

-.: Un caballero no cae en esas pequeñeces.

-.: Suele hacerse.

Me retiré de allí lo más pronto posible; yo no podía tropezar en la maldad de la ignorancia, de aquellas gentes, máxime cuando había sido uno de ellos.

Los mozos se encontraban tomando el mosto de dicha fiesta a jarro lleno; ya no sabían dónde estaba, ni lo que hacía, pero seguían siendo hospitalarios con mis convecinos.

-.: Señoríto Pepe. Tómese con nosotros un vaso de buen vino; nos terminará comprendiendo mejor.

-.: Creo que mi comprensión está en mi cerebro metida desde hace tiempo.

-.: ¡UF!. ¡UF!. ¡UPA!.

-.: ¡Viva el señoríto!.

Saboreé una buena taza de aquel zumo de uva, tan exquisito, que nunca me acuerdo haber probado algo semejante en mi vida como el líquido que me dieron tales chicos.

Quise repetir la faena, pero me di cuenta, que a quien estaba pidiendo otra jarra del líquido de Back, era a un lacayo de mi señora.

-.: Señoríito: La señoriíta está muy enferme, acuda usted pronto. Es un ruego que le hace su señora, por boca del médico.

-.: Ya oí antes la misma canción otra vez.

-.: Con perdón del señoriíto. Esta súplica, no creo que se eleve a monserga como para que se la pueda poner música. Su señora, con todos mis respetos, está muy mala.

-.: Está bien, voy a verla.

Desde luego se encontraba tumbada en su lecho y el galeno al pie de ella tomándola la tensión arterial. A los dos se los veía nerviosos, por algo que en sí, al parecer, era infructuoso en su acometida y en su empeño.

Mi mujer, Felisa, me echó una mirada como pidiéndome calma, pero a la vez para ver que tal Espíritu tenía en esos momentos.

Yo no sabía lo que hacer, ni lo que decir, así que decidí dirigirme a mi mujer antes que al medico, con una vaga pregunta.

-.: ¿Qué te pasa, mujer?.

-.: Tengo un Noli me Tángere.

-.: ¿Es mala tal enfermedad?.

- .: El doctor lo dirá.
- .: Pues . . . ¿Dijo usted?.
- .: Noli me Tángere.
- .: ¡AH!; sí. Resulta que el diccionario le empleo poco.
- .: Sí, doctor, Úlcera maligna.
- .: Digo que le empleo poco, para enseñárselo a usted, señor Pepe.
- .: ¡Ya!.
- .: ¡Calla!; Felisa. Siga usted, señor doctor.
- .: El clima la perjudica y no hay más remedio que trasladarla a otra región más propicia para curar tales heridas.
- .: ¿Será durante mucho tiempo?.
- .: Tal vez un año.
- .: ¿No puede ser; yo no me puedo quedar solo dirigiendo toda la hacienda?.
- .: Tendrá que armarse de paciencia.
- .: Sí, Pepe. Es mi curación.
- .: Está bien.

Se fue; vaya que si se fue. Y yo me quedé solo, sin saber lo que decir; hasta la matrícula de los estudios la cambió allí Felisa.

Me había casado no tocando a mi mujer un ápice de pelo, como no fuese en el manejo de las cartas que me mandaba, o en las que yo la escribía, besándolas una y otra vez, para que llegasen a su tiempo y bien.

Hacía ya tres meses que Felisa estaba ausente, cuando me mandó llamar el señor Díaz, para hablarme de unas maquinarias nuevas de almazara, que habían salido en una revista a la que estaba suscrito.

Me habló de cambiar la rueda del molino viejo, la Yusera, por dichas piezas y me convenció; así que empezamos las obras lo más pronto posible.

-.: Pepe; siento decirte, que yo estoy aquí contratado de peón maquinista y no de albañil.

-.: ¿Quién os mete esas ideas en la cabeza?.

-.: No lo sé; pero tú lo comprendes mejor que nadie: Fuiste también obrero.

-.: Y lo soy, hijo, lo soy. Tendré que contratar más mano de obra para quitar esas poleas. ¿Bien lo podíais hacer vosotros?.

-.: No Pepe.

-.: Como quieras.

-.: Por otra parte es la última vez que mueles mi grano: Esto de cortar cuando tú quieres; nada.

-.: ¿Usted también, señor Ernesto?.

-.: Sí, yo también. Estoy cansado de ir con el grano de una parte para otra.

-.: Paciencia.

-.: Se consulta antes.

No se por qué motivo fue un día la Guardia Civil preguntando por uno de mis operarios; que por cierto, era muy eficaz, pero un poco revolucionario: Después de tenerle un día recluido le dejaron en libertad.

Una de las veces que pasé por el pasillo, que había en la parte superior, observé que éste mismo hombre, estaba aleccionando a unos cuantos en reunión; así que me vieron, se pusieron todos a trabajar, pero aquel mismo día, por la tarde, todo él embelesado, se me fue hablar al despacho. Yo estaba solo y me dio reparos de permitirle entrar en dicha sala, pero como lo había pedido muy cortésmente, accedí a ello.

-.: ¿No se de lo que me hablas?.

-.: Lo comprendes bien Pepe; no te hagas el loco. Estamos en el cincuenta y tres y es normal que nos organicemos.

-.: Van apretar bien las clavijas.

-.: Lo sabemos; ¿tú que dices a lo que te he explicado?.

-.: No puedo acceder a ello: Tomarías mi casa como lugar de reunión y hasta la maquinaria sería vuestra.

-.: Eres igual que todo el que tiene un duro; cree tener algo. Pues tu fábrica no vale tanto, que lo sepas.

-.: Por lo menos, os da para comer.

-.: ¿No me digas que ni simpatía tienes a tal idea?.

-.: En cuanto el obrero, pueda vivir mejor, con dignidad y decoro; sí me asocio a dicha idea.

-.: ¡Menos mal!. Tú no te opongas a lo que hagamos; sino quieres tener problemas; tú deja de hacer.

-.: No quiero estar en la clandestinidad, ni quedarme sin mi hacienda.

-.: Oye hoy Radio Pirenaica; te darás cuenta que somos una fuerza bastante considerable.

-.: Pero vais a la deriva.

-.: Yo se que te alegras en el fondo: Deséanos suerte.

-.: Lo deseo, como obrero con toa el Alma.

-.: ¿Y como patrón?.

-.: No tanto.

-.: ¡Españoles!; ¿Cómo sois los españoles?.

No me quedé ni medio satisfecho al saber hasta donde iba llegando el reclutamiento y las ideas de Juan; ya que mis obreros eran inocentes y me trabajarían mejor conservando su incultura, que adquiriendo tales torpezas en mi casa. A parte, dicha ignorancia daba de hecho en la paz, en la paz de Espiritu, que era lo que yo deseaba, tuviese toda persona a mi servicio; así que me prometí a mí mismo ponerme en guardia y no dejarlos dar demasiados vuelos, por si acaso.

Quería todo el bien para ellos; lo cual se obtendría si se me hubiese consultado a mí: De otro modo era una forma de desestabilizar; no ya en sí mi hacienda, sino al mando de la Nación, que por otra parte no había dictado ninguna ley contra ellos, para tenerlos en la penuria económica, en la miseria supina cultural en que estaban hundidos, o en la esclavitud de trabajo en que se encontraban. Ya que cuando salía el Sol, estaban trabajando hacía buen rato y cuando se ponía, los quedaban dos horas, por

lo menos, de tarea: Pero que en mi casa se organizara un sindicato clandestino; yo no podía consentirlo, aunque fuese partidario de la democracia , a causa de que querría conservar mis propiedades.

-.: Tú eres listo, Pepe.

-.: ¿Señor Cura?.

-.: Sí; te digo esto, porque no sé a qué vienes a pedirme tales consejos. Acuérdate de lo que nos querían hacer en la guerra, si nos hubiesen cogido.

-.: Tenía poco edad, señor Párroco.

-.: Lo comprendo hijo. Tú ayúdalos al bien quehacer y a poner su Espíritu en paz y en gracia de Dios; que pasen todos por mi confesionario de vez en cuando y tomen la Sagrada Eucaristía.

-.: También hay que darlos algo más: Don Ramón.

-.: Imposible darlos más que su salvación, hijo; piensa que es para toda la eternidad y lo que tú los des los dura unos días, o tal vez unas horas.

-.: Pero la tranquilidad aquí en la tierra . . .

-.: Sino hay paz de Espíritu, no hay tal tranquilidad.

-.: ¿Cómo logran eso?.

-.: Con la Gracia Divina.

Si con Juan no me quedé conforme, menos cuentas hice con mi Párroco en dicha ocasión: Me parecía correcto tratarlos con más dignidad, lo cual no se hacía y me pareció bien que luchasen por su reivindicaciones sociales, siempre que se ajustasen a la norma Estatal y Divina.

Cuando sucede un mal no viene solo, de modo que recibí la visita de unas de mis primas lejanas: Venía sonriente y con ganas de vivir. Era entrometida, pero a la vez ecuánime; parecía una de esas personas con la que da gusto hablar: Así que la hice pasar lo más pronto posible a mi despacho.

Se sentó en mi sillón con las piernas cruzadas y poco a poco fue quitándose los guantes, mirando hacia todas las partes para quedar fija la vista en mi persona: A lo primero me miró de arriba abajo y más tarde fijamente a los ojos.

-.: ¿Creo que adivinas mi visita?.

-.: Puedo suponérmelo.

-.: ¿Entonces, qué haces pepe?.

-.: Yo no hago absolutamente nada; me quedo quieto.

-.: Eso es lo malo, que no haces nada.

Me alargó un talón de banco; lo cogí con mucho sigilo y antes de hablar, pensé tres veces las consecuencias de aquel gesto desinteresado, pues vi que la cantidad puesta en el era de setecientas mil pesetas.

-.: Bonita cifra.

-.: Te dará ánimos para moverte.

-.: ¿Lo malo que no sé a qué rédito está puesto en mis manos?.

-.: A la mitad, Pepe; a la mitad. Y una buena amistad.

-.: Somos primos.



-.: ¡UF!. Muy lejanos.

-.: ¿Los demás?.

-.: ¡Hijo!. El tercio.

-.: Se pueden hacer unas instalaciones y poner unos baños en condiciones, para explorarlos cuando se pueda.

-.: No me tomes a mal: Yo no soy mala; pero veo que has comprendido enseguida.

-.: Mira; prima Paca. De esto no voy a decir nada a los otros, ni siquiera al juez; ¡Estamos!.

-.: No me inmuto: Esperaba la tragedia.

.: Y el entrar en mi casa de lleno.

-.: Estoy sola, tengo una edad crítica en la que es mejor sentirme protegida.

Lo que yo tenía que proteger era mi hacienda; pues quería mi prima tomarla el pulso a toda ella.

Los ojos la brillaban esperando mi contestación y pensando en el resto del capital: Hacía cuentas, mentalmente, como si fuese una computadora. La dije que como familiar suyo contase con mi ayuda desinteresada; pero que las uniones que yo tenía que tener, eran con mi señora.

No me di cuenta alguna de que se quedaba el talón bancario en mi mesa de escritorio hasta que removiendo unas facturas, hechas por el maestro de obras, salió de entre medios de ellas.

-.: Es grave Pepe. Una mujer no olvida así como así, setecientas mil pesetas, aunque sea en talón.

-. Prescribe a los cinco días. ¿Qué hago?, José.

-.: Devolvérselos.

-.: No sé donde está; si se ha ido a su pueblo o sigue aquí.

-.: Sigo diciendo, que no me gusta lo que me has contado.

-.: La conozco poco; pero por lo que he oído de ella, tiene un genio tremendo.

No sabía a lo que podía llegar, por lo tanto no me cogía la pellica encima y mis cuidados, aquella tarde, fueron pocos y mis esfuerzos inútiles para devolverla el taló perdido por ella.

Había una pequeña demudación en el Cielo, así que el Sol no brillaba lo suficiente como para que las personas tuviesen calor; pero sí como para divisar el reflejo de unos tricornios que se aproximaban al edificio de la fábrica. Yo me puse nervioso al ver la pareja de la Benemérita, dirigirse, sin titubear, hacia el umbral de la puerta.

Salí a recibirlos sin dudar un momento y a ponerme a sus órdenes para lo que necesitasen de mi casa; así que los atajé en la misma entrada.

-.: Buenas tardes. Si ustedes desean alguna cosa en mi fábrica y yo les puedo ayudar, cuenten conmigo.

-.: Denos el talón bancario de la señorita Paquita Hernández.

-.: Sí, señores guardias; como ustedes quieran.

Vi que mi primo José, me estaba haciendo señas con el dedo de que no; pero eso no, no pude comprender bien qué significaba; así que me fui derecho al escritorio, cogí el talón y se lo entregué a los guardias.

-.: Ahora; haga el favor de acompañarnos.

-.: Por favor: Si son ustedes tan amables, ¿Explíquenme donde me llevan?.

-.: Con mucho gusto. Al cuartelillo.

-.: ¿Y eso?.

-.: Le ha denunciado su primea de malos tratos, de esforzarla y obligarla a firmarle un talón.

-.: ¡Casi nada!. ¿Y todo eso, lo he hecho yo?.

-.: Al parecer; sí señor.

Me llevaron a pie, al cuartelillo y entre medio de los dos guardias, así que parecía, dado mi personalidad; que a quien pasaba algo era a otro y me llevaban a mí para tomar consejo de mi persona. Las gentes que me vieron, con tal compañía, ni se inmuto: Me daban los buenos días con la naturaleza de siempre.

Al llegar a la casa cuartel vi a Paquita, con las ropas desgarradas y a punto de enseñar los pechos, todo el pelo alborotado y un jirón en la falda, con varias magulladuras en la carne. Estaba hecha una piltrafa humana.

-.: ¿Qué te ha pasado?.

-.: ¡Mira éste!. ¿Tú me lo preguntas?.

-.: Claro. Soy tu pariente y quiero saber qué te ha pasado.

-.: No disimules, niño. Esto me lo has hecho tú todo ello. ¿Mira ves?: Estos hematomas, estas ropas desgarradas y . . .

-.: Esta poca vergüenza.

-.: ¡Pepe!.

-.: No poca. Hasta aquí has llegado, pero más adelante tu no pasas.

-.: ¿Y eso?.

-.: No quiero yo.

-.: Hubieses empleado el conocimiento antes de meterte conmigo.

-.: Paca; retira lo dicho.

No hubo manera de cambiarla de opinión; ella vino a lo suyo y quería obtener fruto de su gestión. Aunque se presentó mi primo con tres obreros más, no se movía de sus treces, hasta que declararon que yo no tuve tratos, anteriormente con mi prima Paca.

-.: Mi primero; ésta señora permaneció sola en la oficina durante un par de minutos; mi primo al llegar la llamó y la recibió fuera.

-.: ¿Dice usted?.

-.: Nosotros también lo decimos, mi primero.

-.: Bueno. ¿Afirman que estuvo solamente un par de minutos dentro del escritorio ésta señora?.

-.: ¡Señorita!, señor guardia.

-.: Sí, mi primero; confirmamos lo dicho.

-.: Mienten, señor guardia.

-.: Usted, señor Pepe: ¿Rubrica lo dicho?.

-.: Pues . . . Yo creo . . .

-.: Sí, Pepe. Fue así.

-.: Cállese usted José; que responda él.

-.: Somos cinco contra uno, Pepe.

-.: ¡Cállese!; José. ¿ Qué me dice, señor Pepe?.

-.: Digo; lo que ellos digan.

-.: No me vale de esta manera; responda escuetamente con un no o un sí.

La experiencia que tenía el Cabo primero, era brutal, por lo tanto ya me había cogido la manera de pensar; el por qué era mi retraimiento. Él no daba señales de gustarle la declaración, pero por otra parte, se le veía con ganas de interrogar a Paquita; ya que ésta, era una chica moderna y con ideas avanzadas: Se la veía muy entrometida, en todos los asuntos y como se notaba no hacía mucho hincapié para parecer la victima del todo. Por eso me limité a responder lo mas vagamente posible a la pregunta del primero.

-.: Sí.

-.: Está bien. Ustedes márchense todos a sus casas y usted señor Pepe, quédese para formalizar la denuncia.

Desaparecieron casi por milagro, expoliados por los guardias, no solamente mis gentes, sino Paquita también.

Creí que estaría allí poco, pero me confundí; ya que por lo menos llegué a la fábrica cinco horas después: Estuve en prevención durante todo ese tiempo.

No fui a mi casa hasta el día siguiente por el mediodía y me encontré con una no muy grata sorpresa: estaba viviendo en ella mi prima Paca. Había dicho la Guardia Civil que se recluyera con el pariente más próximo que tuviese en aquella villa; ya que en sí no era persona grata: Había tenido varios roces con la Benemérita a causas de sus ideas políticas y yo no podía consentir que se quedase en mi morada por más tiempo, lo cual no sabía cómo hacer para que se fuese de mi hogar.

-.: Le digo que sí, señor Pepe.

-.: Es imposible que mande edificar en las tierras del molino viejo mi prima.

-.: Tiene allí todo el material necesario por ahora.

-.: ¿Qué quiere hacer?.

-.: Una casa, de momento.

-.: Déjala, que será la única manera de que salga de la mía.

Fui alertado a lo primero por un obrero y más tarde por mi primo José, de los proyectos descabezados de mi prima Paca: No obstante la obra iba a paso agigantado, pues la arquitectura se encontraba hecha. Todo el armazón.

-.: ¿Qué haces, que no te veo, todo el tiempo aquí?.

- .: He cenado mucho y como la puerta estaba abierta . . . Pues . . .
- .: Tápate un poco, Paca.
- .: Te da escrúpulos; hijo.
- .: No; pero hay que guardar las formas.
- .: Estamos solos.
- .: ¿Qué, quieres ser corista; para qué enseñas los muslos?. Aparte que los tienes demasiados bonitos.
- .: Gracias; hombre.
- .: ¿Has terminado la casa del molino viejo?.
- .: Sí. Es un chalet preciosos.
- .: ¿Para qué lo has edificado?.
- .: Yo tendré cuidado con las cuentas. ¿No ves que si no, vas a tener que emplear a un matemático?.
- .: ¿Tú sabes?.
- .: He sido secretaria en una buena compañía estatal.
- .: ¿Qué tal secretaria?.
- .: Estuve poco tiempo, pero despunté.
- .: ¿Qué pasó?.
- .: He pedido excedencia.

No sé en lo que despuntó, pero lo cierto fue que sino la doy dos o tres vuelta no se va de allí: No pasó nada; solamente nos pusimos a tono y nada más.

Salió de mi habitación como águila que avista su presa desde las alturas y sabe donde está.

Yo me apresuré a consultar con mi mujer por carta y el consejo que me dio, fue que no empezase la explotación de las aguas para ver si se aburría y se iba; pero lo cierto es que se adueñó de los terrenos como si fuesen suyos.

Tenía en tales tiempos el Espíritu un poco decaído, así que no quería arriesgarme a ninguna empresa más y deseaba que se terminase de montar la fábrica lo más pronto posible, ya que el almazara no había rendido lo bastante, como para tener unos buenos fondos con qué afrentar la situación económica.

Mis pesares no eran pocos, cuando una mañana, sobre las doce, vi llegar un criado del señor Díaz y en realidad me puse nerviosos; presagiaba algo. Pude ver a mi señora y saber personalmente que se encontraba bien, los dos días siguientes que siguieron al entierro de mi suegro. Felisa estaba un poco alterada por los nervios y no le di importancia; además me dijo, que tal vez aprobaría todo el curso, lo cual me dio ánimos para confiar más en ella, aunque no se mostraba conmigo con el Espíritu lo más abierto que yo quisiera, pues al decir verdad no tuve ocasión de verla a solas ni un solo instante.

-.: ¿A qué vienes?.

-.: Para consolarte. ¿O es que no te gusta?.



- .: Si me vas a dar ánimos.
- .: Es ley de vida.
- .: me hago cargo.
- .: Hay muchas leyes de vida.
- .: Como el separarte de mí, lo más pronto posible; estás tumbada totalmente en persona.
- .: Esa es otra ley de vida.
- .: Del mal vivir, querrás decir.
- .: Hijo; ¿qué susceptible eres?.
- .: Me pongo en guardia solamente.
- .: No he visto hombre con tantos escrúpulos como tú, Pepe.
- .: No prima; creo que es mi deber decirte: Las visitas de cortesía o de familia, pero nada más, Paca.
- .: ¡Vamos! . . . Pepe; tengo una edad crítica y mejor sería tu amistad que la de ningún otro.
- .: Te ruego no sigas hablando en esos términos, deshaces el vocabulario; la fonética que tienes, no es bonita, ni ética.
- .: Creo más bien, que llamarías poco moralista a mi verbosidad, No me he expresado así nunca; la verdad. Es una fuerza superior, que se encuentra en mí, que no me deja en paz ni de día ni de noche.

Quiso empezar ella misma las obras del balneario y no sé como la dejaba que hiciese todo lo que quisiera, pero por otra parte había una voz en mi

interior que me aconsejaba dejarla a rienda suelta para ver si se cansaba; de tanta locura como tenía su cerebro.

-.: ¡José!. ¡José!. ¡José! . . .

-.: ¿Te pasa algo?.

-.: Creo que sí.

-.: ¿Dime?.

-.: ¡Esta carta!.

-.: ¿Explícame?.

-.: Que mi mujer está embarazada.

-.: ¡Enhorabuena!.

-.: Déjate de monsergas.

-.: ¡Cómo dices?.

-.: No la he tocado ni siquiera.

-.: Es grave esa acusación en contra de Felisa.

-.: Como te lo digo, José.

-.: No acabo yo de creerme tal suposición al pie de la letra, Pepe.

-.: Está claro; aquí lo dice. ¡Mira!.

-.: Pepe; este hijo es tuyo.

-.: ¡Y un pepino!.

-.: Pepe; que el dolor que tengo en la cabeza es enorme, no vengas tú ahora a ponerlo peor. Felisa, o te quiere probar o trama algo: Si así fuese, estaba bien.

-.: ¿Qué hago, José, en el caso de que fuese verdad?.

-.: Yo como hombre te respondo enseguida; pero consulta primero con alguien que sepa aconsejarte mejor que yo: Por ejemplo, con Don Ramón.

Era una familia de rango abolengo, como me dijo el Párroco y los cristianos somos los más sufridos porque el Redentor de la Tierra lo fue, muriendo en una cruz y que por aquello de que si tu hermano te pega en un carrillo . . . ; aunque no me gustaba mucho sus consejos, logré sobreponerme.

El curso terminó y mi señora se presentó cuando más tarea teníamos en nuestra fábrica nueva; por otra parte José se le empezó a ir un poco la vista y de vez en cuando se pasaba alguna que otra fanega de grano por debajo cuerda y a espaldas de éste.

-.: Mira, te gusta.

-.: Es preciosos, Felisa: Pero . . .

-.: No hay pero que valga. ¿Lo aceptas?.

-.: Yo . . .

-.: Sí tú; no voy a ser yo, que ya lo he aceptado.

-.: ¿Qué clases de compañeros has tenido?.

-.: ¡Pepe! . . . Cuidado, ¡EH!; no te pases. ¿Te he dicho , que si lo aceptas?.

-.: Pues . . . Sí . . . Está bien.

-.: Quedo conforme.

-.: ¡Cómo!; ¿Pero también ha venido tu tía Nati?.

-.: Sí.

-.: ¿Cómo está usted?

-.: Dala un beso Pepe; que ahora se encuentra bien del todo.

-.: Ha engordado usted un poquito más.

-.: Me han quitado un peso de encima.

Yo no cogía en sí de la alegría que tenía por una parte al ver a mi señora en mi casa y por otra con la pesadez de Espíritu de tanto pensar en una y en otra cosa.

Aquella misma noche, Felisa se mostró muy amable conmigo y hablamos de bautizar al chico el sábado próximo y hasta me propinó un beso, no sé si por amistad o por la ilusión de verse conmigo otra vez en nuestra casa; Lo cierto es, que dos horas después descubría yo el caso más insólito que se puede dar en la vida. Felisa estaba pura e inmaculada: Se entregó por vez primera a mi persona con un deseo de amor tan ferviente, que no supe por donde había alumbrado aquel Ángel semejante, como era la criatura que se encontraba sollozando, en su cuna.

-.: Como te lo cuento José: Felisa está pura.

-.: ¿Cómo ha tenido el chico, entonces?

-.: No lo sé.

-.: Pues eso es que está encubriendo a una buena amiga.

-.: Muy allegada tiene que ser.

-.: ¡Y tanto!.

Como las visitas de mi prima Paca se sucedían, coincidimos dejar el terreno del molino viejo, conservando yo la compara-venta, a mis parientes lejanos, los que ponía el testamento del abuelo Mariano. Y aunque pasó el tiempo nunca se hizo nada en dichas propiedades: Fue una cesión.

Mi señora se puso a estudiar con ahínco aquel verano, con miras a la tesis doctoral; ya que la faltaba un curso y quería adelantar dichos estudios. Apenas salía de su mesa escritorio para nada; si yo la quería ver, tenía que ir a su despacho para hablarla.

El pequeñito iba creciendo cada vez más; hasta el punto que ya tenía un mes y pesaba lo suyo, aparentaba tener doble edad: Le bautizamos con el nombre de Roberto, y nunca supe por qué el abuelo Díaz le había dejado la mayoría del capital, para él solito.

-.: Te agradezco, que no te presentes en casa a verme y lo hagas aquí.

-.: Puedo hablar mejor contigo en estas soledades.

-.: Te alerto que voy a tener secretaria.

-.: Yo soy la ideal. Has querido deshacerte de mí, pero veo que no te vale. Si permanezco en este pueblo es bajo tu cobijo.

-.: Yo no protejo a nadie, como no sea a mi mujer y a mi hijo.

-.: Las gentes creen que me acoges bajo tu fraternal cuidado.

-.: Eso lo dices tú a todo el que habla contigo; que me he enterado.

-.: Espero noticias tuyas sobre dicha secretaria.

-.: La secretaría, la llevo yo; otra cosa es que pides una ayuda.

-.: Lo dicho; espero tu respuesta.

Lo único malo que haría, sería aceptar a mi prima Paca como secretaria particular mía; pero por otra parte no había ninguna chica capaz de hacerlo mejor que ella; así que me quedé en la duda de si llamarla o no, Busqué una excusa y pedí a Paquita me hiciese un trabajo fino de escritura, la verdad sea dicha; que hasta a máquina de escribir lo bordó con la misma facilidad, que las mujeres hacen ganchillos: No me cansé y dudando la pedí otro favor de encargo aun más delicado; pronto y bien lo tenía en mi poder sin ninguna falta, ni corrección. Debido a esto se sentía ya secretaria, hasta el punto que una mañana temprano me estaba esperando en la puerta de la fábrica vestida de sport.

-.: ¿Qué haces aquí?.

-.: ¿A qué hora entran tus empleados?.

-.: las horas de cada turno.

-.: ¿ El mío cuando es?.

Dudé un poco la respuesta; sabía que era capaz de apoderarse de la fábrica si se empleaba, pero era la persona ideal que podía tener una vez que José se encontraba mermado de facultades, así que respondí entre dientes.

-.: A las nueve.

-.: Dame la llave.

-.: ¿Cómo?.

-.: Dame la llave y no preguntes más. Tú inspecciona el trabajo y ven dentro de dos horas.

Así lo hice y al llegar a mi despacho se encontraba cada cosa en su sitio y más limpio que el jaspe. Las cuentas estaban pasadas a sus respectivos libros, sus asiento bien hechos y un balance previo de las existencias que poseíamos en el momento en almacén, así como un estudio de las posibilidades económicas de la fábrica y un cierre del día por el método hamburgués que daba gusto echarle una mirada. No quiso que se hiciesen más asientos, ni se moviesen las cuentas del diario, pues estaban ya cerradas y abría que abrir libro nuevo. Me había desplazado solamente en ocho horas, yo no sabía donde se encontraba ningún papel de la oficina una vez que ella había terminado.

-.: Pepe; creo que lo mío no tiene ya solución.

-.: Por cabezón; si nos hubiésemos hecho caso del Doctor no habíamos llegado a tal extremo.

-.: Creía que era cosa de poco.

Lo cierto fue que le llevé a Madrid, a mi primo José, dejándola al cargo de la fábrica y del almazara, con la flota de camiones a mi prima Paquita.

El médico no se mostró conforme y nos hizo andar de arriba a bajo, todo Madrid haciéndole a José pruebas y análisis clínicos.

-.: ¿Qué le parece, señor doctor?.

-.: Es un caso patológico lo que le pasa al señor José. A parte de tener desprendimiento de retina, se le ha reabsorbido el humor acuoso, no viendo parte alguna por donde se le pueda haber vaciado. Es un caso curiosos; los conitos se encuentran bien.

-.: ¿Quiere usted decir?

-.: Que si solamente fuese por la retina, la cosa ni iba a más.

-.: ¿Por dicha alegría?

-.: ¡José!; no seas bruto.

-.: Por el humor acuoso; sin él no se ve. ¿Y cosa rara; en los dos ojos?. Parece ser como si usted lo estuviese pensando y la fuerza de su cerebro, fuese como imán para conseguir ejecutar su pensamiento.

-.: ¿Un caso? . . .

-.: Patológico, señor José a simple vista; pero bien estudiado a fondo no digo yo que entre de lleno en la Para-Sicología.

-.: ¿Consecuencia, Doctor?.

-.: Perderá la vista poco a poco.

-.: Es imprescindible?.

-.: Sí; el ángulo ciego conserva todos sus nervios en perfecto grado. Poco a poco se desperfectionará el grado cefálico.

Con el corazón en un puño, nos fuimos al pueblo y sin saber lo que decirnos uno al otro; le habían mandado a José un colirio y de los más inofensivos que había, para que limpiara algo la vista.



Llegamos a la fábrica nueve días después de salir de ella y no solamente había aumentado la producción, sino que habíamos vendido dos vagones de harina, entre la capital de aquella villa y los pueblos más cercanos: Cosa que no teníamos, ni pensaba yo jamás tener en mi fábrica. ¡Dos vagones del tren; y nada más que de harina!: ¿De dónde los sacaba yo?.

-.: ¿Dónde tengo yo tales kilos de harina, Paca; es la capacidad de los vagones del tren?.

-.: Se compra a precio barato y los vendes más caros.

-.: ¿A quien?.

-.: estas gentes, ¿No es un pueblo agrícola y ganadero?: Tienen que vender sus productos.

Los extremeños no estábamos duchos en tales menesteres, ni nos entraba en la cabeza dichas ideas, pero acepté su proposición dándola un afectuoso cariño por poco tiempo, sin pasarme mucho.

Tuve suerte, mis acreedores pagaron pronto y bien, no existiendo morosos entre ellos: Así pude dar a cada convecino mío su dinero y sin mucha demora.

Se me volcó todo el pueblo vendiéndome su grano; meses después habilitamos unas naves como almacén y así me hice comprador de granos de semillas.

El dinero iba rodando; a una venta seguía otra y la última engendraba el dinero que emplearía en la compra de la próxima remesa de granos.

Mi negocio prosperó enseguida y me vi con la cuenta corriente incrementada al cien por cien.

-.: Don Ramón . . . ¿Usted por aquí?.

-.: Si, hijo. Vengo a proponer a Paquita que presida la Cofradía del Carmen.

-.: ¿Y la presidenta?.

-.: Está mala y este año no se puede mover de su casa. Por otro lado a Paquita se la ve mujer decente; del trabajo a su casa, pasando por la iglesia: Es correcta y tengo buenos informes suyos.

-.: ¿Conoce sus ideas políticas?.

-.: No en cierto modo; pero tienen que ser formidables, así que no pienses más, Pepe, y llama a Paquita . . . ¡Espera!.

-.: ¿Dígame?.

-.: Hay un mozo que me ha preguntado por ella.

-.: ¿Es buena persona?.

-.: Excelente. Estudia en Madrid y termina la carrera de farmacia este mismo año.

-.: ¿El que se presentó con botas de montar y espuelas, cuando estuvo haciendo el servicio militar?.

-.: El mismo.

-.: Me va a costar deshacerme de ella, pero influiré a favor de dicho chico.

-.: Gracias, hijo.

Estábamos en las proximidades de Navidad y con las vacaciones de mi señora por medio, cuando un buen día recibimos la noticia de que se había puesto mala la señora Amalia, por lo tanto corrimos Felisa y yo a su lado.

Visité el almazara y lo vi un tanto cambiado, ya que observé se habían hecho pilas consecutivas y numeradas pero que existían algunas enormes y apartadas del resto: Se había comprado una gran báscula.

-.: Hágame el favor, buen hombre. ¿Qué pone en aquel cartel que está en la puerta?. He pasado por el y no me he dado cuenta.

-.: Pone: Se compra aceitunas: Manzanillas y limoncillas, a una veinticinco el kilo.

-.: ¿Si se paga dos cincuenta a los vareadores?; ¿como se va a comprar tan barata?.

-.: Es usted quien la compra, amo.

Me quedé agarrado a una pila para no caerme de miedo; yo no podía mercar ni una cuartilla de oliva, contra más unos dos millones de kilos, que se suponía había en la sierra.

La madre de Felisa se apagaba por momentos y al parecer, igual que su marido; por un gran disgusto, se la llevaba la pena. Vi que no salía del invierno y Felisa se mostraba muy apurada.

Llegué a casa azarado por la noticia de mi próspero negocio oleícola y lo primero que hice fue visitar mi oficina e intentar saber donde estaban los papeles.

- .: ¿Qué haces, qué haces?.
- .: ¡Mujeres, mujeres!. Se os da confianzas y volvéis a uno como un calcetín.
- .: ¿Es la manera de darme las gracias?.
- .: ¿Qué hace ahí ese enorme camión?. Que se quite de donde está. No he visto nunca camión tan voluminoso. ¿Qué hace?.
- .: Carga harina para llevarla a su destino.
- .: Que se quite: Está obturando el paso.
- .: Dale este vale al conductor y ordénale que lleve los diez mil kilos de harina donde previamente está contratado.
- .: ¡Ordenar, ordenar!. Yo no soy quien para mandar a personas particulares.
- .: Está a tus servicios.
- .: ¿No digas que has contratado dicho camión, teniendo una flota de ellos, aunque más pequeños?.
- .: No se ha contratado dicho camión.
- .: ¿Entonces?.
- .: Le has comprado del concesionario, hace cinco días.

Me agarré temblando a la mesa escritorio con todas mis fuerzas sin saber lo que hacía, mientras Paquita se entró en el cuarto contiguo para ponerse bien las prendas interiores y sin hacer afán de ocultarse de mi vista; se tenía que ir a la novena de la Inmaculada.

Me fui a casa medio ilusionado por tal figura y aturdido por el paso de los gastos que se estaban produciendo, para hablar con mi señora; aunque bien pensado parecía mas mujer mía Paquita que Felisa.

Cuando llegué al hogar, mi señora estaba arreglando al pequeñito, que por otra parte me parecía extraño; ¿si no podía haber salido al mundo sin dañar ni tocar ningún órgano de mi mujer?. ¿De quien sería?: Que Dios me perdonara tal pensamiento hecho hacia Felisa.

-.: Me agrada verte en tales faenas.

-.: Lo necesitaba el pequeñín.

-.: Para eso están las criadas.

-.: No hagas el pariré; sería hacer la yacija a la orzaya para tomar su cariño.

-.: No tengo celos de nadie.

-.: No topetea este trepe sobre la nurse.

-.: ¿Le haces unos patines?. No le valdrán; son demasiados pequeños.

-.: Es para el bebé que llevo en las entrañas.

Me puse que no cogía dentro de mí; ahora sí que sabía a ciencia cierta que Felisa iría a tener un hijo de mi misma sangre.

En el trabajo todo el personal me daba la enhorabuena y mi gozo era el de todas las personas a mi servicio.

El primo, casi sin vista, a penas, se acercó y me dio un abrazo con su sinceridad de siempre.

-.: Te felicito, Pepe. Ya ves como llega todo a su debido tiempo.

Aquella mañana, estuve pasando de dependencias en dependencias, vigilando la marcha de las mismas y ayudando alguna que otra vez al que veía yo algo apurado: Me había convertido en el mayor gañan de mis asalariados.

A hora prudente y sucio como no había otro, decidí dar una vuelta por la oficina para ver como iban las cuentas: Entré que me daba vergüenza verme entre los sillones y la señorita, tan arreglada siempre.

-.: Llevo un buen rato contigo y no me has felicitado. ¿Veo que no estás enterada?.

-.: Sí, Pepe; lo estoy. Siéntate: ¿Tú sabes que a la mujer que va a tener un hijo se la da la enhorabuena?.

-.: ¿Se la has dado ya a mi señora?.

-.: Creo que nos la tenemos que dar mutuamente una a la otra.

-.: ¿Qué dices? . . . ¿Qué es lo que me das aquí?.

-.: La factura de lo que te va a costar este hijo.

-.: Es tanto como lo que me has prestado, con intereses y ganancias encima.

-.: Sino quieres complicaciones, debes darme dicho dinero.

Me había destrozado del todo, dicha noticia y el caso era que la debía de tomar a cuenta y darla el dinero, aunque en ello estuviese mi ruina; ya que no podría hacer frente momentáneamente a la compra que se estaba realizando de los productos que me competían.

Se había llevado toda la ganancia, el camión y lo que tenía ahorrado en dos años; comprendí el interés que puso por mi hacienda durante el corto tiempo que había estado a mi servicio y lo peor era el pensar que seguiría estando por mucho tiempo más: Se había adueñado de mi negocio sin documentos de pertenencia, ya que no podía dejarla partir; yo no sabía donde estaba ni una cuenta, ni por donde arrancar para salvar el precipicio que, al parecer, estaba pisando mi persona en estos momentos.

Creía imposible el embarazo de mi prima Paca, me parecía otro igual que el de mi señora por primera vez: Apenas la había tocado y con caricias solamente, por muy mujer que una sea, no se queda en estado tan fácilmente; así que me propuse ponerme en guardia y ver lo que Paquita quería hacer y hasta donde llegaría con dicha trama.

Felisa se encontraba en aquellos días acompañando a su madre, para cuidarla: No sé lo que me quería, pero me había llamado lo más pronto posible.

-.: No te asustes.

-.: ¿Y Felisa?.

-.: Hablando con el señor Utrilla.

-.: ¿Dime qué pasa, Cristina?.

-.: No es de mi madre, de quien tenemos que tratar, aunque está bastante mal; es del testamento de mi padre.

-.: ¿Qué le pasa?.

-.: Le he encontrado y concede a tu hijo Roberto la mayoría de las fincas.

-.: ¿Y qué?

-.: ¡Hombre!. Que yo también deseo algo; No me quiero quedar desamparada.

-.: Tienes dos quintos; el menor de tres mil fanegas. ¿Te parece poco?.

-.: Poquísimo, para lo que poseía mi padre.

-.: ¿Felisa, está hablando con el señor Notario, para ayudarte?.

-.: Quiere no perjudicarme.

Me callé por cortesía y para que no dijese que yo lo sabía; pero me atrevo a decir que lo que el señor Díaz hizo, no fue más bien testamento, sino una especie de compara-venta a favor de la criatura y en nombre de su tía Nati, dejándola a ésta como usufructuaria.

Volví a la fábrica un poco cansado y pensativo; lo que Cristina decía llevaba en toda su parte razón.

Al entrar en la oficina, vi a Paquita que se caía por momento y acudí a socorrerla.

-.: ¿Qué te pasa?.

-.: Lo puedes averiguar.

-.: En buen lío me as metido.

-.: Tú solito has sido.

-.: Cásate con el chico que te he indicado, antes que se note.



-.: Antes que se note me vas a firmar ese talón, por el resto del dinero que te señalé.

-.: ¿Es un pago?.

-.: Es una protección.

-.: ¿Guardo tu silencio?.

-.: Exactamente; no se enterará nadie de lo que suceda. Me costará lo suyo el irme a un hotel a lo primero y más tarde a la residencia, amén del tratamiento médico.

-.: ¡Volverás!.

-.: No te preocupes que no conseguirás deshacerte de mí, tan fácilmente.

-.: ¿Y el chico?.

-.: No pienses en él; que lo dejaré en buenas manos.

Al día siguiente empeoró la situación por la enfermedad de mi prima Paca y dos días más tarde, tuve que sacarla rápidamente al pueblo más cercano, que por su contextura personal estuviese acondicionado de buenos doctores.

-.: ¿Qué me cuenta, doctor?.

-.: Tiene una infección, que por su carácter no es perjudicial; pero si duran ustedes dos días más en venir hubiese causado algún daño al órgano.

-.: ¿Pero usted como ginecólogo, que tal la encuentra?.

-.: Perfectamente.

-.: ¿Y el niño?.

-.: ¿Qué niño?. Esta mujer no ha conocido hombre alguno en toda su vida; está pura.

Las miradas que nos echamos Paquita y yo, no fueron fraternales, ya que con la vista la estaba pidiendo que me devolviese el dinero que la había dado.

Una vez en la calle, la cogí del brazo izquierdo y con la mano derecha la propiné un pellizco en los glúteos intermedios con todas mis fuerzas.

-.: Ya me estás devolviendo la fortuna que me has sacado.

-.: Te dije, que no se enteraría nadie. Así que no se lo diré absolutamente a ninguna persona.

-.: ¿Por qué?.

-.: Para que no se rían de ti. Tú me la distes voluntariamente y como la parte judicial no puede formar cuerpo de fuerza en este caso, es mejor que olvidemos lo sucedido. Yo te haré millonario, pero quiero ver parte de dicho dinero impuesto en mi cartilla.

Me callo donde se posó mi mano esta vez, dándola un tirón; desde luego atrás no fue: Mas tarde me avergoncé al ver que las gentes me habían visto y nos estaban mirando.

Llegamos al pueblo malhumorados y sin ganas de hablar, yo estaba dispuesto a casarla a mi prima, con el chico que me habló el sacerdote; ya que al parecer era buena persona.

Temía por lo que pudiese hacer de ahora en adelante, ésta desventurada criatura y por lo que arrastrase detrás de sí al verse inocente del todo: Su pundonor quedaría dañado en lo más íntimo de su Alma y el orgullo escarnecido; tal vez se atrevería a lo peor.

Intenté concertar una cita con Don Ramón y le mandé una misiva con un hombre de mi confianza; desde luego con José.

En vez de prestarse el párroco, hizo acto de presencia el chico deseado; parecía que el cura me había comprendido y como una sola persona nos compaginábamos en dicho pensamiento.

-.: Pasa, Paco. Dime: ¿Qué te trae por aquí?. ¿Vienes a buscar el libro que me dejó Don Ramón, verdad?.

-.: Yo . . . Pues . . .

-.: Espera un poco, que voy a por el, me acuerdo donde le tengo; despistadamente le dejé en la sala de máquinas.

Los dejé solos intencionadamente en la oficina, no había tal libro ni soñación de él; así que me fui a dar una vuelta a los obreros para ver si necesitaban algo o les podía echar una mano amistosamente.

Vi llegar un emisario de la casa de mi mujer y me puse nervioso, ya tenía experiencia de dichos recaderos: Siempre eran noticias malas.

En efecto; vestido de luto, salí lo más pronto posible camino del duelo, Felisa se encontraba sola con su hermana en la casona, tan amplia y vacía de cariño paternal.

Cristina y Nati; decidieron seguir en el pueblo, cobijándose una a la otra y dándose el valor necesario para que todo sirviente las viese y prosperase su hacienda, un tanto abatida por los azares sociales de los productores.

Digo bien, porque cuando llegué a la fábrica encontré hecha una masa compacta a todos mis operarios capitaneados por Juan y dirigidos, secretarialmente, por Paquita. Me parecía mentira que no tuviese repercusión en aquella villa, las ideas políticas de Paquita, pero por otra parte era fácilmente comprensible; ya que ésta le hacía falta al cura para atraer a la masa y dirigir a sus feligreses en los menesteres eclesiásticos. Se llenaba la Iglesia desde que mi prima regentaba una cofradía tan importante como la del Carmen, en dicho pueblo.

Poco a poco se fueron uniendo obreros, peones, braceros, gañanes, camioneros y un sinfín de asalariados míos, al grupo de fusilámines seductores: Éstos los evacuaban el pensamiento, con que iban a obtener el oro y el moro si pedían sus reivindicaciones al salario y al trabajo, hasta el punto que consiguieron no trabajar los sábados media hora, para hacer sus menesteres; después empezaron a parar, por las tardes dichos sábados a petición de sus graciosas personas, primero, y más tarde de sus señorías.

-.: José: ¿Veo que no puedes con mis obreros?. Te han minado la moral.

-.: No es eso, pepe. Mientras yo veía algo, no había persona alguna que se moviese en tus heredados y posesiones. Pero a medida que perdía la vista se fue acrecentando el malestar social, que estos desbandados harapientos

inculcaban en los corazones puros de los obreros que antes representaban; hoy por hoy no soy capaz de dar a donde se reúnen ni lo que hacen; está tu hacienda desamparada y en manos de dichos rufianes. Solamente a ti te incumbe ahora salir al atajo de tales males.

-.: No José; yo siento en mi carne lo que sienten en su piel: Fui obrero también.

-.: Te quedarán sin fincas y sin ninguna clase de bienes: Estos, dentro de poco, no querrán trabajar aunque los des todos los días una oveja y les dejes el tractor al cabo del año.

-.: ¿Por qué lo sabes?.

-.: Se van a Alemania a dejarse el sudor y a traerse el dinero. Hay quien ha vuelto y ha obrado su casa que parece un palacio.

-.: ¡Con mucho sacrificio!.

-.: ¡Y tanto!, Pepe. Pero traen dinero.

Poco a poco se me fu complicando la existencia, lo que pasó en años sucesivos, les contaré que de dos pesetas pasé al siguiente año a pagar tres a los vareadores, cosa insólita subir por aquel entonces una peseta; pero es que al siguiente año pagaba seis y al otro doce: El producto se encarecía y las ganancias eran ínfimas, me pagaban la aceituna de reventa, una vez que yo ya daba a mis obreros veinticuatro pesetas, como hacía diez años. Se veía que el producto no subía; así que decidí reducir plantilla y como suele pasar siempre pagaron los más inocentones, a Juan no me atreví a

despedirle por recelo a que se formase algo. Yo tenía un seguro hecho por el Fénix Español, que más tarde pasó como todos, al Ministerio de Trabajo designándome un número indefinido de obreros fijos y otros tantos de eventuales; así que a estos últimos los liquidé sin demora.

-.: Pepe; me has hecho polvo. ¿De qué voy a comer yo ahora?.

-.: ¿Tú eres uno de los que han sido despedido, verdad?.

-.: ¿Bien lo sabes tú?.

-.: No, yo no sé nada. Se ha despedido al obrero eventual y sin saber yo quien erais.

-.: Dame algún trabajo, ¡por tu madre!. Mira que estoy en las últimas; tengo seis hijos y me piden pan.

-.: Tú lo has pedido antes.

-.: ¿No te entiendo?.

-.: ¿Desearías cobrar menos y trabajar en algo?.

-.: Dame lo que quieras, Pepe.

-.: Lo que pueda; querrás decir, Si te vuelvo a emplear en la fábrica se alma la marimorena. El camión que va todos los días al almazara necesita ayuda; vete en el.

-.: Gracias, pepe.

-.: ¿Qué haces?. A mí no me beses las manos, ni te arrodilles delante de mí.

No vuelvas a pedir lo que no te puedo dar, que después ya ves lo que pasa.

-.: Descuida Pepe; que tu prima y Juan, van a ir cerca, cuando se vuelvan a referir a algo de lo dicho.

Felisa quiso estudiar su tesis doctoral en Gran Bretaña y de allí pasó a América, y compaginando los dos formas de saber se vino a España unas vacaciones cortas, para después volver a sus estudios. Desde allí me escribió preguntándome por Roberto y el pequeñín David; además me comunicó su nuevo embarazo, producto, según ella, de la felicidad y las ganas de vernos en los días que logramos estar juntos.

Mi mujer trajo a España una preciosa tesis y una niña muy simpática, a la que pusimos el nombre de Miriam.

Pasando el tiempo fueron creciendo mis hijos y estudiaron en la facultad, una carrera que les permitiese salir a flote en sus vidas. Su madre y yo estábamos orgullosos de ellos: Se habían criado bien y eran muy educados.

Aunque había, cada año, dificultades para salir económicamente a flote, todo el gran capital, parecía que yo iba sacando la hacienda a trancas y barrancas. Los obreros me comprendían y me pedían solamente lo que necesitaban y a veces algo menos.

Se me habló de deshacerme de algunas fincas y comprar pisos o meterme en una constructora; pero en cuanto a vender, ni hablar . . .

. . . Vi un poco fatigada a Felisa en la terraza y decidí cortar el relato de nuestras vidas; ya que a parte había dado fin a las peripecias surgidas en nuestra vertiginosa existencia.

-.: Te veo cansada, cariño. ¿Los espectadores se marchan?.

-.: Sí; mira Pepe, nos quedamos solos.

-.: Siento como algo de peso que se me quita de encima.

-.: Yo siento la losa, pesar como una paja.

-.: Nuestras culpas se evaporan y nuestros Espíritus se liberan del mal: Hemos cumplido nuestras penas.

-.: Pepe; no puedo permanecer por mas tiempo aquí, presiento que una fuerza me llama y que me es necesario seguirla.

-.: Siento lo mismo; Felisa. Nuestra materia se disipa en lo etéreo: Te sigo, pero antes dejo en boca de mi hijo Roberto el relato que hará de sus vidas y en su cerebro el buen empleo de ellas . . .

. . . Después de irme de la terraza, pues duré bien poco, llegué a mi despacho para ultimar los apuntes de aquel día; no sé cuanto tiempo estuve allí, pero lo cierto fue, que cuando me dirigí a la cama, encontré a mi mujer, Yolanda, profundamente dormida. No quise despertarla; por otra parte no nos llevamos demasiado bien, como para tener la suficiente confianza, para espabilarla y pedirla sus intimidades.



Desperté pronto, aquella mañana; me puse a ducharme y afeitarme: Mientras la ayuda de cámara, Juana, con permiso de la institutriz, que a la vez era el Ama de llaves, hizo unas maletas para que el chofer las entrase en el portamaletas, más tarde, y sin saber cómo, partiese rumbo a Extremadura; pero al llegar a la altura de “Los Velones”, éste se paró en seco y dando media vuelta volvió a la finca de la Manga.

-.: ¿No sé ni siquiera, que viaje tan tanto acabo de hacer?.

-.: ¿Y yo qué maletas le he dado a usted?.

-.: No sé Juana.

-.: Están vacías.

Oí dicha conversación estándome arreglando en el cuarto de baño y no le presté atención al no ser que cuando bajé para desayunar, el mayordomo se aproximó, llevando de la mano a una de mis hijas, Beatriz.

-.: Señor; su hija insiste, que ayer tarde vio a sus abuelitos.

-.: Sí, papá; estaban en la terraza.

-.: Beatriz: Ya tienes once años y no debes decir incertidumbres.

-.: ¡Que sí, papá!. También las vio Cati; déjame que la llame, rubricaré mis palabras.

-.: Tu hermana es más pequeña que tú y por supuesto, ella dirá lo que tú quieras.

-.: ¿Si me lo permite el señor?.

-.: ¿Dime, Pedro?.

-.: La terraza se encontraba hoy más limpia que el mismo recibidor y hasta las poltronas parecían mecerse.

-.: ¿Pedro, que son unas niñas?.

-.: Gracias, Pedro; puedes retirarte.

Le ordenó mi señora, al mayordomo, se retirase, encontrándose ésta un poco inquieta; me senté en mi sitio y esperé a su conversación, pero no llegaba, así que decidí empezarla yo mismo.

-.: Recuerdo que ayer tarde entré en la terraza del canal; no sé con qué objeto. ¿Y hasta estuve hablando?.

-.: Sí papá; te vimos nostras, Hablaste con los abuelos.

-.: ¡Niñas!.

-.: Perdonar: Acabo de pasar y no puedo por menos que atajar dicha conversación. También eché mi parrafada en dicha terraza ayer tarde.

-.: Sí, papá. Es verdad.

-.: ¿Me visteis?.

-.: Sí, tío David.

Me dio qué pensar todo eso y puse mi mente a cien por hora, para captar algo raro que se me escapaba de mi pensamiento, pero no lo podía comprender; así que me levanté y llamé a todas las personas del servicio a junta en el comedor.

-.: ¿Falta alguien, Pedro?.

-.: Sí señor; no se encuentra en esta reunión la ayuda de la señora Matilde:  
Juana.

-.: Llámela.

-.: ¿Es imprescindible, señor?.

-.: Sí, llámela; haga el favor.

-.: Está bien.

Una vez que estuvieron todos en el hemicycle, una habitación amplia y espléndida; los exhorté a decir la verdad del caso a todos ellos: Si se habían encontrado, aunque fuese de casualidad, en dicha terraza por la tarde.

-.: ¿Díganme, con sinceridad, quien estuvo, aunque fuese un momento, en la terraza del canal, ayer tarde?.

-.: Señor; me parece que nos encontramos allí todos sus sirvientes, sin saber cómo.

-.: Gracias Pedro.

-.: Era como una voz, que me llamaba.

-.: Juana, hable usted cuando la pregunten.

-.: Deja, Matilde, no la regañes. Di chica; ¿Qué sentiste?.

-.: Sí señor. Sentí una fuerza que me atraía hacia dicho lugar.

-.: Gracias a todos una vez más, pueden retirarse.

Hubo un momento de silencio por parte de los reunidos, hasta que mi señora se empezó a mover un poco inquieta y a pronunciar palabras entre dientes que nadie llegó a comprender.

-.: Fenómenos paranormales.

-.: ¿Cómo dices, Yolanda?.

-.: Se llaman fenómenos paranormales.

-.: ¿Por qué estuviéramos en la terraza?.

-.: No exactamente, David, Por estar en la terraza no sucede nada; pero mis hijos vieron algo.

-.: ¿Vamos, niños, qué es eso?.

-.: A ti, hablando con los abuelitos.

-.: ¿Queréis decir, mis padres, que en paz descansen. Pero si murieron hace dos años?.

-.: Y de accidente de tráfico cuando terminó el verano y se dirigían desde esta finca a Extremadura.

-.: Sí, Yolanda; ¿Verdad?.

-.: ¿Sugerís las dos?.

-.: Sí, Roberto. Está claro.

-.: No entiendo.

-.: Papás, han expirados las culpas con representar su obra que tanto los gustaban.

-.: ¿Querían escribir sus vidas?. ¿Verdad?.

-.: Las han escrito.

-.: ¿Qué dices?.

-.: Mira lo que estoy viendo en esa estantería. Título. “Vida y gracia de Felisa y Pepe”.

-.: ¿Es la letra de mamá?

-.: ¿Habías visto este boceto tú antes?

-.: No David: Es la primera vez.

-.: Yo igual: Tiene la letra reciente.

-.: ¿Y dices que con esto, han expiado sus pequeñas culpas?

-.: Al parecer.

-.: ¿Por qué lo sabes?

-.: David, ha sacado la consecuencia por el viaje tonto que ha hecho el chofer, esta mañana.

-.: ¿Y qué?

-.: Con una maleta vacía, que preparó la ayuda del Ama, y sin saber donde iba.

-.: ¿Bueno, David?

-.: Ese viaje les ha llevado a su destino.

-.: Exacto, Yolanda.

-.: ¿Dónde llegaron?

-.: A Los Velones.

-.: ¿Entonces?

-.: El chofer sólo; ellos duraron dicho tiempo en el Mundo, en su pecado, todo ese rato, hasta que el coche llegó allí. No era su destino, el chofer en ese momento se dio cuenta y se volvió a la finca.

-.: ¿Me asombráis?.

-.: Es la pura verdad, querido hermano.

-.: Sí, Roberto; por nuestros hijos.

-.: ¡Está bien!. Aunque es absurdo.

Consulté días después con alguien entendido y me dijo, que lo de fenómenos paranormales, era parte de razón y que si había una persona con el Espíritu atrasado o retorcido en casa, él era el que estaba provocando dichos fenómenos.

No podía saber quien sería la persona de Espíritu retorcido; un demente, pues en mi casa no había gentes semejantes, como ya les he dicho.

Lo cierto fue que quedó en agua de borrajas todo y se olvidó pronto; pasó sencillamente, llevándose el paso del tiempo al no volver hablar más de ello.

Era cierto, que fuese quien fuese la persona, deseaba y recordaba a mis padres; así que producía dichos fenómenos: Y que se sirvió de una tercera persona para escribir la vida de los abuelos, que por la caligrafía, tan parecida a mi madre, debía de ser mujer y todos los indicios apuntaban a Matilde, la institutriz.

En qué tiempos fuimos a vivir. En aquellos tiempos se aproximaba la semana de la sementera y tenía que ir al pueblo, para preparar con sumo cuidado las tierras y recolectar posteriormente vagones de grano, que tan buenas ganancias me producían en el silo; ya que la fábrica de harina cayó, más bien a la llegada del Delegado del Estado y por otra parte tirado por los propios obreros; en cuanto al almazara, no quedaba de el más que resquicios de un buen molino.

Las tierras las conservaba gracias a Dios en pie, debido a que , parcelé parte de ellas y concedía préstamos y créditos a mis obreros a largo plazo, amén de parte del ganado y varias fanegas para que las cultivasen.

Les estoy hablando en los tiempos modernos, como se suelen llamar a los de mil novecientos ochenta tres; con la llegada socialista, creo que en mi hacienda, se masca una época nueva, ya que con la venta de algunos quintos logré hacerme de una buena constructora y de una factoría de toda clases de pilas y baterías: Fabricaba también algunos que otros moto de todo terreno.

Estaba inquieto por no saber en qué compañía dejaba a mi mujer: Mi hermana Miriam se encontraba con su cuñada Avelina en Madrid, examinándose de la última asignatura de Jurisprudencia; así que no podía concentrarme y decidí marcharme pronto a dormir. Al llegar a la habitación oí que Yolanda hablaba con alguien.

-.: ¿No te parece, que eres un poco guarrillo?.

-.: No lo creo. Te llevas mal con mi hermano y a ti no te dejo yo salir a buscarlo por ahí; a parte que a una cuñada se la quiere mucho.

-.: ¿Pero yo no te puedo dejar?.

-.: Tú no muestres mucha resistencia que ya está.

-.: ¡Está, el qué?.

-.: ¡AY!. ¿Qué va ha ser?.

-.: David; esto no lo puedo consentir.

-.: Ya lo hicimos la otra noche.

-.: Me cogiste dormida.

-.: Por algo se empieza, ¿No te parece?.

Con mucho sigilo logré verlos acostados a los dos en la cama y como sus madres los trajo al mundo; existía un cuadro un poco chocante, ya que Yolanda era mucho mayor que David y éste con el deseo en la cara se mostraba como un niño pidiendo su pastel.

No me inmuté, di media vuelta y me fui al escritorio para continuar con los papeles. Comprendí que era mejor hiciese la corte mi hermano en vez de otro hombre a mi mujer; así la tendría segura en mi casa a mi señora.

Llegué al pueblo donde se encontraba mi tía Cristina y mi tía segunda Nati; mujeres éstas que por su soledad las respetaban todo el pueblo.

Cristina era esbelta y con buen busto, casamentera cien por cien todavía y Nati una señora bien conservada y de buen parecer, daba gusto hablar con ellas.



-.: ¿Dime, hijo. Como te va la vida?.

-.: Bien tía Nati. ¿A vosotras dos, veo que no os falta de nada?.

-.: No hijo.

-.: Estáis muy solas, Sobre todo tú, tía Nati.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: ¿No has echado de menos el no casarte?.

-.: Ya no; cuando era joven tal vez.

-.: Eres joven tía, eres joven; estás bien, estás estupenda.

-.: No hijo. Son tus ojos que me ven así.

-.: Tía.

-.: Quita. Estate quieto.

Fui rechazado por mi tía y salí de allí, lo más pronto posible a mi escritorio, para ocultar la vergüenza; en general cambiaba de carácter, siempre que llegaba al pueblo de mis antepasados y hasta yo mismos me asustaba.

-.: ¿Qué dice Roberto, tía?.

-.: Nada en particular, Cristina.

-.: He oído algo que quiere que se case alguien y de que está bien.

-.: Quieres que te cases tú, hija.

-.: ¿Se refería a mí?: Qué gracioso. Éste chico me quiere, le he criado yo y me ve con buenos ojos; daba por nosotras un órgano del cuerpo, estoy segura.

-.: ¡Ya lo creo!. ¡Y tanto!.

-.: Cuando llega al pueblo, éste crío, parece otro.

-.: Cambia de carácter totalmente.

Al día siguiente me fui a la dehesa más cercana del pueblo, donde me estaban esperando los productores a mi cargo para planificar las fanegas que había que sembrar aquel año y la clase de grano que se emplearía.

Al llegar al grupo de casas de aquel cortijo, vi que de los chozos donde el personal vivía, ya que la casa estaba designada a mí y las cuadras a las bestia y ellos vivían en unos chozos apartes unos cien metros, salía una hermosa chica, cuya belleza me deslumbró de inmediato.

-.: ¿Quién eres tú, muchacha?.

-.: Soy la hija mayor de su tractorista, señor.

-.: ¿Has estado aquí siempre?.

-.: Soy la que me regaló el otro año unos zapatos. ¿No se acuerda usted?.

-.: ¿Eras la que destacabas entre todas las zagalas?. Ya me acuerdo, Veo que no me confundí.

Bajé de mi caballo y sujetándola fuertemente contra la pared sur de la casa, la quise besar sin ningún reparo y miramientos.

-.: Señor; me da vergüenza.

-.: Yo te haré regalos.

-.: No quiero tales regalos; con el perdón del señor.

-.: Andrés. ¿Qué pasa?.

-.: ¿Quién es?.

-.: Mi padre.

-.: ¿Qué te pasa?.

-.: Nada padre, que me encontraba un poco cansada y me he recostado a la pared.

-.: Ves a ver si te necesita tu madre.

Me quedé con la miel en los labios, pero con deseos de probar aquel almíbar de aquella carita de rosa, como tendría su boca y su piel fina.

No había visto zagala semejante en la vida y desde luego decidí no darle cuenta a su padre por aquella vea; ya que fui también a reducir personal, debido al mucho dinero que se me iba con los obreros: Decidí mecanizar todo el campo y al echar cuentas, me salía que cada tractor, desplazaba a veinte yunteros y quince braceros, que en una extensión de quince mil fanegas de las cuales unas seis mil eran laborables, de los cuatro dehesas que poseía, es fácil comprender de los cuatrocientos empleados en cuantos se quedaron.

Veía reducirse el beneficio de mi hacienda por momento, pues los productos no estaban a la altura de la demanda obrera, así que cada vez obtenía menos de las tierras.

-.: Estás rellenita. Tienes que hacer un poco de régimen; no mucho.

-.: ¿Es usted, señoríto; tan temprano?.

-.: Sí. Vengo a ver como están mis operarios.

- .: Sus operarios se encuentran en perfecto estado.
- .: Ya lo veo. ¿Y tu padre?.
- .: Andaba hace un rato por aquí, ahora no sé donde se encuentra.
- .: ¿Estás sola?.
- .: Creo que sí.
- .: Tienes unas buenas formas.
- .: No debe el señorío tirarme piropos. ¿Por qué lo sabe?.
- .: Aprecio tus rodillas al echar leña al fuego y a parte se ve en tu figura al andar.
- .: Se lo agradezco, pero ya sabe que no me gustan los piropos.
- .: ¿Y si son de esta manera?.
- .: ¿Qué es eso?.
- .: Un collar. Es de buenas piedras.
- .: Me quita usted toda la dignidad. ¡Por favor!.

Vi enrojecer su carita de rosa como una amapola y tambalearse al viento, como la caña de un junco lo hace obligado por el azote de la brisa fuerte.

Se fue hacia un sofá antiguo que existía en aquel lugar, era la cocina de los obreros y más tarde tropezó con unos sacos de granos que se encontraban allí, recostados a la pared unos y otros en el suelo. Cayó todo lo larga que era, sobre los sacos de semillas de tal manera que enseñaba los mulos al rojo vivo.

Me agaché sobre ella y tumbado encima de su cuerpo, no sabía ni lo que hacía. Sonó un ruido brusco y más tarde el tractor: Su padre intentaba arrancar la máquina sin mucho éxito, de modo que decidí cortar la faena y retirarme al tendido solitario de mis cuartos todo jadeante.

-.: Sí; pase.

-.: Soy yo, señoriíto. Me ha venido mi chica llorando y me ha llegado a lo más profundo del corazón.

-.: ¿Qué te ha dicho?.

-.: Se ha querido usted proparar con ella.

-.: Tengo un collar y no sabía a quien regalárselo. Se lo ofrecí lo más agradable que pude y la sentó mal. Mi pensamiento ha sido puro totalmente.

-.: No me ha dicho más que se ha querido proparar con ella.

-.: Ha pasado lo que te acabo de contar, solamente.

-.: Usted perdone, señoriíto.

-.: Perdonado. Puedes marcharte . . . Espera. Ves hoy arar la dehesa de, Tierras Altas.

-.: Señor; ¿Se encuentran muy lejos?.

-.: Son las más adelantadas y ha fallado un tractorista, así que se me olvidaba decirte, que urge se aren aquellas tierras que están muy movidas.

-.: ¿Son quince días?.

-.: Prepárate para la estancia en dicha dehesa.

-.: ¿Se encuentra a muchas leguas?.

-.: No repliques y sal enseguida. Las tierras de esta dehesa pueden esperar sin un tractorista, más o menos.

Salió aquel hombre totalmente desconcertado y con un mal humor de perros que brillaba en las ascuas de sus ojos; esas niñas redondas y tan cargadas de tristezas, como tienen estas gentes sencillas y nobles de esos páramos unas veces y bosques de encinas otras, salpicados de olivares y de cepas.

Me corrió un mal pensamiento por mi mente y le puse a ejecución de inmediato: Llamé a mi hombre de confianza, el guarda de la finca, y le expuse el plan a seguir con toda devoción, propinándole en promesa una buena parte de tierras.

Aceptó enseguida, tenía poca clase de escrúpulos, a parte que me robaba todo lo que podía yo me dejaba para sacarle algunos favores como el que me iba hacer: Era hombre sanguinario y perverso.

-.: ¿Has entendió?.

-.: Sí, señoriíto Roberto; perfectamente.

-.: Pues no esperes más y haz lo que te he aconsejado.

-.: ¿Aconsejado?.

-.: Bueno. Vete pronto.

-.: Como el señoriíto diga.

Yo por mi parte salí hacia Madrid, donde se encontraba mi cuartel, con concesionario y de la construcción; tenía que asistir a una recepción nipona y revisar las cuentas de las ventas hechas al extranjero al por mayor.

-.: No es muy halagüeño lo que usted me informa, Pérez.

-.: Le digo que ayer mismo se cerró con la suma abajo indicada.

-.: ¿No sería que se pasó mal los números a tesorería o que les dieron una suma parcial?.

-.: Podemos consultar con la sección administrativa.

-.: Sí, por favor; hágalo.

-.: Está bien.

-.: Usted, señorita Encana, Si es tan amable de pasarme el estadillo del banco, se lo agradecería en el Alma.

-.: No le hemos pedido: Don Roberto.

-.: La aconsejo que lo haga.

-.: Necesita usted Don Roberto, alguna fecha en especial.

-.: Las cuentas de todo el mes: Sobre todo a partir del día cinco hasta el veintitrés.

-.: Don Roberto.

-.: Sí.

-.: Le traigo el libro blanco.

-.: ¿Y qué?.

-.: Ha salido con los ochos millones de menos, ¿No entiendo?.

-.: No se apure, Pérez; no se ponga nerviosos habrá sido un error, un fallo humano: Se encontrará enseguida.

-.: Qué amable es usted, Don Roberto; qué ánimos nos da. Nos sirve de aliento en el trabajo.

-.: Me van a perdonar, pero voy a visitar el grupo especial.

Salí hacia la quinta planta sin ánimos de risas, pero con la confianza de que todo hubiese sido un mal entendido: No oí lo que comentaban mis dos empleados, ni puse atención para ello.

-.: Don Roberto es una bellísima persona.

-.: Nunca he tenido jefe semejante, señor Pérez.

-.: ¿Verdad, señorita Encarna?.

-.: Tiene un carácter maravilloso.

Me parecía mentira, que sin tocar las cuentas se hubiese producido una baja de números tan sensibles como aquella, así que al hablar con el grupo especial comprobamos que el balance general del día anterior diferenciaba en una unidad solamente del resultado final; las cuentas se habían metido unos segundos antes, en el ordenador, que finalizase la última sesión bancaria.

Dicha unidad era número primo y no podía ser divisible por nadie; el ordenador se encontraba en base dos y tal vez fue manipulado sobre las cinco de la tarde, ya que se estaba capitalizando y mis operarios tuvieron acceso a el aquella tarde.



Decidí bajar, rápidamente a tesorería para comprobar los datos bancarios y en efecto, así lo reflejaba el estadillo que uno de los mejores Banco de Madrid nos había pasado a nuestras dependencias.

-.: Señor Pérez.

-.: ¿Dígame?.

-.: Ordene que echen la llave al supervisor del ordenado principal.

-.: ¿No se podrá registrar ninguna clase de movimientos?.

-.: Es lo que quiero. Que revisen todos los discos y las cintas de la cabeza del ordenador.

-.: Como usted diga, Don Roberto.

-.: ¿Qué hacemos con el efecto que tenemos correspondiente al pago de la última remesa vendida?.

-.: Den órdenes al banco, para que bloqueen la cantidad fijada en dicho cheque; hágalo pronto, señorita Encarna.

-.: Como quiera, Don Roberto.

-.: Usted, señor Pérez; fiscalice todas las cuentas, una por una de todas las secciones.

-.: ¿Tardaremos mas de ocho días?.

-.: No debe de emplear, en hacerlo, más que cuatro días.

-.: Difícil; pero se intentará.

Daba aquella misma noche, una fiesta mi buen amigo Sierra en su chalet y allá nos fuimos Yolanda y yo. La recepción no fue buena; pues nos

trataron de condes al entrar, el lacayo que se encargaba de dar la filiación de cada invitado: Mi mujer se puso más ancha que larga, iba entrando al son de la Marcha Real imaginariamente tocada por su pensamiento.

-.: ¿Pero bueno, Condes de qué?.

-.: Calla, Armando, hijo.

-.: ¿Te gusta?.

-.: Ya tienes bastante edad para saber lo que la puede agradar a tu madre o molestarla.

-.: Como quieras, mamá.

-.: Sigue en la fiesta y diviértete.

Era una mansión de lujo a cuya fiesta asistían la flor y nata de la sociedad madrileña entera: El protocolo se semejaba al siglo dieciocho, en el que un acto sigue al otro y ninguno se debía anteponer al anterior. De vez en cuando una dama de aquellas, pomposas y lujosas mujeres, se arriesgaba a tocar en el piano una pieza de Moza, Brahms, Beethoven, Tchaikowky o Chopín, alternando con una agradable voz de un barítono, previamente contratado.

Me sentía un poco inquieto en las soledades, ya que mi señora se ocupaba de la diplomacia de una embajada y como mi carácter cambia cada vez que veía a la servidumbre; me fui detrás de una chica halagüeña, de cabellos trigueños: Ya en las inmediaciones del sótano.

-.: Veo que me sigue usted, Roberto.

-.: ¿Me conoce?.

-.: La servidumbre, al entrar en una casa, lo primero que hacemos es saber donde se encuentra el jarro.

-.: ¿El jarro?.

-.: Sí, el que unas beben y otras lo apartan: Está lleno de esa bebida que embriaga y de delicias de Morfeo.

-.: ¿Usted bebe?.

-.: De su boca; de ese jarro cargado de plata.

-.: Cargado de fuego por amor.

-.: No; de dinero, he querido decir.

-.: ¿Cuánto?.

-.: Tanto como éste valga.

Había sido contratada por aquella noche y ésta chica, en vez de trabajar en su esquina decidió ganarse el jornal de mis amigos y la gracia de quien la diese su aprecio.

Se levantó las faldas totalmente hacia arriba, sin yo esperármelo, quedándome por momento cortado. Mas tarde reaccioné.

-.: Eso vale esto.

-.: No; primero el dinero.

-.: Primero lo que yo diga.

-.: ¡AH!.

Volví a casa llevado por mi hijo Armando; el cual me había sacado del sótano llamado por mi mujer, que fue quien había presenciado toda la escena y una vez ya en el hogar se formó la marimorena.

-.: Armando, hijo, vete a la cama.

-.: Hasta mañana, papás.

-.: Adiós, hijo.

-.: Y tú siéntate, Como señora tuya que soy: ¿Puedes decirme a lo que juegas?.

-.: Perdona, Yolanda; uno tiene una debilidad por ser hombre una vez y ya ves lo que pasa.

-.: ¿Pero sino ha sido una vez, ni tan siquiera tres?; te he cogido cinco veces con ésta; con mi vista.

-.: Mujer; yo ceo que los hombres . . .

-.: Ni hombre ni nada. ¿Si yo me fuese con otro, qué dirías tú?.

-.: Pues . . . Mi . . . ¡Cachi! . . . No digas tontunas.

-.: ¡Tontunas!. ¿No ves como no se puede contigo?.Preocúpate más de tus factorías, de la constructora y de tu banco.

-.: No es banco, es donde se reflejan todas las cuentas.

-.: ¿No digas, que no es banco, que hasta compensación bancaria tenéis?.

-.: Compensamos por medio de un banco legalizado . . . ¿Has dicho, compensación bancaria?.

-.: Sí; eso he dicho.

Al siguiente día hice buscar en las cuentas de compensación bancaria el fallo percibido hacía tres días y de raro no encontramos nada excepto un talón que se extendió, para viajes de información de mi personal al extranjero, dado al descubierto, para que el jefe de la Sección de Fondo Internacional pusiera la famosa cantidad de ocho millones de pesetas.

Lo habían hecho asiduamente y me estaba robando descaradamente mi asalariado y sin darme cuenta nadie hasta aquella ocasión: El desfalco que se había producido era bestial, pues mi economía se tambaleaba y los bancos me retiraron el crédito; no podía pedir ni lo que vale un alfiler a ninguno de ellos.

Nervioso perdido, me fui a mis fincas de Extremadura con el propósito de vender alguna y reponer el daño ocasionado por la rapiña.

-.: Benito: ¿Cómo va la tarea del campo?.

-.: Estoy molido, señoriíto.

-.: ¿Sabes si alguien ha visto de arar al padre de la Andrea?.

-.: Tendría que tomarme unas copas con ellos. He visto pasar a varios, pero desde lejos o por las bestias.

-.: Hazlo de inmediato; toma este dinero.

-.: Como el señoriíto diga.

Mi fiel sirviente se fue a la taberna del tío Frasco, entablado pronto conversación con todos ellos, ya que fue muy comentado, de que yo iba a vender las tierras.

-.: ¿Qué va hacer el señoríto con nosotros?.

-.: Nada Emilio; vende y se acabó.

-.: ¡Eso! Se acabó para nosotros todo.

-.: Las tierras tienen que ser trabajadas siempre, sea con el amo que sea.

-.: Sí; ¿cómo que éste no ha dado la cuenta a cientos?.

-.: Sigo diciendo, que el que las trabaja siempre gana.

-.: Si es como Pascasio, que se lleva los días muertos, arando la dehesa de arriba, tan solitario como la una. Temo que se vuelva loco; entonces sí se gana: Ese se va a ganar lo suyo.

-.: ¿Tú le as visto?.

-.: Sí, desde lejos; le conocí por el tractor y las ropas. ¿Hasta me dijo adiós?.

Estaba sembrada; no las tierras, pero sí la faena que le habíamos hecho al pobre de Pascasio. Al llegar Benito a mi presencia, refunfuñaba un poco.

-.: ¿Dime qué es eso?.

-.: Las ropas de ese pobre hombre, huelen.

-.: Has pensado bien; llévaselas a su mujer que las lave y te den otras nuevas; yo se las acercaré otra vez; ya te diré yo lo que tenemos que hacer.

-.: ¿Va a ver otra vez, señoríto?.

-.: Sí.

-.: Con qué valor sigo yo arando aquellas tierras?.

-.: Con este que te doy yo ahora mismo.

-.: Uno . . . Dos . . . ¿Si son trescientas mil pesetas?.

-.: Sí. ¿Creo que te dará el aliento suficiente, como para seguir mis indicaciones?.

-.: ¡Ya lo creo!.

-.: Una cosa te tengo que decir: No reduzcas comida.

-.: Tranquilo, señoriíto.

Entre medias vendí una dehesa pequeña y otra regular, pero recibí la noticia de que no valía con tal cantidad de dinero obtenido para cubrir huecos; hacía falta mucho más, Puse a la venta el almazara y la fábrica de harina, saliéndome compradores buenísimos par ello; ya que en la fábrica se iba a instalar un almacén de muebles y en la prensa una tahona como nunca se había visto y desde luego vi cumplidos dichos gustos, pero mi capital mermaba por momento: Solamente me quedaban dos dehesas, si hablamos de tierras y una casa, que por ser enorme, nadie la quería; era una especie de palacio antiguo y señorial.

Cuando más atareado me encontraba en mi faena, se presentó mi hijo mayor, Enrique, con Diosdado y un grupo de chicas más bien endiabladas todas ellas.

-.: No me seas zalamero y dime pronto lo que quieres.

-.: ¿Es que no puedo besar a mi padre sin pedirle nada?.

-.: Tus caricias me cuestan mucho, hijo.

-.: Papá; necesito dos cosas.

-.: Lo sabía.

-.: Díselo tú, Diosdado.

-.: Una, señor, es dinero, la otra que nos deje divertirnos lo mejor posible .

-.: Lo tenéis concedido, podéis cazar y correr al zorro a vuestras anchas.

-.: No eso, señor Roberto.

-.: ¡AH; no.

-.: No, Papá: Venimos poco tiempo y necesitamos expansionarnos; queremos estarnos toda la noche bailando, para mañana ir a despejarnos a la finca de paseo.

-.: ¿Dónde vais a bailar toda la noche?.

-.: Hemos pensando que sea en la Capilla Gótica.

-.: ¡Ah!, no. Es un lugar sagrado.

-.: ¿Pero si hace ya años que se dejó de decir Misa allí?.

-.: Está consagrada dicha Capilla y ¡vale!.

-.: ¡Papá!.

-.: He dicho yo, que no se cometen sacrilegios en mis posesiones. La Capilla Gótica, es un lugar de Culto a Dios.

-.: ¿A saber qué culto se estará haciendo allí?.

-.: ¿Cómo?.

-.: Lleva cerrada tanto tiempo, que no sé si los fantasmas morarán en ella haciendo de su Santa Religión un sayo.

-.: ¡AH!. No seas entrometido.



-.: ¡Vamos chicos, EH!; que aquí no mola,. ¡Toma!.

Conseguí quitarme de encima dicha chusma de ineptos; que aunque fuese mi hijo, éste no valía para hacer nada bueno.

Llegaron las dos de uno de tantos días y mi vista se cuajó al infinito, vi aparecer al padre de Andrea, Pascasio, en su tractor todo él abohetado, apenas se le conocía por la gran hinchazón que tenía en la cara.

-.: Acabas de echar por tierra todo nuestro plan, Benito.

-.: No tengo la culpa, señoriíto. Han castrado unas abejas cerca de allí y aunque me han visto, me indicó que lo iba a pasar mal.

-.: ¿Quién ha sido?.

-.: El señor cura.

-.: ¿Cómo es eso?.

-.: Va a pie y ha aprovechado la ocasión.

-.: Ahora se sabrá . . .

-.: No; el médico es amigo mío y me debe muchos favores.

-.: ¿Esos favores, son fuertes?.

-.: Y de los mayores.

Había cometido Benito un gran fallo, presentándose con las ropas de Pascasio al pueblo, pues aunque como me dijo, solamente le había visto desde lejos y le saludaron como si fuese el padre de Andrea, no las tenía yo todas consigo; así que puse oídos, pero comprobé que no fue nada de sospechosa tal acción.

Vi aparecer cerro arriba y desde el chozo a la zagala más guapa que había por aquellos contornos, Andrea.

Me puse nervioso y la esperé en las tapias, de la casa como si nada me inmutase; al llegar cerca de mí me miró a los ojos y suspiró.

-.: Señoríto, le he visto y aprovecho para decirle, que desde hace ya tiempo no hemos recibido mi madre y yo ningún dinero del trabajo que realiza nuestro padre.

-.: Yo veo que vivís bien.

-.: Vendiendo agua a los vecinos del pueblo; que ya estamos mi madre y yo, que no podemos más.

-.: Veo que has adelgazo.

-.: Si sigo así me voy a quedar en los huesos. ¡A propósito!; ¿Qué tal está mi padre?.

-.: Benito me tiene informado de él y creo que se encuentra en perfecto estado; se me ha olvidado decíroslos.

-.: ¿Termina pronto de faenar aquellas tierras?.

-.: ¿No sé cuando se va a dar de alta el otro tractorista?. Te encuentro yo mejor, más delgada.

-.: Déjese el señoríto de fijarse en mí.

-.: ¿Ya sabes si quieres dinero lo que tienes que hacer?.

-.: ¡Eso no!. ¡Nunca!, señoríto.

La amamantaba la idea de que volviese su padre, por eso llamé a Benito y puse en su lugar al tractorista de dichas tierras cumpliendo con su tarea.

Solamente tenía que esperar acontecimientos y desde luego no tardaron en pasar, consulté con Benito y éste me satisfizo en su buen quehacer.

-.: No se preocupe, señoriíto. El tractor lleva ya dos días puesto en el Camino Real y cerca del pueblo; lo ve todo el mundo.

-.: Está bien, Benito.

Así que a los tres días y cuando me encontraba yo pasando la plaza de dicha villa, me llamó la atención Benito delante de todas las personas que se enconaban allí mismo para anunciarme una mala pasada.

-.: Señoriíto, haga el favor de parar el caballo un momento, si es usted tan amable, le necesito halar.

-.: ¿Qué te pasa Benito; te veo muy azarado?.

-.: ¿Tiene usted conocimiento de que Pascasio dejó de faenar las Tierras Altas?.

-.: ¿Me parece que la mandé yo venir a causa de los ruego de su familia?.

-.: Según los convecinos el tractor se encuentra parado tres días en el Camino Real.

-.: ¿Le faltará el combustible?.

-.: No señoriíto, tiene y bastante.

-.: Pregunta a Pascasio que hace ahí el tractor puesto.

-.: No ha aportado por casa.

-.: Cuando llegue.

-.: Lo que intento decirle es que Pascasio no ha ido a su casa desde que salió de ella para arar las Tierras Altas.

Un murmullo se dejó escapar de las bocas de aquellas personas, nobles y honradas: Desde luego di órdenes a todo el mundo de que buscasen a Pascasio.

Venia como una loca la mujer de Pascasio aquella tarde para verme a la dehesa; yo ya la esperaba muy comedido en mis asuntos.

-.: ¿Dónde está mi Pascasio?.

-.: ¿Qué ha pasado de mi padre?.

-.: Señora no se remangue más las faldas.

-.: Es porque las voy a tener que llevar yo si ha pasado algo a mi Pascasio; te enteras Benito.

-.: Por favor, señoriíto; ¿dígame donde está mi padre?.

-.: Sí; ¿dígame a su hija y a su mujer donde se encuentra mi Pascasio?. ¿Qué ha pasado de él?.

-.: ¿Dígaselo a mi madre?.

-.: ¿Pero hable por favor? . . . ¡Dígame algo! . . . No puedo más; me muero si le ha pasado algo.

Salió corriendo la señora de Pascasio, toda ella desesperada, hasta el chozo y Andrea se quedó en el mismo lugar medio tambaleándose y sin

poder correr, con un sudor frío. No tardó la chica en caer a plomo en el suelo; la levanté con cuidado y la llevé en brazos a la casa.

Sentada en un sofá, la acariciaba las piernas como si se tratase de su mismo padre: La vi todas sus formas y más tarde la di un beso de amor en la misma boca propinándome un placer inigualable: Tuve un solo pensamiento; aquella zagala sería mía tarde o temprano.

No tardó en volver en sí; dio un salto mortal hacia atrás, como si se tratase de un zorro herido y salió de la casa como Alma que lleve el Diablo: Yo no podía más, no debía reprimir por más tiempo mi furor amoroso, pero decidí ir despacio en el asunto.

Fui a bañarme al río aquella misma tarde al cañaveral existente en la ribera de mi finca: Cuando llegué a el observé que se encontraban allí mi tía Cristina y mi tía Nati; pero Cristina emprendió el camino del melonar quedando a Nati sola bañándose en un remanso, casi metida en las cañas a la sombra de estas; apenas se veía desde ningún otro sitio.

Me acerqué sigilosamente y observé un par de brazos bellísimos y carnosos, con unas espaldas anchas y bonitas; se encontraba en lo más somero y de vez en cuando sacaba sus piernas, blancas y hermosas hasta tal punto que me suscitó mis instintos carnales. Como el león que se acerca a su presa sin ser visto, así llegué yo detrás de Nati: La cogí fuertemente por los brazos y me rocé con ella; se dejó caer por el miedo de tal manera, que nuestros cuerpos se confundieron en uno solo.

Había satisfecho mi pasión con mi tía Nati; en realidad tenía ganas de satisfacerla con aquella señora mayor, que por su formas parecía ser más joven.

-.: Hijo, yo te perdono; que Dios te perdone también.

-.: Tía no digas nada, te lo ruego: No he podido retenerme.

-.: Me das miedo eres un psicópata perfecto: Tienes dos caras a la vida; la cara buena es maravillosos, pero la mala da muco que desear.

-.: No me digas eso, que no resisto . . .

-.: ¿Me vas a pegar ahora, después de haber abusado de mi cuerpo?.

-.: No me digas que yo provoqué dichos fenómenos

-.: ¿De qué hablas, hijo?.

-.: Tía; ¡te odio!, ¡te odio!: ¿Entiendes?.

Salí corriendo, cogí mi caballo al galope llegué a la casa de la dehesa sin saber lo que hacía. Sin desensillar a mi montura, me fui a la casa y me tumbé sobre la cama un buen rato.

Pensé toda la noche en la dehesa, sin poder dormir y por la mañana temprano vi coger agua fresca a la Andrea y a su madre de la fuente cercana a los chozos y dirigirse a pie al pueblo, distante de allí nueve kilómetros. Me dio pena de ellas, pero de algo tenían que comer, así que las dejé partir.

Pasé hasta las dos del día visitando las tierras y el rebaño de ovejas para volver al caserío y darme una ducha, de un depósito que había en la terraza: Subían el agua con vasijas.

-.: Quédame la ropa limpia a los pies de la cama.

No contestó nadie, aunque una persona había entrado en la habitación; me sorprendió la forma de actuar tan precavida de quien fuese, no salía ni hacía ruido.

Me sequé bien y con la toalla por bandolera, fui a ver quien era: Estaba allí, tumbada y arropándose solamente con la sábana.

-.: ¿Qué haces Andrea?.

-.: Rezo el Rosario.

-.: ¿Para qué?.

-.: Antes de hacerlo; para que Dios me perdone y mi novio no se entere.

-.: ¡Vamos!.

-.: No señoriíto; antes tengo que terminar de rezar mi Rosario.

Me puse a los pies de la cama acariciándola todo su cuerpo, cogí la sábana a la altura de los pies y di tal tirón que la desgarré toda, quedándose Andrea con un trozo entre las manos y dejando ver su cuerpo al descubierto. ¡Maravillosos!, ¡preciosos!. Yo ya no podía más, así que cuando terminó, sin saber lo que hacía me abalancé sobre ella y me costó confundir su cuerpo con el mío: La Sangre me fluía a los ojos y me cegaba la vista, confundiéndome el pensamiento.

Al levantarme observé manchas de Sangre en la pared, como pintitas, unas mayores y otras pequeñas; su cuerpo un poco encarnado y con unas contorsiones como estertóreos de la muerte: Eran los nervios.

Por fin había ejecutado mi pensamiento; hice mía aquella zagala en aquel día: Podía ser feliz y esa misma noche dormía a pierna suelta.

Por aquel entonces, se encontraba con mis tías, José, el primo de mi padre que en paz descanse, el cual estaba encargado de la limpiezas de las cuadras, de los jardines y de algunos lugres, inhabilitados.

Una mañana, José se dirigió a la Capilla Gótica, para ponerla en orden: Así que abrió la puerta escuchó un quejido que parecía venir del más allá.

-.: ¿Quién hay ahí? . . . ¿Digo, que quien es?.

Nadie, pero nadie contestaba; así que el anciano decidió entrar a ciegas en el recinto de la Capilla y al llegar al Altar Mayor oyó con claridad unos quejidos que parecían salir de la pared: Tocó todas las cosas, los bancos, el Altar Mayor, los Santos, las gradas y todas las paredes; pero al llegar a un Capitel observó que éste estaba corrido.

Los quejidos se sucedían con más intensidad y frecuencia; decidió José desviar más el Capitel y apareció una entrada como a una cueva.

Bajó José las cuatro escaleras que se componía el sótano más que corriendo; se había caído y se encontraba a los pies de un encadenado moribundo: Le tocó varias veces y conoció perfectamente de quien se trataba.



-.: Pascasio . . . ¿Tú aquí?.

-.: ¡AH! . . . ¡AH! . . . Agua . . . Agua.

-.: Espera.

Salió corriendo y fue a por escoplo y martillo, para presentarse más tarde con la herramienta y el agua deseada, José.

Le costó a José desligar los eslabones de cadena, pero por fin lo hizo. Con Pascasio a cuestas salió mi buen anciano a la calle para caer fulminado por un síntoma de clara Apoplejía primero y más tarde de un ataque al corazón, éste José tan fiel para los demás y tan servicial en sus cosas.

Le enterramos cerca de papá, pero en el suelo y en cuanto a Pascasio le pusimos en lugar seguro siendo ya un cadáver: No le tardaron en encontrar.

Me llamó mi señora, Yolanda, para que fuese lo más pronto posible a Madrid y allá que marché sin pena ni gloria.

Al llegar a mi despacho, lo primero que me encontré fue con un legajo de letras protestadas y varias cartas de acreedores, reclamándome lo que les adeudaba.

-.: No entiendo nada, Pérez. ¿Me puede usted explicar lo que ha sucedido?.

-.: Perdone Don Roberto, pero le voy hablar lo más francamente que pueda.

-.: ¿Tan mal está la situación?.

-.: Peor, como usted podrá comprender de inmediato, El dinero que se ha invertido en las construcciones de la playa, era de una sociedad constituida por buen capital.

-.: ¿Y nuestro dinero?.

-.: ¿Cuál?.

-.: ¿Luego nos movíamos con capital flotante?.

-.: Totalmente.

-.: ¿Qué debemos?.

-.: Fuimos creando letras, las que tiene usted en las manos y dicho legajo han sido, totalmente, protestadas: Desde luego no hemos pagado ninguna.

-.: ¿Quiere decir que respondemos con los edificios que tenemos en Madrid?.

-.: Ni siquiera alcanza un tercio.

-.: ¿Los acreedores?.

-.: No resisten más; algunos le ha amenazado: Lea esta carta.

-.: ¿Tan comprometida es la deuda?.

-.: Les ha quedado todas sus acciones y sus dinero en plena calle.

    Escribí al guarda, Benito, esa misma mañana para que buscase comprador de todas mis posesiones en Extremadura; estaba lapidando poco a poco mi capital, unas veces debido al poco interés que ponía por enterarme de las cuantas y otras debido a los productores. Tuve una idea feliz, pues mi tío segundo, José, se decía que poseía bastante capital; sobre todo dinero en efectivo en el banco, así que me fui a una notaria y por mediación de esta, obtuvimos el testamento de José; pero, ¡OH!, sorpresa: Dejaba por único heredero a Diosdado, que según rezaba en dichas

escrituras, era el hijo natural de éste y una tal señora Remedios, recogido por los guardeses de la casa, muy conocidos de José.

-.: ¡Vaya chasco!, Roberto. ¿Y ahora qué hacemos?, dicha fortuna es bastante sustanciosa.

-.: Miriam, no se debe tener envidia a nadie.

-.: ¿Si te parece?. Con dicho capital no hubiese pisado más aquí; de nación en nación, me veía toda mi vida de excursión.

-.: Haz las excursiones en España y conócela un poco más, que es muy variada y muy bella.

-.: Sí hijo; como quieras. Pero no salgo de asombro de que Dioscado sea el hijo de José y de Remedios, que tenía una hija retrasada mental. ¿Cómo se llamaba?.

-.: Nemensia; me parece.

-.: Así era: Ahora lo recuerdo.

Recibí carta de Benito anunciándome unos compradores, de las fincas, buenísimos y allí que me fui de inmediato: No me gustó cuando llegué; unas caras largas y poco simpáticas. Ya sabían en el apuro en que estábamos y lo que pasaba: Amo caído, otro puesto.

-.: ¿Quién son los compradores, Benito?.

-.: Le tengo que decir a usted que unos son marqueses y propietarios de construcciones y otros somos sus empleados.

-.: ¿Vosotros?.

-.: Sí, la pequeña; las Tierras Altas, que son las más productivas.

-.: ¿Pero tenéis dinero?.

-.: Nos sobra.

-.: ¿No me podéis prestar?.

-.: Usted comprenderá, que nos podemos hacer amos de esas tierras; no vamos a deshacernos del dinero para engrosar su capital.

-.: Para ayudaros.

-.: Definitivamente, no.

Ya no me llamaba señoríito, me trataba de usted que era tanto como apearne del pedestal en que me tenía colocado Benito y lo cierto era, que lo estaba haciendo con un gran gusto; se lo noté en la cara y hasta en los ojos, que le brillaban como nunca, esas dos niñas retinotas que no dejaban de bailar para los lados cuando hablaba como buscando el sillón para sentarse de una vez y llamarme al orden de que quedaba invitado por la noche en dicha casa.

-.: Le ruego, señor Roberto se marcha de inmediato.

-.: ¿Lo motiva alguna causa?.

-.: Le busca el novio de Andrea; dice que le va a matar en cuanto le eche la vista encima.

-.: ¿Si solamente es la vista?.

-.: Déjese de bromas y atienda a lo que se le dice. ¡Márchese, por favor!.

-.: Mañana cuando . . .

-.: Mañana será tarde. Iremos todos a Madrid para ultimar la compra venta de las fincas.

-.: Como deseas.

Aquella misma noche salí camino de Madrid con un coche que le fallaban los amortiguadores un poco y la dirección la tenía bastante fuerte. Lo único bueno que hice fue coger la carretera general: Serían así como las cuatro y media de la madrugada cuando pasé por Trujillo y sobre las cinco por el Puerto de Miravete donde existían unas curvas pronunciadas, aunque no había bastante desnivel. Yo me iba durmiendo y antes de llegar a una fuente que se encontraba allí, sin saber cómo me salí de la carretera, dando tres vueltas de campana, como vulgarmente se suele decir.

Desperté en una clínica de Madrid y en medio de una tremenda confusión: Vi correr a los médicos pidiendo de inmediato plasma sanguíneo o que algún pariente donase su Sangre lo antes posible, para mi pronta recuperación.

Percibí salir a una mujer de edad avanzada de entre la puerta, ya que se encontraba medio abierta, con los ojos desencajados y la vista perdida al infinito: Dicha mujer corría haciendo unos aspavientos por no poder dominar sus nervios. Como entre penumbra, vi las hermosas carnes de mi tía Nati; que desesperada corría a mi lado.

-.: Yo. Yo se la doy.

-.: Señora; tiene que ser consanguinidad lo más allegada posible: El parentesco más cercano.

-.: Soy su madre, sí, que me oigan bien todos: Su madre.

    Mi tía Cristina, abrió unos ojos descomunales y yo, que aunque estaba escayolado, hice faena y afán por saltar de la cama y hasta me parece que conseguí elevarme un poco a consecuencia de tales palabras.

-.: ¿Ahora comprendo la estancia en Santander, que pasaste aquella temporada?.

-.: Sí, hija.

-.: Por otro lado; era imposible que mi hermana Felisa se hubiese quedado embarazada: No hizo nunca el coito con Pepe por antaño. ¿Y no pensar yo en eso?.

-.: Hija, fue la cosa de lo más normal; fui seducida. El creía que era tu hermana Felisa: Yo imaginaba que eras tú a la que buscaba él.

-.: Eso me parecía a mí también; más tarde me di cuenta que se trataba de mi hermana.

    Mi hermana Miriam; que hasta entonces había estado retraída y con los nervios en tensión, salió corriendo a la calle a cien por hora y mi señora Yolanda no sabía lo que contestar a tales palabras.

-.: Comprendo el por qué de dejarle a Roberto casi todo el capital; mi padre se indignó por ello y así lo hizo.

-.: Me quería lo bastante como para hacer aquella acción al pasarme a mí eso. Tu padre tenía celos por mí.

-.: ¿No creo que sufra ahora los sentimientos familiares?.

-.: Se quieren mucho los hermanos, como para que suceda tal cosa.

-.: Tienes razón Yolanda; desde pequeño se han querido mucho.

-.: Sí, así lo sé tía Cristina.

Me puse para poder valerme por sí solo, bien pronto en condiciones de salir de dicha clínica y lo que me encontré al llegar al banco era desolación y desesperación por parte de mis empleados; ya que como era bien sabido, tenía que reducir plantilla entre mis pupilos.

-.: Señor Pérez; recibió usted mi mensaje.

-.: Sí. Don Roberto. Nos compra un banco la entidad y el inmueble. ¿Si me permite una pregunta?.

-.: ¿Cuál es?.

-.: La contabilidad de la factoría: ¿Dónde la vamos a llevar a cabo?.

-.: En la misma factoría. Se edificará en la parte superior de dicho inmueble unas oficinas adecuadas.

-.: Como quiera usted, Don Roberto.

Así fue; nos fuimos a la factoría a los pocos meses y empezamos una vida nueva en nuestro pequeño negocio: Yo esperaba que sucediese algo positivo, inesperado, como un golpe de suerte, pero no sucedía nada nuevo,

de modo que nos pusimos a trabajar con ahínco y con ganas para hacer una peseta.

En casa estaban los ánimos un poco exaltados; no me lo querían decir, pero se observaba una atmósfera de poca cordialidad entre mi familia, ya que acostumbrada a la opulencia no podían consentir llevar una vida austera y comedida tan inesperadamente.

Yo por mi parte no decía nada, pero me avergonzaba la miseria y la situación en que había colocado a mi familia, así que veía y callaba.

-.: ¿Qué haces con tantos, libros, Miriam?.

-.: Busco el Árbol Genealógico de Papás.

-.: ¿Con qué sentido?.

-.: Te lo voy a decir: Si Diosdado no es hijo de los guardeses, que lo era de José, y si tú no eres hijo de mamá si no de tía Nati. ¿Yo de quien soy hija?.

-.: Eso es tratar a mamá de mujer ligera.

-.: No, perdona: Yo no trato a nadie de nada, pero me asombra tantas repeticiones.

-.: Vete de mi vista, no te quiero ver.

Me quedé solo en mi despacho de casa, cuando vi cruzar a Yolanda seguida de mi hermano David; más tarde escuché un murmullo en la habitación al lado seguida de risas: Parecía confortable mi señora y decidí dejarlos a sus anchas.



Necesitaba dinero y no pensaba nada nuevo; de modo que decidí rellenar unos pagarés a noventa días vista con cargo de algunos amigos influyentes a quien yo los había hecho el día de ayer algún que otro favor personal.

-.: Señor Pérez, de curso a estas letras.

-.: El banco nos dará el dinero; estos señores tienen mucha solvencia en dichos bancos.

-.: Señorita Encarna.

-.: Dígame, señor Pérez.

-.: Ya ha oído a Don Roberto.

-.: Las haré pasar en compensación bancaria.

-.: ¿Olvida usted, que ya no tenemos compensación bancaria?.

-.: Iré personalmente a que las acepte el banco.

-.: Un momento.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: Son un legajo de letras y no se deben pasar todas en el mismo banco.

-.: Pero bueno . . . Comprendido, Don Roberto. Iré a varios bancos para su aceptación.

“Quien mal anda, mal acaba”; dice el refranero: Pero yo no estaba dispuesto a terminar mal, aunque el ambiente social se me enrarecía por momento.

Pasó el tiempo y volvieron las letras a mi poder protestadas y en su curso legal, con un plazo corto para devolver el dinero prestado por los bancos, ya que mi crédito se había convertido en cero.

-.: Hoy he visto a la señora de Sotillo.

-.: ¿Y qué?

-.: La saludé muy cordialmente.

-.: Me alegra; tú haz amistad íntima con dicha señora: Bueno, quiero decir que amamantes dichas amistades de siempre, con gentes así como la señora de Sotillo.

-.: ¿Sí?

-.: ¡Claro!. Haz el favor. Nos hace falta dichas relaciones.

-.: ¿Quiere saber lo que me dijo?

-.: Sí, Yolanda. ¿Explícate?

-.: Ni me miró; siguió su camino y yo me quedé con la mano extendida y en son de darla un beso.

-.: ¡Maldita sea!. Un beso de veneno.

-.: ¿Qué dices?

-.: No; yo no digo nada.

-.: Me parecía que hablabas, ¿Pues esas son las relaciones que tenemos con dichas gentes.

Me dejó mi señora con unos nervios que parecía explotar por momentos; no me podía estar quieto en mi despacho, iba de un lugar a otro como

sonámbulo y con la mente en blanco. Aquí cogía un lápiz, le tiraba, allí un pisapapeles, en el otro sitio jugaba con un cenicero, hasta que por fin tomé de la caja de puros un cigarro y me lo puse en la boca haciendo ademán de que fumaba a la vez, pero sin encenderlo.

-.: Te estaba buscando.

-.: No puedo más con tus hechos repugnantes; has pegado bajo y mi condición de nobleza espiritual no me deja . . .

-.: ¿Qué nobleza, ni qué tres al postre?.

-.: Te digo que estoy avergonzado de ti y he decidido separarme y seguir por mi cuenta.

-.: ¿Te llevas tu capital?.

-.: ¿Solamente me preguntas por el dinero; tu hermano no te importa nada?.

-.: Perdona; pero el grosero eres tú en esta ocasión al hablarme de dicha manera.

-.: Lo estoy haciendo correctamente. Te deseo toda clase de suerte. ¡Te lo deseo de corazón!.

Las puertas se abrieron con una fuerza brusca como de huracán y apareció en ellas Yolanda, con los ojos desencajados y con la furia retenida en su cuerpo. Presentía la tormenta por momentos y me puse en guardia para capotear lo mejor posible el temporal.

-.: No; tú no te vas de aquí, que es tu casa también.

-.: ¿Y tanto?.

-.: Tú, Roberto no tienes que decir nada al respecto, has consentido y cuando se da el brazo a torcer a un cuñado se le quiere tanto como casi al marido.

-.: iros juntos los dos si queréis.

-.: No esperaba de ti esa respuesta.

-.: Ni yo; Yolanda.

-.: ¿Tú aquí Avelina?.

-.: Sí, David. Hacía rato que me encontraba en el quicio de esta puerta y tan acalorada y familiar era vuestra conversación que no os habéis percatado de mi existencia.

-.: Yo . . .

-.: No me tienes que decir nada; lo sé todo.

-.: ¡Avelina!.

-.: Sí David, desde el principio: Empecé a sospechar por tus tardanzas en irte a la cama; nunca se había producido tal circunstancia.

-.: ¿Entonces, qué hacemos?.

-.: Roberto, nos conviene que nos separemos las dos parejas una temporada.

-.: Hablas bien, Yolanda.

-.: ¡Calla!, Avelina.

-.: Sí David. Es imposible olvidar lo que ha pasado entre nosotros dos; es mejor cortar a tiempo y no escandalicemos a los nuestros.

-.: Por mi parte estoy de acuerdo en que David se marche, pero yo no olvido.

-.: ¿Roberto?

-.: No, Yolanda. Mi corazón sangra y a causa de las heridas recibidas por mi propio hermano.

-.: No he querido en ningún momento ofenderte. Es verdad que aprecio a Yolanda, y ahora hasta la quiero, pero lo que yo he hecho por ti pasa ya fuera de la frontera del sentimiento humano.

-.: ¿Y tanto?

-.: ¿Qué te ha pasado con las tierras, la casa, el banco, la construcción?  
¿Dime qué te ha pasado?.

-.: Pues . . . Yo . . .

-.: ¿Dime claramente que te ha pasado?.

-.: Que las he perdido para siempre.

-.: Tú no has perdido a tu mujer, porque yo te he echado una mano.

-.: ¡David!.

-.: Sí, Yolanda. Te tenía tan abandonada como a su propia hacienda y no quiero que con mis bienes vaya hacer otro tanto.

-.: ¡Vete!, ¡vete!. No quiero volverte a ver.

-.: Desde luego que no me volverás a ver, Roberto.

Sin esperarlo, recibí una visita mandándome una invitación del señor Serrano para el baile de gala y la cena que se celebraría el sábado próximo en su chalet de Somosaguas.

A Yolanda la pareció bien: Hacía ya tiempo que no iba a ninguna recepción semejante; a mí no me pareció tan bueno, pero acepté la idea y esperamos al sábado con impaciencia.

No había abalardas que diesen el golpe en la baldosa, aunque sí anunciaba tu presencia un lacayo con voz fuerte y clara al que se le escuchaba a varias legua a la redonda. Entramos, Yolanda y yo, dándome la VOZ.

-.: Los marqueses del Molinillo.

Se había confundido el recepcionista o era pitorreo por su parte; la verdad fue que al dar aquel mensaje, todas las personas allí presentes, nos empezaron a mirar descaradamente.

Vi entre ellos a la mayoría de los deudores por las letras creadas por mí: Al parecer no tenían buena cara. De las puertas laterales empezaron a salir, con sus vestimentas, unos payasos; unos vestidos de circos y otros de banqueros. Una señora nos dio un empujón y nos puso en la mitad de la sala a mi señora y a mí. Desde luego no volví a perder de vista a dicha señora.

-.: ¿Me firma usted esta letra, señor?.

-.: ¿Me firma a mí la mía?.

Se acercaban uno a uno los payasos, a mi señora y a mí con papeles de periódicos en las manos; haciendo la pantomima de que al ser banqueros, les teníamos que firmar una letra.

Por fin llegó mi ocasión; la señora que nos dio el empujón se metió en el corro de Pierrot con ademanes de estar coja y jorobada: Yo la propiné una caricia con la punta de los zapatos en el glúteo intermedio derecho, que al dolerla se levantó movida como por un resorte. No pude contener la ira: Me abalancé sobre ella y la alcé la falda escupiéndola en su ropa interior más íntima; allá, donde la cruz del cuerpo se une para formar la feminidad.

Salió el marido como un lobo herido y profiriendo palabras soeces: Dio órdenes a los criados para que soltasen las fieras.

-.: ¡Suelten las fieras!.

¡Vaya, si eran fieras!: Tres perros hambrientos nos atacaban por todos los flancos de nuestro cuerpo y nos desgarraban las vestiduras una a una.

-.: Yolanda, sal corriendo.

-.: ¿Qué vas hacer tú?.

-.: Cubrirte tu retirada.

Cuando salió mi señora, más veloz que una centella, por las puertas, los sirvientes las cerraron de inmediato y yo sin pensarlo más, conociendo bien la casa, corrí hacia una ventana de cristalera, lanzando mi cuerpo contra los vidrios, saliendo disparado con cristales y todo a la calle.

Por la mañana siguiente y cuando apenas me estaba reponiendo del susto y curándome las heridas, recibidas del día anterior, llamaron a la puerta como nunca lo habían hecho; tres golpes, media copita, más tarde mamporroaron con todas sus fuerzas. Eran dos señores mandados por el marido de aquella dama tan entrometida de la noche anterior.

-.: Si vienen ustedes a pedir disculpas en nombre del señor Montesino, ahórrense el tiempo; no pienso darle tal satisfacción.

-.: La satisfacción es suya, señor, si mañana a las cinco y media de la madrugada se encuentra usted presente en el campo del Moro.

-.: Allí estaré. ¿Me pueden decir para qué?.

-.: Elija usted arma, Aquí las tiene.

-.: ¿Si esto es un papel?.

-.: Hay dibujados en el las clases de armas que usted prefiera.

-.: ¿Es un duelo?.

-.: Sí señor.

-.: Prefiero a muerdos.

-.: Haga el favor de tomarlo más en serio, señor.

-.: La navaja.

-.: Está bien. A las cinco.

-.: Allí estaré.

Me dirigí hacia la arboleda que había en aquel lugar y cada planta me parecía un hombre apostado en son de combate. Por fin llegué a su



encuentro y, ni corto ni perezoso, tomé el arma blanca, no teniendo tiempo para decir esta boca es mía, pues a la primera de cambio recibí una cuchillada en el vientre bajo, en la región del vacío, que me quedó inconsciente por un momento. Yo creo que fue de miedo, pues acto seguido noté como me cogían y me llevaban a la vía pública.

De inmediato pasó un coche de la Policía recogéndome del suelo mal herido llevándome a una clínica cercana.

Alegué que habían sido unos pillos para robarme y lo que me pudieron quitar fue la vida. En unos días me recuperé, como para salir de dicha clínica e irme a mi casa que era lo que más deseaba.

-.: Tienes carta de tu hermana.

-.: Lo dices así; como si me pidiera millones.

-.: Millones no; pero sí una fotografía de tu madre.

-.: ¿Qué raro?.

-.: ¿Tienes alguna?.

-.: Creo que sí. ¿Dónde se encuentra Miriam?.

-.: En Inglaterra.

-.: Allí fue mamá para perfeccionar su carrera.

-.: Bueno; yo no quiero decir nada.

-.: ¿Ni lo digas?.

-.: Tú, mándasela dicha fotografía.

Así lo hice y me quedé más ancho que largo al poder servir a mi hermana para algo.

Más tarde pidió un croquis del Árbol Genealógico de la familia, haciéndoselo de confeccionar a un delineante; mandándoselo también. Amén de un vestido que usó mi madre cuando estuvo en Inglaterra.

Me tenía preocupado Miriam y no podía dejar pensar en lo que estaría haciendo, así que un día sonó el teléfono y al parecer era ella quien me llamaba.

-.: ¿Qué es lo que pretendes demostrar con tantas cosas?.

-.: Lo pretendía, querido hermano.

-.: ¿Claudicas?.

-.: Por completo. Casi no ha hecho falta nada de lo que has mandado.

-.: ¿Me puedes decir qué es lo que pretendes?.

-.: Demostrar que David, nuestro hermano, es un animal de raza.

-.: Pues nosotros dos. ¿Qué?.

-.: Tenemos la sangre mezclada.

No sé lo que quiso decir; pues de un tiempo a esta parte estaba muy escéptica mi querida hermanita y pronunciaba palabras incoherentes.

Me entretenía aquellos días en leer un libro que cayó en mis manos, de un gran novelista y como la lectura me gustaba, pasaba hora y horas al pie de mi escritorio devorando aquellas páginas.

Una vez que estaba entusiasmado con aquella narrativa; sonó el teléfono de mi escritorio, era el señor Pérez: Me llamaba a la oficina y no tardé en ir, para ver lo que me quería.

-.: Es una subida bastante fuerte.

-.: ¿Vislumbra usted, la posibilidad de vender?.

-.: No hay mucho papel a la venta por ahora; de modo que el primero que salga venderá todo.

-.: Quédese con lo mínimo y ejecute la operación bursátil, señor Pérez.

-.: ¿Por qué?.

-.: Guarda las acciones dicho banco.

-.: Está bien, como quiera.

-.: Señorita Encarna. Haga el favor de llamar al banco.

-.: Como usted diga, señor Pérez.

De la venta de dichas acciones; por decir mejor, cupones, saqué una dichosa fortuna que tenía allí olvidada y como al dinero hay que hacerle circular, lo hice en forma de empresa.

Compré unos terrenos en la periferia de Madrid y otros ya existentes, dentro del casco viejo y me volvió a dar por la construcción, con tal suerte que en poco tiempo había creado una sociedad limitada tan perfecta que las ramificaciones se extendieron hasta la playa.

-.: Es necesario que volvamos a compensar diariamente.

-.: Necesitamos un local para el mini-banco.

-.: Lo esto preparando en unas construcciones dentro del casco viejo. Estaremos mas a mano.

-.: Dependemos como la otra vez de una entidad bancaria en perfecto estado.

-.: ¿Siempre hemos dependido de ella?

-.: Sí, Don Roberto; pero ahora necesitamos más operaciones y poner o conceder nuestro dinero a corto plazo.

-.: ¿Será como antes?

-.: Con menos expansión. Seremos socios de las mejores empresas y más saneada sociedad de capital. Caímos la otra vez por dar nuestro crédito a firmas en decadencia, no solventes de pago.

Nos cambiamos antes de los siete meses al nuevo inmueble y dejamos la factoría para sus propios menesteres: Mi equipo era completo y bien preparado, parecía que la fortuna me sonreía por todos los laso; así que compré, para mis vacaciones un chalet en una playa soleada y bien lujosa, ya que la casa de La Manga se la había quedado en herencia mi hermano David.

Lo que menos hicimos aquel verano, fue pasar en dicho chalet; pues recorrimos la costa Este de cabo a rabo: No hubo lugar donde no fuésemos nosotros y atracción que no visitásemos en su día.

-.: He visto una revista de una firma extranjera Oriental: Me ha gustado bastante.

- .: Me agrada Don Roberto.
- .: Es la misma que se anuncia comprando fuertemente, en el periódico esta mañana.
- .: ¿Me deja ver?.
- .: Aquí tiene.
- .: Pues . . . Para una buena factoría es un bocado muy exquisito.
- .: ¿Y en nuestra situación?.
- .: El primer año; mejor dicho, el primer mes y hasta el segundo, dicha tercera parte.
- .: ¿Más adelante?.
- .: Al terminársenos el almacén y quedar dependiendo solamente de lo que se fabrica; pues la mitad más un quinto del esfuerzo conseguido para cubrir demanda.
- .: Comuníquese con dicha empresa.
- .: Le vuelvo a repetir, que no estamos en condiciones para abastecer su pedido a la empresa anunciadora.
- .: ¿A qué es debido?.
- .: La maquinaria de la factoría es antigua y aunque produce en serie, no es suficiente como para cubrir gastos de empresa.
- .: ¿Es lo primero que oigo?.
- .: Se lo iba a decir a usted, pero más adelante.
- .: Me dejaba respirar mi buena racha, ¿verdad?.

-.: Así es.

-.: De todas maneras comuníquese con dicha firma comercial.

Los primeros días fueron de locura: No se hacía más que hablar de mi factoría por el mundillo comercial y a parte que lográbamos tapar huecos con el material almacenado; ya a partir del cuarto mes empezaron mis apuros al ver, que aunque se trabajaba a pleno ritmo, no se cerraba ni por la noche, no dábamos abasto a la demanda. Me di cuenta de que la maquinaria de mi factoría estaba anticuada para tales fines, así que nos demandó la empresa generatriz personalmente y entre gastos y dinero para contratar a otras factorías, me había quedado otra vez sin fondos en los bancos.

-.: ¿Qué hago, señor Pérez?.

-.: La oferta es sensacional. Estos señores le ofrecen a un tanto por ciento cambiar las maquinarias y yo que usted aceptaría.

-.: ¿Pero el contrato termina ya, y felizmente?.

-.: Gracias a otras factorías.

-.: Nos tenemos que ir a nuestro país. ¿Queremos saber si usted acepta o no?.

-.: Sí señores, que acepto.

-.: Nuestros abogados ultimarán la proposición. Les mandaremos ingenieros para la estructuración y normalización de la empresa.

-.: Como ustedes digan.

-.: Don Roberto acaba usted de hacer el mayor negocio de su vida. Pertenece usted a la firma comercial más fuerte y más avanzada de la tecnología física moderna.

-.: ¿Creo que mi contable, se dará cuenta de ello?.

-.: Yo Don Roberto, no sé más que poner los deudores a la izquierda y los acreedores a la derecha de los libros.

-.: Simpático, el señor Pérez.

-.: Sí; es una buena persona.

Desde luego no pasé a pensarlo y cuando estuvo la maquinaria instalada y sobre lo que me dijeron los ingenieros orientales; pedí permiso a Industria para comenzar la fabricación de piezas, poco más o menos desconocidas hasta ahora: El mismo Ministro tuvo problemas para saber si eran de juguetes o se podían emplear en algo. Así que un buen día, salió en el Boletín Oficial del Estado la maqueta de mis piezas y sus dimensiones, así como su fórmula física: Me daban luz verde a dicha fabricación en serie.

Estaba claro: Pasaba el tiempo y no me pedía nadie dichas piezas, era imposible que se empleasen; pues no había caído en que no existían aparatos para su normal desarrollo.

-.: ¿Qué es esto, señor Pérez?.

-.: Debemos a nuestros socios; a la firma comercial oriental siete millones de pesetas.

- .: ¿Es imposible?.
- .: Tenemos que pagar el veinte por ciento de la normal fabricación.
- .: No fabricamos a penas nada; no nos compran.
- .: Tenga en cuenta que nos pusieron un tope medio y hay que cumplirlo.
- .: Señorita Encarna. Redacte usted el Sto. comercial.
- .: Como usted diga, Don Roberto.
- .: Escriba a la dirección de dicha firma oriental y comuníqueme mi decisión.
- .: Le tengo que decir, Don Roberto, si usted me lo permite, algo.
- .: Sí, diga, señor Pérez.
- .: Ha salido la Ley del despido libre.
- .: ¿No lo creo?. Tienen que ser contratados hasta ahora. Hemos tenido al personal contratado y le hemos despedido con bastantes problemas; contra más si son fijos.
- .: Usted, tiene por el Ministerio de Trabajo un seguro empresarial, de un número indefinido de obreros fijos y obreros eventuales: Fijos son los menos.
- .: Despida a los fijos. No nos conviene tener ninguno.
- .: Es casi medio millón de pesetas lo que hay que dar a algunos por su despido.
- .: Ya decía yo, que no era tan bonita dicha Ley?.



No obstante se despidieron los once obreros fijos que había, para más tarde mandarlos una carta como aceptándolos contratados; Pero que de nada valió, ya que el resto se puso en huelga de brazos caídos.

Me mezclé con los obreros en la factoría dándolos los buenos días y por respuesta recibí un abucheo bien prolongado.

Llamé a los jefes de grupo para obtener un apoyo de ellos y los recibí en la oficina de la misma factoría.

-.: Nosotros no podemos secundar su decisión tan descabellada; que por otra parte el día de mañana puede ser que se acuerde de nosotros, quitándonos el pan de nuestros hijos. Aparte que hace pocos días somos jefes de grupo; los verdaderos, los que sabían, los ha echado usted a la calle.

-.: Me huele que usted pertenece a un sindicato: Habla mucho y muy fuerte.

-.: Pertenezco a Comisiones Obreras.

-.: ¡Se llama?.

-.: Me llamo Julia Sánchez, señor.

-.: Por otra parte habla usted muy mal.

-.: Para sus intereses; señor.

Los hice marchar y llamé a los jefes de secciones; en ellos creía doble, ya que trabajaban en la factoría desde hacía bastante más años que los anteriores.

No entraron muy comedidos; hasta recelo de pasar al despacho observé yo en algunos.

-.: Don Roberto; nosotros no podemos hacer nada por la decisión de esos hombres: Aparte que el que más o el que menos está sindicalizado.

-.: ¡Vaya por Dios!. Mierda de sindicatos. Es vuestro salario el que se pone en juego: ¿No podéis estar de acuerdo por una sola vez conmigo?.

-.: Perdón, Don Roberto: Admita usted a esos once hombres y después hablaremos.

-.: Si los he mandado una carta de admisión.

-.: Como contratados; vuelva usted admitirlos como fijos y ya veremos qué podemos hacer.

-.: Democracia, ¡democracia!. ¡La Ley!. ¡Qué democracia ni qué niño muerto!. Trabajar como hombres que sois, que vais a hundir al Cielo y se va a juntar con la tierra. ¿No veis, que no hay fábrica que subsista a tal demanda de mano de obrera y mucho menos al salario que pedís? No os quiero ver; marcharos.

Comprendí más tarde, que estaba jugando con el pan de todos ellos; y hasta recuerdo una frase de algo así como de “garbanzos”, dicha por un buen estadista.

Mi pensamiento tiraba a favor de aquellos pobres hombres; pero mi voluntad, se veía que tiraba para el capital, como ustedes han podido

observar y era normal: No quería quedarme sin mi pequeña fundación en tan poco tiempo.

-.: Don Roberto.

-.: Sí, señorita Encarna.

-.: Le desean ver.

-.: Que pasen.

No estaba yo con ánimos para recibir visitas, viendo que perdía la factoría por momentos, pues al no producir y al tener que pagar los salarios tan elevados; la venta de dicha planta, se aproximaba más que volando.

Recibí una sorpresa, al ver entrar a una mujer oriental por aquella puerta, tan decidida y tan completa de confianzas en sí misma.

-.: No sé si la entiendo. ¿Qué yo tengo que ser la firma distribuidora a la ve?. ¿Entiende usted esto, Pérez?.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: ¿Pues explíquemelo?.

-.: Que le está comprando la factoría, se han hecho de ella por dos perras gordas.

-.: Ha sido todo un engaño.

-.: No se excita señor; mi casa comercial, si usted no puede, le compra la factoría para que a la vez, sea la sede distribuidora de nuestros productos.

-.: Productos desconocidos, por otra parte.

-.: Pero al traerlos a España se darán a su publicidad a tiempo.

-.: ¿Ustedes?.

-.: No, lo hará un español y la factoría, la regirá un español.

-.: ¡Ya!; así sale y entra todo lo que ustedes quieran por la frontera.

-.: Entre nosotros, señor.

-.: Sí, dígame usted buena mujer.

-.: Sale y entra de esta forma hasta divisas.

-.: ¡Lo creo?.

Me presentaron a un tal Escobedo y sin pensarlo, porque no podía, le vendí la factoría, que por otra parte la iba a tener parada para los resto de la vida, sino acedía a tales pretensiones; las que yo no podía, ni tenía sucursales por toda la península, debido a que mi economía era más corta que lo deseado. Así que buscaron una firma distribuidora y en conjunto con el tal Escobedo como pantomima de presidente, comenzaron a vender aparatos desconocidos hasta entonces en toda la nación española; con tal éxito, que se vio duplicada y triplicada su demanda en poco tiempo.

Tenía en casa un problema y de los gordos: Mi hijo menor Enrique le había dado por las drogas: Se encontraba en casa hablando fuerte a su madre.

-.: ¿Qué voces son esas; así se habla a tu madre?.

-.: No salgas tú ahora a su defensa, ya que no lo has hecho en ninguna ocasión.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: No te he visto hacerla una caricia en mi vida a mamá.

-.: ¿No lo voy hacer delante de ti?.

-.: Pues por eso estoy yo así. Por tal cosa; soy como soy.

-.: Hijo: ¿No me digas que te has hecho a esta vida de pedante, por no ver hacer una caricia de tu padre a tu madre?.

-.: En primer lugar , no soy pedante y en segundo lugar; si me encuentro vestido como voy en estos momentos . . .

-.: Una chica perfecta.

-.: Gracias papi. Con malla, blusitas, botitas, peluca, labios pintados, uñas arregladas y pendientes: Es porque he cogido odio a las mujeres y no quiero amarlas, mejor prefiero que me deseen a mí. Veo que tú desprecias, poco más o menos, a mamá y me dan repugnancia las mujeres; prefiero los hombres.

-.: ¿Por qué dices eso?.

-.: Son las tres de la noche, cuando acabas de llegar.

No hubo más explicaciones por nuestra parte y nos fuimos acostar, aquella noche todos.

Al siguiente día fue cuando no podía retener mis nervios al recibir llamada telefónica desde comisaría.

-.: Sí, señor Roberto; su hijo Enrique se encuentra en esta comisaría retenido.

-.: ¿No se puede hacer nada por él?.

-.: tratándose de que él no ha hecho nada, mas que ser obsceno a la moral, al vestirse tal y como va y mirando a que es hijo de usted . . .

-.: Sí, diga?.

-.: Con una fianza, creo que saldrá en libertad provisional.

-.: ¿Libertad provisional, luego habrá juicio?.

-.: Ha habido una reyerta en la sala donde actuaba de travestí.

-.: Lo siento.

Asistí al juicio y pude darme cuenta la vida tan bohemia de estos chicos; comprendí el por qué algunos jóvenes la amaban con tanto cariño, al no tener trabajo ni benéfico. Se divertían por la noche, eso sí; salían como los mochuelos y las lechuzas, a una hora en que todo el mundo está en la cama: Menos ellos, claro está.

Me sugestionó un poco aquel juicio; las cosas que en el se dijo y la manera de actuar de aquellos críos. Yo creo que eran más nobles estos jóvenes, que otros, más enteros y más machos; se distraían: Así lo pude comprobar días más tardes, cuando Juanita, la ayuda de cámara, se presentó con Matilde, la institutriz y el mayordomo, Pedro.

-.: Señor.

-.: Sí, Pedro: Dígame.

-.: La señorita Matilde le desea hablar.

-.: Puede usted hacerlo, Matilde, La doy permiso.

-.: Señor: Con permiso del señor y no queriendo romper la santa tradición que reina en ésta casa de respetar la moral y la ética, el no tener conversaciones vagas y obscenas; tengo que anunciar al señor, con gran pesar de mi corazón, una noticia conmovedora.

-.: ¿Cual es ella?. Dígame, señorita Matilde. ¿Qué significa esto?.

-.: Ésta chica, Juana, se encuentra en estado esperanzador.

-.: ¿Si es que he entendido bien; no me digan más?.

-.: Sí, Don Roberto; usted ha entendido perfectamente, Juana va a tener u bebé.

-.: ¡Enhorabuena!.

-.: Pues, con permiso del señor: No tan buena dicha hora, en cuanto ella no está casada.

-.: ¡Qué me dice, señorita Matilde?. Tome otra ayuda de cámara; despídala inmediatamente.

-.: Da un poco prematuro, señor: Por otra parte sería visto de esta manera; dar mal ejemplo a las señoritas Cati y Beatriz.

-.: ¡Despídala!.

-.: Le digo, con permiso del señor, que es prematuro ejecutar dicha palabra.

-.: ¡Ordenes!.

-.: Sí; Don Roberto, como usted diga; pero lo que lleva en el vientre es sangre de su sangre.

-.: Es lógico, no va a ser la mía.

- .: Me refiero, con permiso del señor, a la suya propia señor.
- .: Usted, Matilde, se está refiriendo a mi sangre, ¿Qué tengo yo que ver en todo ello?.
- .: Usted no, señor; pero su hijo Armando sí.
- .: ¿Qué ha puesto en esto Armando; mi hijo?.
- .: Con perdón del señor; ha puesto su hijo Armando en todo este asunto: El esfuerzo y el trabajo.
- .: ¡Juana!. ¿Cómo has podido tener tan poco respeta en esta casa?.
- .: Yo señor . . .
- .: Cállese usted Juana.
- .: Déjala Pedro. ¿Usted Matilde; ha pensado algo al respecto?.
- .: En su tía Cristina, señor.
- .: ¿Cómo?.
- .: No se asuste señor. Digo, que llevarla a casa de su tía Cristina, en Extremadura.
- .: ¡AH!. Bien pensado.

Como se acordó se hizo y Juana salió acompañada por la institutriz hacia tierras lejanas de aquel centro, donde la comunidad personal, se me hacía más palpable cotidianamente.

Tenía que conservar mi reputación ante mis conocidos, aunque me quedaban bien pocos, pero buenas personas; ya que eran económicamente



menos pudientes y no tenían la capacidad de mando, fuera del gobierno, tan fuerte como otros, para divertirse a sus anchas con el prójimo.

Arrastraba mucho miedo de volverme a meter en más negocios; no sabía la manera de conservar mi capital. Perdía siempre que empleaba mi dinero y mi instinto me decía, que me estuviese quieto.

-.: Señor Pérez: ¿Cómo ve usted, la manera de conservar la construcción a ritmo que deje algún dinero para casa?.

-.: No mueva usted más el capital, Don Roberto. No hace falta invertir tanto el dinero que haya en efectivo.

-.: Tengo a la vista una empresa constructora y bonos de un banco: Se me brinda gran ocasión.

-.: El banco está sin fondos y la empresa con billete de primera para el extranjero.

-.: Le entiendo, señor Pérez.

Se estaba cerrando cada vez más las posibilidades de incrementar el capital sin el peligro de que le tomen a uno todo lo suyo.

Entre zozobras y pesares, cayó mala mi tía Nati; bueno, mi madre: Como ustedes sabrán. La llevamos a una clínica con volante del medico y allí me dieron la noticia más desalentadora que se podía comunicar.

-.: Su tía está agotada totalmente. Somos como los coches; cuando dicen que no funcionan: No andan más. Hay que desguazarlos.

-.: ¿Quiere usted decir?.

-.: Que no hay nada que hacer. Su tía, Don Roberto, no tiene ninguna enfermedad; sencillamente se ha agotado.

Estaba en lo cierto aquel doctor, pues once días después la enterrábamos en el pueblo; ella quiso siempre ser enterrada allí y días antes la llevamos para que diese su último soplo de vida en su casa: Aquella casa tan amplia y tan poco llena de aliento fraternal por haber permanecido bastante años cerrada; ya que Nati se vino a vivir conmigo prácticamente desde que fallecieron mis padres hacía doce años y, por aquel entonces, ya se consideraba Nati sola en dicha morada con mi tía Cristina por compañía.

Quise recordar el pueblo y me di un paseo por sus calles principales, las cuales tenía yo bastante olvidadas. Las gentes me miraban con extrañeza y casi con rencor; se podía decir que tenían sus ojos un brillo inconfundible de odio hacia mi persona, pero se retenían por vergüenza.

Apenas había luz eléctrica, en aquella casa; ya que todos los focos habían sido quitados y embalados los mejores muebles y objetos de la casa, los que no, se tapaban con cubre polvos: De modo que tenía aquel palacete, un aspecto misterioso trágico a la vez. El tiempo se confundía con la muerte de mi tía y el espacio se perdía en lo infinito de nuestros pensamientos humanos, al comprender el límite de las cosas y el poco camino que anda una persona.

Me levanté temprano para ir a dar un paseo por el campo y antes que me quise dar cuenta; tenía allí, a un Policía Municipal haciéndome firmar una notificación para presentarme en el Juzgado de aquel pueblo.

-.: Estoy sorprendido señor Juez.

-.: Don Roberto, o señor Roberto; como usted prefiera.

-.: Se lo dejo a su simple elección.

-.: Bueno. Le llamaré señor Roberto, es más llevadero para estos tiempos. Le digo, que ha sido usted convocado para que explique su postura ante esta sala con respecto a los señores antes citados en ella y que constan en esta lista.

-.: Ya he leído dicha lista, señor Juez.

-.: ¿Y qué?.

-.: No entiendo nada.

-.: Dichos señores labran sus tierras del Valle, cercano al aprendiz de río que allí existe, desde hace por lo menos catorce años.

-.: ¿Mis tierras?.

-.: Sí; sus tierras.

-.: ¡AH!. No me acordaba yo de ellas: Es verdad.

-.: Claro, son tan pocas anegadas, que usted por mil doscientas fanegas no se mueve para nada, ni se inmuta.

-.: Es que las he visitado tan poco, que apenas sé dónde se encuentran ubicadas.

-.: ¿No le digo?.

-.: ¿Qué relación judicial tienen éstos señores con mi persona, señor Juez; me lo puede explicar usted si es tan amable?.

-.: El ganado de estos señores se ha comido la cebada y el trigo de los señores demandantes, aquí presentes.

-.: Lo siento, señores.

-.: De modo que tiene usted que resarcir dichas pérdidas, económicamente.

Así lo hice y pedí cortésmente a los ocupantes de mi finca, que en realidad eran ocho, se fuesen lo antes posible de ellas.

Hubo un pequeño movimiento en el pueblo, pero yo mandé días después a dos tractoristas que arasen aquellas tierras y en general no los volví a ver más.

-.: No dar ni un solo paso o no respondemos a lo que podamos hacer.

-.: Julián: Yo soy un mandado; así que eso se lo dices al amo.

-.: Te lo digo a ti, en nombre de éstos y si lo quieres ver, atrévete cruzar ese matojo: Te mueres ahí mismo.

-.: Baja esa escopeta, Julián.

-.: Daros media vuelta los dos, antes que los nervios se me agarroten más por la ira.

-.: ¿Qué vas hacer?.

-.: Voy apretar el gatillo sin querer. Ya lo estoy haciendo.

Fue lo que pasó con mis obreros, ni más ni menos: Los presuntos arrendatarios, que nunca me dieron una peseta, ni yo sabía que los tenía, no se querían ir de aquellas tierras tan fácilmente; de modo que con papel judicial y escoltados por la celosa Guardia Civil, tuvieron que recoger velas y salir de mi hacienda una vez que pagaron la multa ellos.

Les cuento someramente tal y como sucedieron los hechos sin cortar la historia, para que vean lo poco agraciada que estaba siendo mi vida en aquella época.

Pero no por ello se veían desunidos, lo obreros me refiero, ya que en tropel acudieron a la puerta de la casa de mi tía Cristina, para manifestarse en contra de mi decisión.

-.: Señoriíto de pacotillas; aprender a respetaros, para que os respetemos nosotros también.

-.: ¡Que señoriíto, ni ocho cuartos!. Será el Diablo.

-.: Tomemos conciencia de sí mismo y hagamos justicia de pueblo: La justicia colectiva que se está implorando.

Así atronaban las calles, unas voces que se elevaban de boca enfermizas por la ira y corazones muertos de rabia. Sus hijos los podía pan y mi conciencia me imploraba que hiciese de mi finca, un lugar de recreo; y así fue: Poco tiempo duró la construcción de un nuevo carril en medio de la hacienda y la edificación de una buena casa en ella.

No hacían aquellas gentes más que incordiar y meterse con mi persona directamente o por medio de mi familia; hasta el punto, que mi señora no podía salir a la puerta de la calle, sin ser vituperada e insultada, por la persona que primeramente la viese.

Fui a dar una vuelta con mi caballo una mañana temprano, para visitar las huertas, que aquellos labradores tenían cultivadas en la vega de aquel río pequeño y pude observar que estaban bien planificadas y desarrolladas: Cebollas, lechugas, ajos, patatas, melones, sandías . . . Y un etcétera bastante extenso.

Ya de vuelta a la casona y en un llano, donde existían unos matojos; se espantó mi caballo dando con mis huesos en tierra. Conseguí levantarme a duras penas y andar unos pocos metros: No había dado una veintena de pasos, cuando fui atrapado por un cepo enorme, que se encontraba semienterrado.

Las heridas no fueron profundas, pero me dolían bastante; así que opté por marcharme a Madrid, dejando aquellos labriegos recolectar sus cosechas ya criadas.

Tuve que salir a dar un paseo por las calles más céntricas de la Capital española y al pasar por un bar café de la Gran Vía, pude darme cuenta que Yolanda, mi señora, estaba convidándose con un apuesto galán. Escuchaba de vez en cuando, en forma intermitente, la conversación que sostenían los

dos interlocutores, quedándome más tranquilo al comprobar por dichas palabras, que era la primera vez que se veían.

La esperé a la salida, a mi mujer; pues me pareció violento entrar a su busca en dicha cafetería y ella al verme despidió de inmediato a su acompañante.

-.: Te parece bonito colgarme tales prendas en mi cabeza.

-.: ¿A qué prendas te refieres?.

-.: A la cornamenta; por supuesto.

\_.: ¡Anticuado!; que eres un anticuado. Yo no te he puesto nada: Tenías que ver a las señoras de tus amigos Sierra y compañía.

-.: Soy hombre chapado a la antigua y me gusta la corrección y la buena actitud.

-.: Te estás volviendo viejo. Hay otros modos; son otros tiempos y hay que vivir al día.

-.: Sí; pero para las mujeres de mis amigos, que has mentado. Mientras yo vea las carnes de las otras, llevo doble ventaja; pues veo también las tuyas y las otras.

-.: Egoísta. Aparte que yo no he enseñado nada, ni creo que lo enseñe.

-.: Tú; ya me has comprendido.

-.: Y si no; te tengo que comprender: No me queda otro remedio.

-.: No te hagas, te digo, la mártir ahora, después de lo que has hecho.

-.: ¿Pero qué ha pasado?. Yo no creo que haya pasado nada.

Volvió el agua a su sitio y el río corría por su cauce; todo sucedía como antes, tan monótonamente aburrido.

Mi contabilidad se movía en un terreno reducido: Me limité a repasar las edificaciones hechas en la capital y olvidé los edificios de la playa. En general no se vendían los inmuebles como otras veces, ya que la economía personal de cada individuo, se veía mermada por el coste de la vida.

Los mismos aptos, las mismas cosas, los mimos hechos cotidianos; me iban haciendo caer en un panteísmo desorbitado por mí: Busqué otros ambientes, otras fórmulas mágicas en mi vida y las encontré en un cavaré, en una chica de mediana edad a la que se estaba a punto de retirar de la circulación, para que se dedicase a casos sencillos.

Mis visitas a dicha mujer, se sucedían con frecuencia, hasta el punto que olvidé los deberes del hogar para con mi señora, Un día salía con ella a la calle: La llevaba cogida por la cintura y más ufano que un crío con un pastel; cuando nos abordó mi esposa en medio de la vía pública.

-.: ¿Con que lo mío no te parece bien y lo tuyo lo tomas tan normal?.

-.: ¿Quién es ésta mujer, Roberto?.

-.: Su señora: así que ya estás ahuecando el ala. ¡Levanta vuelo, niña!.

-.: No seas grosera, Yolanda.

-.: ¿Grosera yo?. Recuerdo lo que pasó hace días, ¿Cómo te pusiste, verdad?: Pues déjame a mí ahora, verás como me pongo igual que tú.



-.: Me aburría.

-.: ¿Y por eso me res infiel?. Podíamos habernos ido a la sierra, a la playa.

-.: ¿Tanto dinero tienes, Roberto?.

-.: ¡Calla, guapa!. Te he dicho que te vayas.

-.: Sí, vete.

-.: ¿Tú también, Roberto?. Está bien; veo que hoy no es mi día.

Nos fuimos, desde luego, a la sierra, a un chalet olvidado por nosotros, que teníamos en Guadarrama y que al parecer era confortable.

Pasamos los dos días primeros sin ninguna clase de contratiempos; es más, la paz reinaba por todo lo alto y el Espíritu sentía la quietud del Alma dormida: Estaba siendo mi estancia en la sierra un buen sedante para los nervios.

-.: Cierra las puertas y apaga las luces, Pedro.

-.: Como el señor diga. Que tenga el señor una feliz noche: Hasta mañana.

-.: Lo mismo te deseo, Pedro: Hasta mañana.

Sentía yo algo, en mi interior como que esa noche iba a suceder un hecho fuera de lo normal, que rompiese la monotonía cotidiana de nuestra permanencia en la sierra. Desde luego no tardó en suceder: Se oyó llegar un coche, que en realidad era una furgoneta bien amplia y vi bajarse, desde la ventana de mi dormitorio, a tres individuos con no muy buena pinta de gentes decentes.

Se oyó el pasamano de la puerta, pero pronto se aplacó el ruido y en un cuarto de hora no volvió a suceder nada hasta que los ruidos se produjeron en el despacho que había en la planta baja.

Encendí la luz y bajé con sigilo las escaleras, no percibiendo nada de extraño en la casa.

Me encontraba en el descanso de la casa, cuando noté un metal frío rozar mi cuello: Miré hacia atrás y un personaje pequeño e insignificante me apuntaba con una escopeta del doce y al parecer bien cargada.

El arma no gozaba de ningún arreglo hecho por aquel ser humano, que al parecer se encontraba nervioso e inquieto.

De la misma manera traían de su dormitorio a mi mayordomo, Pedro; el cual los calmaba los ánimos con:

-.: Paciencia señores; paciencia.

-.: ¡A callar!.

Nos pusieron a los dos en el mismo descanso de aquel chalet, que a la vez servía como de comedor, sin habernos dicho ni una sola palabra hasta aquel momento; el más decidido, que era el que llevaba la voz cantante, se aproximó a nosotros a cara destapada sugiriéndonos sus intenciones.

-.: ¿Sabrán ustedes, quien somos?.

-.: Se comprende de inmediato.

-.: Me alegra que sea usted, Don Roberto, tan suspicaz.

-.: ¿Me conoce?.

-.: Estudiamos a nuestros clientes.

-.: ¿Parece ser, que todos tenemos algo en común?.

-.: Sí; la riqueza. A nosotros nos hace falta y a ustedes les sobra: Quisiéramos comprar un camión y dedicarnos los tres al transporte público, para poder ganar unas pesetas. Como aquí traen ustedes lo bastante para efectuar dicha operación y no les podemos causar grandes trastornos en su economía; esperamos a que se instalen ustedes cómodamente y a su debido tiempo entramos nosotros en acción.

-.: ¿Les faltan muchas escenas como esta, para completar su labor?.

-.: Depende de usted, Por el momento vaya sacando todo el dinero que tenga en su poder. Pero eso sí; le aconsejo que no se quede ni un solo duro guardado y que nosotros lo encontremos: Lo pasaría bastante mal.

-.: Voy a retener el dinero de la comida, para mañana, con su permiso.

-.: Le he dicho todo el dinero. Porque no coman ustedes un día no les pasará nada; nosotros llevamos ya quince días sin cenar.

-.: ¿Qué es lo que hacen?.

-.: Guardamos régimen: Comemos nada más y eso cuando podemos.

-.: No es un prorratio. ¿Pero cuanto les hace falta para comprar ese camión?.

-.: Siga abriendo la caja y no se pare, que va a ser peor. Creo, que unas trescientas y pico mil pesetas.

-.: Son ustedes unos artistas.

-.: Llevamos pocas tablas: Cogemos bastante en cada sesión, quiero decir a cada cliente y además el camión es de segunda mano.

-.: ¿Para que no sospechen?.

-.: Usted lo ha dicho.

-.: Se acaba de terminar su obra; tengo quinientas mil pesetas.

-.: ¡Aparte! . . . Son setecientas, las que tienes . . . ¡Guarro!.

-.: ¿Tal vez con los nervios?.

-.: Cuenta trescientas setenta y cinco; quédese con el resto.

-.: ¿Me asombra?.

-.: Tenemos nuestros escrúpulos, No nos hace falta más.

-.: ¿Creían que tenían menos?.

-.: Casi siempre hemos ganado unas doscientas. Y ya sabe; entre pocos clientes.

Pedro había sacado las joyas de mi señora de la caja fuerte para obsequiarlos a todo confort, pero ellos no querían comprometerse a nada y solamente cogieron el dinero.

Al llegar a Madrid; tenía carta de mi tía Cristina, comunicándome que Juana la ayuda de cámara que fuera de la institutriz Matilde, se había apoderado de la finca y me había denunciado ante el Juez.

Sin pensarlo salí hacia Extremadura y con los nervios hechos polvos, me instalé en la casa, ya arreglada, de mi tía Cristina para solventar dicha cuestión.

Mis primeros contactos no fueron lo suficientemente claros como para que me diese toda la cuenta necesaria, viendo el peligro en que mi persona andaba, ante la justicia y ante los convecinos del pueblo; mi nombre sonaba de boca en boca y se escarnecía y deshojaban mis apellidos como si de una amapola se tratase.

-.: ¡Vamos a ver!, Juana. ¿Tú no sabes, que el apropiarse de una finca es delito; que la justicia lo pena?.

-.: Mi hijo tiene que tener unos bienes con qué salir en la vida hacia adelante.

-.: ¿Pero suyos propios?.

-.: ¿No es su hijo Armando heredero, como los otros hijos que usted tiene?.

-.: Lo mismo, Juana.

-.: Pues he tomado lo que le pertenece, para el hijo de Armando.

El convencer a Juana era difícil, así que opté por retirarme con mi tía Cristina, que era la única mujer que podía doblegar a la ayuda de cámara de la institutriz. Malos informes se me dieron al llegar al lado de mi tía Cristina; por boca de ésta, supe el tinglado tan enorme que tenía formado Juana en dicha finca.

-.: Sí, hijo; ha metido en ella a la peor clase de gañanes que se conoce en el pueblo y se ha rodeado de los mas malos de la comarca: La chica no los conoce, ni ha sido aconsejada, de modo que será menester que vaya yo alertarla del peligro que corre con ellos.

-.: Tiene esta chica la cabeza hueca; siempre la ha tenido.

-.: ¿No sé qué daño te hará la denuncia que ha puesto?.

-.: Vengo informado: La Ley castiga si ha sido con una menor, pero no te puede obligar a casarte con ella.

-.: Pero sí a darla un estipendio.

En este intermedio, se recibió una notificación del Tribunal de Menores, para que compareciera mi hijo Armando; que por otro lado era mayor de edad, cosa mala para su solvencia en dicho juicio.

Así estaban las cosas puestas, cuando apareció mi hijo Enrique en el pueblo seguido por una chusma de desarmados irresponsables e inconsecuentes, con la moral y la ética: Trasvertí, cien por cien todos ellos.

El pueblo saltaba y votaba de furor y el Sacerdote Párroco de la villa en cuestión, una mañana temprano vino a visitarme.

-.: Roberto, hijo: Ya está bien el escándalo que ha dado tu hijo Armando, con esa chica; pero el que está dando Enrique con el grupo que ha traído, a todo el pueblo: Esto yo no puedo pasarlo por alto.

-.: Señor cura; más lo siento yo, tener un hijo que parezca una gallo de corral ajeno.

-.: Si desnudases a ese gallo; más le valdría saber lo que es. Vergüenza nos da, verlos pasear tan tranquilos, y como si con ellos no fuese nada, por el pueblo. En nombre de lo más sagrado, ya que no quiero mentar un nombre propio que tú y yo imaginamos, porque de la boca que va a salir palabras

groseras, no debe ser pronunciado nunca su nombre por lo Altivo y lo Divino que en su persona significa.

-.: Pues yo le digo, Padre: Que en nombre de tal divinidad; no soy capaz, aunque quiero, de encauzar al orden a mi hijo Enrique.

-.: Tendremos que proceder en consecuencia, toda la Parroquia. Mis feligreses no pueden consentir por más tiempo tal inmoralidad.

Por la mañana temprano, se veían en las callejas y callejones de las afuera del pueblo, blusas, pendientes, zapatos, medias, faldas . . . Y un sin número de prendas finas, tiradas de trecho en trecho y de hito en hito. Les habían propinado una paliza de espanto, los vecinos del pueblo a dicha jauría humana; que andando descalzos y sin ropa, salieron de dicha feligresía, más que corriendo; volando.

Se me presentó hecho un Eccehomo, mi hijo Enrique al siguiente día por la mañana en casa: Tenía heridas por todo el cuerpo y apenas llevaba ropa encima, lo único que portaba sería una fiebre de treinta y nueve con dos décimas.

Era alarmante su estado de salud y llamé al médico para que le curase físicamente y casi en secreto le insté para que no diese paradero de donde se encontraba mi hijo Enrique.

-.: Sin más quiero decirle algo.

-.: Dígame doctor.

-.: ¿Puedo hacerle una pregunta?.

- .: Si soy capaz de contestarla, se la contestaré.
- .: Es sencilla. ¿Cómo va su hijo Armando con el juicio de esa desgraciada chica; Juana?.
- .: Malamente, doctor.
- .: Se vislumbra un posible respiro.
- .: ¿Cuénteme?.
- .: No me agrada nada de la camarilla que se ha rodeado; entre ellos hay quien me ha engañado más de una vez en las mieses y en la cosecha de aceitunas: ¡Bueno!, creen ellos que engañan.
- .: ¿Explíqueme la relación?.
- .: Es sencilla: También ha salido embarazada dicha chica.
- .: ¿No?.
- .: Como lo oye usted, Don Roberto.
- .: Gracias, doctor.

Estaba salvaguardado el honor y la vergüenza de casa y sobre todo de mi hijo Armando; Juana esperaba, en tiempos de gestación, un nuevo bebé. La suerte me favorecía como casi siempre, al final de todo; cuando ya no se ve camino para salir a una buena posición. Una vez más, era yo el que triunfaba.

Hice remesa de fondos en el banco, gracias a la construcción, y yo como era una persona de empresa; consulté con mi contable para no arriesgar mucho y perder poco.



-.: Desde luego; si arrienda usted, Don Roberto, dicho local, nunca más le tendrá como suyo.

-.: ¿Qué me aconseja, señor Pérez?.

-.: Como se puede invertir poco dinero en el, le aconsejo que venda usted algo que por su demanda, tenga salida.

Puse electrodomésticos de todo tipo a la venta en dicho comercio y los dolores de cabeza eran enormes; la garantía dada a los clientes de dichos aparatos era dilatadísima y los gustos de éstos, eran variados, amén de un sinfín de inquietudes que nos daban nuestros usuarios: Hasta técnico tuve que tener para que me comprase alguien algo.

Di de baja el comercio con electrodomésticos, saldando a precio de coste los últimos aparatos y abrí una pañería, que era mucho más cómodo, pero a la vez más arriesgado; las telas caían en desuso y no las compraba nadie, si tenía la desgracia de despistarme almacenando bastantes muestras de la misma clase.

-.: ¿Veo que no vamos mas que de fracaso en fracaso, señor Pérez?.

-.: Falta de estudio y planificación, Don Roberto.

-.: ¿Sí; dígame?.

-.: Hay que ver lo que más se vende estos días en el comercio.

-.: Es caer en gracia.

-.: A parte del crédito personal; es saber atraer a la clientela, ofreciéndola algo apetitoso para ella.

-.: Aunque sea lo más tonto e insignificante: Que no tenga uso apropiado en la vida.

-.: ¡Ahí iba yo!.

-.: ¿Tal vez dé más dinero lo inútil?.

-.: Por supuesto, Don Roberto.

Di de alta un comercio de repuestos de coches, con tal suerte que la puerta de la tienda se abría con más frecuencia que las anteriores veces; pero todavía no lograba agradarme a mí lo suficiente, como para dormir a gusto y tomar vuelo en el negocio.

Veía que, como pasa en todos los comercios; si compras mucho material de una misma pieza y no quedas con gusto para venderlo, no lo haces si te descuidas y no lo vendes, pues con el tiempo sale otro nuevo.

Observé que las gentes venían a por chulerías; más bien objetos de adornos y pensé, sino se romperían los coches: Yo me curé en salud y llené el establecimiento de embellecedores de todo tipo, sacando más dinero que nunca hice en mi vida.

-.: ¿No entiendo señor Pérez?. Las personas compran mucho más objetos de embellecedores para sus coches, que verdaderos repuestos para estos.

-.: Le decía yo, Don Roberto, hace un momento a la señorita Encarna; que tengo unos vecinos a los que hace falta ir empujando la marcha, sobre todo la tercer, para que no se quite la palanca, a parte que los amortiguadores dejaron de notarse en su coche hace tiempo; ya ve, irán a la tienda esta

tarde para comprar tal o cual chulería, que a la larga los costará más que arreglar el coche de una vez.

-.: Ya se lo digo yo, señor Pérez. El mundo está al revés.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: Señerita Encarna; deme la lista de pedidos: Nos quedamos sin material.

-.: Como usted diga, Don Roberto.

Satisfecho, ufana y glorioso me fui a mi casa para nada más entrar en ella tomarme un vaso de whisky con hielo; pero eso sí; Doble.

Cogí el teléfono y pude darme cuenta, que por el supletorio estaba sosteniendo mi señora una conversación con un caballero, un tanto agradable para ella.

-.: Ya sabes: A las cinco en la Casa de Campo, debajo del teleférico.

-.: Como tú digas, chato.

-.: Lo que más me agrada de ti es tu sensibilidad femenina para saber tratar con los hombres. ¿Parece como si tuvieses experiencias?.

-.: No lo creas; he tratado con pocos hombres.

-.: ¿De qué trabajas en esa casa?.

-.: Soy la cocinera.

-.: Me agrada. Bueno; hasta esta tarde.

-.: Hasta la tarde, precioso.

Me callé por respeto a mi señora, pero no podía consentir que Yolanda se viese con el galán que la hablase por teléfono; así que salí a la hora propicia

de la oficina y para donde me dirigí fue a esperar a los dos tortolitos, apostado detrás de los árboles, debajo de teleférico.

Serían las cinco y diez; allí no aportaba nadie: Ya me estaba cansando de estar sentando en el suelo, cuando vi aparecer a un joven, que al parecer podía ser el hijo de mi hijo; o sea, mi nieto.

Pensé que éste joven me iba a estropear el plan concebido y que por culpa suya no se atrevían, Yolanda ni su galán, aproximarse a dicho lugar: Cual no sería mi sorpresa, cuando vi aparecer a mi señora toda ella decidida y vestida de chica escolar, hacia dicho joven y después de darle sendos abrazos, se besaron en la boca los dos.

No pude contenerme más y salí de ente el tronco del árbol dándoles un susto mortal a los dos amantes.

-.: Roberto: No esperaba de ti esto.

-.: Ni yo de ti: Yolanda.

-.: ¿Qué pasa; quien es éste tipo?.

-.: Mi marido.

-.: ¡Ahí va!.

-.: Despide a tu nieto, Yolanda.

-.: Eres poco galante, Roberto. ¿Me parece a mí que mandas tú mucho?.

-.: Vamos, monta en ese coche y corriendo para casa. ¡Y a callar!: No digas una palabra por lo que pueda pasar.

-.: Eres repugnante, Roberto.

-.: Y tú muy linda. ¡Vaya con ésta!.

Mi honor y mi amor propio se encontraban dañados en lo más íntimo de mi ser; así que decidí dormir por separados en habitaciones aparte, hasta que se me pasase la ira y la rabia de aquel hecho tan absurdo y confuso para mí.

Me dediqué a mis negocios con intensidad y pude ver incrementada mi cuenta corriente en varias cifras apetitosas para cualquier tipo de empresa.

Pude convencerme, que la vigilancia del amo engorda la hacienda y la sana; y eso que tenía personal muy competente: ¿Si no, que hubiese sido de mi propiedad?.

-.: Papá, quiero que me mandes dinero a Jaca.

-.: ¿Pero tú quien eres?.

Lo malo fue; que me acordé de lo pasado anteriormente, en una de mis estancias en dichos contornos.

-.: Ya sé que ere mi hijo, si eres Enrique. ¿Qué haces ahí?.

-.: Estoy con un grupo de amigos, viendo el festival.

-.: ¿Te gusta?.

-.: Creo que sí: Va actuar un conjunto muy conocido de nosotros.

-.: No me tienes que decir más; ya sé como son. ¿Dime el dinero que quieres recibir?.

-.: Papá es que estamos un grupo bastante numerosos; por otra parte aquí hace frío; y por lo demás, tengo que pagar la conferencia telefónica que te he puesto.

-.: ¿Qué dinero quieres?.

-.: Ciento veinte.

-.: ¿Cómo?.

-.: Bueno: Setenta y cinco.

No sabía qué hacer con tal hijo: Mientras Armando se iba imponiendo en mi negocio e iba sacando su carrera; Enrique, no conocía ni su madre por qué curso estaría en la facultad.

Como ustedes comprenderán; con este estado de nervios, no se puede trabajar ni medio regular: Otro sobresalto como este, me tendría que ir una temporada a la sierra, para calmar los nervios.

Desde luego no tardó en producirse otro susto mortal: Me refiero yo a mi hermana Miriam; que acababa de llegar de Inglaterra, con un señor de edad; con un anciano.

-.: Me alegra verte, Miriam.

-.: Igual digo, Roberto. Sobre todo me agrada el cariño que me tienes.

-.: Es lógico: Somos hermanos.

-.: De eso, quiero hablarte.

-.: ¡Miriam!: ¿No me digas?.

-.: Sí, hijo. ¿Te acuerdas que te pedí varias prendas que había tenido mamá, que en paz descansa, en vida?.

-.: Sí.

-.: No me hicieron falta, para comprobar lo que ya tenía sabido.

-.: ¿Qué es?.

-.: Mamá se hizo, cuando estaba en la facultad, en Inglaterra, unas pruebas de embarazos cinco meses después de irse de España.

-.: ¿Y qué?.

-.: Negativo.

-.: ¿Dónde vas a parar?.

-.: Cinco meses después en otras posteriores, la salió positivo.

-.: Vendría a España.

-.: Duró once meses su tesis doctoral. No vino a España.

-.: ¿Entonces: Qué quieres decir?.

-.: Conoció a este señor.

-.: ¡Miriam!.

-.: Sí, Roberto. Te presento al señor Willians: Mi padre.

-.: Tienen que ser mas comedidas tus palabras.

-.: Está comprobado. El análisis de HR da el grupo de sangre del señor Willians.

-.: ¡Miriam!.. Esto es para volverse loco.

-.: Te dije, que David era de raza; pura sangre virgen.

-.: ¿No será . . . ?.

-.: No; él no tiene mezcla. Es el único que es de papá y mamá.

-.: No juzgo a mamá.

-.: No soy quien para hacerlo: No la juzgo, En una estupenda fiesta y semiinconsciente: No podía moverse por sí sola; Willians, con más fuerza y en su estado normal . . . ¿Ya sabes?.

-.: ¡Vamos!. ¿Qué pasó?.

-.: Por la fuerza.

-.: ¿Tiene delito?.

-.: ¿Al cabo de tanto tiempo?. Pasó y nada más; aquí estoy yo.

-.: ¿Y papá?.

-.: Mamá se vino pronto a España.

Esta noticia me cogió anonadado de tantas otras, como se me había dado y; al ver aquella persona desconocida para mi, pasear mi casa, como si fuese mi abuelo: No sé qué me pasaba por mis venas.

Apenas sabía hablar Willians alguna que otra palabra en español y con aquella cachimba, siempre en la boca; parecía más bien, decir: Me pongo esto aquí para no hablar ni palabra.

Se encargó Willians de una construcción, ya que Miriam me lo había pedido y como ése no sabía las leyes españolas, ni tan siquiera consultó, cayó en desgracia de una ley al no saber que donde edificaba, el local estaba hipotecado, subarrendado y que el propietario, ni tan siquiera tenía



idea de venderlo, ni había dado su consentimiento; así que perdí una suma bastante considerable de dinero.

Los arrendatarios habían pasado el arriendo a mi nombre con permiso del amo del local; pero éste, solamente había firmado, tal permiso; no la venta del local.

Parecía como si todo el mundo me quisiera agobiar, ya que encontré varias veces el manuscrito que narraba la vida de mis padres. Tenía un pesar en mi corazón, que no podía ocultarlo y lo exteriorizaba en forma de pena, pero a la vez de miedo.

-.: ¿No digo yo éste hombre?. Todo el que tema algo, por una mala acción, le da miedo.

-.: Te digo, que es necesario hacer lo acordado aquí, en estos momentos.

-.: No creo en tales supercherías.

-.: Estas cosas, no las tengo como tales. Iremos al pueblo y haremos una Novena por las Almas de nuestros padres, seguida de Misas.

-.: ¿Y todo eso, porque hayas visto dos o tres veces dicho manuscrito?.

-.: Pues sí. Parece como si los papás me lo pidieran.

-.: No me voy a reír, pero te portas como un crío.

Días después, nos encontrábamos camino de Extremadura, para hacer una Novena, en toda regla a las Almas de quien lo pedían; en este caso, mis padres, que en paz descansen.

Se encontraba allí mi cuñada Avelina, preciosa y había ido David a la pasar unos días al pueblo, descubriendo dicha sorpresa.

-.: Veo que no pasa el tiempo por ti, Avelina.

-.: Muy galante, Roberto, por tu parte, ¿Sabes?.

-.: Sí.

-.: Te he echado de menos.

-.: Igual me pasa a mí. A las gentes buenas, siempre se las echa de menos.

-.: Muchas gracias, por tu parte. Formábamos una buena familia, muy allegada, Desde luego me divertías con tus cosas.

-.: ¿Quién te lleva ahora a comprar a la ciudad, a ver tal atracción, a la sierra y a tantos otros lugares y sitios?.

-.: Aquello se terminó ya, Roberto, David se encuentra muy ocupado.

-.: ¿Tanto?.

-.: Él te explicará. Formábamos una buena familia: ¡Sí señor!.

-.: Me gusta la inocencia que tienes.

-.: ¿Si lo dices porque de vez en cuando te encontrabas con las ideas contrarias a tu hermano: No le veo yo mucho obstáculo para que os llevéis bien?.

-.: ¡Bueno está!.

Tardé en ver a mi hermano David, y desde luego parecía que había cambiando en su forma de ser y hasta en su manera de pensar, ya que los gestos eran otros y vestía traje de puro señoriíto.

-.: Bien te veo. Qué alegría al verte.

-.: Igual me ha dicho Avelina, tú mujer.

-.: Sí, que me alegro en verte. Dime: ¿Y Yolanda como se encuentra?.

-.: Mejor que nunca; tú mismo lo podrás comprobar.

-.: ¿No me digas que se encuentra aquí?.

-.: Sí; ha venido conmigo.

-.: ¿Asuntos?.

-.: Celebrar una Novena por las Almas de papás.

-.: Que en paz descansen,. Me sumo a tu idea, yo también.

-.: Me agrada tu decisión.

Iba pasando los días y la monotonía del pueblo me aburría: Surgió algo nuevo e imprevisto. Habían invitado a mi hermano David, los señores que compraron mis Tierras Altas, a una cacería y le hicieron extensiva a su nombre para mí también dicha invitación. Desde luego acepté de buena gana: Aun nos quedaban algunos caballos de pura raza.

Nos dirigimos a la casona grande: Yo iba el último, ya que a mi mujer la acompañaba mi hermano David y mi cuñada Avelina.

Desapareció el último jinete al doblar la esquina de la casa, y a mí me quedaba bastante para llegar cerca de ella, cuando pasé frente a los chozos, que todavía existían en dicho lugar.

Una zagala; una zagala hermosa, que parecía haber tenido su belleza en regla cuando más joven, salía de los chozos toda radiante de hermosura,

tirando un cubo de agua, para de inmediato volver a entrar en dicha vivienda.

Me apeé de mi montura; ni corto ni perezoso, penetré en dicho albergue, pudiendo ver que se encontraba sola tumbada en un jergón de paja de centeno.

Creyó que era el marido: Cuando terminé, no me dio tiempo a ponerme bien los pantalones, teniendo que salir fuera del chozo con ellos medio arrastra; profiriéndome, dicha zagala, que era ni más ni menos que Andrea, tales improperios que hacían levantar la piel a quien los escudaba.

-.: ¡Marica!, que eres un marica. Tú no eres hombre ni nada, No sabes respetar a una señora; me he casado y mi marido te va a matar como se lo cuenta. Me alegré que perdieras las tierras y me alegraría que perdieses todos los bienes; como Dios me esté oyendo, hará justicia contigo aquí en la tierra, ¡Cerdo depravado!. Hijo de . . . ¿Bueno, que tendrá que ver tu madre, que en paz descansa, si eres un cornudo?. ¡Cornudo!, que te los ha puesto tu hermano David, siempre que le ha salido de las pelotas.

Mientras se ponía bien la falda, que la tenía remangada; a voz de pulmón, atronaba aquellos cerros con fuerza de barítono. Temí por un momento que se enterase alguien; pero pude comprobar que allí no existía nadie más que los dos.

Miré para atrás, cuando llevaba unos cientos de pasos dado a pura carrera y pude observar aquella zagala lavándose en una palangana sus intimidades: Me pareció cosa repugnante.

El día lo pasé inquieto, así que cuando llegué a casa me calmé un poco al reunirme con toda la familia; para sostener una conversación amena.

-.: ¿Veo que has sabido conservar tu capital, David?.

-.: Si quieres, te compro las Tierras del Valle.

-.: Expresamente he tenido unas fugas de dinero hace unos días.

-.: ¿Quién te ha dirigido?.

-.: El señor Willians.

-.: Ya estoy enterado; me refiero a dicho señor Willinas. ¿No lo puedo creer?.

-.: Sí. En un momento en que mamá perdió el conocimiento.

-.: Tenía que estar recluido.

-.: No nos toca juzgar: En su tiempo lo hará, quien debe hacerlo; recibirá su castigo.

-.: No hay mejor castigo que aquí en la tierra. Siguiendo con nuestra conversación: ¿Ves factible de poderme vender dichas tierras?.

-.: ¿Tú para qué las quieres?.

-.: Estoy en trámite de comprar las Tierras Altas también.

-.: ¿No me digas?.

-.: Quiero formar el mismo imperio que tenía el abuelito.

- .: ¿Estás millonario?.
- .: Sal de tu sorpresa: Respondes con preguntas siempre y eso es que estás cohibido.
- .: Es que no doy credito a lo que oigo.
- .: ¿Cantidad?.
- .: Tiene que ser alta; me hace falta bastante dinero.
- .: ¿Tú pide?.
- .: Parece como si la construcción del diecisiete fuese tuya.
- .: Lo es.
- .: ¿Me tomas el pelo?.
- .: Te digo, que es mía.
- .: ¿Dicha construcción es tuya?.
- .: Te digo que sí: Las dos.
- .: ¿Me has salvado de vez en cuando de algo fuerte?.
- .: Te he quitado unos buenos topes.
- .: ¿Quién es tu constructor?.
- .: No te lo vas a creer.
- .: Dímelo: Veremos a ver si me lo creo.

En estos momentos entró Yolanda seguida de Avelina, cortando la conversación que sostenía con mi hermano David. Estuvimos bastante tiempo en amena tertulia, el cuarteto familiar sin que nadie nos molestase.

-.: Yolanda; no creas que no lo pasé mal al separarnos; como ya le he dicho a tu marido Roberto, me acordaba de vosotros. Es normal: Habíamos vivido tanto tiempo juntos; sobre todo me acordaba de mis sobrinos, a quien yo crié con tantos esmeros. ¿Cómo están?.

-.: Se encuentran bastante bien; el único que tira al monte es Enrique: No sé qué será de este hijo.

-.: De quien tienes que preocuparte es del otro, de Armando; veo que es un pillín.

-.: Está más centrado: Son cosas de hombres.

-.: ¿No sé si el hacer tales hechos, es estar más centrado, que el construir monumentos?.

-.: Sí, monumentos a la idiotez.

-.: Bueno, chicos; no hablemos más en temas que podamos ambular y caer en el error absurdo.

-.: Absurdo es mi hijo Enrique.

-.: ¡Pobre Roberto!; sin enterarse nunca.

-.: ¡Avelina!.

-.: En el buen sentido de la palabra.

-.: ¡AH!.

-.: Me encuentro con unas cartas en la mano.

-.: David; reparte. ¿A qué jugamos?.

Pasamos la noche alrededor de unas cartas y ya cuando amaneció nos retiramos para descansar un tiempo suficiente, como para que nuestros cuerpos pudiesen con el ajeteo diurno, que se llevaba en aquella casa.

Desde luego quedé en vender las Tierras del Valle a mi hermano David, por un buen precio, ya que le veía yo con ganas de echarme una mano al desfalco, si se puede llamar así, que había tenido días anteriores con la mala administración de aquel señor Willians, aparecido casi por sorpresa.

-.: ¿Te gusta el campo?.

-.: Sí David. ¿Sabes?: Hemos estado hablando Avelina y yo,. Nos podíamos juntar una vez más y formar una gran empresa.

-.: Tenia que ser poco a poco y estudiar si convenía que fuese, dicha empresa anónima o limitada.

-.: Yo tengo el edificio para llevar la contabilidad y los mismos contables estudiaran la mejor manera de llevar a buen término dicha unión.

-.: En una unión anónima, las acciones no pueden ser a partes iguales: Tienes la mejor empresa constructora que existe en la Capital.

-.: Con construcción en la playa, en la sierra y en otras quince ciudades.

-.: Yo tengo en playa en sierra y en dos ciudades.

-.: No hay más que pensar. ¿Cuándo vas a Madrid?.

-.: Mañana.



-.: ¿Sabes?; pasado reúne a tus técnicos y explícales el caso, yo haré otro tanto con los míos. ¿Tienes en el grupo contable todavía, al señor Pérez y a la señorita Encarna?.

-.: Sí, por suerte.

-.: Consérvalos, que son estupendos. Ellos llevarán la dirección de las cuentas.

Cuando se lo comuniqué a mi señora Yolanda, tal decisión fue todo su ser un derroche de alegría; el volver a sentirnos una familia era para ella un bien como un castillo: Hasta el mismo mayordomo, Pedro, se congratuló de volver a tener en casa a mi hermano David.

-.: ¿El señorito?; otra vez en nuestra compañía. Perdóneme que exprese mis sentimientos y exteriorice mi alegría con tanto esfuerzo: No puedo por menos, que sentir a mi Espíritu saltar de gozo al verlos, a ustedes dos, otra vez juntos.

-.: Gracias, Pedro: Puedes retirarte.

-.: Les sirvo, con permiso del señor, una copita de Jerez.

-.: Como quieras, Pedro.

Desde luego les pareció bien a mis técnicos asociarse con dicha empresa; había sido la que construyó el número diecisiete y eso no se olvida.

Por otra parte los técnicos de mi hermano, creo que tuvieron recelos para asociarse con nosotros, pero por fin se venció los obstáculos que encontraban para no hacerlo: No se iría a partes iguales; sino

proporcionales al capital que se emplease en las construcciones, que era tanto como decir, que yo no iba a ser siempre el último.

-.: Te digo lo de siempre: Prudencia y cuidado.

-.: Creo que es un bocado apetitoso.

-.: Los Árabes no dan nada de balde y te exigirán mucho. Prudencia Roberto.

-.: David. ¿No estás viendo las ventajas que ofrecen éstas gentes, inyectando dicho capital a la empresa?.

-.: Es como si ese dinero estuviera envenenado y nos exterminase nuestra empresa.

-.: ¡Pamplinas!. ¿Por qué?.

-.: Te obligarán a emplear dinero que no tienes.

-.: ¿Pero si el dinero lo ponen ellos; tú solamente construyes donde digan?.

-.: Compra maquinarias, gastas las viejas, emplea personal nuevo y desconocido . . .

-.: Si te pones así, es mejor cerrar.

Sí. Una gran firma árabe, nos brindaba la ocasión de edificar en cualquier parte; tenían terrenos en todos los sitios imaginados: Ellos ponían el dinero e inclusive el terreno y nosotros edificábamos a un tanto lo expuesto.

Mi hermano no vio demasiado claro el asunto y; me aconsejó prudencia y retirarme de ellos: Para mí era una pera en dulce, bastante apetitosa.

No las tenía yo todas consigo aquella noche, no lograba reconciliar el sueño, cuando llegó mi hijo Enrique vestido con traje normal y una carpeta entre los brazos; parecía un gran señor.

Aproveché que se fue a su dormitorio dejando la carpeta en la mesa del comedor, para echar una vista aquellos papeles que tanto me intrigaban; ¡OH!, espanto. Eran los planos arquitectónicos del número diecisiete y otro semejante, retocado en la forma y con una línea de visión más recta, más acabada. Me gustaron bastante aquellos planos, pero no podía consentir que mi hijo Enrique se hiciese de ellos tan púdicamente.

Se entreabrió la puerta de su dormitorio, dejando ver su figura dispuesta como para salir, según creí; yo corrí hacia el tresillo y me parapeté en él, así no me vería.

Bajaba las escaleras con bata de casa; roja y un gran dragón en la izquierda del pecho. Al llegar a la mesa se paró, quedándose fijo en algo que había visto fuera de sitio. No tardé en saber lo que era; fue levantando poco a poco el vaso de whisky que me había dejado yo, encima de la mesa.

-.: ¿Quién es?. Vamos, que salga el dueño de este vaso.

-.: Soy yo hijo: Perdona que no decidiese haberme presentado, pero no te quería molestar.

-.: Tú nunca molestas, papá.

-.: Gracias hijo. ¿Y tu hermano Armando?.

-.: No ha llegado todavía.

- .: Te he encontrado raro vestido normalmente.
- .: Hoy no he podido evadirme; tengo trabajo muy fuerte.
- .: ¿Es para la facultad?.
- .: Totalmente no; pero algo valdrá para la enseñanza.
- .: ¿El aprendizaje, hijo?. Me alegra que estudies.
- .: Hay que tomar consecuencias con la gran empresa que se ha formado.
- .: ¿Has visto la gran empresa que hemos formado tu tío y yo?.
- .: Sí papá: La he estudiado.
- .: El día que lo estudies, como tú dices, no estará tan tranquilo tu Espíritu como se encuentra ahora, Sabrás hasta donde podemos llegar.
- .: Hasta que el capital dé de sí y los obreros quieran; papá.
- .: ¿Cómo sabes tú eso?.
- .: Vais a tener complicaciones dentro de unos días.
- .: ¿Me puedes decir el lugar?.
- .: Yo se que es en la capital y por oído; aunque no es noticia fundada con una comprobación verídica, también en ciertas capitales de provincias.
- .: ¿Con respecto a qué?.
- .: Reivindicaciones salariales.
- .: El salario está bien: ¿O no lo crees tú?.
- .: El salario sí, papá; pero un aumento de medio punto en los complementos del seguro, sin que el Ministerio no haya dicho esta boca es mía y el restar otro medio punto en el rendimiento de trabajo, son ya un

punto: Te van a exigir mucho más; te hubieses quedado quieto. No vuelvas a escarbar en las Nóminas; así no sacarás nada a relucir.

-.: ¿Pero tú como sabes todo esto?.

-.: ¿Papá?. Nunca me lo has preguntado.

-.: Me da miedo saber por qué curso vas en la facultad.

-.: Te aseguro que no voy empezando.

-.: ¿Estaría bonito, al cabo de catorce años de estudios?.

No hablé más, por aquella noche con mi hijo Enrique debido a que mi señora, Yolanda, se movió un poco en la cama, llamándome con ansiedad, para que me callara y me fuese acostar.

Me tenía intrigado éste hijo: No pude dormir en toda la noche; tal vez habría quitado a alguien aquellos planos magistrales y se vería involucrado en un gran compromiso moral y, hasta judicial: Me atrevería yo a decir.

En días sucesivos, no sucedió nada tranquilizándome totalmente; sabía que mi hijo Enrique tendría tal o cual filosofía, pero no era tanto: Él sabría donde le apretaba el zapato.

Se hacían grandes adelantos en la unión de las empresas; hasta logramos tener, en un record de tiempo corto, unos siete meses, toda la contabilidad unida: Funcionábamos como un verdadero banco.

Las construcciones empezadas por cada parte, se fueron terminando y las que quedaron, que fueron las menos; como ya había remesa de capital, se

unió a las pérdidas y ganancias de las dos partes, proporcionalmente a sus beneficios: Ya que se encontraban casi terminadas, en su propia venta.

No fue cuando mi hijo dijo el paro de obreros; pero sí se verificó en su totalidad, en casi todas las provincias, asustándome un poco.

Cuando acudí a mi despacho, ya estaban reunidos mis técnicos en el tomando decisiones al respecto.

-.: Las ideas, me alegra que las tengamos todos; pero la manera de hacer, me corresponde a mí decir cómo es.

-.: Era necesario actuar, Don Roberto. Aparte que al gobierno no le agrada mucho estas clases de manifestaciones callejeras.

-.: Hay que dar tiempo al tiempo.

-.: Pero entrevistándose el obrero con la patronal.

-.: La patronal es la última que tiene que hablar.

-.: Don Roberto; usted perdone. Si obra usted de esta manera, se hunde la empresa: Tienen más fuerza política los obreros que la patronal.

-.: ¿Es que los obreros nos van a mandar a nosotros?. Nos llevarán a pique.

-.: Pues sí señor. Si ellos se empeñan; no le queda a la empresa, ni el nombre.

-.: ¡Obreros!, ¡obreros!.

-.: ¡Señor!. Qué no le oigan.

-.: Llamar a la Fuerza Pública.

-.: No se preocupe: Si esto dura otro día más; ellos mismos vendrán.

-.: ¡Ya verán éstos!

-.: Creo que vendrán a hablar con usted, expresamente.

-.: Ya les diré yo lo que tienen que hacer.

-.: No me ha entendido, señor: Son ellos, la Fuerza Pública, quien le aconsejará hacer a usted mismo.

Desde luego, se le veía al técnico de construcción con una imaginación absurda; pero si en realidad, la convivencia social, obrero – patronal, estuviese como él decía: habían cambiando sustancialmente las estructuras y hasta el sistema. Creo que no me daba cuenta de la realidad, fingiendo un aplomo de mando, que en sí no Tania: Me fallaba la convicción en mí mismo; ya no sabía si podía hablar claro, fuerte o por el contrario, tenía que dar siempre la razón a mi interlocutor.

Llegó el siguiente día y allí se encontraban cada vez más obreros. A primaras horas de la mañana hizo su aparición las Fuerzas Públicas.

-.: Don Roberto; el señor comisario le desea hablar.

-.: Que pase . . . Siéntese: Me calma los nervios su visita, señor comisario.

-.: Interceptan la vía pública y aquí estamos nosotros.

-.: No señor comisario: Se encuentran en huelga.

-.: Para nosotros interceptan la vía pública: El personal no se mueve, está totalmente quieto, en paz; no podemos intervenir por tal sentido.

-.: ¿Qué me aconseja?.

-.: Les de, si puede, sus reivindicaciones de inmediato y; hemos estudiado, que desde luego sí puede concederles, a los obreros, sus prerrogativas.

-.: ¿Me asombra usted, señor comisario?.

-.: Más le asombraré; si mañana se encuentra su personal en estado estático ante la vía pública.

Me quedé con la palabra en la boca; yéndose, no antes sin pegar un portazo bien fuerte como para reforzar su conversación, el señor comisario.

No podía creer lo que había oído: El obrero era todo, casi un Semi- Dios, no tenía mando ante él mi persona para nada. Estaba mi empresa a merced de lo que el productor quisiera y la ley le amparaba ante sus reivindicaciones sociales y salariales: Parecía un juego de niños, pero era verdad. Vi por completo que yo era el mero administrador de mis bienes.

Una alegría recibí por aquellos días; mis hijas Cati y Beatriz conseguían llegar de la facultad con notas buenísimas: Animadas por mi cuñada Avelina, mis hijas se disponían ir a una tienda, para comprarse ropas adecuadas.

-.: No tenemos quien nos lleve, hijo.

-.: ¿Me estás pidiendo, que os lleve yo; Avelina?.

-.: Eres tú quien nos tienes que llevar, ¡chato!.

-.: Lo haré con buen gusto.

-.: ¿Ya lo sabía yo?.

-.: ¿Qué sabías, Avelina?.



- .: Que nos llevarías con agrado.
- .: Con más agrado estoy contigo, que con mi mujer.
- .: ¡Roberto!; eso no debes decir: Yolanda es buena y te quiere.
- .: ¿Tú lo crees?.
- .: Sí; te quiere y bastante.
- .: Ye digo que mejor estoy con una hermana, que con mi mujer.
- .: Nos llevamos bien; ¿pero no tienes que olvidar, que ella es tu mejor?.
- .: No lo olvido; desde luego que no Avelina: La soy fiel en las medidas que puedo.
- .: ¿Y que no lo sepa yo?. Quiere a tu señora; Roberto. Llévate bien con ella.
- .: ¿Estáis preparadas?.
- .: Voy a llamar a las chicas.
- .: Os espero en el coche.

Di orden a Pedro, para que me sacase el coche más pequeño; pues iríamos a la capital y se encuentra poco espacio para aparcar.

Trayecto corto había desde Somosaguas al centro de Madrid, pero entre risas de mis hijas, carcajadas de mi cuñada, que la llevaba a mi lado o sea, en el asiento delantero del coche; me encontraba pidiendo, sinceramente, que no se acabase dicho tiempo en una infinidad de siglos: El momento tan feliz que gozaban en que conducía mi coche hacia Madrid, en aquel camino, no lo cambiaba yo por otro ni por todo el oro del mundo. Por vez

primera tenía el corazón abierto a pleno ritmo y ensanchando en sus venas, funcionando sin ningún pesar.

-.: Mire usted lo que hace señor.

-.: Perdón.

-.: Sí; pero el golpe al aparcar ya me lo ha dado.

-.: Papá, papá: Mira que zapatos más cómodos hay en ese escaparate.

-.: Son curupíes, hija.

-.: Cómpremelos para ir a la facultad.

-.: Cati, primero vamos a comprar la ropa.

-.: Sí, niñas; seguirmos.

-.: Como quieras tía Avelina.

Entramos en unos enormes almacenes, refrigerados cien por cien; aunque era época avanzada del verano, hacía todavía calor.

La planta baja se diferenciaba de las demás, por las chucherías que tenía a la venta puesta, ya que de baratijas, aparatos de poca precisión y discos; era todo lo que se componía aquella pieza.

-.: Pisa donde se vaya a formar el escalón, Beatriz.

-.: Sí, papá.

-.: No está tan bien; que te estaba viendo que ibas a pisar entre la abertura: Cuando está plana la escalera; la abertura es lo que separa los escalones.

-.: Está bien, papá.

Pasamos un día bastante consolador para mí: Al salir de dicho edificio, nos paramos en una estupenda cafetería que se encontraba allí mismo, para tomarnos una tarta, dulces, café o algún que otro chocolate.

Al llegar a casa, entramos en el comedor como invadiéndolo todo; pero tuve que parar a la comitiva, porque vi salir a mi hermano David, del cuarto de mi mujer, no en muy buenas condiciones: Hice como que se me había caído algo, reteniendo, como digo, a Pedro y a todos los demás en cuestión.

Si la alegría había sido para mí la meta y la nota del día; el pesar y la pena se me apoderaban de mi ser al llegar a casa y ver lo que en ella pasaba. Yo no tenía suerte en casi ninguna faceta de mi vida; pero eso sí: Tenía todo el dinero que quisiera, para hacer lo que me diese en gusto.

Ya que se mientan mis gustos; les contaré cual eran el sentido de ellos: Había conocido, por aquel entonces, una señora que se atrevió llegar a mi despacho, para pedirme trabajo para su marido. La cogí las señas y poco más o menos sabía por donde vivía.

Me fui una mañana, ni corto ni perezoso por aquellos contornos, no tardando en verla: La señora muy amable me invitó a tomar café en su casa, lo cual acepté cordialmente.

-.: Vivimos un poco apurados, por no decir bastante; si usted, Don Roberto, emplese pronto a mi Facundo, se lo agradecería en el Alma.

-.: ¿Si usted aceptase dinero de un caballero?.

-.: ¿A cuenta del trabajo de mi marido?.

-.: No; por sus servicios prestados.

-.: Ya le entiendo: Conste que he estado por hacer lo que usted me sugiere.

-.: Muchas señora lo hacen.

-.: El otro día salí, rumbo a un bar lejano, que yo conozco.

-.: ¿Y qué?.

-.: A la mitad del camino me volví: Conste que llevamos sin cenar, por lo menos ocho días y de ellos hemos comido cuatro.

-.: No está usted mal.

-.: Gracias Don Roberto: Pero le ruego que me emplee a mi Facundo, como le digo.

La había estado acariciando los muslos mientras hablábamos y ella, no se daba cuenta de nada; tenía puestos los cinco sentidos en que emplease a su marido. Al final se dio cuenta de algo, sonrojándose un poco.

-.: Qué vergüenza me da.

Saqué un fajo de los verdes y los puse encima de la mesa: Los miraba con unos ojos como soles de mayores.

-.: Tuyos son si aceptas los servicios.

-.: ¡AY!, Don Roberto; que yo acepto todo no me tiente, por lo que más le pido.

-.: Si quieres comer, acepta lo que te propongo. ¿No es tan malo, mujer?.

-.: ¿Se va a enterar alguien?.

-.: Ni las moscas: Estamos solos.

Se empezó a desanudar en el cuarto contiguo sin cerrar la puerta y yo me puse que no veía más: La vi arrodillarse con el Rosario en las manos y lo que perfectamente se la notaban eran los pechos, hermosos y bellos; tenía unos bustos preciosos.

-.: ¿Qué haces?.

-.: Espero Don Roberto: Estoy rezando el Rosario.

-.: ¿Para qué?.

-.: Para que el pecado sea menor y cumplir penitencia.

Se acostó a todo lo largo de la cama, aquel cuerpo hecho de mujer y yo al echarme encima de ella me fui de inmediato sin darme tiempo a realizarme en sus entrañas.

-.: ¡Mira éste!. ¿Eso es, que San Pancracio, ha oído mis súplicas?. Gracias, señor mío. De momento el dinero es para mí.

-.: ¿Pero si no ha pasado nada?.

-.: Te parece poco; tengo que lavar la única sábana que hay en casa, para tenerla preparada y visible por la noche.

-.: Vendré a visitarte de nuevo.

-.: Como esta vez: Cuando usted quiera.

Llegué a casa serio, no había podido hacer toda mi santa voluntad a causa de mi debilidad; así que pagó Pedro los nervios encrespados que

llevé a mi hogar; no solamente Pedro tuvo su rapapolvo: Mi señora, las niñas y hasta Armando que se encontraba allí.

La unión de las dos empresas, daba resultados; íbamos cogiendo nuestra buena cantidad de dinero, al tener tal solvencia, que todo el mundo de la construcción confiaba en nosotros.

Nos expansionamos brutalmente y hasta llegamos a las islas con nuestra línea perfecta del buen quehacer, del buen edificar: Pero yo todavía no conocía al arquitecto que imaginaba tales edificaciones; siendo gloria y estudios, de los demás empresas.

-.: Don Roberto: Me permite.

-.: Sí; señorita Encarna.

-.: Observo que archivo facturas con el número repetido y hasta hoy hay un talón bancario con el mismo número de banco.

-.: Lo último es más extraño. ¿Pertenece al mismo banco?.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: ¿Que hacen con todo lo pagado y lo cobrado?.

-.: Pues lo cobrado, si es letra, la hacemos una fotocopia y el original se lo mandamos al cliente por correos certificado, con los talones hacemos otro tanto, excepto que el talón se lo queda el banco.

-.: Busquen en los archivos y observen alguna anomalía: Pidan las relaciones de las letras endosadas a los diferentes bancos.

-.: ¿Podemos mirar a la relación, que nos manda el banco donde compensamos.

-.: ¿Las tiene archivadas?.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: Hágalo.

-.: ¿Si me permite usted una sugerencia?.

-.: Sí; señorita Encarna.

-.: Podemos pedir un estadillo al banco desde el mes pasado, sobre el día quince; que es cuando observé tales incidencias.

-.: Buena idea.

Nos querían cambiar la liebre por gato, una empresa financiera de un señor particular, el captar clientes nuestros y hacer doble las partidas simples: Creaba dos facturas por una y las ponía en circulación en diferentes bancos.

Aunque teníamos dominada, dicha incidencia, no veíamos claro las cuentas de nuestro ordenador, con las facturas del banco: Ya que el libro blanco de nuestros clientes, nunca reflejaba la misma cantidad de dinero en la suma, pero sí los mismos movimientos que efectuaban dichas personas. Era raro y extraño todo esto: de modo que decidimos esperar un tiempo alertando al banco de lo sucedido.

El desfalco de desgravación, que nos produjo, dicha financiera, sumaba una cantidad de dinero tal, que al decir verdad tuvimos que poner una

circular en los periódicos, sin ninguna clase de investigación por nuestra parte, para vender edificios en construcción casi ya terminados, por un bajo precio, pudiéndole sacar algo más de rendimiento al problema en cuestión.

-.: ¿Me han llamado ustedes urgentemente?. ¿Qué ha pasado para tomar tal decisión?.

-.: Don Roberto, su hermano David le explicará.

-.: Sí, Roberto; esta reunión no es de puro trámite.

-.: ¡Un momento!. ¿Se trata de algo malo?.

-.: Sí: Los planos arquitectónicos hay que modificarlos casi en su integridad, en todos los edificios que estamos construyendo, debido al déficit ocasionado por dichas financieras.

-.: ¿Quieres decir, que pasemos a construcciones protegidas por el Ministerio o subvencionadas por bancos?.

-.: En un tiempo relativamente corto.

-.: ¡Nunca!. El pundonor de mi empresa, es haber dado forma a la mejor construcción de todos los edificios en la península.

-.: Con el mejor arquitecto.

-.: Por cierto: No le conozco todavía. ¿Quién es?.

-.: Le tienes delante de ti.

-.: Aparta Enrique, hijo. ¿Qué haces, que no estás con tus amigos?. ¿Qué haces aquí?.

-.: Es el arquitecto.



-.: ¿Quién?, Enrique. ¿Me tomas el pelo?. ¿Bromeas?.

-.: No Roberto; Enrique lleva un año con nosotros de arquitecto.

-.: ¿Es el arquitecto del diecisiete?.

-.: El mismo.

-.: ¿Cuándo has terminado tú la carrera?.

-.: Hace dos años.

-.: ¿Cómo no me lo has dicho?.

-.: Nunca me has dejado, papá; cuando iba hacerlo, me cortabas la conversación o me mandabas callar.

-.: ¿No te atraía la vida bohemia y el café con leche?.

-.: La vida bohemia la llevo cuando hay tiempo. No te oculto que el café con leche es una losa que me ha caído encima y me corre las venas.

-.: Es un torrente que tienes hijo: Un ramalazo, como se dice vulgarmente.

Me coge de sorpresa dicha noticia: ¿Tú el arquitecto del diecisiete?. ¡UF!.

Recibí noticia, que mi tía Cristina se encontraba bastante enferma en el pueblo y salí como una centella a su consuelo, desgraciadamente no pude hacer gran cosa, aunque la llevé a los mejores médicos de la capital; la llegó el óbito casi sin esperarlo.

Decidí pasar en aquella casona unos días para poner claro los problemas de Hacienda, aunque la casa era herencia de mi hermano David; las fincas compradas por él y todas sus pertenencias las tenía que revisar como socio suyo y buen hermano.

Sí: Compró las Tierras Bajas a las cuales me dirigí, no sin antes pasar por los chozos, para dar la noticia de mi pensamiento, al marido de Andrea; que había decidido reducir personal y prescindía de sus servicios.

Entré más tarde a la casa, donde se encontraba Benito, todo ufano en sus falsas posesiones.

-.: Buenas tarde, Benito.

-.: Don Roberto; ¿Usted por aquí?.

-.: Sí, Benito. Vengo revisando las tierras.

-.: ¿Usted me dirá?.

-.: Gracias por preguntarme por la familia.

-.: Yo . . . Sí . . . ¿Cómo está?.

-.: Bien, gracias. ¿Cuántas fanegas tienes sembrada por tu cuenta en esta finca?.

-.: Diecisiete, Don Roberto.

-.: ¿Te las cedió mi tía para que lo hicieses?.

-.: A los guardas nos corresponde sembrar en las fincas unas fanegas, tal y cuantas tierras tenga la dehesa.

-.: O sea: Si la dehesa tiene más fanegas te corresponde más. ¿Es según las tierras que tenga la dehesa?.

-.: Así es, Don Roberto.

-.: Aquí tienes diecisiete, en el valle ocho y entre todas las demás, heredades, de mi hermano, cuarenta y tres; que en total son sesenta y ocho fanegas, las que vas a tener que soltar.

-.: ¿No le comprendo, Don Roberto?.

-.: He decidido vallar la finca prescindir de guarda.

-.: Por lo que más quiera, Don Roberto: Me quedan pocos años para jubilarme.

-.: Lo puedes hacer en otra finca.

-.: Ya no me admiten en ninguna, por mi edad.

-.: Tú comprenderás: ¡Hombre!. Voy a reducir gastos y no te voy a dar t ti, encima, el dinero.

-.: Le trabajo de balde si usted quiere, con tal que nadie se entere y pueda jubilarme.

-.: Saca mañana tus cosas y haz el favor de marcharte de estas tierras, Benito. Si tienes un accidente, el seguro me pasa la locomotora del tren por lo alto, sino te tengo dado de alta.

Al siguiente día, cuando llegué a la casa de dicha finca, se encontraba Andrea metidita en la cama y en cuero vivo: Se tapaba con la sábana, pero se vislumbraba su figura a través de ella, gracias a los rayos solares.

-.: ¿Qué pasa?. ¿Me quieres pagar el que se queda aquí tu marido con esto?.

-.: Yo . . . Don Roberto, no soy mala . . .

-.: Ya lo se . . . ¿Pero te mueres de hambre y no tienes más techo y más cobijo que la dehesa?.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: Entonces tenemos que vernos con más frecuencia.

-.: ¡Don Roberto!

-.: Sí, Andrea. Yo os daré el medio de vida y la sustentación; tú me das a mí, cuando yo quiera, lo que me hace falta.

-.: ¿Por Dios Bendito!.

-.: Es sagrada esa palabra y aquí no se debe mentar, cuando se tienen tales conversaciones: Deja a Dios en paz.

Pasé un tiempo, como nunca lo había pasado; Andrea era ya una mujer hecha y derecha, a parte que mis deseos eran incontrolables: No se pudo mover.

Siguieron, por algún tiempo, mis visitas a Andrea, hasta que el marido alertado por el celo de los demás vecinos, un buen día se la llevó del pueblo.

Al llegar a casa, en Madrid, no encontré a mi señora en ella, extrañándome un tanto: Pregunté a los sirvientes y a mis hijas, pero nadie sabía nada de ella.

Era raro aquella desaparición de una persona ya entrada en los cuarenta y tantos, con cuatro hijos: No sabía ni lo que pensar.

Estaba con el teléfono en la mano, cuando entró mi hijo Armando todo él sofocado por algo innoble y desleal.

-.: No llames, papá.

-.: ¿Dónde crees tú que voy a llamar?.

-.: A la policía.

-.: ¿Cómo lo sabes, si acabas de llegar a casa?.

-.: Más sabe el que ve; que el que oye.

-.: ¿Cuenta qué has visto?.

-.: En la carretera de Córdoba . . . Un hotel.

-.: ¿Sí?.

-.: Mamá en el.

-.: No quiero saber detalles; pero sí con quien está.

-.: Con tu contratista del cuarenta y siete.

-.: No la juzgues.

-.: ¿Qué voy hacer, si no?.

-.: Nuestras desavenencias familiares, la ha llevado a tal situación.

-.: ¿Vamos, papá; no me cuentes que por unas desavenencias y después de tener cuatro chicos . . . Harta: Mamá, va hacer eso por una simple ideología?.

-.: No hay otra explicación.

-.: Sí; evadirse del Mundo.

-.: Necesita una nueva sensación; una excitación algo fuera de lo normal.

-.: Y no ha podido encontrar otra mejor, que acostarse con el contratista?.

-.: ¿Hijo?.

-.: ¡Vamos, papá!. No seas incauto: Es ganas de quererla encubrir.

-.: Te explico sencillamente en qué situación se encuentra tu madre.

-.: Sí: Desesperada.

La amargura me invadió todo el cuerpo y mi ser se transformó en una bestia feroz, al pensar en una y en mil barbaridades.

Cuando mi señora entró en casa lo hizo como normalmente lo hacía, pero con un poco de reparo; aunque en su cara tenía el gozo de algo que se ha hecho y se está satisfecho: O por lo menos, se ha encontrado la verdad en lo más profundo de sus sentimientos.

Se llegó hasta mí dándome un beso en la mejilla, sentándose en un sillón frente a mi persona.

-.: ¿Sabes?.

-.: ¿Cuenta?.

-.: He comprendido que estoy enamorada.

-.: ¿A tu edad?. Yolanda; no provoques escándalos.

-.: El mayor de los escándalos, está a punto de estallar.

-.: Sí; con mi contratista.

-.: Ya sé que nos vio nuestro hijo Armando; me enteré al entregar las llaves: Vi el libro de firmas.

-.: ¿No te dice nada, tu conciencia?.

-.: Estoy totalmente avergonzada.

-.: ¿No me digas?.

-.: Sí, Roberto: Lo he tenido que hacer, para ver el cariño que siento por ti.

-.: ¿Y qué?.

-.: Te profeso un gran amor; te lo prometo.

-.: ¿Pero te adorno con cornamenta, verdad?.

-.: No merezco perdón, lo sé; pero estoy enteramente enamorada.

-.: ¿De él?.

-.: No de ti: He podido ver que sin ti no hay aliciente en la vida, ni en dicho acto.

-.: ¿Cómo se llama este cante?.

-.: Si lo he hecho en Córdoba, se llamará un Fandango.

-.: Cordobesa, cordobesa; dime por qué caminito . . . Estoy enteramente avergonzado, no sé qué contestarte.

-.: Piénsalo bien y hazlo mañana.

No fui capaz de hacerlo nunca, ya que no quería dañar su susceptibilidad, si venía arrepentida.

Se presentó una ocasión de hacer un viaje al extranjero, expresamente a Francia, con motivo de vender un grupo de viviendas ya construidas a una firma promotora de dicho país; pues nos hacia falta el dinero para realizar otros proyectos.

Propuse viajar conmigo a mi señora Yolanda y ésta aceptó complacida en acompañarme dicha vez.

En realidad vi poco París; pues lo que puedo contar es sobre los Campos Eliseo, aquella avenida ya que nos instalamos en unos de sus hoteles, no moviéndonos de allí hasta constatar con el agente de compra de aquella entidad.

-.: ¿La forma de pago?.

-.: Sí: ¿Cómo tienen ustedes costumbre de hacerlo?.

-.: Se verifica poco más o menos que en España. ¿Tiene usted cuenta corriente en algún banco de París?.

-.: No.

-.: No importa; se puede hacer una transferencia fraccionada, según lo que la Ley permita sacar o se le puede dar el dinero en efectivo y usted lo deposita en un banco. También un cheque cruzado y abre cuenta en dicho banco.

-.: Quiero el dinero en efectivo.

-.: Es muy arriesgado.

-.: ¿Por qué?.

-.: Le debemos acompañar al banco.

-.: No hace falta.

-.: Es más seguro.

-.: Está bien.



Alerté a mi señora para que se pusiera bien el cinturón y cuando mis guardianes estaban descuidados arranqué, rumbo a lo desconocido en mi coche, solo con mi mujer.

Observé momentos después, que en otro coche nos seguían a toda marcha, los señores de aquella firma comercial; lo que ellos temían se había iniciado ya: Sus sospechas eran fundadas.

Corría camino de España trayéndome dinero francés; así tendríamos remesa de divisas, para responder a diferentes pagos, una vez que iniciásemos las obras en Francia, que pensábamos hacer.

-.: ¿París de noche, debe ser preciosos?.

-.: Sí, vida.

-.: Hace ya una hora y tres cuarto, que estamos en carretera. ¿Dónde vamos?.

-.: A España.

-.: ¿No visitamos el París señorial?.

-.: En otra ocasión, corazón.

Creí que íbamos solos en carretera, cuando oí una sirena silbar cerca de mis oídos: Por el espejo de nuestro vehículo pude ver un coche de la Gendarmería a toda marcha detrás de nosotros.

Aceleré mi bólido y en pocos minutos entablamos una competición desenfrenada, la policía y yo.

No es que conociese mucho los caminos aquellos; pero me habían explicado algo y mapa en mano, me desvié por una ruta, en la que la suerte la tendría yo por el coche que llevaba: Así fue, pronto logré distraer en la pista de tierra a mis fieles perseguidores.

Me adelanté por unos valles y cañadas de ensueño, ya que entre montañas discurría nuestra huida, habiendo un pequeño barranco a la derecha y al fondo un riachuelo de aguas claras y azuladas.

El verdor de aquellos parajes no los había visto nunca en mi vida, ya que en el barranco, antes dicho, existía una hierba de un color verde algo fuera de serie, en el comienzo de la montaña, un matorral, con una jara en flor, que hacía un contraste de formas y coloridos al medio ambiente; permitiendo a la visión un oasis de paz y encendida pasión de gozo y de brillo.

Las sombras de los arbustos, daban el frescor debido al peregrino de aquel camino inhóspito y salvaje a la vez: No nos encontramos a ninguna persona, como no fuese toda clase de aves de mil coloridos a la vez: Unos piando, otros graznando y algunos otros silbando, con su cante de flauta entrecortada por el fuelle de una gaita carnosa, puesta allí por la realidad de lo Altivo y de la vida aquella; forma tan bella de plumaje por la Divinidad Sempiterna.

En un recodo del camino vimos un coche celular de gendarmes haciéndonos señas para que parásemos. Parecía como si fuese una pequeña

aduana y en realidad así era, ya que al pasar a toda velocidad; se tuvieron que apartar los gendarmes; ponía un cartel: España.

Paré cuando creí conveniente y mi señora me alertó al bajar del coche que volvíamos a estar otra vez en Francia, al leer otro letrero allí colgado: Así que dimos marcha debida a nuestro medio de locomoción pasando bastante tiempo, antes de volver a leer, España.

Sí; allí se encontraba la Guardia Civil, a la que sorprendimos con nuestra velocidad de espanto. Pero con un dominio completo de mi coche, logré pararlo unos cincuenta metros después de sobrepasar la barrera de la Benemérita; la cual estaba dispuesta a salir a nuestro encuentro.

Una vez fuera del coche, observé las cubiertas y las llantas; una de ellas, la derecha delantera, se había ovalado un poco y sacaba una especie de panza no muy halagüeña para mí.

-.: A sus órdenes.

-.: ¿Dígame agente?.

-.: ¿Tiene usted conocimiento de lo que es este carril?.

-.: Es un camino vecinal.

-.: Un camino, sí señor; aunque no vecinal. ¿Sabe usted a qué velocidad se debe conducir por el?.

-.: ¿Yo? . . . Pues . . .

-.: Deme los documentos del coche.

-.: Aquí los tiene, agente.

-.: ¿Y el pasaporte?.

-.: Pues . . . Se lo tienen que haber quedado los gendarmes.

-.: ¡Ya! . . . Haga el favor de esperar aquí hasta que le de órdenes . . . Lleva usted las cubiertas en muy mal estado.

-.: Es la cámara: Son arreglos de pinchazos.

En aquellos años, existían caminos como el que he narrado y las cubiertas de los coches, una vez arreglado el pinchazo, se ovalaban un poco.

Convenía dirigirnos a Barcelona para imponer algún dinero en efectivo en los bancos y así lo hice al igual que en Madrid, de modo que estábamos preparados para hacer frente ante el extranjero a una competencia de la construcción.

Al poco tiempo tuvimos contacto con una intermediaria financiera en París y nos lanzamos a edificar edificios en Francia, con tal mala suerte, que cogimos los sitios más alejados de la capital, casi siempre eran cantonales, cuando no en la frontera de dicha nación; así que un día tuvimos problemas con el Estado Italiano al construir cocheras para los edificios en territorio de este último, las cuales las pagamos a precio carísimo pidiéndonos la financiera una buena parte de dinero depositado en su cuenta corriente para resarcir pérdidas: Amén que las casas las vendimos baratísimas por encontrarse en lugares recónditos.

Desde luego ganamos algo, pero no lo que se creía que iba a ser.

-.: Don Roberto.

-.: Dígame, señor Pérez.

-.: El Ministerio de Trabajo, le ha mandado algún papel, tratando de éste servidor suyo.

Me cayó de sorpresa, pero era irrevocable; se jubilaba mi contable, después de llevar fijo en la empresa no sé cuantos años.

La pena invadió toda contaduría, se tambaleó tesorería y hasta se la vio temblar a la sección administrativa; el resorte principal, el bastión que sostenía aquella maraña de asientos, se nos iba a casa para descansar en la vida de aquel ajetreo indefinido de números.

Ordené una fiesta en honor del señor Pérez en un buen hotel de Madrid y se celebró con boato a dicha persona, pero con gozo y alegría despidiendo al compañero fiel.

-.: ¡Viva el señor Pérez!

-.: ¡Viva!

-.: ¿Qué va hacer usted ahora?.

-.: No tengo ni idea, Don Roberto.

-.: A una cierta edad se prohíbe trabajar. El Ministerio no se responsabiliza del personal avanzado en edad.

-.: Es lo malo, Don Roberto; porque yo podía valer todavía para la empresa.

-.: Hay que acatar las órdenes Ministeriales.

Le vi irse con la cara triste y el semblante arrugado por el peso de los años a su sitio, al señor Pérez; pero también observé a mi secretaria Encarna, degustar una copa de champaña a solas en una mesa separada del resto de los demás.

Mi señora se encontraba con varios amigos, entre ellos mi contratista, pero no le di importancia, llegándome al lado de aquella señorita risueña y jovial, que se encantaba tan sola.

-.: ¿Qué la pasa a usted Encarna?.

-.: Nada, Don Roberto.

-.: Es una fiesta bastante preciosa, para que comparta usted con los comensales sus delicias y la alegría de dicho júbilo.

-.: Le tengo que contar.

-.: ¿AH, sí?. Hágalo si quiere.

-.: Le tengo que contar aquello de que cuando un amigo se va . . .

-.: Algo se muere en el Alma.

-.: Sí.

-.: ¿Qué verdad es?.

-.: Se siente una amargura en el Espíritu nunca definida: Es imposible expresar la tristeza de una despedida.

-.: Le ha tenido mucho tiempo usted de jefe al señor Pérez.

-.: Bastante.

Mientras la consolaba de sus pesares, apoyaba mi mano derecha en su muslo izquierdo, produciéndome una sensación algo sublime y nunca captada, en aquella chica a la cual yo no me había fijado en ella para nada.

Rellenita de carnes y bien formada; acariciándole la espalda, bajé hasta los glúteos intermedios, sin poder explicar el placer que me produjo aquel acto.

-.: Veo que usted no se jubilará nunca.

-.: Soy el Amo.

-.: Es una alegría para mí, ya que por la edad, y ; usted perdone Don Roberto, no quisiera molestarle, me considero como una hija más de usted, siguiendo sus buenos consejos al pie de la letra.

-.: ¿Los buenos?. ¿Usted no cree que pueda darlos malo?.

-.: No lo creo Don Roberto, nunca lo ha hecho usted y no lo va hacer ahora; no creo que empiece hacerlo, porque se haya ido el señor Pérez.

-.: ¡Vamos!. ¿Qué no le desea?.

-.: Es usted simpático y se debe a su señora: Inviértase totalmente en ella.

Comprendí la indirecta y decidí no ser más un pulpo pegadizo; aunque mis deseos me decían de seguir empelado en dicha chica.

Por fin terminó la abogacía mi hijo Armando y como la asesoría jurídica de la empresa no estaba completa; decidí darle un puesto de trabajo en la misma.

Le puse al pié de un buen abogado que teníamos a nuestro cargo para que fuese aprendiendo él y se perfeccionara en el asunto.

-.: ¿Creía que me ibas a poner al frente de la asesoría jurídica?.

-.: Nunca; yo soy un empresario nato y lo que quiero es que se me haga el hijo a tales faenas, bajo una buena dirección.

-.: Ya me haría a ella.

-.: Cuando vea yo que vales . . . Mientras tanto tienes que permanecer en dicho puesto.

-.: ¡Ya!; de segundón.

-.: Y date por satisfecho.

Se celebrada una fiesta en la facultad donde se encontraba Beatriz y fuimos invitados su hermana Cati y yo. Allí que marché para ver el ambiente en que se movían mis hijas.

Desde luego no me desagradó mucho; aunque al decir verdad, siempre que se saliese uno fuera del círculo de amistades de mis hijas, se diese uno un paseo por la periferia del paraninfo, no existía la cordialidad de una amistad simple, era más bien una sobre amistad familiar.

Desde la facultad nos dirigimos todos los jóvenes, yo que en estos momentos era de corazón, a un piso franco allí cercano, entablándose un baile seguido de bebidas y una cordialidad nunca vista por mí.

-.: ¿Qué es lo que pasa?.

-.: Faltan bebidas, señor.



-.: Tomar dinero e ir a por ellas.

-.: ¡Bien!. ¡Hurra!. Nos ha dado el papá de Beatriz dinero para bebidas:

“Los panteras”; ¡vamos a por ellas!.

Se divertían de lo lindo éstos chicos y hasta tuve que bailar con una chica bastante liberada de problemas morales, ya que se me pegó como una Sanguijuela y no me dejaba a ton ni a son.

-.: ¿Qué tal amiga eres de mi hija?.

-.: Bastante buena, Roberto.

-.: Como estás tan cerca de mí, que parecemos familia; por eso te lo digo.

-.: No te ruborices; es lo más normal de mundo.

-.: ¿Lo ves así?.

-.: ¡Claro!. ¿Tú no?.

-.: ¿La edad?.

-.: No existe.

-.: Está por comprobar.

-.: Estudiosos sexológicos, lo han hecho ya y se sabe que en dicho acto no existe la edad.

-.: No estoy yo de acuerdo: Tú pareces como si fueses mi hija.

-.: Por la edad. ¿Pero toca; mira, toca aquí?.

Me hizo tocarla los pechos y los muslos tan confiada de ella, con tanta normalidad, que yo ni a mis hijas las había pasado la mano nunca por

donde ella me hizo de pasársela, pero noté como si hiciese una caricia a Beatriz o a Cati; el mismo cariño tuve con ella que con mis pequeñas.

Veía que la fiesta se iba incrementando en alegría y en un devaneo de Morfeo sin límites precedentes; no obstante se sabía lo que se decía pero no a dando se iba, así que decidí, al finalizar la reunión, que mi chofer llevase a mis hijas a casa y yo intenté llevar aquella señorita a la suya.

-.: Aquí es.

-.: No está mal.

-.: ¿Qué haces?.

-.: Llamar al timbre. Tengo que saludar a tus papás para que no te riñan.

-.: ¿Mira, qué es esto?.

-.: La llave.

-.: No están aquí mis papás. A los sirvientes los he dado permiso todo el día.

-.: Bueno, pues éntrate y acuéstate. Mañana preguntaré por ti.

-.: ¿Cómo, pero te vas?. ¿No me puedes dejar sola, me da miedo?.

-.: Niña, tengo que irme a mi casa.

-.: Quédate hasta que venga el ama de llaves.

-.: Yo . . . Está bien.

-.: ¡Hurra!.

Me besó y me abrazó, entrándome en casa tan efusivamente como cuando bailaba; no se daba cuenta que me estaba quitando la chaqueta de tantos abrazos y en sí, terminó quitándomela, dejándola en un sillón.

Ella al cabo de un momento salió, de su cuarto con un salto de cama sencillamente sin ninguna ropa que la cubriese sus intimidades.

-.: ¿Te preparo un combinado?.

-.: Primero cúbrete, niña.

-.: Verás; ¿Dime a qué sabe esta bebida?.

-.: ¿Pues no sé?. ¿A chinche tal vez, o a madera?.

-.: A coño.

-.: Si sigues así, me voy.

-.: Me da miedo.

Miedo me estaba dando a mí, pero yo me tomé aquel brebaje, que ella decía ser bebida.

Me entró un sueño fatal, que apenas lograba tener los ojos abiertos: Ella se percató y se quitó el trapito que llevaba arrodillándose y dejándose caer, con su cuerpo, sobre mis piernas intentando bajarme los pantalones.

A lo primero no notaba nada, pero terminé, ¡terminé!, todo mojado y agotado por la insuflación.

Desperté en una cama confortable y no habiendo pasado nada absolutamente. Decidí levantarme para vestirme, ya que estaba desnudo, cuando una mano angelical me retuvo en el lecho.

-.: Roberto, no huyas. Tengo la edad de que un hombre me haga mujer y he decidido que seas tú.

-.: Puedes ser mi hija por la edad.

-.: Te he dicho que éste, no conoce edad . . . Trae la mano . . . Mira, toca; toca aquí.

No quería pero pasó lo irresistible; tanto toca; toca aquí: Que de ir y venir el cántaro al pilar, se rompió la vasija, Agradecida toda ella, pero sin poderse levantar, del baño, me despidió con palabras que omito decir en estas cuartillas y me reservo por moral y religiosidad.

Encarna; ¡AY, Encarna!: Otra que tal marcha. Nada más llegar, me estaba anunciando unas anomalías e irregularidades en el modus operandis.

-.: Pues sí, Don Roberto: Hay atraso en los archivos, en el pago de algunas letras, en meter en el operador algunas operaciones bancarias, en el fraccionamiento de pagos y en otras tantas cosas más, que por su carácter no formen cuerpo de delito pero sí un absurdo.

-.: Me duele esto más, que si hubiese habido un desfalco.

-.: Desde que se fue el señor Pérez, todo anda desordenado.

-.: Tampoco tiene usted que ver, señorita Encarna, todo los actos mal hechos, porque no los ejecute el señor Pérez y sea otro el que los lleve a cabo.

-.: No crea usted, Don Roberto, que tengo el culto a la personalidad, Se que el señor Pérez era bueno, pero que hay otras personas que tienen tanta capacidad de trabajo como él y lo pueden hacer igual.

-.: Así me gusta, señorita Encarna. ¿La puedo dar un consejo?.

-.: ¿Dígame, Don Roberto?.

-.: Recójase el pelo y póngase faldas; la sienta mejor.

-.: Como usted quiera.

Contestó con vaguedad mi secretaria, mostrando su disconformidad a mi manera de pensar.

Por aquel entonces habíamos recibido visita de unos predicadores, diciéndonos que eran de una religión desconocida par nosotros, pero tan vieja como la nuestra: Mi mujer entabló enseguida amistad con uno de ellos, que en general era español, según tenía yo entendido.

-.: Sí, Yolanda. Esta religión cree en Cristo también.

-.: ¿Luego no es tan malo pertenecer a ella?.

-.: Al revés; es la única verdad que existe de Cristo en la tierra.

-.: ¿Pero y nuestros Templos, Oliver?.

-.: Los únicos Templos que existen, son los nuestros: ¿Verdad que a los lugares de rezo que vosotros tenéis los llamáis Iglesias?.

-.: Sí.

-.: Ves, Yolanda.

Me costaba mucho creer en otra religión, al igual que mi señora; ella asistía con mas frecuencia a dichas clases y reuniones por amistad con Oliver.

En verdad; mientras más me intentaban inculcar, aquella religión, más creía en la mía. Tenía una edad en la que nunca más se cambia, como no sea por generación espontánea de alguna célula cerebral algo fuera de sí.

Estaba, una mañana, en mis zozobras, cuando llamaron a la puerta, presentándose un mayordomo con un recado de mi contratista.

-.: ¿Usted, señor Cura?.

-.: Sí, hijo; el mismo.

-.: ¿Pero usted mayordomo; desde cuando?.

-.: Hace tres meses.

-.: ¿Y la Parroquia?.

-.: Se encarga de ella el Párroco del pueblo vecino; que como el señor Obispo lo sepa, me excomulga.

-.: ¿Dígame?.

-.: Esta carta del señor de la casa, señor material, para ti hijo, Iba a pasar por aquí y me ha pedido el favor que la traiga en propia mano.

-.: ¿Le puedo ayudar en algo, señor Cura?.

-.: Sí: Ves a éstas dos huérfanas han quedado solas en la vida al morir sus padres y quiero encontrar a su tía, que vive por Alcorcón, Leganés o la

Ciudad de los Ángeles; sé que es por algún sitio de estos, pero en realidad justamente no sé cual de ellos es.

-.: ¿Sabe como se llama su tía?

-.: Sí, eso sí. Toma este papel.

-.: ¿Le involucra a alguien que se busque públicamente?

-.: A nadie hijo. ¿A Cristo no creo que le siente mal que coloquemos a éstas criaturas con sus parientes más allegados.

-.: Es por dar la noticia por Radio Nacional o por una agencia de detectives.

-.: ¿Qué tiene que ver la policía aquí?

-.: Es para buscar a su tía, sin levantar sospechas infundadas.

-.: ¿De infundadas nada, que aquí están las dos criaturas?

-.: ¿Dígame, Padre?

-.: Sí, hijo.

-.: Qué le ha infundido a ponerse a trabajar de mayordomo: ¿Tal vez Cristo?

-.: Cristo no ha dicho una sola palabra. Él con su ejemplo ha sido el que me ha dado luces para venir a Madrid, jugándome la sotana y hasta la coronilla, para redimir del mal a una joven feligresa mía de aquella Iglesia del pueblo, a la que yo quiero con todo mi corazón, después de nuestro Señor en Cristo: Iglesia que si tuviese un dinero arreglaría el tejado.

-.: Lo tendrá, Padre.

-.: Gracias hijo. Pues digo: Que ésta joven anda por malos caminos de perversidad y maldad, Sabiendo que son los primeros pasos que da por esta senda angosta; he venido decidido a llevármela otra vez a su casa con sus padres.

-.: ¿Ha hecho progresos?.

-.: Con ayuda de la Santísima Virgen; mañana por la tarde, salimos para Extremadura.

No era de edad avanzada el Cura, más bien era joven y con una fe en toda su regla, como tenía aquel ser. La fe de aquel Cura me salvó de caer en manos de otra religión: Vi la gracia de Dios en todo lo tratado.

Encarna no me hizo mucho caso a los consejos que le di; la vi vestida igual al llegar a la oficina, al cabo de seis días de no aparecer yo por allí.

Tenía cara de pocos amigos, viéndosela un poco acobardada, en medio de una muralla de papeles y carpetas.

-.: ¿Sabe usted, Don Roberto, qué asientos significan estos signos y estos números?.

-.: Préstamos hipotecarios.

-.: ¿Guarda usted, por casualidad, las células de todos ellos?.

-.: No. ¿Por qué iba yo a guardarlas?.

-.: ¿Entonces no existen células hipotecarias?.

-.: No existen préstamos: Está claro.

-.: Sí, el déficit si existe.



-.: ¿No diga tal cosa?.

-.: Como se lo cuento, Don Roberto.

-.: Revise todas las cuentas.

-.: ¿Por donde empiezo?.

-.: Sí; tiene usted razón. Daré órdenes que se revisen las cuentas en todas las secciones.

Desde luego parecían estar todas los signos en regla, hasta que de las cuentas corrientes, me llegó noticia que el cajero B, no coincidía con el diario de hacía cinco días.

Se siguió paso por paso y se llegó a la conclusión que el operador del ordenador estaba involucrado con personal no grato de dicha entidad bancaria; así que decidí investigar, con todo mi pesar, y una vez que se descubrieron los cómplices, les agradecí sus servicios, dándoles una fuerte prima de indemnización por años cumplidos y; a otra cosa.

Me molestaba que pasasen cosas semejantes, como el que acabamos de narrar, en mi empresa; pero comprendo que cada uno es cada uno y todos de diferentes casas.

Para salvar el déficit, pedimos dinero a la intermediaria financiera, haciendo una excepción por aquella vez: Nos concedió el dinero; pero como fluctuaba el interés, el sábado tendrían una reunión extraordinaria los ejecutivos de dicha financiera, para quedar entre ellos qué interés pondrían a dicho préstamo.

Decidí visitar a uno de aquellos ejecutivos y como no se encontraba en casa, me recibió su señora: Pensé que si la mujer de éste hablaba a nuestro favor conseguiría por lo menos un punto de ventaja; que ya era conseguir.

-.: Roberto; ¡qué bien!: ¿Tú por aquí?.

-.: Sí; he venido a ver a tu marido. Aunque a decir verdad tú no estás de mal ver.

-.: Gracias, por el piropo.

-.: Creo que soy sincero.

-.: ¿No digas?.

-.: Puedes creerme.

-.: Te creo; no seas tan precavido.

-.: Hablando un poco de todo: ¿Dónde está tu marido?.

-.: Se encuentra en Londres y si quieres saber cuando viene te diré que el sábado.

-.: Pues que bien. ¿Tienes que hacer algo el jueves?.

-.: ¿Para qué lo quieres saber?.

-.: Podemos cenar juntos.

-.: Te lo agradezco, no salgo estas últimas veces.

-.: En un buen restaurante.

-.: Te digo que no salgo.

-.: En mi chalet.

-.: Gracias; no insistas.

-.: Aperitivo Chicote, cena Ritz, copa Casino.

-.: ¿A qué hora?.

-.: Sobre las ocho.

-.: ¿Tan temprano?.

-.: Vamos abriendo boca.

-.: Como quieras.

-.: Así verás a tus mejores amigos.

-.: Y más afamados millonarios.

Mientras la hablaba, la estaba agarrando la cintura y la acariciaba los muslos, sin que ella se inmutase por nada, así que decidí rozar un poco sus senos, quedándosele unos ojos como soles de mayores.

No tuve que esperar mucho, pues llegó pronto el jueves al cabo de los dos días; llamé por teléfono a Mercedes, la cual me estaba esperando.

Desde luego era simpática y abierta; terminamos en varias cafeterías de lujo, pero eso sí: Ritz y en el Casino, que no faltase la idea; como a cualquier mujer acostumbrada aquella vida, el juntarse con gentes poderosas y acaudaladas, era su ilusión.

Terminamos en el chalet de Somosaguas, tomándonos unas copas los dos solos y sin escrúpulos ninguno, nos desnudamos por el calor que hacía: Yo me puse un pijama y ella un salto de cama de mi señora.

No he visto nunca mujer tan fácil como aquella; pues al poco tiempo de estar allí acabamos en la cama sin ningún reparo.

-.: ¿Has disfrutado?.

-.: Sí, Mercedes: Bien lo saber tú.

-.: ¿Pretendes que intervenga por ti, ante mi marido, verdad?.

-.: La caballerosidad no me deja hablar de negocios en éste momento, máxime con la señora que acabo de ser feliz.

-.: Te lo agradezco, Roberto: Nunca he dicho a mi marido, una palabra a favor de nadie. Voy hacer una excepción.

-.: ¿Por qué?.

-.: No me has hablado de negocios en toda la noche.

-.: ¿Te parece raro?.

-.: Hay otros, que al empezar hacerte el amor, te hablan de sus problemas y parecen como si dijesen: “Entra bien a tu marido, que yo me portaré mejor, si cabe; de lo contrario . . . ?.

-.: ¿No me digas que puede haber hombres de condición tan baja?.

-.: Los hay.

Llegué a casa y no encontré a Yolanda con mis hijas, ni en ella pese a que era las tres de la noche; llegó más bien sobre las cinco al hogar mi señora.

Pude comprobar antes, que mi hermano David, se encontraba perfectamente en su cama, con su mujer Avelina; ya que el juego entre los dos eran tan intenso que se oía fuera de la habitación. Decidí llamar a mi hermano por la mañana a mi oficina y a la hora señalada se presentó allí.

- .: Háblame poco y ves al grano, Roberto; sé par qué me has llamado.
- .: Sabes las deferencias de Yolanda conmigo perfectamente. Te he llamado para que sigas distrayendo a mi señora.
- .: Tu señora no se irá de casa; estate tranquilo.
- .: ¿Puedes asegurarlo?.
- .: Sí. Lo de anoche ha pasado ya otras veces; pero después vuelve la paloma a su nido.
- .: Entiendes a Yolanda mejor que yo: Hazla comprender que su hogar se encuentra entre sus hijos.
- .: No la entiendo mejor que tú, Roberto; lo que pasa es, que me gusta estudiar a las personas y tratarlas a su gusto. Tú no te fijas en nadie, ni en nada; te importa poco lo que pueda pensar tu vecino y mucho menos tomas un consejo.
- .: ¿A qué viene tal regañona?.
- .: Te dije que no invirtieses en el extranjero y lo has hecho.
- .: Vi un buen negocio.
- .: Necesito que me repongas mi dinero cuanto antes.
- .: Estamos constituidos jurídicamente en sociedad.
- .: Voy cansándome de dicha sociedad.
- .: ¡David!.
- .: ¡Roberto!, no. Tú no te vas a reír de mí y mucho menos de mi dinero.
- .: ¿Estás muy seguro de ti mismo?.

-.: Siempre me he juntado con mejor personal que tú y he estado bien asesorado. No inviertas en el extranjero ni una sola peseta más.

-.: ¿Pero vender?.

-.: Vender sí; invertir no.

-.: ¿Y nuestra expansión?.

-.: ¿Y el bloque que tienen hecho los países donde puedes invertir; qué?.

-.: El dinero rompe el bloque de hielo.

-.: Entre todos juntos te quitarán dicho dinero.

-.: Invierto en una sola nación.

-.: Los intereses del conjunto arruinarán tu negocio.

-.: ¿Nos emplearemos en construcciones nacionales?.

-.: Así es.

Estando en casa se me presentó mi cuñada Avelina para solventar la cuestión y apaciguar a la familia en la disputa de dicho tráfico empresarial. Me encontraba solo cerca del bar de la casa; ella se acercó sin decir palabra y se sirvió un buen vaso de whisky.

Con paso corto, pero decidido se sentó en un sillón, mirándome a los ojos fijamente; poco a poco fue abriendo los labios para pronunciar palabras.

-.: ¿Qué os pasa, hijo; a David y a ti?.

-.: Un fallo de inversión le ha disparado los nervios.

-.: Creo que ya te anunció dicho fallo.

-.: Lo vi claro.

-.: Por claro que lo veas, debes hacer caso a mi marido; está muy bien informado.

-.: Lo sé; pero los negocios son los negocios.

-.: ¿Qué es donde se falla?.

-.: Pero también se triunfa.

-.: He hablado con mi marido y está dispuesto a olvidar una vez más.

-.: Me pide reintegrar el déficit.

-.: Nada. Te digo que está dispuesto a olvidarlo todo.

Me dejó mi cuñada Avelina, el Espíritu quieto y aplomado y la conciencia más llevadera para mí; esta mujer era un Ángel en carne y en hueso.

Debía andar con paso de plomo y con buena vista, para no volver a fallar más en una cuestión de honor, como era aquella de hacer caso a mi hermano David.

Vi salir momentos después a mi cuñada y a mi hermano muy amables el uno con el otro, dándome un adiós muy cordial y hasta David me dio una palmadita en las espaldas.

Tuve noticias de mi hermana Miriam, pues me había escrito desde el Mont Blanc en los Alpes; se encontraba allí veraneando; ella lo hacía sobre los meses de primavera para después ser cicerón en los viajes que se

ofrecían en toda España por alguna empresa, ya que la gustaba mucho saber de todo . .

-.: Creo que es una buena inversión

-.: ¿Tú lo crees Diosdado?.

-.: Un hotel, con unas buenas dependencias en dicho lugar deja bastante dinero.

-.: ¿Y el dinero?.

-.: No es problema; pides tu parte a tus hermanos y levantas un buen edificio.

-.: Creo que la idea me va gustando.

-.: Sí, pero ves con cuidado, esta bajada es rápida y muy escarpada.

-.: Domino bien el arte de esquiar.

-.: Ya lo veo.

Se pararon a tomarse una copa a su bajada, de aquel monte, para saborear mejor la idea de pedir, a su hermano y a mí, la parte que ella creía tener todavía entre nosotros . . .

Al poco tiempo se presentó Miriam en casa toda ella convencida de tener la parte de su herencia en pie y se confundió por todas.

-.: Creo Roberto, que es una buena inversión.

-.: ¿Con qué dinero lo vas hacer?.

-.: Con la parte que me queda de la herencia de Papás.

-.: Te tocó las joyas de mamá, que en sí ya eran bastantes.



-.: ¿Bastantes?.

-.: Un collar de seis millones, un jarrete de dos millones, relojes, pulsera, anillos, diademas, adornos de todas clases y un sinfín de innumerables joyas de todo tipo, valoradas en ciento tres millones de pesetas, dos fincas .

-.: Granjas.

-.: Dos fincas, cada una de quinientas fanegas y la flota de camiones . . .

-.: Todos anticuados.

-.: La flota de camiones, que como no iba a valer sus once millones.

-.: ¡AH!. La vendí por nueve.

-.: Mal hecho.

-.: No servían para nada, ninguno de ellos: Me los pagaron los diez camiones a novecientas mil cada uno.

-.: Los regalaste.

-.: Con todo ello; creo que hice buena inversión.

-.: ¿Qué has hecho de todo tu dinero?.

-.: Tengo negocios.

-.: No los conozco.

-.: En el extranjero.

-.: ¿Quién los dirige?.

-.: Peter Brown.

-.: Me suena de película.

Hablé con su hermano David y decidimos entre los dos construirla, con las divisas que nos dejaba un buen hotel en el lugar que ella nos indicó y, nos gastamos mas dinero que el supuesto para ello; yo que entre permisos y la formación de una empresa jurídica en dicho lugar, parecía que habíamos comprado una cadena de buenos hoteles.

No sé como funcionaría, pero estaba dispuesto a ir aquel lugar, para saber los negocios que se traía mi hermana Miriam con aquel Peter, como ella me dijo.

Esperaría a que llegase bien el verano y con mi esposa Yolanda, daría una escapada a toda clase de trabajo, olvidándome del agobio de aquellos números interminables puestos en tantos libros como cada día tenía que ver en mi oficina.

Mientras tanto la vida seguía su camino y no pasaba de dar una de cal y otra de arena; ya que entre el amor de casa y las cuentas de mis negocios; unas veces tenía mi gozo, veía el fruto de mi trabajo satisfecho y, otras me llegaba la amargura al Alma, por no ver rubricado aquel empeño que yo tenía en cualquier cosa, en tal persona.

Ya bien entrada la primavera; yo tenía aquella mañana que hacer en casa; no había ido a la oficina por causa que debía corregir unas cuentas, las cuales se hallaban atrasadas y faltas de pago.

Estaba poniendo bien mis cuadernos, cuando entró mi hija Cati seguida de un chico bien parecido.

-.: Papá, te anuncio que voy al médico.

-.: ¿Qué te pasa, hija?.

-.: Sencillamente: Voy al médico acompañada de Juan Paco.

-.: ¿Quién es Juan Paco?.

-.: ¿No os he presentado?.

-.: No.

-.: Éste chico.

-.: Tanto gusto.

-.: El gusto es mío, señor.

-.: ¿Qué enfermedad achacas, para ir al médico?. Espera que vaya tu madre contigo.

-.: Irá Juan Paco, papá; creo que es mejor.

Sin decir palabras, salieron los dos a la calle y yo me dirigí al cuarto de Beatriz; se encontraba allí su madre preparando con la niña unas ropitas.

-.: Yolanda: Cati me ha comunicado personalmente que se va al médico con un tal Juan Paco.

-.: Papá, Juan Paco es mi compañero de clase.

-.: Tu hermana se encuentra un curso inferior al tuyo.

-.: ¿No creo que sea lo que pienso?.

-.: ¿Qué piensas, niña?.

-.: No lo creo mamá; porque si es verdad: Juan Paco ha tenido también relaciones conmigo.

-.: ¿Qué dices, niña?.

-.: ¡La mato!.

-.: ¿A quién?.

-.: A mi hermana, ¿A qué médico ha ido, papá?.

-.: Creo que al que tenemos de cabecera.

Llamó a mi médico por teléfono Beatriz, recibiendo contestación negativa: Dañada en todo su orgullo, llamó al de enfermedades de la mujer esperando un momento, hasta que la enfermera buscó en la lista de pacientes, encontrando en ella el nombre de su hermana; hacía el número siete.

-.: Mamá; si no me acompañas, voy yo sola al ginecólogo.

-.: ¿Estás mala?.

-.: No; la que se va a poner mala va a ser Cati cuando la de la noticia.

-.: ¿Qué noticia?.

-.: Juan Paco y yo, esperamos un hijo.

-.: ¡Válgame el Cielo!.

Marcharon su madre y ella a la consulta del ginecólogo, quedándome yo como anonadado en medio de tantos papeles.

Comprendí cuan trágica es la vida de vez en cuando, cuanta lucha hay que tener en ella, para poder, por lo menos, saber fracasar.

Cuando volvieron las tres, mi señora y mis dos hijas, lo hicieron más agradables; ya que al parecer había sido una falsa alarma.

- .: ¡Guarra!; guarra. Juan Paco es mi novio.
- .: Yo creía que salías con él por amistad.
- .: ¿Crees que por amistad, se puede acostar una con un chico?.
- .: Como salía contigo, le tenía simpatía.
- .: ¡Claro!. ¿Y venga darle que darle?.
- .: A callar, niñas, ¿Creo que tenemos que ir a visitar a los padres de Juan Paco.
- .: Lo mismo estaba pensado yo: Sería una cortesía por nuestra parte si les hacemos una visita. ¿Qué te parece, Yolanda?.
- .: Acabo de decirte, que convendría visitar a los padres de Juan Paco. No te hagas el sordo, Roberto; no te va.

Allá que fuimos de visita, recibiéndonos estupendamente aquella familia, pero cuando supieron la realidad de nuestra presencia, se quedaron un poco extrañados los padres de Juan Paco.

Eran personas sensatas y buenas cristianas, comprendiendo pronto el buen quehacer de nuestra parte, accediendo a nuestras súplicas y consejos.

Llegó el verano y pese a que era época de comienzo de estío, decidimos Yolanda y yo ir al Mont Blanc para pasar unos días con nuestra hermana Miriam y poder observar sus movimientos, así como ver sus negocios.

Desde luego que vimos; vimos al tal Peter adueñado de todo: Hasta las compras-ventas las tenía puestas a su nombre. La decepción que sufrí, no fue menos que la que sufrió Yolanda al ver aquel atropello.

- .: Te creía más sensata.
- .: Creo que lo soy.
- .: Sí; puesto todos tus bienes al nombre de ése Peter.
- .: Ése Peter, como vosotros decís, es mi marido.
- .: Hay bromas que pasan; pero esa no puede pasar.
- .: No es broma: Nos casamos hace un mes en Berna.
- .: ¿Y Diosdado?.
- .: ¿Qué tiene que ver Diosdado en mi matrimonio?.
- .: Ha sido tu novio toda la vida.
- .: Le he apreciado, pero nada más.
- .: Está mal hecho; debías haber consultado con Diosdado antes de dar tal paso.
- .: Hago lo que mi conciencia me dicta.
- .: Sí, Miriam; tu cuñada tiene razón: Diosdado te quiere bastante, no debiste hacerle eso. ¿Lo sabe él?.
- .: Se lo pienso decir hoy.
- .: Creo que le comprenderé, si se sale de sus casillas.

Vivian en una especie de hotel, pero con habitaciones reservadas y sirvientes particulares, Miriam y Peter. Me encontraba en el descanso de casa, tomándome una copa, cuando vi aparecer a Peter bajando las escaleras muy pensativo, ya que al tiempo de andar movía la cabeza y gesticulaba con las manos como teniendo entre sí una larga conversación.

No se había percatado, al principio, de mi presencia, pero una tos mía le hizo recapacitar en sus movimientos y mirándome fijamente se me vino hacia mí.

Se paró dos metros ante de hablarme, para después avanzar tres pasos y ponerse a la altura conveniente, como para que nuestra charla no fuese interrumpida por nadie.

-.: Has hecho mal.

-.: ¿Yo?.

-.: A ti te digo: Has hecho mal.

-.: ¿Dime qué he hecho mal?.

-.: Hablarla a Miriam como lo has hecho.

-.: Era mi deber.

-.: Nosotros tenemos la costumbre dejar hacer.

-.: Nosotros no somos vosotros y velamos por los nuestros, para que no cometan torpezas.

-.: Si no te gusta, te marchas a tu casa.

Así lo hice, nada más que se lo conté a Yolanda, ésta preparó las maletas y pidió reserva para dos pasajes de avión rumbo a España.

Muy dolorida en su forma de pensar, mi mujer se resguardó en casa, no queriendo saber nada de nadie; mucho menos de Miriam y los que la rodeaban.

Al poco tiempo hubo un revuelo en casa, no consiguiendo yo enterarme de lo que pasaba por las voces tan enromes que daban por la galería, todas las personas.

Poco a poco fui entendiendo algo de lo que allí se fraguaba; ya que entre cortado oí decir a una persona, algo así como: “Diosdado se ha vuelto loco”.

Miré por el hueco de la escalera y vi la escena más patética que nunca he podido ver en mi vida: Como un joven aventaba los brazos para los lados, se llevaba las manos a la cabeza, se doblaba de dolor hasta arrodillarse en el suelo y besar la tierra profiriendo palabras soeces sin ton ni son.

-.: ¡Mal criada!; que me ha hecho polvo la vida, Si yo la quería y mucho, pero esa fiera tenía el veneno en la Sangre. Si se ha criado mimada, como iba hacer ella algo bueno. ¡Miriam!: Ramera. No he conocido mujer alguna mas que tú persona; zorra. Mal parida . . .

-.: Sujeten a Diosdado, hagan el favor: Usted Pedro, sujétele. En un momento bajo yo a calmarle los ánimos.

-.: No puedo señor; tiene la fuerza de un huracán.

-.: ¡Ramera! . . . ¡Zorra! . . . Me has hecho polvo la vida.

-.: Paca . . . No intente apaciguarle usted; váyase a la cocina.

-.: Como quiera el señor.

-.: Pedro, pida usted ayuda.



-.: Creo mejor que no trascienda fuera de nuestros conocimientos, la desesperación de Diosdado.

-.: ¿Qué sugieres, Yolanda?.

-.: Roberto: Entre todos conseguiremos reducirle.

Así fue; aunque nos costó bastante tiempo y esfuerzos, en poder dominar aquella mole de carne fuera de sí, incontrolada por sus nervios, desquiciado en su cerebro y atreviéndome a decir: Con alguna fuerza maligna.

Tumbado en el tresillo, parecía no ser nadie; estaba como agotado, con los ojos fuera de órbitas, la mirada perdida al infinito, las manos crispadas, el pelo recio y la piel tersa: poco a poco aquellos síntomas se fueron apagando en su impulso vital, para caer en lo más profundo de un letargo infernal.

El mal había pasado, pero nos dejó a todos los que presenciábamos la escena con un sabor de boca bastante amargo.

Se me comunicó días después, que el sacerdote del pueblo había llegado con intención de hablar a Diosdado sobre un asunto que le competía a él expresamente.

-.: Se encuentra enfermo, en su cuarto.

-.: Le molestaré poco. Es un asunto de nada.

Le hice pasar al cura, al cuarto de Diosdado, no poniendo ninguno de los dos inconvenientes para que yo estuviera presente en la conversación.

Las primeras palabras fueron de alivios y de preguntas todas ellas llenas de un contenido familiar; como se encontraban todos, los de una parte y los de la otra, si había llovido mucho o poco por el pueblo, si la Iglesia tenía o dejaba de tener tal o cual adorno a este o a otro Santo.

-.: Bueno; no te quiero cansar más por ahora.

-.: No padre; usted no me cansa nunca.

-.: Gracias hijo por tu bondad, pero veo que estás verdaderamente malo y quiero dejarte descansar. Te voy a decir el propósito de mi visita.

-.: Usted dirá, señor Cura.

-.: ¿Tú sabes que José, tu padre te reconoció antes de morir?.

-.: No.

-.: Pues te lo digo yo: Al verse afectado gravemente por su ceguera; ése, llevado por un impulso que le merece un aplauso por sí mismos y escuchando la palabra de Dios, por parte de éste humilde servidor suyo: Tomó conciencia de su paternalismo y ante el notario, con testigos . . . No se sabe cómo; te reconoció jurídicamente.

-.: ¿Y qué?.

-.: Tú le enterraste cristianamente.

-.: Más bien fueron mis tíos.

-.: ¿Quiénes?.

-.: Tía Nati, que en paz descansa, con mi tía Cristina que en la gloria esté y el glorioso tío Roberto.

- .: ¿Por qué te refieres así a tu tío Roberto?.
- .: Es una mala casa para criar a una persona; la enseña a ser mezquina, mentirosa, sagaz en lo malo . . .
- .: Hijo, que te está oyendo Dios. Bueno, sabes que donde se enterró tu padre fue en la Capilla, con los abuelos por así decir.
- .: Sí, padre.
- .: Fue sacado posteriormente, para enterrar a tus tías y puesto en la cripta.
- .: ¿Fuera del recinto de la Capilla?.
- .: Así es.
- .: ¿Qué me quiere decir con eso?.
- .: Como la finca se vendió.
- .: La compró mi tío, David.
- .: Las Tierras Altas solamente, hijo.
- .: ¿Entonces?.
- .: Se va a retocar la pared y necesitamos permiso para remover, otra vez más, la tumba de tu padre, que en paz descansa.
- .: ¿Y si no firmo?.
- .: Se removerá de toda formas; pero firma para que sea legal.
- .: ¿A quien pertenece la Capilla?.
- .: A la Iglesia por supuesto: El señor que compró la finca, tuvo la amabilidad de cedérsela, dicha Capilla, al Patronato Eclesiástico.
- .: ¿Por qué tengo que ser yo y no mi tío Roberto?.

-.: Porque el testamento dice, que tú eres heredero universal de todos los bienes de tu padre.

-.: ¿Qué testamento?.

-.: El que goza en mi poder; es una copia, el original pasó a los archivos de la notaría.

-.: Tengo ganas de leer dicho testamento; mi padre me dejó poca herencia aunque se dijo que fue bastante.

-.: ¡Qué va, hijo!. Fue bastante: Léelo.

-.: Mi tío me firmó un papel con la pretensión de guardar la pertenencia de mi herencia mientras fuese mi tutor. Es muy celoso mi tío Roberto.

-.: Que es como decir, mientras permanezcas bajo su techo, sin oficio ni beneficio.

-.: ¿Cómo lo sabe?.

-.: Lo he leído todo, hijo.

Días más tardes, Diosdado se trasladó a Extremadura, en casa de un vecino, muy conocido de su padre, que en paz descanse, se alojó éste para revisar el testamento de su padre, no pudiendo ser informado por el notario, señor Utrilla, ya que había fallecido y el abogado de éste, el señor Gómez estaba jubilado y se encontraba en un pueblo de la provincia de León en paradero desconocido.

No obstante, el testamento especificaba los bienes y el dinero que le dejaba, existiendo todavía un Albacea de dicho testamento; al cual,

pagándole el viaje y los gastos, se le llevó a la notaria más cercana para testificar su validez anterior y protestar sus bienes, que no habían sido recibidos.

En grave situación nos puso a David y a mí; en realidad existía la nota firmada por mí y legalizada por el notario, de que mientras yo fuese su tutor o no tuviese trabajo alguno de donde sustentarse y poder construir un medio de vida decente, no se le entregaría la parte que le pertenecía de la herencia de su padre.

-.: ¿No pudiste informarme antes?.

-.: Esperaba que no se diese esta ocasión de peligro.

-.: ¿Para quién es el peligro?.

-.: Para nosotros. El dinero lo he empleado a partes comunes al constituírnos en sociedad.

-.: ¿Qué tanto por ciento era?.

-.: Él podría tener un setenta y cinco por ciento y el veinticinco restante era el nuestro.

-.: Casi toda la empresa es suya.

-.: Le damos su parte y en paz.

-.: Eso era antes; si nos demanda, hay que darle el dinero que ha devengado la empresa en todo su tráfico comercial.

-.: ¿O sea, si hemos hecho un emporio, se lo tenemos que dar?.

-.: Totalmente, el dinero era suyo y lo mismo pudo hacer él con su dinero:

Otro emporio.

-.: No es justo.

-.: Ni legal, lo que tú quieres hacer.

-.: ¿El capital es suyo?.

-.: Casi en parte. Preséntate por notaria mañana que quiero deshacer la sociedad.

-.: ¡David!.

-.: Nada, Roberto; tú no me pierdes a mí porque yo no quiero y la parte de dinero o de capital que me corresponde, la deseo tener en pie.

-.: ¿Pero si tú eres rico; tenías el diecisiete?.

-.: Nada más; era bien poco lo que yo tenía.

-.: Atiende a razones, David.

-.: Contigo no hay razones que valgan. Hasta nunca, querido hermano.

Muerto de rabia y de celos, Diosdado, nos había puesto en pleito ante la justicia, en la cual llevábamos la peor parte mi hermano David y yo.

Me fui a dar un paseo por las calles de Madrid, por el Madrid viejo, aquella mañana calurosa del mes de Julio, sin saber por donde iba ni por donde andaba: En una calle entraba, en otra salía; sin ton ni son y sin tener el menor sentido de la orientación.

Me encontraba, sin saber cómo en la calle de la señora, que un día me pidió favores para que colocase en la empresa a su marido. Estaba debajo del balcón y allí no se veía a nadie.

Me fumé un cigarrillo viendo las pocas tiendas, que existían en dicha calle, haciendo tiempo para encontrarme con aquella señora, aun y todo, tuve que entrar en un bar que había, calle abajo, para tomarme una copa allí mismo; viéndola pasar momentos después, mirando al bar desatinadamente.

La dejé que subiese otra vez, saliendo del bar lo más rápidamente posible hacia la casa de aquella mujer.

Me estaba esperando en la puerta; lo supe por la alegría que se la veía en la cara cuando me iba acercando a ella.

-.: Don Roberto. ¿Usted por aquí?.

-.: Sí señora, yo soy.

-.: Pase a tomar algo, Don Roberto, a ésta su casa del Ave maría.

-.: Como quiera usted, Desde ahora la llamaré solamente: “Señora”.

-.: Menos gentes me conocerán.

Había progresado un poco su familia; ya la casa no se encontraba tan destartalada que la primera vez y existían más muebles, con más gusto que antes como digo.

-.: Siéntese, ¿Qué quiere tomar?.

-.: El talonario de cheques.

-.: Va usted rápido. Me avergüenza.

-.: ¿Y si viene su marido?.

-.: No vendrá hasta la madrugada; dobla hoy en la fábrica.

-.: ¿Y los chicos?.

-.: Cumple años su primo y se irán a casa de su tía, una vez que salgan del colegio.

-.: ¿Parece que he caído bien?.

-.: Mejor no ha podido ser.

-.: Entonces pongámonos cómodos.

Nos desnudamos los dos y pasamos un buen rato en el sofá de casa, para después tomarla de la mano y llevarla a su alcoba.

-.: No, Don Roberto.

-.: A cien mil cada vez que te quiera.

-.: ¿Si por lo menos fuese como la primera vez?.

Se puso hacerme caricias con los senos en mis partes, subiendo hacia el tórax; pero esta vez resistí, no fue como la primera visita, esta vez entre zozobras y no Don Roberto y ¡AY mis hijos!, hice el amor lo mejor que supe.

Se durmió y antes de despertar, al quererse mover, la estaba haciendo el amor otra vez mas; así hasta nueve veces.

-.: Don Roberto, esta vez me he descuidado.

-.: No te preocupes, nadie lo sabrá.



- .: Si le digo que no me he preparado y me he descuidado.
- .: Tú no te preocupes.
- .: Don Roberto. ¿Qué no me he puesto en guardia?.
- .: ¿Creías que iba a ser como la primera vez?.
- .: Sí. Y no he tomado nada.
- .: ¡AH!; ya comprendo. No te preocupes, te lo digo yo.
- .: Está bien. ¿Creo que no perderé yo?.
- .: Al contrario; vas a ganar novecientas mil pesetas.
- .: Con poco tengo piso nuevo: ¡Pero qué vergüenza Dios mío!.
- .: Pero cuando tenga su casa nueva, ¿qué me dice usted?.
- .: Don Roberto, no le volveré a ver más, No soy mala, ni pretendo serlo.
- .: ¿No conoces más hombre que a tu marido?.
- .: Nada más, señor. Y Dios me perdone lo que hago; pero es para el bien de mi casa.
- .: ¿Qué le dirás a tu hombre?.
- .: Me ha tocado las quinielas.
- .: Siento que no quieras volverme a ver una vez que te de para un piso.
- .: Usted, ya tiene bastante, No soy de mal vista; ya ha logrado lo que no esperaba.
- .: Dices verdad, mujer, Subirá de puesto tu hombre, en pago de tus servicios.

-.: Se lo agradezco, Don Roberto. Pero le ruego, que no se entere nadie de lo nuestro.

-.: Confía en mí indiscreción.

-.: Está bien, como usted diga.

Salí de aquella casa evadido de todas clases de problemas y sin querer saber nada del Mundo: No podía seguir dando más vueltas por Madrid y mucho menos subir calles, así que tomé un taxis y me fui a casa.

La llegada no fue primordial, ya que mucho antes de entrar oí rezos por parte de los que estaban dentro.

Téngase en cuenta que yo había pasado todo el día y la noche entera, con aquella señora y cuando volví a mi casa, serían sobre las tres de la tarde del día anterior a mi salida de ella.

La broma se alargaba ya bastante; cuando entré en el descanso de la casa, lo primero que vi fueron dos féretros con sus velas puestas.

Me acerqué a Yolanda, que se encontraba enlutada y llorando en el centro, sin querer abrir la boca para nada, hasta que por fin me atrevía a preguntarla.

-.: ¿Qué ha pasado?.

-.: Tu cuñada y tu hermano.

-.: ¿Qué dices?.

-.: Salió nervioso David, con dirección a la playa; quería pasar allí unos días de relajamientos y a la altura de Almansa . . .

-.: ¿Qué pasó?.

-.: Un camión cisterna, Frontalmente, hijo.

-.: ¿Cómo se encuentran aquí?.

-.: De la clínica de Madrid, los trajimos para que murieran aquí.

Me eché sobre el ataúd de Avelina llorando como un crío, como nunca lo había hecho: Nos queríamos más que hermanos y ahora la había perdido.

-.: ¡Avelina!. No Avelina; por Dios. ¿Dime que es mentira lo que ha pasado?.

-.: Roberto; reponte, que ya no hay nada que hacer.

-.: Yolanda, no puedo; son más fuertes mis sentimientos que mis fuerzas. Perdóname, pero no puedo. ¡No puedo!. Se me rompe el cerebro, ¡Avelina!. ¡Hermano!.

La verdad era, que para ellos todo había acabado; así que pasó el duelo y con el unos cuatro días, fui a ver a mi notario para saber en la posición que yo me encontraba. Mi hermano David, no había movido ni un solo papel; no le había dado tiempo: Le expliqué mi situación con respecto a Diosdado, viéndolo éste, el notario, bastante mal el resultado final.

-.: ¿El papel, firmado por usted, quién lo tiene?.

-.: Forma parte del sumario y se encuentra adosado al testamento.

-.: Malo. ¿Dice usted, que aun vive un Albacea?.

-.: Sí, señor notario.

-.: ¿Qué edad tiene?.

-.: Ochenta y un años.

-.: Goza de completo raciocinio.

-.: No se pone ni gafas para leer y se va a cavar cepas a las seis de la mañana.

-.: ¿Está comprobado lo que dice usted?

-.: Todo el pueblo lo sabe; además, le ve.

-.: Tal vez, él quiera dinero: Me refiero a su sobrino segundo, Diosdado. No toque el capital para nada.

-.: Ya me lo han comunicado.

Salí decepcionado del notario y cuando llegué a la oficina se encontraban mis hijos, Armando y Enrique, cambiando el sistema manual por el electrónico, el modernismo llegaba al banco sin saber ninguno de los dos lo que les esperaba también a ellos.

-.: Mira papá: Es perfecto el sistema de ordenadores que hemos montado; con sus terminales en todas las sucursales, primero en Madrid, más tarde en toda la nación.

-.: Sí hijo; Seguir en ello.

No pude más y me fui de allí sin saber a donde: Estaba sentado en la mesa de un afamado café madrileño saboreando una buena taza de torrefacto.

La amargura embargaba todo mi ser, la decepción era la pauta de mi amargura; hasta que vi sentarse a mi lado a un hombre de mediana edad.

- .: ¿Sierra, usted aquí?
- .: Sí, Roberto. Tu pesadez me ha hecho mella.
- .: ¿Se nota?
- .: A la legua, querido amigo, Los problemas a veces no son problemas.
- .: ¿Cuándo es esa vez?
- .: Siempre que existe dinero por medio.
- .: No tengo lo que me dices; paso un mal tiempo.
- .: Venda.
- .: No puedo.
- .: Ya lo sé.
- .: ¿Entonces?
- .: Usted ha podido vender un día antes de la notificación judicial.
- .: ¿Me dice?
- .: Sí; ha comprendido bien.
- .: ¿Quién es el comprador?
- .: Yo mismo.
- .: ¿Testigos?
- .: Los hay y fieles.

Banco, chalet, playa, el cincuenta y tres por ciento de la constructora y todas mis acciones, pasó aquel día a manos de mi amigo Sierra, en una venta que al parecer se había efectuado legalmente siete días antes; o sea, un día antes de la notificación judicial, comunicándome que no tocarse el

capital. ¿Estaría bien hecho o mal?; el caso es, que de uno a otro abogado, se tiraron la pelota de que no podía, ser unas veces y otras de que ya había sido: Lo cierto es que dicha venta se verificó como buena.

Mi mujer puso el grito en el Cielo al ver a nuestros hijos depender de otra empresa, ya que todo el personal que se encontraba en nómina, fue admitido por la entidad compradora: Yo no estaba en nómina y creo, según me habló mi amigo Sierra, que no valía ni para botones.

Así que me quedé una vez más con una pequeña empresa y sin ninguna clase de fondos; hasta las fincas tuve que pasarlas a nombre de Diosdado.

-.: ¿Te parece bien, quedarnos sin hacienda por tu mala cabeza?.

-.: En los negocios pasa de todo.

-.: Sí; pasa de todo: Hay altibajos y alguna que otra sorpresa, pero no el quedarse de la noche a la mañana apenas con una veintena de acciones de las que se tenían.

-.: Te digo: Que son negocios, Admite la vida tal como venga.

-.: Así yo no aguanto; no soy capaz de andar por Madrid y que me vean las amigas hecha una pordiosera.

-.: ¿Una pordiosera?. Todavía te queda una empresa, aunque esta sea poco potente.

-.: De poco no hay nada: Es que es tan pequeña que apenas se la divisa.

-.: Calma tus nervios, Yolanda.

-.: Ya sabes: Si sigues así, yo no lo aguanto.

-.: ¿Qué vas hacer?.

-.: Me marchó.

-.: No esperaba yo tal respuesta de ti.

Mi esposa me había desquiciado los nervios; se portó en aquella ocasión como una verdea desconocida para mí: Se encontraba fuera de sí y hasta la manera de pensar la tenía cambiada, parecía otra mujer.

Había habilitado un apartamento, para mi secretaria; así la valdría de oficina, con unos muebles convencionales; enseguida quedaron listas las dos habitaciones que se componía aquel receptáculo en oficinas de una pequeña empresa.

Cuando entré en el apartamento, la puerta se encontraba abierta, cerrándola detrás de mí; ya que vi a Encarna con las piernas cruzadas, luciendo una faldita con poca tela.

La puse la mano izquierda en los muslos y con el brazo derecho la apretaba fuertemente sobre mi cuerpo: Ella me miraba con unos ojos voluminosos; cada minuto que pasaba se la iban haciendo mayores por la sorpresa recibida, al ver como la trataba yo ahora. Nunca me había fijado en ella, ni me había sobrepasado lo más mínimo; pero de un tiempo a esta parte me interesaba la chica.

-.: ¿Qué me quieres enseñar?.

-.: La carta; en la cual se me comunica, que si quiero puedo seguir prestando mis esfuerzos en la misma oficina a que pertenecía.

-.: ¿Tú qué vas a decir, Encarna?.

-.: Me ha llamado siempre señorita Encarna. ¿Qué le pasa; le he dado pie para quitarme el apelativo?.

Dejé bajar la mano y la apreté bien fuerte su culo; ella por el contrario me cogió del cuello aprisionándome hacia sí y en voz baja, muy cerca de mis narices, para que la viese bien, me susurró al oído las siguientes palabras.

-.: Soy soltera y como dice el soneto ó aquel romance de pie quebrado, “Doncella”.

-.: Poesía es todo; ¿pero en esta ocasión no sé que tienen que ver aquí ciertas clases de ripios?.

-.: Tiene que ver, hombre; tiene que ver en este romance: O empañar el cristal para siempre o salir de aquí y no mirar hacia atrás.

-.: ¿Encarna!.

-.: Sí, Don Roberto; o prefiere que le llama Roberto a secas.

-.: Roberto; es más familiar.

-.: ¿Sabe lo que le digo?: Que aquí se queda la familia, que yo me voy. Lo siento por su señora, por la empresa, que tantos disgustos nos ha dado y hemos sacado la empresa hacia delante todas las veces que nos hemos propuesto y hasta lo siento por usted, que está desconocido totalmente; no es el hombre que era, tan caballero, tan servicial, tan cumplidor de su



trabajo, aunque fuese cada tres días, pero con uno solo que estuviese en la oficina se resolvían todos los problemas que hubiese en ella.

-.: ¿Qué vas hacer?.

-.: Aceptar el puesto de trabajo que me ofrecen estos señores.

Con un tirón brusco, me apartó de su cuerpo, saliendo a la calle como una centella de rápido: Desapareció su cuerpo al doblar la esquina no volviéndola a ver nunca más por aquellos contornos. Era un hecho que me había quedado sin secretaria y al decir verdad: Solo.

Me costó bastante encontrar una chica con la mitad de capacidad que Encarna: Por contarle todo, les diré que tan decente como ella; de modo que me alegré un poco al poder comprobar que por lo menos, lo poco que tenía se iba a defender a ultranzas.

La pobre chica, no sabía apenas nada de una oficina contable; ella había estado trabajando con un abogado de poca monta y lo que mejor se la daba era redactar cartas; así que poco a poco y con mucho trabajo y esfuerzos, logré ir la imponiendo en los menesteres de cálculo contable, mercantil, ya que por lo menos sí tenía la teoría aprendida, sabiéndoselo de memoria a la perfección los asientos.

Me levantaba a las siete y a las ocho ya me encontraba en la oficina, contestando al teléfono, cogiendo la máquina y respaldando talonarios; nos turnábamos el uno con el otro en todos los trabajos burocráticos de aquella pequeña secretaría.

Si me quieren ustedes creer, que fue cuando aprendí bien todos los libros de que costa una verdadera contabilidad: Desde que se abre un libro hasta que se cierra.

Me constituí en poco tiempo como un buen oficinista, como un empleado mediano, de clase mediana; hasta tabaco negro empecé a consumir, ya que yo fumaba siempre tabaco rubio.

Creí que lo mejor sería edificar de una vez por todas y sin pensarlo me dirigí a una financiera para pedirla un préstamo y poder construir un grupo de viviendas, en alguna parte que fuese idónea para ello.

-.: Lo que usted quiere obtener es doble de su capital.

-.: Conste que le brindo los mejores terrenos que hay hoy por hoy en Madrid.

-.: Sabemos que es buena zona; pero no podemos aceptar su petición, por lo menos en su totalidad.

-.: ¿Me puede decir quien pertenece al consejo administrativo?.

-.: Le diré uno solo, que le bastará: El señor Sierra.

-.: ¿Me conoce usted, que sabe mi amistad con ese señor?.

-.: Ha sido usted muy conocido, señor Roberto.

Escribí a mi buen amigo Sierra, pidiéndole que me perdonase por no poder ir a saludarle, como era mi deseo, pero que me encontraba bastante atareado en mis libros, que no tenía ni un momento en absoluto de tiempo libre.

La contestación fu de un verdadero amigo: Que sí; él me podía prestar lo que yo pedía, pero que era un mal para mis aspiraciones, pues los pagos se sucedían con la rapidez vertiginosa y los beneficios eran pocos para la fecha que corría; que lo pensara mejor y si no retiraba la petición, tal y como la tenía formulada, intentaría que se me concediese, por lo menos, el setenta y cinco por ciento: Así fue.

Con el dinero en la mano, hablé con mi constructor para poder ir aprendiendo poco a poco, la manera y el arte de construir personalmente: Empezamos en una zona franca de lo más bonito de Madrid.

Era constructor sencillamente: Contratava al personal directamente, sin ningún medio financiero y me lanzaba a edificar en zonas precisamente elegidas por mí.

Casi terminadas las viviendas, pude ver con postergación, que los pisos no se vendían tan fácilmente como antes; así que firmé contrato temporal, con una constructora, para podernos entrar en préstamos financieros, con la mala suerte que se produjo déficit insuperables de pagos.

-.: ¿Te puedo dar un consejo?.

-.: Y dos también; Yolanda.

-.: Creo que solo, poco a poco, logras más que uniéndote a alguien.

-.: Siempre ha pasado.

-.: ¿Entonces; por qué no lo llevas a la práctica?.

-.: Es difícil, en ciertas ocasiones.

-.: El miedo que tú tienes. ¿O logras levantar cabeza, o no respondo de mí?.

Los consejos de mi mujer eran tajantes; debía lograr rehabilitarme, o de lo contrario estaba fuera de sus proyectos en la vida.

Logré pagar las pérdidas y seguir con mis construcciones, hasta que un buen día llegó la noticia que vencía la primera letra firmada a la financiera, regida por el señor Sierra.

-.: Te avisé en la carta que te mandé lo mejor que pude. ¿Ahora sí te da tiempo para venir a verme?.

-.: Yo, querido Sierra; toda mi vida he estado metido en los negocios.

-.: Pero no escarmientas.

-.: ¿Cómo?.

-.: Has tenido que vender toda tu fortuna y no te conformas con eso.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: Terminarás vendiendo a tu familia.

-.: No me digas tal cosa: Por favor.

-.: Es la pura verdad.

En aquella ocasión me zafé de las letras, ya que se las endosé a su cuenta en el banco y se me hizo otra nueva cargándome los intereses producidos por su tráfico.

Estaba salvado de momento; así que me dediqué a vender los pisos lo mejor que pude, sacando un beneficio pingüe de ellos. Logré poner en

orden mi pequeña empresa constructora y sanear un poco mi debilitada economía.

-.: Yolanda, espera: ¿Te gusta alguna joya de este establecimiento?.

-.: Me gusta mucho aquel collar.

-.: Tuyo es.

-.: ¿Qué dices?.

-.: Que es tuyo; entra y no hables más.

-.: ¡Sí eres un hombre!. Siempre progresas, ¡Ay mi Roberto!.Menos mal.

Me costó aquel collar cerca de setecientas mil pesetas; tenía que hacer aquello para que mi señora se conformase y pudiese ver mis adelantos en los negocios.

Desde luego seguí viendo a la señora que tanto me embelesaba, aunque su marido estaba bien colocado, ésta entre rezos y sollozos, estaba consiguiendo un piso nuevo a costa de mi debilidad: Me las tenía sentenciadas; yo creo que hasta asco la producía; pero la miseria es la madre del mal y así fue, ya que un día se quedó a sola; su marido se fue de excursión y los chicos con su tía, ambos para tres días: Así que me habló claro.

-.: Don Roberto; el veneno que me ha metido usted en las tripas es mucho.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: Que voy a terminar de una vez el asco que me produce, cada vez que me hace el amor y lo voy hacer una vez por todas.

-.: ¿No irás a cometer cualquier tontería?.

-.: No, Don Roberto: Me voy a ir con usted, estos tres días para terminar de ahorrar dinero para el piso que vamos a comprar, mi marido y yo.

-.: Vale a cien mil.

-.: Cada vez que hagamos el amor, cien mil: Vale.

No estaba de mal vista, dicha señora; ni mucho menos: Así que la presenté en una gira por la costa, como mi señora.

Aquel día en la playa, se encontraba ésta señora de pie delante de mi y el sol la bañaba con sus rayos, dejándola ver una silueta bastante bonita: Los pelos parecían que irradiaban luz propia y la piel se semejaba al nácar por su brillo.

Quiso irse en el tren para no levantar sospechas; yo fui a despedirla a la misma estación.

-.: El dinero que me has dado, desde que te conocí, suma dos millones cuatrocientas mil pesetas. Me faltan cien mil para completar el medio millón; de modo que en el servicio de la estación me las vas a dar.

-.: ¡Mujer!.

-.: ¿Qué le pasa a usted; no tiene lo que debe tener para acudir cuando una mujer le llama?.

-.: Sí mujer; no es eso. Es un lugar público.

-.: No hay nadie, he ido yo antes y allí me encontré sola; no se ve ni un Alma.

-.: ¿Compréndelo?.

-.: Yo no comprendo nada. ¿Es usted hombre si o no?. ¿Acaso lo ha pasado mal conmigo?.

-.: No; muy a lo contrario: Lo he pasado muy bien.

-.: Marche detrás de mí y no hable más.

La amé, como pude, metido en un Water-Clóset de la estación y agradecidamente por allí no llegó nadie.

En realidad lo había pasado bastante bien con aquella señora, que oculto su nombre por caballerosidad, pues se hacía al hombre y se dejaba dominar por él, ya que estaba casada, por lo menos once años y había criado a dos hijos.

Una vez más venció el plazo de la primera letra y el banco me mandó aviso para que pasase por sus dependencias: Yo me vi cogido, no tenía tal dinero en aquel momento.

Sin pensarlo, contacté con una empresa extranjera y empecé a construir en Roma sin saber nada de sus leyes; así que poco a poco me fueron enterando de las mismas; tuve que contratar los servicios de un abogado para que me dirigiera en mi financiación, con tanto acierto que pese a venderse mal los pisos, saqué un provecho de la construcción.

-.: No obre usted más; ha tenido bastante suerte con salir ganando.

-.: Aquí se gana y se pierde como en todas partes.

-.: Mas bien hay que poner dinero.

No le hice caso y seguí construyendo más edificios y esta vez por partida doble, en varios sitios, al mismo tiempo: No supe medir las previsiones y lo que se me vino encima fue el hundimiento total de la empresa, ya que tuve que poner una cantidad de espanto.

Para hacer frente a los pagos financieros y de las letras, vendí la empresa, todo lo que de ella procedía y reduje mis gastos con el personal, así que puse en venta también la casa, despidiendo a los sirvientes; algunos hacía veinte años que estaban al servicio de mis padres y al mío.

-.: Señor: Aquí nos tiene a todos.

-.: ¿Qué significa esto, Pedro?.

-.: Como mayordomo que he sido de usted hasta hoy; he reunido a todo el personal de servicio a mi mando, para hacerle la despedida.

-.: Márchense todos. Se lo agradezco; pero las despedidas son tristes y no las quiero.

-.: Como el señor diga.

Viendo lo que se me venía encima, me adelanté para comprar un piso, en una de mis construcciones, que yo sabía eran buenas.

Se estaban embalando los muebles; habían sido subastados, para que se los llevaran y yo no sabía ni lo que hacer, ni lo que me rodeaba, hasta que andando en la mesita de noche encontré encima de esta una nota de mi señora anunciándome, que se había ido a vivir con el contratista que yo tenía.



Desesperado salí a la calle como un loco acercándome donde tenía su piso, dicho contratista, recibiendo la noticia por parte del portero del inmueble, que lo había vendido y se había ido a vivir a paradero desconocido.

No sé cuantas vueltas di por Madrid; hasta me acuerdo que había pasado por encima del Acueducto, acercándose un individuo para preguntarme alguna cosa.

-.: ¿Le pasa a usted algo, está malo?.

-.: No señor, es que estoy mirando lo pequeño que se ven los autobuses desde aquí.

-.: Se ven igual que lo normal; no se suba usted a la barandilla.

Sin pensarlo llegué a las vías de cercanías de la estación de ferrocarriles de Atocha y vi venir una locomotora; la idea la tenía clara, pero cuando la observé más de cerca, cuando solamente distaba de mí una veintena de metros, me dio un pánico tremendo, saltando fuera de los rieles.

Ya mas calmado, al día siguiente, me llegué a una Iglesia y delante de un confesionario, me culpé de mis pecados, reprochándomelos todos ellos y haciendo el propósito de enmienda de llevar una vida mejor.

-.: Hijo, veo que son muchos tus pecados y muy fuertes, pero me doy cuenta que vienes arrepentido. Te he pedido que esperes en la Sacristía, para darte la dirección de quien te puede aconsejar bien.

-.: Se lo agradezco, padre.

Mi familia ya no existía para mí, ésta me repudiaba y no quería saber nada de mi persona. Los consejos de su madre, a mis hijos y la maldad inculcada por ésta a ellos, hicieron que no me volviesen a mirar, ni a tener compasión de mí.

Dejé pasar el tiempo y mientras yo especulaba con los réditos del banco, aun me quedaba una buena suma de dinero en mi cuenta corriente, de la cual iba yo viviendo; malamente, pero vivía.

El piso era uno de los mejores que hicimos en su tiempo, por lo menos sólido como él no había otro; se empleó la mejor clase de material en dichas edificaciones: Tenía cuatro dormitorios, dos cuartos de baños, una buena cocina y dos salones.

La inmensidad del piso, me hacía mas sufrida la carga de mi soledad; un día a la semana accedió a venir para limpiarlo un ser raro y extraño, un hombre invertido, que por mascota tenía un solo pendiente en la oreja derecha: El resto de la semana limpiaba yo todo lo que podía.

Se acercaba la fiesta de los Santos y decidí ir a honrar las tumbas de mis padres, con un coche que apenas podía rodar bien mas de veinte kilómetros; pero con todo llegué a Extremadura.

En una calleja, poco transitable, se me paró del todo no pudiendo dar con la avería, ya que en sí tenía la maquinaria acabada como se suele decir: Todo el motor era una chatarra.

Vi allí a mis hijos, que por aquel entonces eran bastante afamados los dos y a Beatriz, mi hija, llevaba un vestido de seda amplio, ya que hacía calor aquel año. Tenía un tipito agradable y yo me sentía orgulloso de tener aquellos hijos.

Pude ver también con ellos a Diosdado; vestido como un señor; hasta bigote se había dejado haciéndole más mayor.

-.: Enrique, hijo.

-.: ¡Hola!. ¿Papá: Tú por aquí?.

-.: Vengo a poner un ramo de flores en la tumba de tus abuelos.

-.: Bien hecho.

-.: Se me ha roto el coche.

-.: ¿Qué le ha pasado?.

-.: Se ha agotado: Todo el motor no vale ni para chatarra.

No me hizo caso a las palabras que yo le decía, yéndose para saludar a su hermana Beatriz, pero vi mi salvación en su hermano Armando, que se aproximaba a pasos agigantados; al principio creí que era para saludarme, más tarde me di cuenta que en realidad quería ver al jardinero de la casona. Con todo y ello decidí pararle para ver cómo se encontraba y si me podía echar una mano.

-.: ¿Armando, hijo: Como te encuentras?.

-.: Bien, papá.

-.: Se me ha roto el coche, quiero decir, que se ha averiado.

-.: ¿Qué?.

-.: Digo: Que se me ha averiado el coche.

-.: Dime mas tarde lo que es.

No me hizo caso alguno, yéndose derecho para el jardinero; seguro que le interesaba más aquel hombre que yo.

Llegó la hora de recogerse en casa y yo los seguí hasta el patio de la misma, que como saben ustedes servía de descanso a la casa: Llamaron para la cena a los que se encontraban allí.

-.: Armando, vente a cenar.

-.: ¿Dónde está Enrique?.

-.: Sentado en la mesa. ¿Diosdado; no has oído que está la mesa puesta?.

-.: Perfectamente: Vamos los tres a cenar algo. ¡Venga!; Beatriz, Armando.

-.: Vamos, no hagamos esperar a los demás comensales.

Nadie se fijó en mí, o por lo menos ignoraron saber que me encontraba allí: Avergonzado de no se qué, pero con la cara baja, salí de aquella casa, me dirigí al coche y al llegar al vehículo me paré en seco; no sabía para qué me encontraba yo allí.

Abrí las puertas de aquel armatoste y por suerte, siempre llevaba una manta, acurrucándome como pude en los asientos traseros del coche, durmiéndome como pude de trecho en trecho de la noche, ya que los asientos de atrás, de éste coche, los tenía muy duros y se notaban los hierros que sostenían la espuma de los mismos.

Pasé una noche infernal: Dichos hierros se me clavaban en las espalda haciéndome un daño inexplicable: Mis deseos eran que llegase el día y nada más que éste llegó esperé al coche de línea que me llevó al primer pueblo que tenía estación de RENFE, para de allí venir a Madrid: Sin coche; ya que le dejé las puertas abiertas y las llaves puestas para si algún vecino lo quería arreglar, se lo quedase.

Si mala había sido la noche anterior , mala fue aquella también ya que los chicos de los vecinos de al lado no dejaron llorar en toda la noche: Se encontraban malos.

Salí temprano aquella mañana; no podía seguir en casa, me agobiaba ésta: Sorpresa a la salida de la escalera; vi que la señora con quien más ilusión había tenido yo se encontraba en la puerta de su piso despidiendo al médico. Esperé que el galeno desapareciera en el ascensor para saludar aquella mujer, que me había abierto una vía de ilusión y esperanzas.

-.: ¿Señora; usted aquí: Pero vive en este piso?.

-.: Yo a usted no le conozco de nada, señor.

-.: ¿Si somos vecinos?.

-.: Le repito que no tengo el gusto de conocerle.

Dando un portazo, desapareció su bonita silueta de mujer hecha y derecha; me quedé más atolondrado que antes y sin saber lo que decir.

Pasé todo aquel día de parque en parque, sentado en los bancos y pensando qué sería de mi vida, de aquí en adelante.

Bien entrada la noche, me encontré en una calle, del Madrid viejo, en la que todos los bajos de las casas eran bares de poca monta o tabernas de tres al cuarto: Visitando en su bajada una por una, aquellos inmundos lugares de atracción infestos y estando tomando una de mis últimas copas en un bar, que por cabeza y cabezonería, sería la espuela; vi acercarse a un hombrecillo, pues no distaba más de ocho cuartas del suelo, poniéndose muy cerca de mi persona. Sacó un algo de un abrigo roído por las ratas, a mi parecer, mostrándolo muy sigilosamente se atrevió hablarme.

-.: Se lo vendo.

-.: Una pequeña pastilla de jabón: ¿Para qué la quiero yo?.

-.: ¡Calle!. No es jabón; es droga.

Pasó por mi mente un mal pensamiento, pero delante de mi estaba la salvación o la mortaja; así que decidí rápido.

-.: ¿Cuánto?.

-.: Diez mil.

-.: ¿Pesetas?.

-.: No: Duros.

-.: Es muy caro.

-.: Vale más; se lo advierto.

-.: ¿Por qué lo vende, entonces, más barato?.

-.: Usted no pregunte si le interesa.

-.: ¿Es raro?.

-.: ¿El qué?.

-.: Que me lo ofrezca sin saber quien soy.

-.: Le he venido observando desde que entró en la calle y empezó a bajar por ella de tasca en tasca, de bar en bar.

-.: Si se viene conmigo se lo doy: Quiero decir el dinero.

-.: ¿Dónde?.

-.: A mi casa.

Se me quedó mirando fijamente sin pestañear una sola vez tan siquiera y después de bajar su mirada, todo lo larga que era mi persona, hacia abajo, respondió sin titubear.

-.: Marche usted delante, yo iré detrás siguiéndole.

-.: Como quiera usted.

Llegué a casa y cosa que no creía, tenía los diez mil duros que me pedía; haciendo el cambio deseado.

-.: ¿Dónde va usted?.

-.:Le acompaño a la calle.

-.: No hace falta.

-.: Me lo agradecerá: No es tan fácil salir de aquí sin ascensor. ¿No se atreverá a emplear el ascensor?.

-.: Ni la luz siquiera.

-.: Déjeme que le indique el camino.

-.: ¿Pero cuidado?.

Seguidos por la luz de una linterna, bajamos como pudimos las escaleras y salimos de la portería de aquella finca sigilosamente, para que el portero no apreciase nuestra presencia en ella.

Ya en el jardín que existía en la entrada de la casa y en un recodo de ella, aprisioné contra la fachada a tal personaje, mostrándole una navaja, que previamente había tomado de la alacena, en la cocina.

-.: ¿Qué desea usted?.

-.: Saber quien es su jefe.

-.: Está loco.

-.: Tres segundos le doy.

-.: ¡Quieto!: No apriete más con la navaja.

-.: Estoy impaciente, por saberlo.

-.: Soy yo mismo.

-.: Rece lo que sepa; le voy a pinchar.

-.: ¿Quieto!. Es el Tapo.

-.: ¿Quién es y donde se encuentra?.

-.: Tiene un bar cerca de donde contacté con usted.

-.: ¿Es ahí donde venden ustedes las drogas?.

-.: Sí; en ese bar.

-.: ¿El Cabezana?.

-.: Sí señor. No diga nada a nadie; se lo ruego. Ya tengo bastante complicaciones: Perdí droga y tengo que pagarla.



-.: ¿Entonces de la que me ha vendido a mí, no se gana nada?.

-.: NI una sola perra, señor.

-.: Márchese, desgraciado: Váyase de aquí.

-.: ¿Señor, por favor?.

-.: No se preocupe. Además no le conozco.

Estuve visitando aquellos bares más de un mes, hasta que poco a poco me fui dando cuenta de la situación.

Una vez dominado el panorama, decidí lanzarme como si fuese una inocente criatura, que no se daba cuenta de nada: Me fijé en un joven de unos veintiocho años, con voz cascada y que no parecía payo aunque sí lo era.

-.: ¿Tienes trabajo?.

-.: No señor.

-.: ¿Quieres ganarte unas pesetas?.

-.: ¿Usted dirá?.

-.: He encontrado esto calle abajo; si tú lo vendieses, nos podíamos ganar algo.

-.: ¿Al dueño del bar?.

-.: No; tal vez sea de él. ¿Te gusta el baile?.

-.: Sí señor.

-.: ¿Tienes novia?.

-.: No señor.

-.: Bueno; no importa. Vete a una discoteca y logra colocar esto como puedas: Si no lo ves claro te sales y marchas a otra.

-.: No tengo dinero.

-.: Yo te doy . . . Toma.

-.: Es más que suficiente.

-.: Ya lo sé.

-.: ¡UF!.

-.: ¡Con cuidado!. Si intentas engañarme te mato.

Tenía que hacerme de unos enlaces, para parecer que mi persona estaba al margen de todo tráfico de drogas y lo que pude comprobar y saber en aquellos pocos días, que estuve dando vueltas por tales atrios, fue más que bastante: El Tapo estaba rodeado por la policía, fingiéndose amigo de él , el cual vendía la droga en el bar Cabezana, estando éste complicado en toda la red de enlaces.

No había tiempo que perder; tendría que accionar lo más pronto posible, así que esperé un día y otro a que cerrase el Tapo el bar, hasta que le cogí solo. No había nadie por los alrededores y después de darme las buenas noches el Tapo, saqué la navaja entrándole de un empujón dentro del bar.

-.: ¿Qué desea?.

-.: ¿Quién es el jefe?.

-.: No le entiendo, señor.

-.: Me entiendes perfectamente.

-.: Le digo que no le entiendo.

-.: ¿Aprieto más?.

-.: No.

-.: Habla.

-.: El camello es el señor Fernández: Vive en el ocho de esta calle.

-.: Si te vas de la lengua te la corto.

No intenté nada, por lo menos tres días después: Rondaba los alrededores, metido en el Cabezana, hasta que le cogí las entradas y salidas que hacía en casa. Una noche que salía de tomarme la última copa, observé a dos individuos siguiéndome; yo adelanté el paso y ellos lo hicieron también. Corrí calle abajo sin ton ni son; estaban cerrados todos los bares, hasta desembocar en la Avenida Principal: Vi como me perseguían aquellos dos hombres, como si fuesen dos fieras ahuyentadas de su madriguera.

Sin pensarlo, cogí un taxis casi en marcha, de tal forma que su dueño se enfadó conmigo enérgicamente.

-.: No es manera de montarse en ningún coche de nadie. ¿No le parece, señor?.

-.: Siga calle abajo; rápido.

-.: Bájese, haga el favor.

-.: Siga, hágame el favor: Es un favor personal que yo le pido.

-.: Si lo pide así; le haré caso.

Estaban a la altura del taxis, mis dos perseguidores, cuando a toda marcha arrancó éste, rumbo a la dirección que le di posteriormente.

No fue eso solo; sino que a mi enlace, le había pasado tres cuartos de lo mismo, amparándose éste en un coche de la Policía Nacional: Conocía perfectamente a sus componentes, sin sospechar la mafia nada de lo tramado aquella noche.

Pasé dando vueltas y más vueltas en la cama, no me podía dormir de miedo y pensando la manera operativa, que tendría para accionar; me haría de una pequeña red sin que se conociesen unos a otros y siempre sería yo el que se encontrase el compuesto o la pelota.

Abrí la ventana de la terraza, por la mañana temprano y lo primeo que vi, fue a la señora de mis sueños tendiendo la ropa en la suya.

-.: Buenos días, señora.

No hubo contestación, miré para todas las partes y observé que no nos veía nadie, así que salté a su terraza; era fácil hacerlo. Un hierro separaba tan solo un lado de otro y no tengo palabras para explicarles a ustedes los gritos que daba aquella señora.

Su hijo pequeño que se encontraba en casa, abrió la puerta a los vecinos que acudieron a las voces.

-.: ¿No le da usted vergüenza abusar de una mujer indefensa?.

-.: ¿Parece como si me fuese usted a pegar?.

-.: Lo que le tenía, era que entregar a la Policía. ¡Sinvergüenza!.

-.: Sin insultar, señor.

-.: Éste señor, le ha dicho las cosas claras.

-.: ¡Cállese!, señora.

-.: Es usted un mal educado.

Me entré en casa lo más veloz que pude para quitarme a toda aquella chusma de encima, que enardecida me siguió acribillando la puerta.

Lo tenía decidido; aquella misma noche daría el asalto definitivo al cabecilla de la banda de traficantes en drogas, pese a que pude darme cuenta, que a lo contrario de lo que creen las personas: No siempre se gana con las drogas, muchas veces se pierde y estas las más.

Las dudas tenía yo al respecto, ya que vi sucumbir a muchos en dicho oficio; pero sin esperarlo más salí aquella noche, como digo, al señor Fernández y a la entrada de aquel portal oscuro, con una escalera sin luz, le abordé lo mismo que había hecho con los otros.

-.: ¿Entonces?.

-.: Creo que te puedo repasar alguna.

-.: Tiene que ser asiduamente.

-.: ¿Eres toxicómano?.

-.: No; le voy a decir la verdad: Es para venderla.

-.: ¿No sé?.

-.: ¿Qué es lo que no sabe?.

-.: Si puedo.

-.: Podrá.

-.: ¿Por qué?

-.: Porque en ello va su vida o la mía.

Me vio decidido de tal manera que en unas de mis primeras gestiones gané seis millones de pesetas y solamente me metieron en la cárcel a uno de mis enlaces; pero como era de punto alejado de la capital no me había visto nunca, no supieron quien era yo y siguieron a otro diferente.

¿Qué se me quedaban con drogas?: Dos solamente y uno lo intentó, porque le eché el guante, como se suele decir y pagó hasta la última peseta, el otro no supe nunca más de él.

Poco a poco fui comprendiendo de donde venia la droga; era tan vivo, que dejé hacer e hice lo que me dio la gana, dejando ganar y ganando lo que quise, hasta el momento definitivo de saber que era de Algeciras de donde dependía toda clase de drogas que estos caballeros manipulaban: Allí que me fui sin pensarlo, para ver a un tal “El Corto”.

Le esperé en un bar, en otro, hasta que por fin supe donde entraba cotidianamente y sus aficiones más asiduas. Su trabajo lo tenía en el puerto, pero si le iba a ver allí caería en sospechas por parte de la Policía, así que dejé esperar y hacer.

El Corto se encontraba tomando cerveza en compañía de tres amigos, así permaneció durante una hora, al cabo de la cual sus amigos se despidieron y yo pasé directamente a escena.

-.: ¿El Corto?.

-.: José Luis García.

-.: ¿El Corto?.

-.: Quien me llama así, no puede ser otro que la Policía o mi enlace en Madrid.

-.: Tu enlace Fernández, ha claudicado.

-.: ¿Cómo sabes su nombre?.

-.: Fui arrancándolo a la fuerza, nombre por nombre.

-.: Has cavado tu propia tumba.

-.: Creo que no.

-.: Eres muy decidido y estás muy seguro de ti.

-.: Decididamente no. Quiero decirte que por ahora no he cavado ninguna tumba. Sencillamente: Tú me vas a conceder la exclusiva de ser tu distribuidor en la zona que te indique.

-.: ¿Sin saber nada al respecto?.

-.: Tengo una pequeña red a mi servicio, con un buen personal adiestrado a mi manera.

-.: No tengo alijo, de momento.

-.: He venido a por el que tienes y no me iré con las manos vacías.

-.: Me arriesgo mucho contigo.

-.: ¿Con Fernández no?.

-.: Es hombre conocido y temerario de mi ira.

-.: Alijo: ¿Te suena esa palabra?.

-.: Cien millones de pesetas.

-.: Hecho.

-.: A repartir entre todos.

-.: Como quieras.

-.: Eres muy decidido: Sí señor.

Llegué a Madrid con las pretensiones claras y un cargamento de drogas bastante fuerte. Decidí ponerla en circulación, no sin antes ver a una tal Aurora cuyo nombre me lo había dado aquel manigero del muelle.

-.: Creo que no es el lugar idóneo para que estés trabajando.

-.: ¿Qué dices, chico?. Así, conozco a toda la mejor clientela del lugar y tengo los mejores contactos que hay en Madrid.

-.: Te digo que salgas de aquí sin olvidar tus contactos: De ahora en adelante los llamarás por teléfono y recibirás la mercancía por manos de otro.

-.: ¿Qué te propones?.

-.: Ocultarte: Si cogen alguno, no sabrán dónde te encuentras tú.

-.: ¿De ese modo no conocerán tu presencia?.

-.: Exactamente.



Me llevé a Aurora a mi piso, haciéndola vivir allí Conmigo; de tal manera, que si salía a la calle pareciese otra: Con peluca, melena y joyas, todas nuevas; en realidad era otra persona.

Vivíamos como hermanos y así la presenté a la comunidad de aquel edificio: No sé si sospecharían algo éstos, pero lo cierto era que aparentaban ignorar la verdad.

Un día me encontraba cerca de Banco; para tomar el Metro, cuando vi bajarse de un buen coche, con chofer, a mi señora Yolanda: Me di de cara con ella, no pudiendo por menos que saludarla.

-.: ¡Hola!, Yolanda.

-.: ¿Qué tal Roberto?.

-.: Pues voy tirando. ¿Me dejas que te de un beso?.

-.: Siempre he sido muy civilizada,. Como quieras; dame el beso.

Me acerqué a ella dándole un beso en la frente, pudiendo darme cuenta lo vieja que estaba tenía la maldad de su pecado en la misma cara: Me alegré no quererla más y estar separado de ella. ¿Lo que hace la separación voluntaria de las personas?; nunca más vuelve a quererla de la misma forma a como la quisiste.

Me despedí de ella sin pena ni gloria; hasta tuve suerte: Me había presentado vestido como un pordiosero, a como lo hacía yo antes, así que no la quedaría ganas de volverse acordar de mí.

-.: ¿Sabes?.

-.: ¿Qué debo saber?.

-.: No sé si decírtelo.

-.: ¿Por qué no?.

-.: Me da miedo; aparte no sé si es lo que pienso: Yo no entiendo.

-.: ¿Qué tienes que entender?.

-.: Si es o no es.

-.: Suéltalo ya de una vez.

-.: ¿Pero si es; vamos a partes iguales?.

-.: ¡AH!, vamos. Tráelo para acá.

-.: Me lo he encontrado aquí cerca . . . Toma.

-.: ¿Dónde te has encontrado esto?.

-.: En la calle; aquí cerca.

-.: ¿No ha sido en un bar?.

-.: No señor: Ha sido en la calle, como le digo.

Tuve mis problemas, pues resultó ser un policía, el que me hizo esperar allí a la patrulla de la Policía Nacional, la que me llevó a Comisaría registrándome en los archivos, haciéndome un sinfín de preguntas.

-.: ¿Dónde iba a colocar esto?.

-.: Le he dicho, que me lo he encontrado.

-.: ¿Quien se lo ha dado?.

-.: La providencia.

-.: ¿Donde está esa señora?.

-.: Se encuentra en todas las partes.

-.: ¿Qué enlaces tiene usted?.

-.: No entiendo.

-.: ¿Me toma por imbécil?.

-.: No señor.

Logré eludir a la justicia por aquella vez, o por lo menos así lo creía yo, ya que no se volvieron a meter conmigo nunca más. Me propuse hacerlo lo mejor posible y Aurora servía como de pantalla para que la luz de la misma no se me viese a mí.

-.: Ten cuidado; es importante el alijo que hemos recibido: No lo vayas a echar a pique.

-.: No te preocupes, mujer: Soy consciente de mis actos.

-.: Así lo creo.

-.: ¿Sabes que cocinas bien?.

-.: Gracias.

-.: ¿Has estado casada alguna vez?.

-.: Viví durante tres años con un hombre.

-.: ¿Qué pasó?.

-.: Se cansó de mí.

-.: ¿Sencillamente?.

-.: Y tan sencillo. No tiene por qué aguantar una persona a ora, si ésta es impertinente con ésa una.

-.: ¿Tú lo fuiste?.

-.: No lo creo. Se cansó: ¿Claro que tiene que haber sido por algo?.

-.: ¿Y ahora?.

-.: Estoy viviendo contigo.

-.: Me agrada oírlo: Lo celebraremos esta noche.

-.: No corras tú mucho; cuando te hagas acreedor a mi persona.

-.: ¿Escrúpulos?. Es lo más sencillo del mundo: Vives con un hombre, es bueno que te entregues a ése hombre.

-.: Dame confianzas y tiempo.

-.: Todo el que tú quieras.

Hicimos una operación buenísima, ya que como dije, ganamos en común cien millones de pesetas; que repartidos entre todos los de la red, a mí me tocó treinta y siete kilos de ellos.

Me vi con dinero en la mano una vez más y tenía que volver a representar el papel que siempre me había correspondido: El de hombre rico.

Como lo pensé lo hice; fui a visitar a mi amigo Sierra con el firme propósito de hacer sociedad: Encontré a éste un poco reacio, pero por fin accedió a escucharme.

-.: Mis actos, se encuentran delimitados, ya no soy el que era.

-.: ¿Te has metido en algo malo?.

-.: ¡Peor!.

- .: ¿Cómo ha sido?.
- .: Ahora me sientan en un sillón de diputado.
- .: ¿No me digas que te has dejado incautar?.
- .: Como te lo cuento.
- .: ¿Tendrás dobles amigos?.
- .: A todo mi grupo y hasta un Ministro.
- .: De eso te quiero hablar.
- .: ¿Del Ministro?.
- .: En parte. Quisiera: ¿Cómo se dice?.
- .: No sé a qué te refieres.
- .: Invítaros a una montería.
- .: ¿Sabes lo que te va a costar?.
- .: Millones.
- .: ¿Pero bastantes?.
- .: No me importa; tú llévame al Ministro.
- .: ¿Qué coto vas alquilar?.
- .: Hablaré con la Asociación de Cazadores en el casino el mejor que ellos me digan.
- .: Has lo que quieras.

Mi idea era sencilla, tener amistades en las altas esferas sociales, las cuales me servirían de mucho; para ello tendría que desprenderme de los primeros millones ganados a espaldas de la justicia.

¡Pus sí señor!: Se celebró la montería y por aquellos contornos no se veía mas que motoristas a todo terreno y coches de la Guardia Civil. El señor Ministro se encontraba allí; amén de varios diputados y lo mejor de la sociedad española; pagué fuerte aquella vez; al que le gusta la caza no repara de quien la patrocine: Allí va.

Ni decir tiene que me quedé bastante apurado, a no ser que de inmediato me llegó otro alijo de drogas, las que me costó colocar, pero por fin lo hice.

Tenía el pensamiento claro; ya que escribí al señor Obispo, presentándome como uno de los mayores fieles, al servicio de la Iglesia, ofreciéndole la construcción de una Capilla.

Después de subir gradas y pasar un corredor con varias habitaciones, llegué a una de ellas, donde existía un mostrador y dos sacerdotes en sendas mesas, sentados detrás de el.

-.: ¿Es usted el que ha pedido audiencia para hablar con Monseñor?.

-.: Sí, padre; yo soy.

-.: Espere un momento, hermano.

Éste Sacerdote, se entró en un cuarto cercano, saliendo al poco tiempo para indicarme que podía entrar hablar con el señor Obispo.

-.: Tendré que consultar, hijo.

-.: Yo creía que Monseñor, no tendría que consultar?.

-.: Siempre es grato, que los feligreses ayuden a la Iglesia, es estimulante para nosotros los religiosos en Cristo; pero mi poder es delimitado: ¿Ya

sabe?; la construcción del Ayuntamiento, los mismos peritos, el terreno y hasta la misma Curia: El mando.

-.: ¿Tardarían mucho?.

-.: Son tramitaciones de papeles: ¿Dios lo sabe?.

-.: Con tal de que se edifique la Capilla, quedaré conforme; es un deber por mi parte.

-.: Creo, hijo; que tu celo hacia la palabra Divina y a lo religioso, dejará de que dirija la Iglesia en todo.

-.: En todo; señor obispo.

-.: Así sea, hijo.

Salí de aquel palacio antiguo, aunque moderno en construcción; pues se había edificado por dentro a la antigua usanza.

Desde luego dejé hacer, pero ayudado por la Jurisprudencia Constitucional y por sus leyes, la Capilla se transformó en Basílica, hasta el punto que cuando se estaba bendiciendo, el señor Ministro, tuvo por menos que exclamar.

-.: ¿Después dicen: Las Iglesias de antes y las Catedrales; cómo se construyeron, sí son enormes?. En estos tiempos una Capilla es como una basílica de entonces.

-.: Me halaga usted, señor Ministro.

-.: Me has complacido dos veces, Roberto: ¿Es ese tu nombre?.

-.: Sí; señor Ministro.

-.: ¿Creo que nuestra amistad progresará?.

-.: Así lo espero yo también, señor Ministro.

-.: Sierra; despídeme del resto: Tengo que despachar.

La semilla estaba sembrada: No sabía si había caído en tierra buena o en roca; lo cierto es, que las personas santas, de corazón puro y limpio siempre lo agradecerían.

Ahora no quedaba más que traer un buen cargamento de drogas y distribuir las con mucho cuidado por la geografía nacional: Estudié su posición y comprendí, que el incauto sería el populacho, el hombre poco culto; de modo que en las regiones más deprimidas, nos saciamos hasta no poder más.

El dinero llama al dinero y lleno de confianzas en sí mismo, me fui allá; en donde nuestra religión se confunde para dominar la Mahometana, donde Alá es grande a la vez y los valles son fértiles en la siembra de alguna planta olorosa.

-.: Bien venido al buque, señor.

-.: Gracias.

-.: Soy el Capitán de la Nave: Si le hace falta alguna cosa, no tiene usted mas que comunicármelo.

-.: Se lo vuelvo agradecer.

¿Qué si me hizo falta?: De todo; nada más que aquel cascarón de nueces se puso en navegación, me pasó lo más increíble.



Parecía que la tripulación entera se había conjurado en contra de mi persona: Dos empleados del barco me perseguían por un corredor, logrando llegar a mi camarote para encerrarme en él.

Creí que se había puesto guardia en la puerta de mi camarote y en un descuido de ésta, logré salir a cubierta, observando a la mayoría de la tripulación en ella, como vigilándome enteramente.

Sabía por donde se iba a la Oficina del Capitán y también sabía que éste se encontraría allí: De modo que me fui aproximando a la puerta poco a poco, para no asustar a los pasajeros del buque, saliendo al trote una vez hube alcanzado la entrada. A duras penas logré llegar delante del Capitán.

-.: Quédese aquí quieto, voy a pedir ayuda.

-.: Ampáreme.

-.: Es raro lo que usted me cuenta; no obstante voy averiguar lo que existe de realidad en la narración que me ha hecho.

Al salir tomó una llave de una caja que existía encima de su mesa y cerró detrás de sí: Me pareció cosa rara.

Miré dentro de la caja: Todavía existía una segunda llave; la cogí comprobando con una velocidad de espanto en qué cerradura trabajaba mejor.

Era en el cuarto de batalla del Capitán: Allí existían todas las clases de armas y de hampas, como para llegar a los confines más inéditos del mundo.

Cerré bien la puerta y me puse a esperar acontecimientos, los cuales no tardaron en producirse.

Me coloqué una gorra y la guerrera del Capitán, una vez que miré por la cerradura viéndolos charlar a todos rodando la mesa del jefe, pero a éste no le vi.

Salí con cuidado, aprovechando lo que estaban tramando y me senté en una mesa que había cerca de la pared para que se me viesen los pantalones: Uno de ellos se acercó a la puerta.

-.: Está abierta.

-.: ¿Qué dices?.

-.: Se ha escapado por el ojo de buey.

-.: ¡Imposible!.

Vi como salían todos corriendo hacia la cubierta; me creían allí, yéndome a mi camarote y cerrándome en el.

-.: Por favor, abra usted. Es un mal entendido por su parte.

-.: Señor Roberto: Salga, por favor, se lo manda el Capitán.

-.: Estamos ya en puerto.

Miré por la ventana del buque, con la mala suerte que seguro me había cogido la parte que miraba al mar; así estuve un momento hasta que vi cruzar a una pequeña embarcación delante del barco, pensando que si esa pequeña máquina nos podía pasar, sería porque aquel cascarón estaría parado.

Me pidieron toda clase de perdones y disculpas, haciéndome comprender que todo había sido un mal entendido por mi parte.

El Sultán: Un Sultán alegre y confiado al parecer, pero con mucha sagacidad para darse cuenta de con quién trataba; escudriñaba hasta en lo más profundo de tu Alma.

Me vi con él en un bar de lujo, al cual era asiduo y buen cliente de él, a mi parecer; vi como todo el personal contratado al servicio del bar le obedecían ciegamente.

-.: He visto su palacio, señor: No comprendo por qué me ha citado aquí.

-.: Es de mi propiedad este bar; me encuentro en el mejor que en mi casa.

-.: ¿Será de lujo?.

-.: ¿Lo dice usted por las mesas de juegos?.

-.: Sí señor.

-.: Es para que usted se gaste unos cuantos dólares esta noche en ellas, antes de salir mañana para ver al Maharajá.

-.: ¿Saldré de aquí?.

-.: No del sultanado: Le espero a las cinco de la madrugada.

-.: Trabajan ustedes temprano.

Pude ver como era una sala de juego, supe de aquellas mujeres y de su licor; pero también supe de algunos barrios de la ciudad: Miseros y pobres.

Fui acercándome a la casa del sultán, cuando me salieron dos mastines a mi paso; dichos animales parecían tener hambre de quince días, ya que me

querían devorar vivo, sino hubiese sido por la contraseña no estaría ahora narrándoles a ustedes dicha historia.

En un coche a todo terreno, visitamos los campos sembrados de Opio y demás drogas similares, hasta llegar donde se encontraba el Maharajá, o Jalifa como algunos decían.

Esto sí que era un palacio, todo cubierto de mármol y a todo lo largo de los pasillos: Sirvientes. Ningún paso franco si antes no te identificabas, mil vericuetos hasta llegar a su jefe.

-.: Eres intrépido; mereces que te encomiende una pequeña tarea.

-.: Pequeña no, señor; mándemela a mi talla.

-.: ¿Cuál es tu talla?.

-.: Un alijo de millones.

-.: ¿Cuántos?.

-.: Mil.

-.: Mil para que tú los distribuyas y otros tres mil para que los pases a la nación que yo te diga.

-.: No acepto: Es peligrosísimo y sin enlaces en el extranjero mucho más.

-.: No hay acuerdo entonces.

-.: Le digo que es peligroso.

-.: Apáñeselas como pueda.

-.: ¿Y si me cogen?.

-.: Sencillo: Paga usted esos millones o nos entrega la vida.

-.: Sigo diciendo que es peligroso.

Peligroso y todo, acepté la propuesta sin saber cómo: Lo primero que hice fue llegar a España; escribí una carta y contraté una avioneta de gran autonomía para trasladarme a dicho país como turista.

Fui revisado a la salida y a la entrada, ya que iba acompañado del personal femenino del sultanado.

Claro que pasamos los tres mil millones de pesetas en drogas; una cantidad de kilos considerables; los llevaban las chicas en el yeyuno. No esperé, volví al punto de origen para pasar a la Península Ibérica con chicas primordiales; quiero decir, con un alijo de mil millones en pesetas de drogas.

-.: ¿Te has vuelta ahora sultán?.

-.: Calla, Aurora: No hables fuerte.

-.: ¿Si me dices que todas esas van a vivir con nosotros, chillo?.

-.: No mujer.

-.: Menos mal que usaste el nombre que rigen en el buzón.

-.: Por algo te he puesto un nombre fingido en el.

-.: No ha habido fallo: Me dabas toda clases de detalles, en forma de mensaje en tu carta y aquí estoy.

-.: Uno pude cometer.

-.: ¿Cuál?.

-.: Un fallo: Por poco te certifico la carta.

-.: ¡Tu padre!. ¿Quién la hubiese firmado?.

Gané con dicha operación lo bastante para no complicarme la vida y no pasar alijos tan fuertes. Me dieron una parte de las ganancias en el extranjero, mas lo que yo me saqué en la península, vendiendo el grano a precio de oro.

Mi idea era una y estaba ya echada; me haría otra vez de una constructora y bastante potente, pero sin salir de mi piso hasta que no aparentase ganar lo suficiente como para ello: Así que empecé poco a poco y a lo primero hasta pidiendo un pequeño préstamo.

Se decía ya por el mundillo financiero, que yo tenía mucho dinero y el fisco no me perdía de visa.

Para dar paso al capital, necesitaba una financiera, buscando de inmediato alguna que estuviese a punto de pera: Por suerte sí la había, estaba a pique de la banca rota; no me interesaba comprarla, pero me lancé a ello.

-.: Sierra; es un favor que te pido.

-.: Compréndelo, me es muy difícil acceder a lo que me pides.

-.: Es saber cuántas pérdidas en el sistema económico tiene la financiera que te acabo de decir.

-.: ¿Sabes una cosa?.

-.: ¿El qué?.

-.: Esa financiera, fue la tuya.

-.: Razón de más para comprarla.

Me sentía más cubierto, con la financiera, así daría paso al capital ganado y al que estaba ganando.

-.: ¿Quién es el secretario general?.

-.: Yo señor.

-.: ¿Cuánto déficit presenta la balanza de pago en régimen total?.

-.: Ciento veinte millones, señor.

-.: Será cubierto de inmediato; por ahora los préstamos se harán a los que necesiten un piso con un tope máximo; o sea, que ellos pongan dinero por su cuenta.

-.: Como quiera usted, señor. ¿Quiere ver las dependencias?.

-.: Sí; se lo agradezco.

Estaba todo igual que cuando yo lo dejé; el edificio no había cambiando mucho las personas, aunque existían algunas desconocidas, la mayoría eran las mismas de antes.

Allá; en un lugar de secretaría encontré a la señorita Encarna, con la cabeza baja y sin querer hablar una sola palabra.

-.: Señorita Encarna.

-.: Señor.

-.: Con el respeto que usted se merece: ¿Quiere volver a ser mi secretaria?.

-.: Con ese respeto, sí Don Roberto.

-.: Entonces; vuelva a ocupar su viejo puesto, por favor.

-.: Como usted mande.

Ordené construir solamente edificios de deportes o de una sola entidad personal; supe anteriormente, que tales edificios daban unos dividendos sustanciosos; yo lo que quería era formar una empresa fuerte en poco tiempo

Logré en varios meses, unos siete, hacer un bastión fuerte de su economía a mi empresa, ya que empecé a compensar, como antaño por otro banco, imponiéndole ochocientos millones de pesetas, teniendo un remanente de mil doscientos en tesorería.

No me conformé con el asunto, mis intenciones iban más allá y visité un día a mi amigo Sierra.

-.: Tengo que hablarte seriamente, Roberto.

-.: ¿Tú me dirás, Sierra?.

-.: Estás haciendo polvo a tu mujer.

-.: ¿Dime por qué?.

-.: Saliste en el periódico al pie del señor Ministro en la bendición de la Capilla, a la que se le ha concedido el nombramiento de Iglesia y se creó que no parará ahí la cosa.

-.: ¿Y qué?.

-.: Más tarde, logras formar otra empresa constructora y compras tu misma financiera.



-.: Esta vez va a ser mortal para ella.

-.: ¿Dime cómo?.

-.: Vengo a comprar el veinticinco por ciento de vuestras Acciones.

Dio un salto hacia arriba, levantándose en vilo de su asiento, mi amigo Sierra.

-.: No digas, que piensas hacer lo que creo.

-.: ¿El qué?.

-.: ¿Tienes tanto dinero como para ampararte al abrigo de esta gran empresa nacional y no ser visto?.

-.: Te confieso la verdad, Sierra; si logro emplear aquí el poco dinero que me sobra, no tengo que declarar el total al fisco.

-.: ¿Qué lo crees tú eso?.

-.: ¿AH, no?.

-.: Claro que no: Tendrás que declararlo.

-.: ¿Si es de la empresa?.

-.: ¿Pero y los beneficios?.

-.: Claro.

-.: Tendrás que presentar una declaración de bienes.

-.: ¿Pero si vengo con el dinero?.

-.: Es igual.

-.: ¿Quién verá tal operación pericial?.

-.: El consejo en pleno.

Así lo hice, obteniendo el veinticinco por ciento de las Acciones de dicha empresa a buen precio. Lo cierto era que mis actividades en el tráfico de drogas no dejó y pedí a la misma Aurora ayuda para ello en un alijo de mil seiscientos millones de pesetas; montándome, como se suele decir en el dólar.

Pasó el tiempo, con el, el aumento de mis intereses; tomando el pulso al poder que tenía y aunque vi que podía hacer alguna cosa, no era mucho por ahora, la fuerza política que dependía de mí: Así que lo que pensé no lo hice. Pero me aproveché en una mala operación que hizo la empresa para que me concediera un tope del setenta y cinco por ciento de las Acciones, sumadas las que ya poseía en mi poder.

-.: Señores: Aconsejo comprar unas empresas de construcciones, que previamente les daré a conocer, después que se haya hecho su estudio detallado socialmente y como están económicamente.

-.: ¿Sería hacer una reunión de empresas?.

-.: Es lo que pretendo.

-.: Es tanto o más peligroso que enfrentar a dos ejércitos.

-.: ¿Lo cree usted así, señor Mateo?.

-.: Sí, señor Roberto.

-.: El pueblo unido jamás será vencido.

-.: ¡Ahí iba yo!.

-.: Al obrero: Si los une usted y no deja que sean ellos, se desinfla su furor.

-.: ¿Y las reivindicaciones?.

-.: Son más numerosas.

-.: ¿Entonces?.

-.: Pero a la vez más simples: Sobre eso, sobre eso; nada en particular. Se lo podemos dar.

-.: Terminarán comiéndonos por los pies.

-.: No lo crea, señor Herrera; en esta reunión de accionistas, hay un solo pensamiento. Estar unidos compactamente: ¿Verdad?.

-.: Si.

-.: Quien nos terminaremos deshaciendo es un empresario a otro sino tenemos el punto de vista de las cooperativas empresariales.

-.: ¿Multinacionales?.

-.: Totalmente. Son las que mandarán el Mundo el día de mañana; en general ya lo están haciendo: Manda el dinero. Siempre que hay una sola Multinacional en un país: ¿Qué creen usted que existe?.

-.: Pues . . . ¡Hombre! . . .

-.: Ya se sabe.

-.: Ninguno de los dos me ha contestado: Ni el señor Mateo ni el señor Herrera. ¿Puede el resto contestarme a mi pregunta?.

-.: Pues . . . No se sabe . . . Se cree . . .

-.: Existe dictadura: Una dictadura. ¿Cuándo hay dos o más multinacionales en dicho país, qué existe?.

-.: ¿ . . . ? . . . .

-.: Silencio absoluto . . . : Existe una democracia; de ahí la importancia de crear multinacionales que contrarresten el peso de las otras.

-.: Usted lo que está creando son estados: Mueve capital y obreros suficientes como para formar cuerpo jurídico estatal.

-.: Perfectamente, señor Sierra.

-.: ¿Es su experiencia?.

-.: Se lo puedo decir: Es el trabajo de toda mi vida. Observen el personal a nuestro mando: Médicos, telegrafistas, encofradores, ambulancias, emisoras de radio, periódicos, locomociones de todo tipo, talleres mecánicos, obreros especializados, sin especializar, marchantes, enlaces, maquinaria de todo tipo, dinero . . . Y un sin fin de cosas más que aglutinan todo el contingente de personal de medios de obra en ésta empresa; y aun me atrevería a decir que hasta funcionarios. ¿Dígame, si esto no es un estado?.

Quedó claro, que era necesario reforzarse hasta los dientes, como vulgarmente se dice; así que compramos las empresas que los anuncié previamente, después de un minucioso estudio detallado de su situación económica, política y social de cada una.

Creo que me salí fuera, un poco de los estudios económicos y no las tenía todas conmigo; así me lo dijo un día Sierra.

-.: Roberto: No has convencido ni mucho menos.

-.: No he explicado cosa fuera del alcance, hoy por hoy, del ciudadano de clase media.

-.: Sí; pero no has convencido.

-.: ¿No lo dicen los libros de economía: Sencillamente por eso?: Lo siento.

-.: Yo estoy también reacio a creerte, aunque te comprendí: No hablaremos a nadie de lo tratado el otro día en reunión.

-.: Es conocido que estás a favor del capital; pero también te pones a favor del obrero.

-.: Duro fracaso si no defiendes al obrero.

-.: ¿Por qué?.

-.: Terminan comiéndose al más pintado.

-.: Acepto la tesis, de que es el obrero . . .

-.: ¿El carnívoro? . . . No. Es la empresa por la empresa; el obrero es pacífico hasta que no dañes sus intereses.

-.: Bueno. A otra cosa. Yolanda te quiere ver.

-.: ¿En qué condiciones o medio?.

-.: No ha puesto condiciones, es más bien medio: En mi casa.

-.: Dile que ya la diré yo cuando tiene que ser: Que acepto.

-.: ¿Chico; si quiere verte pronto?.

-.: No se lo digas: Me tengo que preparar espiritualmente antes. Dila que pondré la fecha en que tendrá lugar nuestra cita en tu casa.

-.: Como quieras, Roberto; tú sabes lo que haces.

-.: Por eso.

Yo perdonaba; pero había hechos que no se podían olvidar y el pago que me había dado Diosdado fue pésimo: No podía reconciliar el sueño, hasta que un día llegó a mi oficina Pedro, el que había sido guarda de las Tierras Altas.

-.: ¿Qué te trae por aquí?.

-.: Vengo a pedirle trabajo, Don Roberto.

-.: ¿Qué hay por el pueblo?.

-.: El señor Diosdado es, hoy por hoy, el amo de aquella villa.

-.: ¿Se porta bien?.

-.: No sabe ser señoriíto, le falta mucho: Tiene una buena cosecha de cereales este año y no hay quien le tosa.

-.: Se le podrían calmar los humos.

-.: ¿Cómo, Don Roberto?.

-.: Malográndose la cosecha.

-.: Un granizo, una mala tormenta.

-.: ¿O una mano que lo provocase?.

-.: . . . ¿Se ganaría algo con ello?.

-.: Dinero.

-.: ¿Cuánto?.

-.: Doscientas.

-.: ¿Trescientas?.

-.: Vale.

Desde luego que se le aplacaron los nervios; ardía la cosecha por varios sitios a la vez y no hubo manera de apagar aquel fuego tan horrendo como se formó.

Aun me quedaba saldar cuentas con otro rufián, a mi parecer; otra persona que se había portado malamente conmigo: El contratista.

Sabía los gustos de éste y en un descuido suyo hice sacar varias fotografías, certificándoselas a Yolanda: Todavía no me había quedado satisfecho, cuando llamé a uno de mis distribuidores en drogas.

-.: Isaías: ¿Cómo va el mercado?.

-.: Mal, jefe. Los grises nos tienen copados.

-.: Era antes.

-.: ¿El qué?.

-.: Eso de los grises: Ahora es la Policía Nacional.

-.: Como usted diga, jefe. Pero lo cierto es que cada día me veo más preocupado: No coloco ni un gramo que no estén ellos.

-.: Mal asunto.

-.: ¿Por qué?.

-.: Para lo que te voy a mandar.

-.: Si por lo menos tuviese otro compañero; pero usted y yo solos, no veo muchas salidas.

-.: ¿Puedes colocar un alijo en un coche?.

-.: Eso es fácil, jefe. ¿Quién nos dará el dinero?.

-.: Me lo darán a mí y yo te doy tu parte, una vez que cobre.

-.: ¡Hecho, jefe!. ¿En tal caso; a quien pincho?.

-.: Ya te lo diré yo.

-.: Como usted quiera, jefe.

Él se encargó de dar el chivatazo a la policía y todo se hizo a la perfección; metieron en prevención a mi contratista, hasta que se aclaró el asunto. Un mes después me llegó éste al despacho para hablarme de su trabajo con aires de pocos amigos y creyéndose alguien importante; una de las empresas compradas por mí era donde trabaja él.

-.: ¿Vengo a ver por qué no se me da trabajo?.

-.: Compréndelo, hombre; aquí somos todos muy respetuosos a la ley.

-.: Y muy cornudos.

-.: No quise decir antes que somos muy decentes por no insultar.

-.: Y una . . . Bueno; tú sabes lo que te quiero decir.

-.: Hace un mes que no trabajas. ¿Has gastado todo el dinero que tenías ahorrado, o es que no tenías ninguno?. Sino ahorras, lo siento: Yo sí ahorro.

-.: ¿Qué quieres decir, Roberto?.

-.: Que tenía personal a pie, queriéndome; se ajustaban a lo suyo.

-.: Siempre has estado en la cumbre.

-.: Algunas veces he caído,. ¿De donde viene ahora ese tuteo, por tu parte?.



-.: No se ni lo que me hago ni lo que digo: Pero como no te hagas acreedor al don, yo no te trato con tanta dignidad como crees merecer.

-.: ¿Aquí quien tiene la sartén por el mango?.

-.: Te contesto sin pensarlo: Soy yo, que tengo a tu mujer.

-.: Te equivocas.

-.: ¿No digas?.

-.: Lo que me oyes.

-.: ¿Tan pronto la has dejado de querer?.

No hubo respuesta a su pregunta, en cambio sí le hice un desaire volviéndole la espalda saliéndome de la oficina sin decir adiós: Entró en ella Encarna, previendo lo que pasaba.

Mi amigo Sierra: Una tarde espléndida se encontraba nerviosos, dando paseos por el despacho de su casa en espera de que llegase mi señora Yolanda y en presencia de mi compañía.

El reloj que había en la chimenea francesa, hacía su ruido característico con más fuerza; se le oía con más intensidad cada minuto que pasaba.

Las flores, que radiaban su esplendor en el jarrón de la consola, ya no ofrecían sus maravillosos olores al ambiente etéreo, para recrearme con su dulzura y agraciarme con su bondad y ternura de la naturaleza.

La puerta semiabierta, terminó poniéndose de par en par cuando la silueta, un poco decadente de mi mujer, se dejó perfilar en el quicio de la misma entrada.

Entró, cerrando tras de sí la puerta y avanzando despacio hacia el centro; tomó de la mesa un cigarrillo y acariciando un vaso, lo elevó en el espacio y estirando el brazo me lo presentaba a mí en señal de que hiciese el favor de llenarlo.

Me levanté, cogí el mechero encendedor de la mesa del despacho, quitándola el cigarrillo de la boca, le encendí con mucha suavidad, devolviéndoselo de inmediato. Le indiqué a Sierra, con un gesto vago, que hiciese él favor de servirla él la copa.

Nada se dijo, nada se pronunció por aquel momento: Sentados unos frente a otros, nos mirábamos sin pestañear; hasta que por fin rompió la monotonía mi amigo Sierra.

-.: Creo que os dejaré hablar a solas: No me concierne lo vuestro.

-.: Quédate, Sierra.

-.: Sí, quédate.

-.: Está bien; como queráis.

-.: ¿Sabes el pasaje de la Samaritana, Roberto?.

-.: Recuerdo su forma, pero no sus actos.

-.: Son iguales que los míos en otra posición.

-.: Con una sola excepción; que la comedia antaño tuvo un solo acto.

-.: ¿Pon en ésta los actos que te parezcan?.

-.: No; con los clásicos tengo bastantes: Tres nada más.

-.: ¿Por qué tres?.

- .: Primero, causas; segundo, desarrollo; tercero, consecuencias.
- .: Me gusta saber la última.
- .: No tiene aliciente sino sabes las dos primeras.
- .: La sé.
- .: ¿Sí?
- .: Mala y zorra.
- .: ¿La tercera?
- .: Fulana.
- .: ¿La temática a desarrollar?
- .: Una mujer pecaminosa, con todas clases de aberraciones morales, se hunde en el fango del pecado para ver la realidad de la vida y recapacita posteriormente: Quiere redimirse.
- .: ¿Cuánto costará tal redención?
- .: ¿Roberto?
- .: Perdona; te lo enfoco desde otro punto de vista, desde otro ángulo facial más abierto: ¿Qué me reproducirá a mí, satisfacción o amargura?
- .: La Samaritana no tenía pretensiones de grandeza y se inclinó a lavar los pies.
- .: ¿Tú a quien ibas a lavárselos?
- .: ¿No te entiendo?
- .: Sí, mujer. ¿A qué lado te inclinarás; si hacía mi persona o hacía mi bolsillo?:

-.: Nunca me has sido grosero. Es inútil seguir hablando contigo; me voy.

-.: Te pediré un taxi: ¿Por qué has venido en taxi, verdad?.

-.: No te equivocas, Si fueses un caballero, me prestarías tu coche y el chofer.

-.: Son para mí, para llevarme donde yo quiera. A ti te pido un taxi. ¿Y otra vez háblame de los hijos?.

-.: ¿No sé que tengamos algunos?.

-.: Claro, has roto tú la familia.

Quedé satisfecho, al saber que a ella tampoco la hacían caso los hijos; nos habían olvidado como se olvida a un amigo secundario, como a una persona que nada tiene que ver con tu vida.

Mi amigo Sierra, me anunció que habían decaído mucho: Tuvieron que vender el coche y hasta el chalet; como no ahorraban nada, se encontraron mi mujer y el contratista, sin ninguna clase de recursos económicos. No vino, mi mujer, ni mucho menos arrepentida, más bien vino a por un coche o a por un beneficio honroso para ella.

Sin esperar lo murió el marido de la señora, mi vecina; yo me encargué en general de todo el entierro y hasta esperé que se fuesen los dolientes para hablarla al respecto.

-.: Aquí; aquí voy abrir una puerta, en este tabique.

-.: ¿Qué dice; se ha vuelto loco?.

-.: Estoy en mis cabales. Sí señora; aquí voy abrir una puerta.

-.: ¿ yo que lo voy a consentir?.

-.: ¡A callar!. Desde mañana los niños irán internos al colegio.

Llegó por la mañana y me presenté en casa de la buena señora por el balcón, ya que no me quería abrir la puerta. Se encontraban los niños desayunando y como me conocían, uno me invitó para que me sentase a la mesa.

-.: Gracias, pequeñín; yo hoy lo he hecho.

-.: ¿Pero no te lo ha preparado mi mamá?.

-.: Vosotros vestiros.

-.: ¿Es que vamos ir a ver a mi papá?

-.: No niña; te voy a llevar a un colegio para que te eduquen y saques una buena carrera.

-.: Qué bueno eres, tío Roberto.

-.: ¡Niños!.

-.: Déjales.

-.: De aquí no salen mis hijos.

-.: Irás tú también, para hacer la presentación.

-.: ¿Si el colegio hace dos meses, que empezó?.

-.: Te los cogen a los críos, siendo internos; están pendientes de que alguien lleve a los chicos.

-.: No se van de mi lado.

Vaya que si se fueron al colegio aquellos críos: No tardé en llevar un albañil; uno de esos que hacen chapuzas por las casas. Llamé a la puerta, quedando a dicho señor frente a ala mirilla y cuando abrió la señora, di un empujón fuerte abriendo de golpe.

Sin pensarlo me fui al salón y dando una gran palmada en el tabique, dije en voz alta.

-.: Hágalo aquí; sobre este tabique.

-.: Está bien, como usted mande.

-.: ¿Pero bueno; es que no va a estar una tranquila en su casa?.

Diciendo estas palabras, la señora, se dejó caer en un sillón viendo inmóvil y sin saber por donde la venía todo esto, veía cómo aquel individuo abría brecha a través de la pared hasta que por medio de un boquete, se observaba perfectamente mi comedor. Lo que tardó en estar lista la puerta, logré yo en llevarme a dicha señora conmigo.

-.: ¿Qué significa esto?.

-.: Estoy mudando mis trajes a tu cuarto.

-.: ¡AH!; ni pensarlo.

-.: Si vamos a vivir juntos; es la mejor manera de desarrollar la convivencia.

-.: Tú a tu casa.

-.: Me alegra el tuteo: Eso es que quieres.

-.: Sino se va, llamo a la policía.

-.: Hazlo si quieres, mujer. ¿Qué le vas a decir de la puerta que tenemos en común?.

-.: Cerdo, guarro.

-.: Es a lo primero.

-.: ¿Después, que es: Cochino, marrano?.

-.: A lo primero; te dará un poco vergüenza.

-.: Un poco, bastante.

-.: ¿Cómo sino hubiésemos hecho el amor nunca?.

-.: Compréndeme, soy una mujer.

-.: Vamos.

-.: ¿Dónde va?.

-.: A la cama; no creo que vayamos a estar aquí toda la noche.

-.: ¿AH!; eso sí que no.

-.: ¡Vamos!.

-.: Como le alcance con la punta de mis pies ahí, voy hacer una tortilla con ellos.

-.: Señora; ya está bien. Véngase a la cama de una vez.

La agarré por el brazo y la llevé a la alcoba; ella se quitó sin saberlo el jersey y se quedó con el vestido solamente, presentando mejor figura que yo la había visto nunca.

La invité a que se acostase, con una señal del dedo no accediendo ésta: Me aproximé a ella y la desabroché la corredera del vestido, este fue

cayendo poco a poco por sus hombros hasta presentar la ropa interior; yo mientras tanto me desnudé del todo y dándola un tirón fuerte de la bata hacia abajo, esta se desplomó en tierra.

No había quien la agarrase corriendo por la habitación, como una loca; tropezando con los muebles y a punto de hacerse daño.

-.: ¿No hay quien me salve?. ¿No hay quien me salve?.

Se sentó sobre la cama extenuada y llorando como una cría; yo fui a consolarla, mientras la quitaba sus dos prendas interiores sin que apenas se diese cuenta: En poco tiempo estaba completamente desnuda.

Me llevé un dedo a la boca en señal de que se callase y con la palma de la mano extendida la pedía confianzas mientras que con mis partes locomotivas e innobles a la vez, me fui echando sobre ella hasta apretarla fuertemente.

Sus ojos me miraban fijamente, abrió su boca con un ¡UF!, UF, yo me dejé caer del todo sobre su cuerpo disfrutando más que un guarro en una charca.

Desde aquel día vivíamos juntos, haciéndome ésta señora la vida feliz y agradable; como les dije, se convivía muy bien con dicha mujer.

Mi posición en la vida estaba ya marcada, con dicha señora no me faltaría de nada; ahora tenía que asegurar el bienestar a mis hijos: Armando, que se encontraba en una sucursal de mi empresa, le elevé a la secretaría general en la sección jurídica, a Enrique le hice miembro del consejo



administrativo de la empresa, acreditando a los dos con Acciones como para que fuesen ellos los que llevasen la dirección.

Me equivoqué con mis hijos, ya que uno detrás de otro se me presentaron a darme las quejas.

-.: Papá.

-.: ¡Hola!, Armando.

-.: Estaba a punto de ascender por mis propios méritos a la administración general de la financiera.

-.: ¿Pero no a tal puesto?.

-.: Y que lo digas: Ya hubiese yo llegado a su debido tiempo.

-.: ¿Antes de yo morirme?.

-.: ¿Quién ha hablado de muerte?. Ya hubiese llegado yo a tal puesto buenamente, en su debido tiempo,

-.: ¿Si es porque no sabes; ya te enseñarán?.

-.: Es una de tantas causas por la que no te lo agradezco.

-.: Lo mismo yo, Armando.

-.: ¿Enrique, hijo?.

-.: Ninguno de los dos te lo agradecemos.

-.: ¿Por qué?.

-.: Porque antes nos miraban con respeto nuestros compañeros; ahora como a chicos de papá, que no saben donde tienen la mano derecha.

-.: Os lo enseñarán.

-.: Que sea pronto, porque a mí me da vergüenza de no poder valer para gran cosa, en el puesto que me has colocado.

-.: Y a mí también.

-.: ¿Hijos.

-.: Sí, papá; es la pura verdad: La dirección se nos viene larga.

-.: Ahí quieto he dicho yo, que aprenderéis: Tendréis una empresa antes de yo morirme y va a ser esta.

Hacia mucho que no veía Aurora y me fui al club, donde ella trabajaba; satisfecho de ir poniendo al personal, cada uno en su sitio.

Allí se encontraba su figura femenina, vestida como para recrear a los ojos de los demás sus preciosas carnes y aquel atractivo sensible.

No se había percatado de mi presencia; cuando me senté en una mesa lo mas solitaria posible, saboreando un vaso de whisky bien cargado de hielo.

La música era agradable, Una chica de aquel club hizo afán por sentarse a mi lado, parándola las intenciones con el gesto de una mano: Esperaba que Aurora me viese y corriese a mi presencia; lo cual así fue.

Mientras Aurora, se iba aproximando a mi; pensé en lo que la propondría dentro de poco, ya que Diosdado se había criado en casa y tendría la inocencia sin dañar todavía.

-.: ¡Qué sorpresa!. ¿Tú por aquí?.

-.: He venido a verte.

-.: ¿No me digas?. No te creo; a mí no has venido a verme, ha sido a mis servicios.

-.: Te necesito.

-.: ¿Lo ves?. Pero esta noche te tienes que quedar, tenía ganas de tenerte cerca.

-.: Está bien. ¿Quieres tomar algo?.

-.: Si tú me lo invitas de corazón sí; pero si es por mi trabajo no.

-.: Va de corazón.

-.: Un Martini. ¿De que me quieres hablar?.

-.: Un pueblo.

-.: Sí.

-.: Un capitalista imberbe.

-.: Mejor todavía.

-.: Una chica de la capital que le enamora.

-.: Peligra el plan.

-.: ¿Por qué?.

-.: Me quedo.

-.: Mejor.

-.: ¡AH, sí!. ¿Y si la escena llega hasta casar a los protagonistas?.

-.: Entonces la falseta se convierte en comedia realista.

-.: ¿Por qué no costumbrista?.

-.: Lo que se puede enseñar o narrar de aquel lugar en su época es bien poco; creo que debe ser la cenicienta con el príncipe: Romántico realismo, en el momento que suceda.

-.: ¿Beneficios?.

-.: Si la cenicienta logra enamorar al príncipe dormido: Diez millones.

-.: ¿Y si logra casarse con él?.

-.: Veinte.

-.: Por cincuenta, soy yo misma.

-.: ¿Aurora?.

-.: Sí; yo misma. ¿Lugar?.

-.: Extremadura.

-.: Lejos; pero acepto.

Terminamos de tomarnos unas copas en dicho club, saliendo más tarde a otro ambiente más recogido, el de la habitación. Aurora no olvidaba los días que pasamos viviendo juntos, los ratos de gozos y felicidad a la vez, tantos otros de diversiones y los momentos perdidos para vivir la vida juntos.

Por la mañana estaba decaído físicamente, había pasado toda la noche despierto y hacía un momento que llamé a la señora que tenía en casa, para que no estuviese intranquila, la calmé diciéndola: Que a causa de mi trabajo no había podido acudir a casa. Cuando se me presentó mi verdadera mujer en la oficina, inquietándome por ello un poco.

-.: ¡Hola!, Encarna.

-.: Señora.

-.: ¿Qué tal está usted, señorita?.

-.: Bastante bien; ya veo que la señora se conserva de maravillas.

-.: Gracias; debe ser su vista, Encarna.

-.: Se lo digo de verdad.

-.: ¿Cómo estás, Roberto?.

-.: Creía que venías a saludar a la señorita Encarna solamente.

-.: Sálgase un momento, Encarna.

-.: Como el señor quiera.

-.: ¿Tú dirás?.

-.: ¿No voy a ir al lado de nuestros hijos para pedirles un piso?.

-.: No te harían ni caso.

-.: ¡Grosero!.

-.: Ya sabía yo que la cita del otro día era para sacar algo. Tengo unas construcciones de la empresa general, en una buena zona; no obstante te voy a dar varias direcciones para que tú elijas, Aquí tienes.

-.: Pues . . . Esta.

-.: ¿Si es mejor la que acabas de saltar que esta; por qué eliges la zona menos rica, por así decir?.

-.: Estoy más cerca de ti.

-.: ¡AH!: Vamos ya. ¿Te encuentras sola y quieres mi protección?.

- .: Es lógico: Quiero la protección de mi marido.
- .: ¿Después de lo que has hecho; como si nada hubiese pasado?.
- .: Soy culpable y no lo oculto; pero también soy tu mujer.
- .: Pido el divorcio.
- .: No, Roberto; te necesito.
- .: ¿Tú no pensaste, cuando te fuiste con tal individuo, que yo también podía necesitarte a ti y nuestros hijos igual: Por más señas?.
- .: Perdonarme todos.
- .: Yo si te perdono, sé como eres; te criaste siempre como una incauta.
- .: No tengo perdón que valga; pero hacerme la vida más grata, Me muero de soledad.
- .: Lo mismo te podía haber dicho yo.
- .: Sé que vives con una señora.
- .: ¿La tienes celos?.
- .: No: Que Dios la bendiga.

Instalé a mi mujer en el piso que quiso y decidí salir una temporada, como una semana, con la señora que tenía en casa, pues aparte que valía la pena estar con ella, necesitaba más que nunca una expansión cerebral y como no fuese lejos de mi trabajo, no sabía yo donde encontrar dicha evasión.

Fuimos a Galicia y expresamente visitamos Santiago de Compostela, pasando en el Hostal de los Reyes Católicos la estancia, en la famosa plaza

del Obradoiro, cerca de la Facultad de Medicina. .Visitamos las calles: Rua Nueva, la Rua del Villar, Quintana de Vivos, Quintana de Muertos y después de ver la Catedral con el Botafumeiro; nos volvimos a Madrid para continuar camino de Sevilla.

-.: Es precioso este lugar.

-.: Se llama parque de María Luisa.

-.: ¿Qué jardines, qué fuentes?. ¿Qué es aquello?.

-.. Creo que se llama el Cerro del Moro: Ven; vamos a subir.

Entre risas y carcajadas, entre alegría y bienestar, pasamos una mañana alegre, hasta un pequeño zoológico, que existía en aquel lugar logramos visitar. Tan satisfechos nos encontrábamos de nuestras personas y de nuestro vieja, que decidimos quedarnos un día más.

-.: ¿Cómo se llama esta plaza?.

-.: Plaza de España.

-.: ¡Mira!. No me había fijado.

-.: Sí mujer: Son embarcaciones. ¿Quieres que alquile una de ellas?.

Dando la media vuelta a la Plaza existía un estanque en donde navegaban unos pequeños barcos, alquilados por los visitantes de la misma.

Una infinidad de puentes, para que lograsen pasar las personas de parte a parte, de trecho en trecho, se encontraban en todo el contorno de la misma; dividían la perspectiva simétrica de la plaza en dos partes.

Habíamos logrado pasar el primer ojo de puente, cuando estábamos ya cerca del segundo: La señora se intentó levantar y por poco cae al agua; si yo la hubiese agarrado momentos después se hubiese visto mojado toda ella. Como dos enamorados, muy cerca el uno del otro y sujetándola todavía por la cintura, nos mirábamos a los ojos sin quitarnos la vista: Un beso, resonó debajo del puente, un beso de amor, que yo había propinado a la señora.

-.: ¡Me quieres! . . . ¿Me quieres, Roberto?.

-.: No lo dudes, de lo contrario no me encontraría aquí.

-.: ¿Sabes?.

-.: ¿El que?.

-.: Yo te he empezado a querer un poco.

-.: ¿Un poco?.

-.: Bueno: Algo mas que antes.

-.: ¿Estás segura?.

-.: ¿Qué miras?.

-.: Tus pechos.

-.: ¿No me querrás solo por mis carnes?.

-.: No mujer.

-.: No me dejes nunca Roberto: Ya no me hago sin ti; creo que eres mi marido.

-.: Igual me pasa a mí.



Fue una semana de ensueño, al decir verdad no creo que pecásemos en nada: Nos queríamos, sencillamente. Si grato había sido mi viaje con aquella señor; menos halagüeño fue mi llegada a Madrid: Me estaba esperando allí Aurora para hablarme.

-.: ¿Qué significa esto?.

-.: ¿Los cuadros, que a precio de oro alquilaste al chico de los mesones?.

-.: Ya lo sé. ¿Qué me quieres decir?.

-.: Que ni yo soy pintora, ni puedo continuar la falsa con ese pobre chico.

-.: ¿Por qué has venido aquí?.

-.: Creo que su mujer me conoce ya y sabe quien soy.

-.: Esta señora.

-.: Gracias por lo de su mujer.

-.: Es verdad señora, que la quiere mucho; yo no veo diferencia cuando dos viven juntos y se quieren tanto: Son matrimonios.

-.: No sirvo, Roberto: Voy a decirle la verdad a ese pobre chico, o me caso con él.

-.: Si se la dices, no te casarás nunca con él. Dile, que sencillamente has dejado de pintar.

-.: Está bien; pero me casaré con él.

-.: Es uno de los logros, que yo ni soñaba en realizar.

-.: ¿Es el cúmulo de tu maldad; verdad?.

Mientras duró la visita de Aurora en mi casa, la señora que vivía conmigo, había estado poniendo una cara de mártir que no podía con ella.

Al verla salir por la puerta, respiró tranquila como si se hubiese quitando una losa de varios kilos de peso de encima.

-.: Creí que se quedaba.

-.: Soy un caballero. ¿Qué hacía contigo?.

-.: Gracias, Roberto. ¿Por qué tú me quieres, verdad?.

-.: Te lo vuelvo a repetir una vez más: Sí te quiero.

-.: Veo que no te burlas de mí, ni te ríes.

-.: ¿Por qué debía de hacerlo?.

-.: Sé que te puedo ser franca. Acepta lo que te voy a decir o no lo aceptes, pero es la pura verdad y ha sido fruto de nuestro amor.

-.: Me tienes impaciente: ¿Qué es?.

-.: Sino lo das como bueno, pierdes a dos personas a la vez.

-.: ¿A quien?.

-.: A mí y a lo que llevo tuyo en las entrañas.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: Que estoy embarazada.

-.: ¿Cómo lo sabes?.

-.: Me he hecho la prueba y me ha dado positiva.

-.: Sabes lo que te digo . . .

-.: No me riñas.

-.: No; si es que lo acepto.

-.: Roberto: Me siento feliz; soy la mujer más feliz de la vida. Sé que puedo confiar en ti.

-.: ¿Qué esperabas; que solamente fuese amor carnal?.

Una preocupación más me echaba en la vida; tendría que reconocer al hijo, producto de nuestra convivencia y nuestro cariño.

En general había pensado dejarlos bien montados y les abrí una cartilla bastante sustanciosa en pesetas; con los millones que en ella impuse, podría vivir una familia más de cien años: Yo tendría tal o cual defeco; pero era generoso.

En cuanto a mi persona ya el cantar sonaba de otra forma, ahí dependía de los demás o de lo que yo hubiese hecho al respecto en la vida y; si hice, ya que en Francia no se me veía con acto de buena voluntad.

La empresa principal o lo que es lo mismo, la general, se quería expansionar por entonces, no admitiéndonos transferencias ningunas por parte del extranjero, aclarando que yo era persona no grata en su país y como estaba en la presidencia, las relaciones de una a otra empresa eran imposibles.

-.: No hay mas que un camino.

-.: Dices la verdad, Sierra. ¿Alguno de ustedes tiene una nueva objeción, algo nuevo al respecto?.

-.: Creo que no, Roberto.

-.: En esta reunión el desenlace es que venda mis Acciones.

-.: Así es, querido amigo.

-.: Está bien, Mateo.

-.: ¿Compréndonos?.

-.: Lo hago a la perfección.

Así me quedé sin la parte de mis Acciones ya que se las vendí a un intermediario extranjero; como suele decirse: Se las vendí al extranjero.

Una sola idea llevaba en la cabeza: Comprar las Acciones de Diosdado, que representaban un siete por ciento y así lo hice por medio de un agente de Bolsa.

Diosdado hostigado por las pérdidas tan enormes que tuvo en sus cosechas; tenía que hacer dinero, echando mano a las Acciones y no a la cartilla, para que no se notase en nada su falta de liderazgo. Creí haber hecho una cosa buena, pero más tarde comprendí, que me había cogido las manos.

-.: Diré que no has logrado venderlas todas las Acciones.

-.: ¡Sierra!.

-.: Eso no se hace. ¿Quién asistiría al consejo administrativo por ti?.

-.: Un Agente.

-.: Pésimo. Un hombre tiene que saber serlo en todos los momentos de su vida. No vuelvas acordarte de esta empresa; tienes la tuya.

-.: Terminaré haciéndome una vez más con la dirección de esta empresa.

-.: No; mientas estemos nosotros.

-.: Para entonces habréis desaparecido.

-.: ¿Quién nos va a quitar el dinero, tú?

-.: Yo sí; será todo mío.

Me quedé satisfecho con la contestación, tanto que por la noche decidí dar una vuelta por el Madrid antiguo y señorial: Visité la Gran Vía, La Puerta del Sol y al llegar a Callao, fui derecho a los mesones.

-.: ¿Qué viejo; nos invitas una copa?

-.: ¿Cuántos sois?

-.: Nosotros tres nada más.

Estuvimos tomando unas bebidas exóticas por todos los mesones y así que nos pareció nos marchamos del lugar los cuatro juntos; al llegar a una calle semi-oscura y apenas transitable, mis compañeros me entraron en un portal: Mientras la chica vigilaba, los otros dos chicos me intimidaban con una navaja de hoja ancha.

-.: ¿La ves?. Si vuelves a molestar a ningún señor del consejo, te la clavamos.

-.: ¿Estáis mandados por ellos?

-.: Yo no he dicho tal cosa.

-.: Pero lo has insinuado.

-.: Lo único que te insinúo es para que veas a Cleopatra.

-.: ¿Quien es?.

-.: La navaja; pica igual que ella. ¡AH!; ¿y si nos meten en el saco, te matamos?.

-.: Creo que comprendo.

-.: No; éste es un chorizo y yo tomador empedernido: Lo hacemos, palabra.

-.: Sé que lo haríais.

-.: ¿Lo sabes?.

-.: Sí; pero no ahora.

-.: ¿Cuándo?.

-.: Me habéis dicho a la próxima vez.

-.: Es verdad.

Creo que no se me salió el susto tan fácilmente del cuerpo, por eso y sin pensarlo, fui a visitar la secretaría general de la gran empresa; casi sin anunciarme, ya que los señores empleados me conocían, conseguí penetrar en dicha secretaría.

-.: ¿Usted por aquí?.

-.: Señor Herrera, vengo a darle mis quejas por mandarme cierta clase de individuos.

-.: ¿Quiénes?.

-.: Cacos.

-.: ¿Cuándo?.

-.: Ayer noche.

-.: Señor Roberto, está usted en sitio indebido y delirando; le ruego salga usted de este edificio.

-.: Le exijo que se retracte de sus hechos.

-.: No tengo por qué aguantarle ni un solo instante.

-.: ¿Qué hace?.

-.: Llamo al conserje para que le indique el camino.

-.: No me iré.

-.: Entonces échele fuera, Gonzáles, haga el favor.

-.: Como el señor ordene.

Llamó el secretario general, al conserje y éste tomándome de un brazo me dirigió hacia la puerta, bajando conmigo las escaleras de dos en dos y hasta de tres en tres; como arrastras: Ya en la puerta, me pegó un empujón que conseguí llegar al medio de la calle.

Me habían despachado de allí con cara destemplada y se me había echado como a un perro. Juré venganza por mi honor, perpetrando la llegada de un alijo bastante numeroso de drogas: Tres mil millones en pesetas, las que me valdrían para desbancar la empresa.

Mientras más viejo, más pellejo: Me estaba volviendo sátiro y rencoroso con todo el mundo, queriendo que cada vez que alguien me hacía algo lo pagase.

Llegué a casa malhumorad, de modo que cuando la señora me fue a besar, la separé de mi lado de un empujón, con tan mala suerte que fue a

caer en el pico de la lavadora, para rebotar sobre una silla baja, que se encontraba en la cocina, produciéndose tal daño que tuve miedo, llevándola a la residencia.

Desde luego se malogró el feto y tuvo que abortar de inmediato, quedándose ésta señora como desinflada; ya que esperaba a la criatura, como si fuese algo primordial para ella.

-.: Perdóname, fue sin querer.

-.: No te he cogido odio, de modo que te perdono.

-.: Gracias, mujer.

-.: ¿Pero y la criatura?.

-.: Eres joven; puedes volver a quedarte embarazada.

-.: Qué vergüenza.

-.: ¿Por qué?.

-.: Hablar contigo, como si fueses mi marido.

-.: ¿No vivimos juntos?.

-.: En pecado. ¿Qué vamos a enseñar al mundo y a las criaturas que tenemos cerca?.

-.: Ha sido nuestro signo. Yo lo pienso y comprendo que vivimos en pecado; hasta estoy arrepentido. No quiero que siga nadie mis pasos, el camino por donde yo he ido, He sido feliz, pero a mi modo; que es como decir con reparos.

-.: No se lo cuentes a nadie.



-.: Y si lo hago con toda clase de detalles, sin omitir ninguno.

-.: ¿Para qué?.

-.: Para que las personas aprendan donde está lo malo y donde está lo bueno de la vida: Donde empieza el mal y donde termina el bien.

-.: ¿Creo que se darán cuenta?.

-.: Sino se omite nada, sí: Desde luego que se dan cuenta; de esta historia.

-.: Dios y yo, estoy segura que te comprendemos: ¿Pero y ellos?.

-.: Que hagan lo que quieran: Que estudien más, Me importaba poco todo.

Estaba desenfadado que me censurasen lo que únicamente había querido lograr con la historia esa señora: Los hechos se habían producidos tal y como yo los cuento, para bien o para mal; pero lo cierto era, que me encontraba arrepentido de los verdaderamente malos.

Quería poner mi Alma en orden pero no sabía cómo, me faltaba un empujón por parte de alguien; que alguien me hablase claro, que me dijera algo al oído: Me encontraba en esta zozobra, cuando llegó el Sacerdote del pueblo, en Extremadura.

-.: Hijo: Creo que trigo la palabra Divina en mi boca; tú no me veas a mí mientras hablo, imagínate por un momento que es Jesús, por medio de mi insignificante persona.

-.: Sé lo que va ha decir: Padre.

-.: ¡AH, sí!. ¿Sabías también, cuando ejecutabas esos actos, que eran malos tus deseos?.

-.: Sí, padre.

-.: ¿Estás arrepentido?.

-.: Sí, padre.

-.: ¿Sí, padre!. ¡Sí, padre! . . . ¿Pero tú tienes el verdadero arrepentimiento; tienes el temor de Dios consigo?:

-.: Creo que sí.

-.: ¡Vamos a ver!.¿Tú estás dispuesto a volver con tu señora; quiero decir con tu mujer, claro está?.

-.: Yo . . .

-.: Sí, tú. ¿Qué te ata?.

-.: Nada en particular.

-.: ¿Por qué no lo haces?.

-.: No la he hablado.

-.: Lo he hecho yo por ti: Mírala donde está.

-.: Ya la veo, padre. Cuando me llamaron a esta casa, me imaginé que ella sola venía a verme.

-.: Y así es, hijo. Yo soy mero instrumento para que vuestra unión se realice de nuevo: Volváis a dar ejemplo de santidad de toda clase de bien a la comunidad cristiana, viviendo en paz y en gracia de Dios.

-.: ¿Y la señora con quien vivo?.

-.: Salga usted de ahí, por favor, ¿La ves?. También la he hablado y, como en realidad sí te quiere, desea el mejor bien para ti; ella sabe que tú no

disfrutarás más, ni gozarás tanto, como estando con tu verdadera señora. Roberto ésta señora se sacrifica por ti y desea que te unas a tu mujer, Yolanda.

-.: Una pensión, un algo.

-.: Sí; eso está muy bien: Pero en secreto, no escandalices. Por el amor de Dios, soy capaz de arrodillarme a tus pies, Roberto, no vivas más en pecado mortal y atiende mis súplicas, que son las súplicas de Cristo en la Cruz; allá en el Calvario, cuando dijo a su Madre: He ahí a tu hijo. Una madre es el estandarte de la Santidad en la Virgen. La familia tiene que seguir siendo la célula fundamental de los estados; no queramos dividirla, sería una sociedad mancomunada solamente en lo físico, no en lo espiritual, que es lo que da a la persona el don de vivir y luchar, con todas sus fuerzas en la vida. Sería una sociedad antropoide, si alguna palabra me sale,; con un pie aquí y otro allí: Una sociedad errante.

-.: ¡Perdón, padre!: Perdón.

-.: ¿Ves hijo?: Como no es tan difícil volver otra vez a tu vida. Como es más fácil encauzar el agua en un río, dejándole solo que éste corra, que poniéndole repisas para ello. Como el Águila se lanza desde las alturas para cazar a su presa y como ésta ni puede ni quiere subir a dichas alturas; porque el hombre que no está en ellas, se estrella y tú te encuentras en la Religión Cristiana, como para no tener un harén.

-.: Padre . . . Si yo le dijera.

-.: ¿Sé qué, hijo?.

-.: Quítese esa sotana, que le invito a cerveza ahora mismo en el bar de la esquina. ¿Vaya tío!. Vivan sus . . .

-.: Ahora mismo, hijo; ahora mismo me quito la sotana.

Sujetados por los hombros, nos fuimos al bar, para celebrar mi vuelta a casa y a mi verdadera religión. ¿Vaya cura!, ¡vaya sacerdote!. Esto era un cura de verdad y sintiendo la llamada de Cristo.

Volví a vivir con mi mujer, la cual se portaba como si nada hubiese pasado; se movía en casa con la misma soltura que antes, pero sus atractivos habían decaído mucho; había pasado unos años.

-.: Roberto: ¿Por qué no construimos un chalet como el que teníamos?.

-.: Mejor todavía.

-.: ¿El qué?.

-.: Digo: Mejor que en el que vivíamos antes hay otras técnicas más avanzadas.

-.: ¡Eres un Cielo, un Sol!.

Vino mi señora, con algunas cosas que antes no tenía; como eso de Sol y Cielo, pero yo hacía como que no me daba mucha cuenta, aunque había que desarraigarla de dichos vicios.

-.: Creo que debías poner una cuota mensual a la señora con quien has estado viviendo.

-.: No te preocupes, Yolanda: Dicha señora, no la hará falta de nada en la vida.

-.: Bien, por tu parte.

Nuestros hijos, aprendieron pronto donde vivíamos; de tal manera que un buen día se presentaron allí los dos, Armando y Enrique.

Los vi entrar sin ganas, como para vivir en la vida; ambos tenían un algo en la cara que se lo denunciaban. Pasaron sin dar un beso a su madre y sin hablar una sola palabra hasta el bar de la casa; se sirvieron una copa y se sentaron en un sillón, cada uno.

-.: No es muy agradable vuestra conversación, hijos.

-.: No estamos para bromas.

-.: ¿Y eso que lo digas tú Armando?.

-.: ¿Por qué no?.

-.: Eres el menos indicado al decir delante de tus padres que vienes con cara de pocos amigos.

-.: ¿Me imagino que no voy a reír siempre?.

-.: Por lo menos alégrate de que tus padres se hayan reconciliados.

-.: De eso queremos halar.

-.: ¿De qué, hijo?.

-.: Sí, mamá; de vuestra reconciliación.

-.: ¿Qué tenéis que decir al respecto?.

-.: Papá: Dais más escándalo juntos, que separados.

-.: Sí hijo; te comprendo: Separados lo estamos dando minuto a minuto y no se nota tanto, pero juntos; eso es harina de otro costal.

-.: ¿Qué quieres decir, Roberto?.

-.: No sabes donde voy yo a parar; parece mentira que no conozcas a tus hijos?. Ellos te lo dirán si siguen hablando.

-.: Tú no sabes nada, papá.

-.: No Enrique; si tú no me lo dices, no.

-.: Estamos comprometidos.

-.: ¿Con quien, Armando?.

-.: Enrique y yo queríamos formar nuestra propia empresa.

-.: Habíamos hablando con un abogado.

-.: ¿En resumen?.

-.: Que si la parte que nos corresponde, la tuviésemos en nuestro poder . . .

-.: ¿Y el abogado?.

-.: Pues . . . Él . . .

-.: El . . . Abogado.

-.: Para declarar nula una de las dos partes.

-.: ¿Qué quieres decir, Roberto?. Me asustas.

-.: Decídselo a vuestra madre; no hagáis que se lo diga yo.

-.: A mamá no la hacía mucha falta nada, con lo que tú la dices.

-.: ¿Eso significa?.

-.: Que te iban a separar del tráfico comercial.

-.: Si mal no entiendo: Mi dinero; la parte que a mí me toca como cónyuge, sería para ellos también.

-.: No te equivocas, Yolanda.

El disgusto que me dieron mis hijos fue enorme; su madre, al que había hecho daño de verdad era a mí y yo la había perdonado.

Estuve dos días sin poder dormir, ni comer a causa de Armando y de Enrique; al saber las intenciones de éstos dos hijos, que a mi parecer eran buenas personas, pero vinieron influidos por sus mujeres, se notaba mucho la manera de hablar de cada uno.

Mi vida iba apaciguándose, hasta que un día saqué a Yolanda para ver un teatro, más tarde nos entretuvimos en un café como los tiempos en que yo la sacaba, siendo novios, para darnos un paseo y contarnos nuestras cosas.

Cuando llegamos a casa, nos estaba esperando un abogado, con toda la paciencia del mundo; llevaba allí cuatro horas, según nos dijeron los sirvientes.

-.:No entiendo mucho lo que usted nos trae a esta hora. ¿Es con referencia a su madre?.

-.: ¿La madre de quien?.

-.: De mis hijos; claro está.

-.: En tal caso serán sus hijas.

-.: ¡AH!: ¿Pero también mis hijas?.

-.: Le estoy diciendo: Que sus hijas han puesto pleito a los que explotan las Tierras del Molino Viejo.

-.: ¿Qué tienen que ver aquí esas tierras?.

-.: Fueron dejadas esas tierras, por su padre de usted, a sus parientes segundos.

-.: Sí.

-.: Mientras haya herederos consanguíneos, de primer orden, no se pueden donar los bienes.

-.: ¿Y ellas?.

-.: Pretenden hacerse con dichas tierras.

-.: ¿Qué posibilidades de ganar tienen en todo esto?.

-.: En tal caso tendrían que pagar la industria que se ha creado en dichas tierras.

-.: ¿En caso de ganar?.

-.: Hace ya veinte años, que se explota una industria en ellas.

-.: Dichos parientes, vivieron allí sin hacer nada.

-.: Sus herederos, creyendo que éstos primeros habían comprado las tierras; empezaron a explotarlas con una industria.

-.: ¿Sabe lo que le digo?.

-.: Diga usted, señor.

-.: Que yo no firmo nada.

-.: ¿Por qué se ha dado cuenta que es usted el que tiene que firmar?.



-.: Es lo más lógico; soy el heredero forzoso.

-.: No se le obliga.

-.: ¿En tal caso?.

-.: A priori y como heredero inmediato, veremos a ver lo que podemos hacer.

Poseía la compra-venta, por parte de mi padre, pero yo no tenía ganas de remover cosas viejas, ya pasadas, y prefería mejor dejarlas como las dejó mi padre, que no levantar cadáveres.

Por cierto que perdieron el juicio mis hijas; por haber en dichas tierras una industria que se estaba explotando: Éstas me achacaron su fallo a mí, a que no firmé; en parte llevaban razón; ya que la persona a quien correspondía reclamarlas era a mí.

-.: Papá; te creímos más sensato.

-.: Porque lo soy hijas; porque lo soy no he movido ni un solo dedo.

-.: ¿Te parece bonito no ayudarnos?.

-.: ¿A qué?. Para hundiros más en el fango: Vuestra acción es la más baja de los mortales. ¿No tenéis ya bastante dinero, como para acometer dicha indecencia jurídica?.

-.: ¿Qué indecencia, ni ocho cuartos?.

-.: Beatriz; no vuelvas hablar así a tu padre o . . .

-.: ¿Si no; el qué?.

-.: Sales de esta casa para no volver a ella jamás.

-.: ¿Qué nos importa no volver, cuando vemos que no tenemos padre?.

-.: ¿Tú también, Cati?. Veo que siempre os ponéis de acuerdo para querer la misma cosa.

-.: Grosero; papá. Menos mal que no has dicho a la misma persona.

-.: A mis hijas no las digo una indirecta ni de broma; ni hablo con ellas cosas que no lo tenga que hacer: Se me ha escapado, sencillamente, sin pensarlo.

-.: Está bien, papá. Esto nos ha llegado al Alma. vámonos Cati.

-.: Sí Beatriz, vámonos.

Supe por Pedro, que Diosdado se llevaba perfectamente con los chicos; hasta el punto que se visitaban, por temporadas, unos a otros en sus respectivas casas.

Una vez en Madrid, me contaron una escena familiar con ellos, que rayaba el borde de ser como hermanos.

-.: ¿Ha llegado a mis oídos que necesitáis dinero?.

-.: Hemos tenido en proyecto formar una empresa.

-.: Creo que la cosecha podrá formar tal empresa.

-.: No

-.: ¿Pop qué no?.

-.: Si fracasamos, se reirá mi padre.

-.: No creo que un padre se ría de nada.

-.: Dice bien, Diosdado. Teníamos que escucharle; a lo mejor quiere decirnos algo.

-.: ¿Tú crees Enrique?.

-.: Posiblemente, Armando.

-.: Sí; os quiero decir, que yo puedo prestaros unas perras, así como unos millones.

-.: Son muchos millones a lo primero.

-.: Con ocho y vosotros pedid un préstamo de otros tantos.

-.: No hay para empezar.

-.: Hipoteco las tierras.

-.: No; no lo hagas.

-.: ¿Por qué no, Armando?.

-.: Debe ser como desbancarte.

-.: ¿Tememos que no se vendan los pisos?.

-.: Los que vamos a construir, no.

-.: ¿Es que van a ser de papel?.

-.: ¡Ja! . . . ¡Ja! . . .

-.: No me hagas reír, Diosdado.

No podía consentir que creasen su propia empresa mis hijos y lleno de rabia, de furor; llamé a Pedro con la sola intención de que aquellas cosechas no siguieran para adelante.

-.: Es muy peligroso: En el campo te ven a varias leguas a la redonda.

- .: ¿Cómo lo hiciste la otra vez?.
- .: Ya había quien apuntó algo sobre mí.
- .: Es una ganancia limpia.
- .: ¿Cuánto?.
- .: Quinientas.
- .: Por menos de un millón no me expongo yo.
- .: ¿Varios sitios a la ve?.
- .: Tranquilo, que no habrá quien lo apague.
- .: Un millón doscientas.
- .: Este año, se ha sembrado en todos los campos: Es peligroso.
- .: ¿Por qué?.
- .: Pueden arder hasta las encinas y el matorral.
- .: ¿Quieres decir que se arrasará todo?.
- .: Es peligrosísimo. Quedaría todo hecho ceniza.
- .: Me importa poco. ¿Aceptas o no?.
- .: Yo . . . ¡Acepto!.

Quedé satisfecho al saber que no podrían obtener el dinero por parte de Diosdado, ya que cayendo éste en desgracia, no creo que se atreviesen a hipotecar bienes; solamente las tierras le darían lo mínimo.

Pasé toda la mañana poniendo papeles en orden al lado de la señorita Encarna; ésta se portaba a las mil maravillas, seguía tan atareada con sus trabajos de la oficina.

Llegué a casa y nada más pisar en ella, se me comunicó la llamada que me había hecho el cura del pueblo por teléfono, reclamándome; ya que mis hijas se encontraban en la finca y esta ardía por los cuatro costado, habiendo sido rodeada por las llamas la propia casa de campo, donde estaban ellas.

Su madre no se había enterado, ya que entró en casa dos minutos después de yo llegar: Todo era lloro, todo era confusión, hasta que llamé al chofer y nos pusimos en camino su madre y yo, con la sola idea de formar, al llegar a dicho pueblo, un pelotón de voluntarios para apagar el monstruosos fuego, que tan tristemente se me había comunicado. El camino me parecía cada vez más largo.

Al llegar al lugar del siniestro, se encontraba la Guardia Civil con varios vecinos intentando apagar el fuego: Los campos ardían con un furor de espanto, como si saliese la llama de las mismas entrañas de la tierra.

Era imposible que aquel puñado de hombres consiguiesen apagar tantas llamas y con ramas verdes solamente.

Yo me acerqué a un árbol frutal y arranqué una de sus ramas, poniéndome de inmediato a pegar palos con ella, contra el suelo para extinguir las llamas.

-.: ¿Qué hace usted?.

-.: Mi primero, quiero ayudar apagar el fuego.

-.: ¿Pero de dónde ha cogido esa rama?.

-. De un árbol, mi primero.

-.: ¿No sabe usted, que no se puede arrancar ramas?. Las que usamos nosotros están en el suelo: Yo no le he visto a usted.

Dirigiéndose a un paisano se fue el Cabo Primero de la Guardia Civil del lugar: No se qué le diría; pero lo cierto fue que se me recriminó por mi calzado.

-.: No tiene usted el calzado adecuado; no se entre mucho en el fuego.

Pensé al momento en los hombres del pueblo ,así que monté en mi coche y me dirigí hacia la villa. En mi camino vi marchar al lugar siniestrado a un grupo bastante numerosos de carrozas, ya que estaban en fiestas; era la Romería de la Virgen que veneraban aquéllas gentes: Se dirigían rápidamente a apagar el fuego Los perros corrían entre las patas de los mulos, saltando y ladrando en sus hocicos, como si de una caricia dependiese su alegría, que para los animales se trataba de correr al trote. Las gentes espantadas, a la vez que se acercaban a la inmensidad de tal catástrofe; algunos se bajaron del carro y con garrafas en mano, comenzaron a rociar las llamas con el vino.

Llegué a la plaza del pueblo, donde estaban un grupo de hombres, que no había ido a la romería y dirigiéndome a ellos consulté.

-.: Las Tierras Altas se queman. ¿Voluntarios para apagarlas?.

-.: Llamaremos a los que se han quedado en el pueblo, Don Roberto.

-.: Doy a cada uno que vaya mil pesetas, ¡Rápido!; llamar a todo el que pueda ir.

Se cogieron cántaros de agua, ánforas y vasijas, para posteriormente dirigirnos a las Tierras Altas un centenar de hombres con Espíritu bravo. Al llegar al borde del fuego, vi a Diosdado afanado en su extinción a más no poder.

-.: Ese ha sido el culpable, mi primero.

-.: Eso dígamelo más tarde en el Cuartel, formalmente, si usted quiere.

Se veían llegar las llamas hasta la misma casa, donde estaban mis hijas y al mismo tiempo, se observó que una de ellas montaba en un tractor, intentaba salir del infierno maldito: Se la veía en forma intermitente; sería que cuando el viento soplaba aumentaban las llamas no consiguiendo divisar, ni el tractor, ni la tractorista. Por la silueta, me pareció que era Beatriz.

Sin pensarlo me arrodillé en tierra y con los brazos abiertos gritaba fuera de sí.

-.: ¡Mis hijas!. ¡Mis hijas!. Salvad a mis hijas; Hago una cesión al pueblo de veinte millones de pesetas.

Se afanaban y sudaban lo suyo las gentes nobles y de corazón puro de dicho pueblo: Se veía un cordel de personas rodeando todo el terreno que estaba en llamas.

De momento observé a su madre; con los ojos saltones, el pelo alborotado y las ropas retostadas; que se aproximaba a mí.

-.: Ya estamos en paz.

-.: ¿Qué dices?.

-.: Nos hemos servido con la misma moneda en nuestro pago.

-.: ¡Yolanda!. ¡Calla por Dios!.

-.: No me reproches nunca ningún echo a mi persona.

Se observaban las encinas desaparecer como tea: En un momento estaban de pie y más tarde no existían. Más, ¡Ay!; la casa parecía que empezaba arder también en espantosa visión . . .

-.: Beatriz, no salgas.

-.: Lo tengo que hacer, moriremos de asfixia sino hago un cortafuego.

Beatriz, valientemente montó en el tractor que estaba en la puerta de la casa consiguiendo arrancarlo y arando todo su alrededor por unas cuantas veces, que era lo que veían desde la atalaya las fuerzas de extinción.

-.: Cati; permanece ahí, termino ya.

-.: Como quieras; pero tengo miedo. ¿Quién te ha enseñado a manejar el tractor?.

-.: De pequeña me montaban los tractoristas y me cuidaban los pastores: Sé las faenas del campo perfectamente.

-.: Ahora que estás a mi lado: ¿Qué hago?.

-.: Cierra bien las puestas, que no penetre el humo dentro de casa.



-.: ¿Y la temperatura?.

-.: Es mejor resistir el calor que la asfixia.

-.: Tengo miedo; mucho miedo.

-.: ¿Sabes?. A mí también me está entrando miedo. ¿Te acuerdas los rezos que nos enseñó mamá y los que aprendimos en el colegio?.

-.: ¿Beatriz!. No sigas hablando.

-.: Empieza, Cati. Reza algo . . .

Poco a poco fue consumiéndose todo el bosque de encinas, de matorral, de cereales; este año habían hecho sementera hasta en medio del encinar.

¡OH!, visión grata: La casa permanecía de pie y las llamas solamente habían chamuscado la pared; de blanca que era, ahora se encontraba negra.

Antes de apagarse totalmente el fuego, formamos camino hacia la casa; cuando llegamos a ella, la encontramos con las puertas cerradas: Allí no se oía a nadie.

No me di cuenta, cuando ya habían tirado una puerta abajo; entramos sin pérdida de tiempo en la casa y encontramos, entre sacos de granos a las chicas, sin sentidos. Reanimadas, conseguimos que volvieran en sí y abriesen los ojos, para poco a poco pedirnos agua.

-.: Papá: Beatriz.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: Gracias a Beatriz nos encontramos con vida.

-.: Ya he visto, hija; el alrededor de la casa se encuentra arado. ¡Bien hecho!.

-.: Los sacos.

-.: ¿Qué pasa con los sacos?.

-.: Nos quitaban calor.

Calmado un poco salí con mis hijas fuera de casa, para respirar el aire fresco que pudiese venir.

Allí se encontraba todo el pueblo; el que había ido a la romería, con su atuendo de gala, como el que se había quedado en el pueblo esperando mejores tiempos: Todos ellos miraban sin pestañear el desarrollo final del desenlace, que agradadamente se quedó en nada.

No podía olvidar a una persona y mucho menos cuando la vi cerca de mí; Diosdado, mirando fijamente a mis dos hijas: Le cogí de la solapa de la chaqueta y zarandeándole le recriminaba.

-.: Tú; eres tú el culpable.

-.: ¡Tío!. ¿Qué dices?.

-.: Has sido tú el que has provocado este incendio, ha empezado arder por varias partes a la vez.

-.: Tío; cálmate.

-.: Donde te encontrabas tú?.

-.: Como caballero; ellas vivían solas con los pastores en esta casa: Yo me encontraba en el pueblo para que nadie las criticase.

-.: Has sido tú.

Se aproximó el primero a mí con cara de extrañeza y con perplejidad me preguntó de improviso.

-.: ¿Por qué sabe su conocimiento que ha empezada arder por varios sitios a la vez este fuego; por qué dice usted que ha sido provocado?.

Me quedé confuso y sin saber lo que decir, pero mi imaginación, que era mucha, desarrolló una idea genial en la fracción de un segundo.

-.: Lo oí mientras intentaba apagar el fuego.

-.: ¿A quien?.

-.: No puse interés quien lo decía: No sé quien es.

-.: Por qué ha dicho usted eso?.

-.: Le digo; que lo he oído. ¿Creo que diría la verdad?.

-.: No miente usted; así fue.

Se quedaría conforme o no el Primero, lo cierto fue que me dejó en paz, sin volverme a molestar: De mi boca no volvió a salir palabra alguna.

El juicio se celebró de inmediato y por poco el procesado soy yo; parecían que las gentes sabían donde tiraban la piedra y a quien pegaban.

-.: ¿Por qué sabia usted, según el informe del Cabo Primero, que el incendio comenzó en varios sitios a la ve?.

-.: Lo oí.

-.: No hay nadie que se preste a decir que él lo hubo comentado; será porque no se habló tal cosa en dicha ocasión.

-.: Le digo que lo oí.

-.: Sigo basándome en los informes del Primero. ¿En qué se apoyaba al decir, que dicha catástrofe fue provocada?.

-.: Lo oí también.

-.: Le tengo que decir lo mismo de antes: No se habló de ello para nada.

Tuvo varias vistas, la causa aquella; ya que mis declaraciones no eran muy convincentes y por otra parte, como dijo el juez: Diosdado, no iba a quemar él mismo su cosecha, esperaba de ella varios miles de duros. Se sabía que éste quería mucho a sus primas.

Los días que duró la revisión de los hechos, fueron para mí imposibles de soportar; no podía consentir que en aquel pueblo mandase otro que no fuese yo y menos que fuese Diosdado.

Una mañana, en que la decisión del jurado se estaba fraguando en su sala; llegó una carta sin firmar, dirigida al señor juez, en recortes de periódicos: Las letra habían sido tomadas de un diario y se suponía que eran la de los encabezamientos en las noticias sucesivas del mismo.

La carta presentaba un testigo ocular de que yo había pagado a cierto señor para dicho daño no ponía más. Así que el jurado dio por nulo todo lo anterior y el juez perdonó a Diosdado, y a mí se me dejó libre bajo una multa de treinta y cinco mil pesetas; como gastos de desplazamientos, quemadura; tanto de ropas como físicas, amén de algunas cosas más, dentro de sus propiedades. Fue un gasto noble por parte del señor juez hacia los

campesinos que habían quemado sus trajes de fiesta, intentando salvar vidas en las tierras de Diosdado.

No debían faltar mis hijas allí y desde luego se me hicieron acto de presencia, como de un tiempo a esta parte solían hacerlo; con cara larga y con mal humor.

-.: ¿Está conforme?.

-.: ¿Cómo si estás conforme?.

-.: Con lo que has hecho.

-.: ¿Tú estás conforme con tus actos?.

-.: Creo que sí.

-.: No Armando; yo creo que no te portaste bien con tus padres, ni mucho menos, mientras estábamos separados: Creíste que lo tenías todo en tus manos, verdad?.

-.: Papá; no te portes así con él.

-.: ¿Cómo tengo que portarme, Enrique?.

-.: Venimos a criticar tus hechos, quemando la cosecha de Diosdado.

-.: ¿Pero así; categóricamente: Lo has comprobado tú ya de que he sido yo?.

-.: No.

-.: ¿Entonces?. Porque yo estaba en Madrid, bien lo sabes tú.

-.: ¿Quién dice otra cosa?.

-.: Te expresas como si mi mano hubiese ejecutado tal faena.

-.: Eso; faena.

-.: Y mi brazo hubiese sido la fuerza locomotora que movió tal acto.

-.: Tú no has sido físicamente.

-.: ¿Entonces?.

-.: ¿No sé?.

-.: Ni yo Armando.

Me encontraba instalado con mi señora en la casa de campos, con mis hijas; por allí no iba para nada Diosdado.

Una mañana que di un paseo hacia el río, al terminar el encinar, donde empieza una frondosa alameda, la que había sido escenarios de tantos idilios; encontré allí a Aurora, sentada en un tronco de eucalipto, cerca del regazo pequeño del corto torrente y como a la espera de alguien.

-.: No es que sospeche: ¿Pero qué haces aquí?.

-.: Esperando.

-.: ¿El qué?.

-.: Una valiosa mercancía.

-.: ¿Con que no me lo has dicho?.

-.: Esa mercancía eres tú.

-.: ¿AH!; vamos. Yo tengo que anunciarte otra no menos buena noticia.

-.: ¿Cuánto?.

-.: Tres mil millones: Saneados.

-.: No lo hagas.

-.: ¿Por qué?

-.: Sin mí no te pongas a traer esa cantidad a la Península.

-.: ¿Te crees muy importante?

-.: Fracasarías y sería tu ruina, no tienes ese dinero ni juntando todo tu capital.

-.: ¿Quién dice, que tú no me vas ayudar?

-.: Mi boda.

-.: ¿Cómo?

-.: Me caso al próximo mes con Diosdado.

-.: ¿Rencorosa?

-.: No; aunque me ha dañado mucho la manera como te has comportado con él.

-.: ¿Me esperabas para decirme tantas sandeces en poco tiempo?

-.: Tómallo como quieras, pero hazme caso.

-.: Voy a seguir mi voluntad.

-.: ¿Qué te dicta?

-.: Ambición.

-.: Tú solo caerás.

-.: Tengo una buena red.

-.: La mantengo yo unida. Te tienen ganas muchos en la red de meterte en el saco.

-.: ¿Quién?.

-.: Fernández; por ejemplo.

-.: No creo que se atreva.

-.: Hace tres meses se entrevistó con el Corto.

-.: ¿Qué dices?.

-.: Lo que me oyes y no has sucumbido porque no has hecho una gran operación.

-.: ¿Espera a hundirme del todo?.

-.: Así es.

-.: Tú me tomas el pelo.

-.: Como quieras, chico. ¡Allá tú!.

No la creí ni una sola palabra de lo que me habló Aurora; ni la boda con Diosdado, ni que Fernández se atreviese a nada en contra de mi persona: Tranquilo, bien tranquilo me fui a Madrid, para seguir las tareas en mi empresa y al amparo de ella, perpetrar el golpe más fuerte que se haya conocido.

Quería asegurarme el éxito en la operación de drogas y busqué a Isaías con todo mi empeño; aquel muchacho tendría que vender la mayoría de las drogas: Sabía que era un riesgo enorme, pero no podía dejar en manos desconocidas para mí tal alijo de tantos millones.

-.: ¿Podrías colocar alguna droga, dentro de poco?.

-.: Es bastante difícil, señor.



-.: Es mucha droga.

-.: ¿Sobre cuanta?.

-.: En pesetas; mil millones.

-.: ¿Qué dice?.

-.: Lo que oyes; mil millones.

-.: Ya lo he oído. ¿Cuánto me tocaría?.

-.: Es fácil calcular, sabiendo el tanto por ciento que te doy.

-.: ¿Si fracaso?.

-.: Te pinchan.

-.: ¿Quiénes?.

-.: Ellos.

-.: ¿Pero quien son ellos?.

-.: No preguntes; es mejor que no sepas nada.

Desde luego ellos, era yo; no había otro representante particular: El sultán me las vendía a mí directamente y no quería saber nada una vez que salía con destino a su nuevo paradero tales drogas; era como si se las hubiese comprado ya.

Aurora tuvo razón, en cuanto a lo que me dijo de casarse con Diosdado; un día que llegué a casa oí charlar a mi señora con mis dos hijos.

-.: Es una chica culta y aceptable; dibuja de maravillas.

-.: Te vuelvo a decir, mamá, que debíamos investigar para ver quien es.

-.: Si tu primo la ha aceptado, no hace falta: Yo la he conocido y me ha parecido con mucha clase.

-.: Eso es lo malo; la clase. Todas las mujeres con clase han sido enseñadas.

-.: ¿Qué quieres decir?.

-.: No hay que confiar en la clase.

-.: Tontunas: ¿No me vayas tú a decir, que Aurora viene de un burdel?.

-.: No he querido yo decir eso.

Oí también así como marchar al pueblo mañana; por cierto que a mí no se me había invitado y vi impasible, como se marchaba mi señora con sus hijos, para asistir a la boda de Diosdado en el pueblo.

Me senté en un sillón, saboreando un baso de whisky y como todo ser viviente que permanece mucho tiempo solo, empieza a darle al cerebro, teniendo malos pensamientos.

Me puse en el escritorio encabezando una carta, para terminarla en son trágico: No sabía su repercusión, ni me lo podía imaginar.

La boda; allá en el pueblo se levantaron temprano todos los familiares de Diosdado. Aurora se encontraba feliz y dichosa por obtener la mayor ilusión de su vida: Casarse bien y con un señoríto.

No obstante ella tenía un presentimiento fatal; no le había hablado nunca a su prometido de su vida anterior: ¿Y si alguien lo hiciese?. No era hora de andar con sermones, de modo que decidió seguir adelante con la imagen de mujer decente, que se había creado en casa de Diosdado.

- .: Aurora, estás guapísima.
- .: Gracias, Beatriz.
- .: Te falta el velo; permíteme a mí que te lo coloque yo.
- .: Y yo también.
- .: Como queráis, futuras primas, Cati y Beatriz.
- .: ¿Y tú de donde vienes?.
- .: De ver al primo Diosdado; está ya preparado.
- .: ¿Eso quiere decir? . . .
- .: Que está esperando a ésta.

La comitiva marchó lentamente, por las calles del pueblo, a la Iglesia Parroquial; ésta se encontraba repleta de gentes que apenas dejaban dar un paso a los invitados, de modo que muchos de ellos se quedaron en la puerta de la Iglesia, cuando no en plena calle.

Comenzó a sonar los acordes de la marcha nupcial ; al son de tales notas, empezó a entrar un cosquilleo en el corazón de los feligreses, haciéndolos a muchos llorar de alegría. Las gentes, se movieron de su banco para mirar hacia atrás, donde venían los novios majestuosamente ataviados: Ella llevaba una corona de duquesa, más bien imperial, con un vestido de seda aterciopelado en sus diferentes partes, dándole un tono de realeza sublime, la cola media siete metros llevada por pequeños infantes igualmente vestidos; él un traje de rayas, con sombrero chinesco y un clavel en la solapa.

Paso a paso se fueron acercando al Altar Mayor, hasta conseguir arrodillarse en los reclinatorios puestos para tales ocasiones.

-.: . . . Y con esto os declaro, marido y mujer.

En ese preciso momento, se levantaron de sus asientos todo el personal para saludarlos afectuosamente, no dejando a los novios ni una sola respiración.

Como pudieron llegaron a casa para descansar un poco antes del banquete: Sentados en sendos sillones, se miraban los novios uno al otro sin perderse de vista. No se escuchaba ni una sola voz, hasta que el ruido de la puerta, al abrirse, interrumpió aquel silencio.

-.: Señor: Acaba de llegar esta carta.

-.: Muy bien; puede usted retirarse y diga a los comensales que bajamos pronto.

Se puso fiera de sí, al leer la nueva misiva Diosdado, parecía que en ella no iba mensaje bueno, todo lo contrario; hecho una fiera, Diosdado, comenzó a vociferar.

-.: ¿Por qué no me lo has dicho?.

-.: ¿El qué?.

-.: Toma, lee esta carta.

-.: Veo aquí que te cuenta parte de mi vida.

-.: ¿Parte solamente?.

-.: Quien haya sido, es un cobarde; no la ha firmado.

-.: ¿Tienes tú que añadir algo más?.

-.: Te lo pensaba haber contado esta mañana, pero decidí que estaba fuera de lugar y antes dejé pasar el tiempo para saborear mi felicidad, que yo también tengo derecho a ella. Te quería tanto, que temía perderte.

-.: Ahora sí que lo has hecho.

-.: Diosdado, perdóname; por favor. He sido mala, pero mis intenciones son puras y completamente decidida a serte lo más fiel que haya, en la vida.

-.: ¿Qué haya, qué?:

-.: De todas las mujeres.

-.: Son convincentes tus palabras, por la manera que tienes de decirlo, pero no me lo creo. Este anónimo ha roto nuestra felicidad.

-.: Diosdado; no puede ser que una carta así, que no se sabe quien la manda, nos pueda separar tan fácilmente.

-.: No me convencerás: Me hubieses hablado antes de tu vida; y por otra parte dudo que seas pintora.

-.: No lo soy: Vine al pueblo de vacaciones; tenía ganas de gozar un poco de paz y solamente en estas tierras lo he logrado. Me traje los cuadros de un amigo para que nadie se preguntase nada.

-.: Me estás mintiendo otra vez.

-.: Te quiero Diosdado; hazme caso y créeme.

-.: No puedo Aurora, no puedo.

Se enturbiaron las relaciones del nuevo matrimonio de tal manera, que desde aquel día, la cosa parecía la antesala del Infierno.

Aurora con su tensión y esfuerzo, para portarse lo mejor posible con Diosdado, fue atrayendo, poco a poco, a éste; pero con tan mala suerte que Diosdado no daba su brazo a torcer, ni un solo instante.

Tenía descuidada mi oficina y nada más que puse mis pensamientos en regla, me fui a ella dispuesto a poner en orden todas sus cuentas.

Encontré a Encarna, casi llorando; hacía figuras y como sino supiese donde se encontraba ningún papel.

-.: Don Roberto. No puedo más.

-.: ¿Qué pasa?.

-.: Se me atrasa el trabajo, debido a que estoy sola y me veo incapacitada para poner en orden y al día las cuentas.

-.: ¿Me lo dices de esta manera?.

-.: Sí, antes que suceda algo más; es mejor que se lo diga así.

-.: Está bien; ha sido culpa mía, no he venido hace días en la semana, a la oficina.

-.: No habrá podido venir, pero lo cierto es, que no se edifica ni un solo local comercial, ningún edificio o planta de recreo en varios meses y las letras nos asfixian con sus gastos y protestas.

-.: ¿Me quiere decir que hemos tenido pérdidas?.

-.: Sí, Don Roberto.

-.: No se preocupe; pronto resarciremos dichas pérdidas.

Encarna me dio la idea para emplear el dinero en la construcción, de modo que decidí comenzar hacer unas viviendas con carácter hipotecario.

Gané un algo con estas edificaciones, que fueron hechas más bien para la clase media.

Vi entrar a mi hijo Armando una tarde en mi casa y por vez primera me sonrió al darme el saludo pertinente; era raro que mi hijo me riese alguna gracia, que por otra parte yo no había hecho.

-.: Veo que te viene bien la vida.

-.: No tan bien, papá.

-.: ¿Te veo alegre?.

-.: Tu no me has hecho nada.

-.: Antes tampoco te había hecho nada.

-.: ¡Papá!.

-.: ¿Cuéntame tu alegría?.

-.: No tengo tanta alegría, como te supones.

-.: ¿Hay alguna contrariedad?.

-.: Juana.

-.: ¿Qué Juana?.

-.: La ayuda de cámara de la institutriz.

-.: Comprendo.

-.: Me pide dinero.

-.: ¿Cuánto?.

-.: De momento, un millón.

-.: Se lo voy a llevar yo.

-.: ¿Ten cuidado: Que vas hacer?.

-.: Deja hacer.

Quería coger unos días por mi cuenta, ya que me encontraba cansado y aproveché para evadirme en tierras extremeñas.

No encontré allí a mis hijas, ni estaba Diosdado; ya que sonsaqué a los campesinos, anunciándome éstos, que hacía varios días se encontraban fuera del pueblo, toda mi familia.

Sin esperarlo, me dirigí a las Tierras del Valle, llegando a ellas con un asombro de sorpresas: Juana se encontraba con una simple blusa; estirada a más no poder, cogida por un solo botón, que parecía estallar por momentos, dejando ver sus carnes. Había engordado mucho y estaba convertida en una mujer basta y poco agradable.

-.: ¿Don Roberto, usted por aquí?.

-.: Vengo a pagar lo que te debe mi hijo Armando.

-.: Mire usted, que a mí no me debe nada; solamente quiero que mire por su hijo, para que se críe y se haga un hombre de provecho.

-.: Si es para el pequeñín, es una obra por tu parte bastante buena.

-.: Se lo digo yo, Don Roberto.



Un mozo, de unos veinte años más o menos, que presenciaba nuestra conversación, oyéndola por completo, no pudo por menos que saltar a la defensa de aquella mujer.

-.: ¿Qué menos un millón de pesetas?.

-.: ¿Tú quien eres?.

-.: El padre de ése.

En una especie de cesto, dormía una criatura encantadora, inocente de lo que pasaba a su alrededor.

-.: ¿Quién es la madre?.

-.: Soy yo, Don Roberto.

-.: ¿Cuántos hijos tienes?.

-.: Cuatro.

-.: Uno de Armando, otro de éste caballero. ¿Y los otros dos?.

-.: De aquellos que ve usted descargando el carro de leña.

-.: ¿El carrero y el mulero; no me digas de quien son?.

-.: Lo ha comprendido bien usted.

-.: Se ha rodeado de tres hombres para llevar una vida relajada. Hacía falta un mozo, con buenos brazos, para conseguir sus proyectos.

-.: Los quiero.

-.: Ya lo veo. Éste chico se le cae la baba solamente mirarla.

-.: Le advierto a usted que esta señora es mi mujer.

-.: ¿La de aquellos dos, quien es su señora?.

-.: Ella también.

-.: Comprendo: Tengo al juez comarcal con el ayudante del supremo esperando en el pueblo. ¿Los digo que les visiten?.

-.: ¿Para qué?.

-.: Para que gestione el millón que me pides.

-.: Lo pide ella.

-.: No; eres tú. ¿Forman acta y elevan proceso?.

-.: ¿Comprenda usted?.

-.: Te daré a ti Juana, trescientas mil y como volváis a molestar más a mi hijo Armando os mando a todos a la cárcel.

-.: Don Roberto; su hijo no me da nada.

-.: Bastante te dan estas tierras.

Se había convertido, Juana, en una fiera; era monstruoso lo que estaba haciendo entre la comunidad campesina. Supe que a la finca no se acercaba nadie que tuviese un poco de vergüenza, ni sus mujeres lo consentían, que los hombres del pueblo, pisasen en tierras malditas para ellas.

Lo pensé y lo hice; me fui hablar con el señor Cura; éste al verme me dio un abrazo que por poco me suenan los huesos como la cáscara de una nuez.

-.: ¿Qué le trae por aquí, hijo?.

-.: Quisiera hablar con usted, padre.

-.: ¿Tú dirás?.

-.: Vengo de las Tierras del Valle.

- .: ¡Jesús y María!.
- .: No hace falta que haga la señal de la Cruz. Padre: Estoy avergonzado de ver tantas aberraciones sociales en la vida.
- .: Antes que sigas: Déjalos ahí, que se sabe donde están.
- .: Con pocas palabras, me ha dado la idea.
- .: Gracias por comprenderlo.
- .: ¿Pero usted no la ha aconsejado a ésa mujer?.
- .: Ésa mujer, como tú dices, la he aconsejado varias veces.
- .: ¿Y qué?.
- .: Ha llegado a ser tan rastrera su moral, que me lo pide a mí también: Cree que voy allí a lo mismo que todos.
- .: No hay perdón para ella.
- .: Acuérdate que se perdona, setenta veces siete.
- .: ¿Pero hay esperanzas?.
- .: Siempre. En cualquier momento puede haber arrepentimiento sincero y cambiar de vida.

Supe por el sacerdote, que la habían retirado la venta, de cualquier producto, en los comerciales del pueblo; allí por donde pasaba se persignaban las gentes: Que nadie, absolutamente nadie la dirigía la palabra, a ella y a los suyos y aunque la viesan necesitada no se la ofrecía consuelo, solamente tenía a su favor los servicios médicos y parroquiales.

Había intimidado a Juana y a su mozo sin que me hubiesen acompañado ningún señor de los nombrados por mí en tal ocasiones; lo cierto es que llegué a Madrid con el corazón encogido por ver en el Mundo como algunas personas pueden vivir igual que animales: Sin moral y sin escrúpulos.

La visita que me hizo mi hermana Miriam con Willians, fue feliz para mí, ya que no me esperaba tan grata visita. De su vida contaba siempre bien y hasta creo que estaba haciendo dinero.

-.: Es muy arriesgado.

-.: Otras veces lo has hecho.

-.: No estoy en condiciones de afrontar tal empresa.

-.: Creía que era como antes.

-.: Si te esperas un tiempo prudencial, lograrás tu objetivo.

-.: Ya sabes, Roberto: Se debe edificar un grupo de viviendas que sirvan de hotel.

-.: Te digo, que esperes unos meses.

-.: Como quieras; pero en el Mont Blanc se gana dinero y no creas que poco.

-.: Te creo.

Fue una de las pocas veces que vi un teatro, ya que a Willians le encantaba asistir a ellos; aunque entendía poco el español: El castellano para él no era su fuerte.

Nos divertimos bastante los días que permaneció mi hermana Miriam con nosotros: Salíamos todas las noches y regresábamos a horas descompasadas: Una de esas tardes locas que tienen las mujeres, quiero decir con jaqueca, Miriam se quedó en casa sin poder salir para ver un grupo de zarzuela.

Nos tomamos los tres; Yolanda, Willians y yo, un café en la barra del teatro y después de ver una gran función, nos dirigimos a casa por ver si Miriam se encontraba mejor.

Mi mujer se quedó cerrando la cochera con mi cuñado, era tarde y los sirvientes se habían retirado a descansar, cuando entré en casa y al subir las escaleras lo primero que vi fue a mi hermana con los pies para arriba, tumbada en la cama y pegando patadas al aire.

Bueno, a lo primero me imaginé que era al aire; más tarde me di cuenta que Diosdado estaba echado encima de ella, sujetándola con fuerzas.

-.: ¿Ahora no quieres; antes sí, verdad?.

-.: No Diosdado, va a venir mi marido.

-.: Me dejaste a mí para casarte con él.

-.: Le quería a él.

-.: Y yo que fui tu novio toda la juventud: ¿Qué es lo que me tenías; aprecio solo?.

-.: Éramos buenos amigos; nada más.

-.: Fui el único hombre que conocías y yo a la única mujer: Nunca tuve tratos con otra chica que no fueses tú.

-.: Yo tampoco tuve tratos con otro hombre.

-.: Ahora es nuestra ocasión.

Quise salvar el drama, pero no pude; habían entrado en casa mi mujer y Willians: Se me saltaron los nervios, cuando vi mirar para arriba a mi cuñado como presintiendo lo que estaba pasando.

Sin recapacitar provoqué la escena más violenta que nunca se había dado en mi casa; ya que di un paso brusco hacia el frente, abriendo la puerta de par en par, ya que se encontraba esta semi-abierta.

-.: ¡Sinvergüenza!

-.: ¿Tío: Willians?.

-.: Sí; aquí nos encontramos los dos. Tú no te preocupes Miriam, hemos visto tu repudia hacia él. Quiero que salgas de mi casa y no vuelvas a pisar en ella nunca más: ¿Así pagas tú, la educación que te dimos; es que tu tía no se merece otra clase de respeto?. Sinvergüenza.

-.: Tío. . .

-.: Nada de tío; yo no soy nada tuyo desde hoy mismo: Sal a la calle; mal educado.

Salvé a mi hermana de su vergüenza, al hacer comprender a Willians, que había sido la primera vez que Diosdado había querido abusar de ella.

El tiempo era oro, como vulgarmente se dice, así que me lancé a la calle para visitar a Aurora y ponerme al alcance de la situación.

-.: Bueno, ya te he dado la lista completa de mis enlaces más allegados; ahora te deseo toda clase de suerte.

-.: ¿Por qué no trabajas conmigo, aunque sea la última vez?.

-.: Me debo a mi marido y no puedo comprometerle.

-.: ¿Pero si no te hace ni caso?.

-.: Con tensón y paciencia ya me lo hará.

-.: Como quieras.

Creo que sería fácil ejecutar el trabajo, pero por si a caso yo había dicho a cada grupo, que serían unos mil millones lo que pasaríamos. Como no se conocían unos a los otros, era fácil salir de la situación embarazosa en caso de fracasar en uno.

Las vacaciones de Miriam daban fin a su término, mas una tarde la vi preocupada por algo que había recibido y en general era una carta que el sirviente la había entregado.

Presentía algo fatal y seguí a Miriam hacia su destino, sobre las cinco y media, de la tarde como digo. Entró mi hermana en un café y se sentó al lado de un individuo; como se encontraba de espaldas me fue fácil entrar en el lugar sin ser visto: Me senté en una mesa contigua a la de mi hermana y pudo comprobar, que su interlocutor era Diosdado. En cuanto a la conversación la podía oír con un poco quedito.

-.: No insistas más, Diosdado; estoy enamorada de Willians y no me agrada lo que me propones.

-.: Nos vamos al extranjero y nadie sabrá de nosotros dos.

-.: Anda; tómate el café y marchemos de aquí.

-.: Yo me quedaré un poco más en este lugar.

-.: Como quieras.

Salió Miriam del bar café sin conseguir verme, por suerte; y como Diosdado se encontraba inquieto en su pensamiento, ni siquiera se fijó en mí, cuando cinco minutos después de salir mi hermana, Diosdado pinchado como por mil alfileres, se levantó de repente saliendo a la calle velozmente.

Quise saber donde se dirigía y a pocos pasos del café, fue parado por dos individuos que con navaja en mano, le pedían la cartera.

Vi aparecer a Aurora, ya que se encontraba en aquel café sin haber sido reconocida y enfrentándose con los dos malvados, los consiguió reducir por la fuerza, saliendo cabizbajos y sin botín.

-.: Vamos Diosdado.

-.: Te lo agradezco, Aurora.

-.: No debes agradecermelo; soy tu mujer.

-.: ¿Por eso me has salvado?.

-.: Y porque te quiero.

-.: Me gusta, Aurora; marchémonos.



Cogida del hombro por Diosdado, Aurora se dejó conducir por él a la casa de ambos y como buen matrimonio, ya que al parecer habían hecho las paces. Me quedé mas satisfecho y a la vez más conforme. Días después supe que habían decidido vivir juntos, Aurora y Diosdado.

Estaba decidido y alegando razones de trabajo, me fui a ver al sultán sin más demora y desde luego fue un camino con personal conocido, bastantes simpáticos: Me hicieron las delicias del trayecto.

Había cambiado un poco el sultanado, pero no así el sultán; tenía el mismo carácter y el mismo impulso, lo único que encontré allí, fueron personas más mayores que la primera vez.

-.: Sabe usted el camino perfectamente.

-.: Creo que lo aprendí bien.

-.: ¿No sé qué carácter tiene su visita?.

-.: ¿Cómo dice?.

-.: Que si es de cortesía o de trabajo, el carácter de su visita.

-.: De trabajo.

-.: ¿A quien se ha consultado?.

-.: ¿No sabía? . . .

-.: Hace falta consultarme a mí.

-.: Es mucha mercancía la que quiero.

-.: ¿Cuánta mercancía, como usted dice?.

-.: En pesetas: Tres mil millones.

-.: ¡UF!.

-.: No se asuste, Mil millones cada vez.

-.: ¿Fraccionados?.

-.: Sí: Mientras no lleguen los mil primeros millones no se mandan los otros mil siguientes. ¡AH!; y por fronteras diferentes.

-.: ¿No tiene miedo a fracasar?.

-.: Si es igual, que la otra vez, no.

-.: Será igual, pero tengo informes que aun así es peligroso.

-.: Tonterías.

-.: Su lenguaje no es muy correcto; no obstante allá usted, ¿Por qué sabrá que los tiene que pagar en caso de pérdidas, esos millones, equiparados a las drogas que mando?.

-.: Ya lo sé.

-.: No se lo aconsejo, pero le voy a dejar transportar el alijo deseado y en la forma que me ha indicado.

Esa noche la pasé en el bar que poseía el sultán en la ciudad y al decir verdad me ofusqué en las mesas de juego perdiendo una fuerte suma de dinero; se me aceptaron cheques de Banco Internacional: Fue una gracia del sultán, que a parte de hacerme un favor me perjudicó en mis cuentas. Un señor bien parecido se acercó a la mesa, pues me encontraba saboreando una copa de bebida exótica y pidiendo permiso muy amablemente se sentó en ella, a mi lado.

-.: Es fácil.

-.: ¿No le entiendo?.

-.: Obtener dinero del juego.

-.: ¿Sabe lo que he perdido?.

-.: Un cheque de setecientas mil, otro de dos millones y el tercero de un millón quinientas mil pesetas.

-.: Perfectamente. ¿Cómo lo sabe?.

-.: Me encontraba detrás de usted.

Se acercó un camarero a la mesa y dirigiéndose a mi interlocutor le instó ir al teléfono.

-.: Profesor, su conferencia.

-.: Gracias, ¿Me permite un momento?.

-.: Sí, vaya.

No tardó mucho en hablar por teléfono, ya que en pocos minutos estaba otra vez conmigo.

-.: ¿Íbamos?.

-.: ¿No le comprendo?.

-.: Sí. ¿Por donde íbamos en nuestra conversación?.

-.: ¿Lo tiene planeado?.

-.: Perfectamente.

-.: ¿Por qué?.

-.: Para ser más convincente.

- .: Se refería usted, a lo que he perdido.
- .: Y a que es fácil ganar dinero en el juego de azar.
- .: ¿Dígame cómo?.
- .: ¿Posee otro cheque?.
- .: Tengo el talonario.
- .: Quiero decir de la misma cantidad que usted empleó antes.
- .: ¿Qué tengo que contestar?.
- .: No su voluntad; la simple verdad.
- .: Sí.
- .: Entonces sígame y haga lo que yo le diga.
- .: A medias.
- .: Las dos primeras veces para usted; a partir de la tercera vez, al quinto.
- .: Me deja perplejo.
- .: ¿Por qué no asombrado?.
- .: Ya lo estoy con esta conversación.

Me levanté y lo seguí a la mesa de juego e hice todo lo que él me mandó; parecía extraño, eran como fórmulas matemáticas, pero que dieron resultado, ya que en el primer juego gané una suma sustanciosa de dinero.

Llegó la hora del segundo juego y pregunté a cómo estaba la banca, aquel señor me miró con los ojos bien abiertos: Yo sabía lo que quería, si iba a perder, sería lo que había ganado y parte de lo mío; por un poco más de pérdidas, no importaba.

El día siguiente, lo pasé casi todo el metido en un barco camino de la Península y como en realidad tenía ganas de llegar a Madrid, así que cuando lo hice, descansé dos días en casa sin hacer gran cosa.

-.: Señor.

-.: Sí.

-.: Con permiso del señor.

-.: ¿Dígame?. Pedro.

-.: La señora, se encuentra fuera de casa, señor: Debe ser una equivocación.

-.: ¿Qué se encuentre dando una vuelta?.

-.: No exactamente, señor; mas bien se encuentra recluida.

-.: Recluida; ¿Dónde?.

-.: En comisaría, señor.

Sin más respuestas salí hacía la primera comisaría y allí, después de un buen rato me indicaron donde se encontraba mi señora.

-.: ¿Qué te ha pasado?.

-.: Sencillo: Encontré un paquete en uno de mis paseos, lo cogí y viendo que en realidad no era gran cosa lo dejé en la ventana siguiente, sin dejar de andar.

-.: ¿Es tan grave tal hecho?.

-.: Explosionó, minutos después.

-.: ¿Y tú?.

-.: Me encuentro bien. Había allí un guardia y me echó el alto.

-.: ¿Tú cómo lo explicas?.

-.: Igual que te lo he dicho a ti.

Me llamó el sargenteo y me hizo pasar donde se encontraba el teniente; éste estaba verificando una llamada telefónica y al terminar se dirigió a mí convencido de su gestión.

-.: Ha sido una confusión; pero compréndame, tenemos que obrar de esta manera con todo ciudadano, es nuestro deber.

-.: Le comprendo.

-.: Se puede llevar a su señora.

Hacia dos minutos que estábamos en casa Yolanda y yo cuando desaté una pequeña broca dentro de los cánones de convivencia social.

-.: No debías haber cogido nada en la calle; es de mala educación.

-.: Fue para ver de quien era.

-.: Ya lo hubiese hecho otro.

Apaciguados los nervios me fui a la oficina sin más demora y a la llegada, me anunció Encarna malos hechos en las cuentas. No era mi día, de modo que recibí un disgusto sin pensarlo.

-.: Don Roberto.

-.: Dígame Encarna.

-.: Malas noticias, le tengo que dar.

-.: ¿Cuáles son?.

-.: La financiera ha hecho malas operaciones.

-.: ¿Cómo es eso?.

-.: Se ha prestado a los arrendatarios.

-.: ¡Nunca!. Mejor es financiar una construcción, que prestar a posibles morosos.

-.: No han llegado los informes de sus agentes.

-.: Lo veo más imposible todavía.

Busqué entre los papeles de la mesa y al cabo de un buen rato, los encontré trasapelados en medio de tanta confusión como existía en tal mesa: Sí habían llegado, dichos informes; lo que pasaba era que Encarna no los había visto lo suficientemente bien como para darse cuenta de ellos, debido al mucho trabajo que tenía que desarrollar ella sola.

Las pérdidas había sido cuantiosas; pues prestamos a señores ocupantes de unos pisos a los que algunos paró el Excelentísimo Ayuntamiento y otros se encontraban ya asignados. Estaba siendo una suma bonita que mis clientes habían entregado al constructor en promesa de que al mes se les dieran las llaves a todos ellos.

Ni llaves, ni nada; el que no estaba ocupado, era que no existía y por supuesto se declaró en quiebra dicha constructora, quedando dichas genes sin piso y sin dinero y a mí, las arcas vacías.

Sentí miedo por un posible fracaso y sin pensarlo más me llegué a casa de mi amigo Sierra; creí que sería mejor estar protegido por algún partido político.

- .: No te lo aconsejo: ¿Qué le puedes dar tú al partido?.
- .: Creo que con solamente tener, se podía ser del partido.
- .: Te equivocas; no es solamente tener, hay que valer para el partido, ser un lince en política.
- .: Tú lo eres?.
- .: Digo lo que les viene bien y no me entero de nada.
- .: Yo no me enteraría tampoco de mucho.
- .: Tú eres más quisquilloso; además te produciría más dolores de cabeza que alegrías. Si es que quieres conocer alguien importante asiste a las fiestas.
- .: ¿Pero lograría con el partido relevancia?.
- .: Sí; pegando carteles a las tres de la madrugada.
- .: ¿No digas?.
- .: Hay otros señores antes que tú.
- .: ¿Para qué sirve la política?.
- .: Te contestaré con otra pregunta: ¿Para qué sirve el trabajo?.
- .: Para sacar a una empresa hacia adelante.
- .: Aquí se saca al partido a flote: Tiene que haber obreros y dirigentes.
- .: ¿Pero el obrero, en el partido?.
- .: Como siempre; es el que paga los vidrios rotos.

Comprendí que estábamos apenas las personas sin protección alguna, que la valía de cada uno era el distintivo de su vida. Si podías, salías hacia



adelante y se notaba tu personalidad, si no te quedabas en la calle, como se suele decir: Con trabajo y sacrificio, más sacrificios que otra cosa, salía la persona humana adelante en la vida.

Miren ustedes por donde, no me quedé conforme con las explicaciones de mi amigo Sierra, que tuve que ir al casino para ver de cerca la realidad.

-.: ¿Usted es presidente de algo; tiene alguna empresa?.

-.: Soy constructor y patrocino una financiera.

-.: ¿Capital?.

-.: En caja, trescientos millones, tengo mi misma entidad y en bancos novecientos millones.

-.: No basta.

-.: ¡AH!; no.

-.: Es poco dinero.

-.: ¿Según para lo que los quiera emplear?.

-.: Tú; ven aquí.

-.: Dime.

-.: ¿Con ochocientos millones?.

-.: No llega a los veinticinco millones; es poco.

-.: ¿Me pueden decir para qué es poco dicha cantidad?.

-.: Las elecciones, sabe.

Me dio una idea bastante buena para mí, a mi simple opinión; no podría dar dinero para el partido, pero subvencionaría un mitin en alguna parte ya elegida por ellos.

Llegué a casa para descansar un poco en ella y al entrar me di cuenta que mi señora se encontraba acostada.

-.: Buenas noches, señor.

-.: Gracias, Pedro.

-.: ¿Por qué, señor?.

-.: Por haber vuelto con nosotros.

-.: Lo haría mil veces, señor.

Llegó el famoso día del mitin y me dirigí al lugar que me indicaron; allí no había apenas un centenar de personas y desde luego no era un campo de fútbol como se había hablado.

Sorprendido por el cambio tan brusco que se había dado a mi dinero, me fui a uno de los organizadores del acto: Tuve suerte, vi allí al señor del casino.

-.: ¿Qué significa echar el mitin en este lugar?.

-.: Sencillo.

-.: Pagué para un campo de fútbol.

-.: Donó; no pagó. Dono usted para un mitin y nosotros empleamos su dinero donde más provecho hemos creído que haría.

-.: ¿Dónde será?.

-.: En el mitin general de un campo de fútbol.

-.: ¿Va el presidente?.

-.: Irá el presidente; es su mitin.

-.: Me gusta decidir a mí con el dinero que doy.

-.: Ayuda a su economía; téngalo presente.

-.: Por eso lo hago: El dinero llama al dinero.

-.: Los otros no le pueden dar mucho; no lo tiene para ellos.

Se celebraron las elecciones y ganaron los contrarios, como se suele decir; me había caído con todo el equipo: No sé sino se le entendió al jefe del partido o que las gentes se encontraban cansadas.

Rápidamente, me pasó una dilatada idea por el cerebro y fue el dirigirme a la casa del pueblo pidiendo un trabajo, para ayudar a la causa y lo que se me dio fue un cubo con una brocha y cien carteles de propaganda a favor del feje ganador. Aunque me parecía que tenía unos labios pronunciados, una nariz chata y los carrillos sacados, con sendas paperas; yo pegaba por la noche toda la propaganda que se me había asignado.

Sería así como las tres de la madrugada; cuando vi aparecer un coche celular de la policía y tuve un presentimiento, el cual se hizo realidad. En cuanto a contarles lo que vi en el camino les diré que no lo puedo hacer, debido a que no me enteré de nada hasta que me sacaron del coche y me entraron en prevención, en una comisaría.

-.: ¿Tienes tabaco?.

-.: No.

-.: Como se nota que no tenemos un duro, todos los que estamos aquí.

-.: ¿Por qué lo has notado?.

-.: No hubiésemos estado pegando carteles a las tres de la madrugada por unas perras.

-.: ¡OH!, macho; y que lo digas.

-.: Éste parece un señoriíto. ¿Mira como ha venido vestido?.

-.: Creería que era una fiesta, todo esto.

-.: ¿Tal vez pregunte por el baile?.

-.: ¿Cómo no baile con el sargento, no sé yo con quien lo va hacer?.

-.: ¡Silencio!.

-.: Calla chico, te lo manda el sargento.

Salí ufano de haber estado en prevención, por lo que oí cierta noche en la comisaría, a los individuos que se encontraban allí; fue, que estuvieron en Carabanchel y ahora el que gobernase se lo tendría que tener en consideración. Acordándome de dicha consideración y como el Estado y expresamente la nueva Administración; hacía una concesión de obras, me dirigí todo engreído al Ministerio para formular oficialmente dicha concesión, que sería para mí una ganancia beneficiosa; cien por cien.

Me fui a casa y no asistí a la oficina, esperando la notificación y desde luego no tardó en llegar, ya que dichas obras tenían el carácter de urgentes:

Sí; llegó la contestación con un lo siento a tanto del cuanto de mil tanto y una firma ilegible.

Se me ponía cuesta arriba las gracias que hacía yo en la política, pues nadie me izo caso y; hasta pensé si podría fracasar en el alijo de drogas que estaba a punto de transportar a la Península. No pude por menos que reírme y echar una cana al aire; me fui a tomar unas colpas por la noche con mi señora Yolanda.

Lo único que recuerdo, fue una escena conmovedora; unos pobres, en la Gran Vía, de rodillas, pidiendo una limosna a los transeúntes. Me vino a la memoria un gran chaflán que teníamos en las traseras del chalet; le pondría tejido y daría de comer a los mendigos.

-.: Tome, buen hombre.

-.: Gracias, señor.

-.: Tenga usted mi tarjeta.

-.: ¿Para qué, señor?.

-.: Con los compañeros que usted conozca, acuda allí todos los días.

-.: ¿Nos va a dar algo?.

-.: La comida; se les dará la comida.

Me sentía caritativo y sobre todo cristiano; esperaba un cambio en mi vida, había visto tantos y tantos malos hechos, que ya la vida solamente la comprendía haciendo el bien al prójimo, lo quería hacer particularmente.

Y allí que tenía, como si de un reloj se tratase, a toso los mendigos de la capital, que al decir verdad no eran muchos, pero yo me sentía complacido en mi fe y en mi religión.

Iba a tener, dentro de unos días, mucho dinero; millones: De modo, que ayudaría al necesitado y socorrería al hambriento, Poco a poco iba cayendo en un panteísmo religioso desenfrenado y, a mi manera; hasta que empecé a confesar, no tuve dirección espiritual ninguna: Viendo de hecho, que algunos actos míos, seguían siendo malos sin yo querer.

-.: Sí, hijo. Yo no te digo que no des de comer al hambriento; es palabra de Cristo y así hay que hacerlo; pero de un modo racional y humanamente razonado.

-.: ¿Esa razón, de la que usted me habla: Se refiere a que algunos no se lo merecen?.

-.: No todos, hijo, no todos.

-.: Los he recogido de la calle.

-.: Los vistes en la calle; pero tú no has visto sus cuentas corrientes de algunos.

-.: ¿Me aconsejas?.

-.: La parroquia tiene gentes más necesitadas; ella sabe a quien ha que ayudar y a quien no: Sabe en el lugar que hay que hacerlo y a su debido tiempo.

-.: Quedo totalmente bajo su dirección, padre.

-.: Está bien, hijo.

Desde ese día subvencionaba, por así decir, un ropero de pobres y un asilo de unas hermanitas. No me acuerdo bien a qué orden pertenecían; pero lo que sí me acuerdo, que comulgaba todos los días y hasta Yolanda la empezó a gustar, bien entrada en la vida de boato que comenzamos a llevar los dos.

-.: He quedado convencida.

-.: Te entiendo.

-.: ¡A, sí!

-.: Yo también estoy convencido de la fe que profeso. Yo no digo que sea esta fe la verdadera, categóricamente; creo tal vez que sí, pero no conozco otra: Ahora, que me encuentro en ella a gusto y cómodo, en el temor a Dios.

-.: Te pasa lo que a mí, Roberto: Tengo temor de Dios; estoy verdaderamente arrepentida.

Los hijos, no daban crédito a lo que oían y veían, así que todos reunidos coincidieron en lo mismo; se sospechaba todo lo malo de ellos: Sus padres eran cristianos; pero hasta el punto que habían llegado los hechos, ni mucho menos.

Era hora temprana, pero se encontraban reunidos por la mañana en su villa; aprovechando que los padres se habían ido a oír Misa.

- .: Le hemos llamado a esta hora, para que no pierda usted el celo con sus pacientes, doctor.
- .: ¿Tengo que comprender, que no existe enfermo?.
- .: Que nosotros sepamos no.
- .: ¿Entonces?.
- .: Es una pregunta que le queremos hacer, con carácter confidencial.
- .: Vosotros diréis. Ya que has hablado tú, Armando; házmela tú.
- .: ¿Qué les pasan a mis padres?.
- .: Que yo sepa: Nada.
- .: ¿Qué le pasa a uno de ellos?.
- .: ¿A cual?.
- .: Es lo que queremos saber.
- .: Comprendo: Vosotros queréis que os diga si alguno de los dos se encuentra enfermo; con alguna de esas enfermedades tan achacadas ahora a las personas de edad.
- .: Doctor; me estaba refiriendo más comedidamente.
- .: Sí; si te he entendido, Enrique. Vosotros veis a vuestros padres ir a Misa todos los días, confesar y comulgar todas las mañanas.
- .: ¡AH!, sí.
- .: Pues claro; ¿No lo sabéis?.
- .: No llegaba yo a tanto, Beatriz.
- .: Sí, señorita Cati: Todos los días.



-.: Doctor.

-.: Sí.

-.: Hay alguna explicación.

-.: Ni clínica ni fisiológica.

-.: No se trata de un compuesto, doctor.

-.: Tampoco de un proceso psíquico.

Mis hijos no se quedaron conformes, pero no volvieron hablar más del caso; lo cual era bueno, ya que cada uno pensaba en el cambio brusco que habíamos dado su madre y yo. Se expansionaban uno con el otro, existiendo varios hechos; que al decir verdad me parecieron que querían dividir el capital de una vez.

Un día, cosa rara, mi hija Beatriz me fue a visitar a la oficina: Me alegré verla entrar; era la hija más esbelta y más guapa de las dos que tenía, pues Cati se encontraba más rellenita en carnes.

-.: Papá . . . ¿Te extraña mi visita?.

-.: Tu visita no; lo que me extraña es lo que has tardado en venir a visitarme en la oficina.

-.: Me lo hubieses dicho y desde pequeña te hubiese venido a ver.

-.: Te esperaba desde hace unos días.

-.: ¡Vaya!. Tú lo que te refieres, es a que sabes por qué vengo.

-.: Perfectamente.

-.: Quiero una agencia de transportes.

-.: Son muy caros los arreglos de los camiones y los impuestos.

-.: No me digas que no.

-.: Todavía no he dicho nada; te sugiero una contrata.

-.: ¿Por qué?.

-.: Mientras hayan otros que arreglen ellos los trastos rotos, quiero decir las piezas, tú no te metas a nada.

-.: Me sugieres dinero limpio y a vivir.

-.: ¡A vivir!, hija; a vivir.

-.: Te tomo la palabra; convences con solo abrir la boca.

La tuve que prestar el dinero para que su marido se instalase bien y con holgura, ya que fue bastante dinero, como para crear una agencia importante.

La idea de Beatriz, era hacerse con una agencia propia y aceptó el dinero para lanzarse en la economía: Empezó a vivir una vida alegre, de aquí para allá; todo eso se la terminaría al tener su propia agencia que tanto deseaba, así que se logró una contrata.

Mi hija Cati, al enterarse la gracia que hice a su hermana, me visitó de inmediato con no menos pretensiones que Beatriz.

-.: Sé que has asegurado bien la vida de mi hermana, montándola una cadena de agencias de transportes.

-.: He pensado en ti.

-.: Tan en secreto que nadie se ha enterado.

- .: Esperaba que vinieses a verme.
- .: Aquí estoy.
- .: ¿Dime si has pensado algo?.
- .: En otra cadena.
- .: ¿Para Semana-Santa?.
- .: Sí; para que vayan a ella los turistas.
- .: Mal te veo.
- .: ¡Papá!.
- .: Pero acepto.
- .: Te quiero mucho, papá.
- .: ¿Te gustará en las grandes capitales?.
- .: Por supuesto: Donde hay gentes.
- .: Me voy a quedar sin dinero, pero lo haré.
- .: Eres un Sol, papá.

Entre Sol y Cielo, que estaba siendo con mi hija Cati; tuve que bajar a la tierra, sorprendido por la voz, no poco melódica, de Benito: El cual me instaba a firmarle un papel, como garantía de su silencio.

- .: Don Roberto; le digo que me encuentro muy necesitado y sino me ayuda usted le denuncio por el incendio.
- .: ¿Te olvidas, que fuiste tú quien prendió las llamas?.
- .: Prefiero ir a la cárcel, que afrontar la vergüenza en público de que me embarguen el tractor y las fincas.

-.: No sabía que te dedicases a la labranza. ¿No estás trabajando conmigo?.

-.: Es mi hijo mayor; le tuve que comprar unas propiedades con lo que usted me dio.

-.: ¿Quieres volverlas a comprar otra vez?.

-.: Poco más o menos. No ha habido cosecha, el ganado se ha tenido que alimentar a base de pienso por no llover, no ha habido pastos, a parte que se le han muerto las crías y los intereses de un préstamo siguen su curso.

Yo era el tope de todas las personas; a cada uno de los que me rodeaban les debía un favor y claro, me pedían los intereses de ellos, de vez en cuando: No sé qué sería el día que tuviese que pagar el favor.

El alijo no llegaba, pasaba el tiempo y el sultán se mostraba indeciso a mandarlo: ¿Sabría algo?; lo cierto era que llegaría, pero como les digo pasaban los meses y nadie me comunicaba su transporte a la Península. Mientras mi cuenta corriente flojeaba por momentos, hasta el punto de que tuve que pensar, si podría pagar los mil millones en caso de retenérmelos: Las construcciones de hoteles, la cadena de transportes y otras mil cosas más, me estaban desnudando mi crédito en el banco.

Un domingo, por la mañana, después de oír Misa, nos dimos un paseo Yolanda y yo por los jardines del Palacio Real, encontrándonos al cura del pueblo, un poco triste y pensativo.

-.: Señor cura.

-.: Roberto: Qué sorpresa. ¿Cómo estáis, hijos?.

- .: Bien: ¿Qué le trae por aquí?.
- .: En la diócesis de que depende mi parroquia no hay dinero y allí se me ha dado luz verde para que lo obtenga de donde pueda.
- .: ¿Qué le pasa?.
- .: El tejado, hijo; el tejado de la Iglesia, que ya no resiste más.
- .: ¿Dónde ha pedido el dinero?.
- .: Aquí en Madrid; donde suponía que habría.
- .: ¿Qué le han dicho?.
- .: Estudiarán mi caso.
- .: ¿Nada más?.
- .: Nada más.
- .: ¿Cuánto dinero necesita?: Dígamelo padre.
- .: Según el albañil, un millón de pesetas.
- .: ¿Le urgen?.
- .: Se cae el tejado sino lo hacemos antes de que lleguen las aguas; a parte que hay mil goteras.
- .: No se preocupe, yo le daré el millón de pesetas.
- .: Gracias, hijo; muchas gracias. Que Dios te lo pague.

Me sentía feliz, si hacía obras caritativas y esta a mi simple parecer era una de ellas: Pero poco a poco, se me estaba gastando el dinero y aunque no me encontraba muy apurado, tendría que retener gastos.

De mis salidas a Misa, por la mañana temprano, yo caí en cama aquejado de gripe; ya no tenía la fortaleza que había conseguido exhibir en mis años jóvenes y hasta de hombre con edad mediana.

Vi lo que me querían las gentes que me rodaba; estaban todos a mi lado, trayéndome cosas, todos los minutos del día.

-.: ¿Quieres un caldo de puchero, con jamón y huevos y un poco de vino?.

-.: Apenas tengo ganas de comer; debe ser ya la edad.

-.: Has cogido un resfriado enorme, nada más.

-.: No; es la edad, Yolanda. Ya tengo bastantes años, he visto mucho en la vida.

-.: No me parece a mí tanto.

-.: ¿Cuánto tiempo hace que se murieron mis padres?.

-.: ¡UF!.

-.: ¿Lo ves?. Tráeme ese caldo, Yolanda.

Estaba bien servido, por lo menos mi consuelo fue, que las personas que tenía a mi lado me apreciaban todas; era cuidado más que en palmito.

Seguíamos metidos bien dentro del año, casi en los últimos meses; terminó el verano y había empezado el otoño.

Un amanecer, de tantos como hay en otoño, comenzó a sonar el teléfono insistentemente no dejando de llamar hasta que le cogí.

-.: ¿Es el Coro de las chicas?.

-.: Se me han marchado las chicas.

-.: Salen esta mañana rumbo a su nuevo destino.

Colgué el teléfono con una alegría impar, musitando una canción entre labios. Dicho mensaje, me quería anunciar que habían salido camino de su nuevo destino el alijo de drogas.

Pasé todo el día como si nada ocurriese, por la tarde me dirigí al aeropuerto para verlas llegar con tantas plantas en su bajo vientre metidas.

Tuvo su escala, el avión, a la hora prevista y comenzó el desfile de maletas y la revisión del personal; nunca lo habían hecho tan escueto: Iban penetrando los pasajeros por un control, pero lo cierto era, que las chicas, portadoras de la drogas no salían de dicho reducto.

Vi penetrar a la última persona y salir al poco tiempo; me olió mal y me fui de allí más rápido que el viento.

¿Y tan mal que me había olido?. Poco después daba la Televisión Española la noticia de un arresto de alijo de drogas de más de mil millones de pesetas. Estaba perdido; tuve que vender todo lo que poseía, para poder pagar a mis acreedores.

-.: Sierra, son los negocios.

-.: Nadie los hace como tú.

-.: ¿Por qué me hablas así?.

-.: Has vendido todo tu capital a la empresa que un día tuviste en tu poder, el setenta y cinco por ciento de las Acciones.

-.: Ya lo veo; es fatal.

Y tanto que era fatal; la letra que contuvo tantos millones, la vi poner un cuño de: Archivado, sin gastos.

Desde ese momento, no tenía mas que la noche y el día; sí me quedaba el consuelo de haber colocado a mis hijos. En cuanto a mi señora, consiguió entrar en un asilo un tanto decoroso: Fue su decisión.

Cierta noche, un agua cernida calaba los huesos de los transeúntes; el autobús tardaba en llegar, la fila se hacía interminable: Por fin llegó el autobús y como pudimos, unos empujando, otros a codazos, penetramos dentro de su veinte; apenas había asientos libres, ya que desde la Plaza de Cibeles en que me encontraba, había hecho dos paradas el oruga.

Las gentes me miraban extrañadas, pues era hora avanzada y marchábamos en el último autobús; A mí se me pudieron saltar las lágrimas, pero no lo hice.

Por fin llegué a la puerta y llamé tres veces: Me identifiqué entrando en el convento de monjas, para ser el jardinero y el guardián de aquellas paredes graníticas.

Me encontraba sentado en la cocina, después de haber cenado un algo, con qué poder pasar la noche, cuando un monje del convento charlaba con el cocinero. La habitación se encontraba a media luz, no pudiendo distinguirmos unos a otros.

-.: Como le digo, Fray Andrés; aquel monstruo, me vapuleaba a la mujer y me tuve que despedir de la finca: Yo allí me encontraba bien, ganaba para



vivir, pero el señoriíto endiablado nos hizo la vida imposible; si le cojo, le parto el corazón.

-.: Hijo, Dios es el único Juez: Pagará sus culpas, no hay duda que las pagará.

-.: Padre, pero aquí en la tierra; que vea yo la justicia de Dios aquí en la tierra.

Al esclarecer el día me encontraba cavando lechugas en la huerta del convento, cuando alcé la vista y vi mirándome al gañán que tuve yo en las Tierras Altas, el marido de Andrea. Vestía gorro blanco y mandil del mismo color, era el cocinero; éste con los brazos extendidos gritaba.

-.: He visto la mano de Dios. ¡Te amo Dios mío!, te amo.

FIN.

## CRITICA DE LA OBRA HECHA POR EL AUTOR.

Es una novela costumbrista, Pese a la creatividad literaria y dentro de esa ficción; es un desecho de virtudes; se cuenta todo lo que no hay que hacer en la vida.

El trato hacia las personas tiene que ser diferente a los hechos narrados en la novela; por eso tiene un relieve el fondo del argumento, en cuento enseña moral y ética dentro de una filosofía, sesgada para la voluntad humana por la manera de narrar los hechos y por la manera, en cuanto se expone el tema dentro de unos parámetros metafísicos para unos y la fuerza para otros; al conservarse en un medio equilibrado y perfecto de moral.

Es un canto ritual para las gentes sencillas y nobles; esas personas del pueblo llano y un encumbrar a la clase opulenta, a la alcurnia de dicha sociedad.

La novela no es de color de rosa por las miserias que expone, pero tiene una belleza en cuanto se ensalzan las virtudes de cada hogar en un medio hostil.

Lean la novela y busquen su belleza.

